Nicolas Mathieu
CONNEMARA

Hélène está a punto de cumplir los cuarenta. Procede de una pequeña localidad del este de Francia. Ha hecho una buena carrera, académica y profesional, tiene dos hijas y vive en una casa de diseño en la zona alta de Nancy. Ha alcanzado la meta que marcan las revistas y el sueño que tenía en su adolescencia: largarse, cambiar de medio social, triunfar. Y, aun así, ahí está esa sensación de fracaso, al cabo de los años, de que todo es una decepción.

Christophe, por su parte, acaba de cumplirlos. Nunca ha salido del pueblo en el que Hélène y él crecieron. Ya no es tan guapo como antes. Va por la vida paso a paso, dando prioridad a los amigos y la diversión, dejando para el día siguiente los grandes esfuerzos, las decisiones importantes y la edad de elegir lo que se quiere. Ahora vende comida para perros, sueña con volver a jugar al hockey como cuanto tenía dieciséis años y vive con su padre y su hijo, una existencia sin pretensiones, tranquila e indecisa. Podría decirse que ha fracasado por completo. Y, aun así, está convencido de que todavía está tiempo de hacer cualquier cosa.

Connemara es la historia de un regreso al lugar de origen, de una relación, de dos personas que vuelven a intentarlo en una Francia en plena transformación. Es, ante todo, un relato sobre quienes ajustan cuentas con sus ilusiones y su juventud, sobre una segunda oportunidad y un amor que se busca a sí mismo, a pesar de las distancias, en un país que canta a Sardou y vota contra sí mismo.

Nicolas Mathieu

Connemara

ePub r1.0
Titivillus 01.05.2023

Título original: *Connemara*
Nicolas Mathieu, 2022
Traducción: Amaya García Gallego

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Elsa

Les lacs du Connemara

Terre brûlée au vent
Des landes de pierres
Autour des lacs, c'est pour les vivants
Un peu d'enfer, le Connemara
Des nuages noirs qui viennent du nord
Colorent la terre, les lacs, les rivières
C'est le décor du Connemara

Au printemps suivant, le ciel irlandais était en paix
Maureen a plongé nue dans un lac du Connemara
Sean Kelly s'est dit «je suis catholique», Maureen aussi
L'église en granit de Limerick, Maureen a dit oui
De Tipperary, Barry-Connelly et de Galway
Ils sont arrivés dans le comté du Connemara
Y avait les Connors, les O'Connolly, les Flaherty du Ring of Kerry
Et de quoi boire trois jours et deux nuits

Là-bas au Connemara
On sait tout le prix du silence
Là-bas au Connemara
On dit que la vie, c'est une folie
Et que la folie, ça se danse

Terre brûlée au vent
Des landes de pierres
Autour des lacs, c'est pour les vivants
Un peu d'enfer, le Connemara
Des nuages noirs qui viennent du nord
Colorent la terre, les lacs, les rivières
C'est le décor du Connemara
On y vit encore au temps des Gaëls et de Cromwell
Au rythme des pluies et du soleil
Aux pas des chevaux
On y croit encore aux monstres des lacs

Qu'on voit nager certains soirs d'été
Et replonger pour l'éternité
On y voit encore
Des hommes d'ailleurs venus chercher
Le repos de l'âme et pour le cœur, un goût de meilleur
L'on y croit encore
Que le jour viendra, il est tout près
Où les Irlandais feront la paix autour de la Croix

Là-bas au Connemara
On sait tout le prix de la guerre
Là-bas au Connemara
On n'accepte pas
La paix des Gallois
Ni celle des rois d'Angleterre

Michel Sardou (1981)

Los lagos de Connemara

Tierra yerma por el viento;
pedregales en torno a los lagos;
para los vivos, casi un infierno:
así es Connemara.
Desde el norte, nubes oscuras
colorean tierra, lagos y ríos:
es el decorado de Connemara.

La primavera siguiente, bajo un apacible cielo irlandés,
Maureen entró desnuda en un lago de Connemara.
Sean Kelly pensó: «Católico soy, como Maureen».
En la iglesia de granito de Limerick, Maureen dijo: «Sí».
Desde Tipperary, Barry-Connelly y Galway
llegaron al condado de Connemara
los Connor, los O'Connolly y los Flaherty del Ring of Kerry,
y hubo bebida para dos noches y tres días.

Allí, en Connemara,
se sabe cuánto cuesta el silencio.
Allí, en Connemara,
se dice que la vida es una locura,
y que la locura hay que bailarla.

Tierra yerma por el viento;
pedregales en torno a los lagos;
para los vivos, casi un infierno:
así es Connemara.
Desde el norte, nubes oscuras
colorean tierra, lagos y ríos:
es el decorado de Connemara.
Allí aún se vive en la época gaélica y de Cromwell,
al ritmo de las lluvias y el sol,
y al paso de los caballos.
Allí aún se cree en monstruos lacustres
que a veces en verano, al caer la tarde,

aparecen y vuelven a hundirse para siempre.
Allí aún se ven forasteros
que acuden buscando reposo
para el alma y el corazón, el sabor de algo mejor.
Allí aún se cree
que ya no tardará el día en que,
en torno a la Cruz, se reconcilien los irlandeses.

Allí, en Connemara,
se sabe cuánto cuesta la guerra.
Allí, en Connemara,
no se acepta
la paz de los galeses
ni la de los reyes de Inglaterra.

Michel Sardou (1981)

1

Le entraba la ira ya al despertar. Para encabronarse solo tenía que pensar en lo que le estaba esperando, todas esas tareas que cumplir, todo el tiempo que iba a faltarle.

Y eso que Hélène era una mujer organizada. Hacía listas, planificaciones semanales, tenía metido en la cabeza y en el cuerpo lo que se tardaba en poner una lavadora, en bañar a la peque, el tiempo necesario para cocer los macarrones o poner la mesa del desayuno, llevar a las niñas al cole o lavarse el pelo. Sí, ese pelo que había estado a punto de cortarse veinte veces para ganar las dos horas semanales que le dedicaba y aun así lo había salvado veinte veces, y es que hasta ahí podíamos llegar, no le iban a quitar también eso, su melena, un tesoro desde la infancia.

Hélène estaba repleta de ese tiempo contado, de esos pedacitos de vida cotidiana que componían el rompecabezas de su vida. A ratos se acordaba de su adolescencia, de la cachaza consentida de los quince años, la indolencia de los domingos y, más adelante, los días de resaca holgazaneando. Esa etapa sepultada de su vida que había durado tanto y que retrospectivamente parecía tan breve. Por entonces, su madre le echaba la bronca porque se pasaba las horas muertas remoloneando en la cama en lugar de salir para aprovechar que hacía sol. Ahora el despertador sonaba todos los días a las seis y los fines de semana ni siquiera tenía que sonar para que Hélène se levantase a la misma hora, como una autómata, una máquina demasiado bien calibrada.

A veces tenía la sensación de que le habían robado algo, que ya no era del todo su propia dueña. Hacía tiempo que su sueño obedecía a exigencias superiores, el ritmo se lo marcaban la familia y el trabajo, su cadencia, en definitiva, tenía una finalidad colectiva. Su madre tenía de qué sentirse satisfecha. Hélène ahora veía toda la trayectoria del sol, por fin era útil, madre a su vez, igual de azacanada.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja.

Philippe estaba echado bocabajo, como una mole a su lado, con un brazo doblado por debajo de la almohada. Parecía muerto. Hélène comprobó la hora. Las
6:02 h.
En marcha.

—Eh —susurró más fuerte—, ve a despertar a las niñas. Date prisa o vamos a ir otra vez con la lengua fuera.

Philippe se dio la vuelta soltando un suspiro y el edredón, al levantarse, dejó escapar el olor denso y tibio, tan familiar, la densidad acumulada de una noche juntos. Hélène ya estaba en pie, en la punzante escarcha del cuarto, buscando las gafas encima de la mesilla.

—Joder, Philippe…

Su chico rezongó antes de volverse de espaldas. Hélène ya estaba repasando en el móvil los puntos obligatorios de su agenda. Se fue pitando a la ducha sin dejar de apretar los dientes y luego de cabeza a la cocina mientras echaba un primer vistazo al correo electrónico. Para el maquillaje ya se apañaría en el coche. Todas las mañanas las niñas le daban algún sofocón y prefería no ponerse la base antes de haberlas soltado en el cole.

Con las gafas en la punta de la nariz, les calentó la leche y echó los cereales en los cuencos. En la radio aún estaban esos dos periodistas cuyo nombre no recordaba nunca. Iba bien de tiempo. Todas las mañanas, el boletín matutino de France Inter la ayudaba a situarse. De momento, la casa aún estaba sumida en la tranquilidad nocturna donde la cocina constituía como una isla en la que Hélène podía disfrutar de uno de esos escasísimos ratos de soledad, que paladeaba como si estuviera de permiso, lo que tardaba en tomarse un café. Eran las seis y veinte y ya necesitaba un cigarrillo.

Se echó la chaqueta gorda por los hombros y salió al balcón. Allí, acodada en la barandilla, fumó mientras contemplaba la ciudad desde las alturas, los primeros balbuceos rojos y amarillos del tráfico, los trechos luminosos de las farolas. En una calle vecina, un camión de la basura desempeñaba su tarea llena de suspiros y centelleos. Un poco más allá, a su izquierda, se alzaba una elevada torre cuajada de rectángulos brillantes por los que cruzaba de tanto en tanto una silueta hipotética. A lo lejos, una iglesia. A mano

derecha la mole geométrica de los hospitales. El centro quedaba lejos, con sus callejuelas adoquinadas y tiendas prometedoras. Nancy, estirajándose, volvía a la vida. No hacía mucho frío para ser una mañana de octubre. Sonó el colorido crepitar del tabaco y Hélène echó un vistazo por encima del hombro antes de consultar el móvil. En la cara se le dibujó una sonrisa, aún más luminosa con el reflejo de la pantalla.

Había recibido un mensaje.

Palabras sencillas que decían estoy impaciente, qué ganas de que llegues. El corazón se le desbocó brevemente; Hélène dio la última calada y sintió un escalofrío. Eran las seis y veinticinco, aún le quedaba vestirse, llevar a las niñas al cole y mentir.

—¿Has preparado la mochila?

—Sí.

—Mosca, ¿te has acordado de las cosas de la pisci?

—No.

—Pues, hija, hay que acordarse.

—Ya.

—Te lo dije ayer, ¿no te enteraste?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo no te has acordado?

—Ha sido sin querer.

—Es que para acordarse hay que querer.

—No se puede hacer bien todo —replicó Mosca, con tono sabihondo, a través de los bigotes de Nesquik.

Tenía seis años recién cumplidos y cambiaba de día en día. Clara también había pasado esa etapa de crecimiento acelerado, pero a Hélène se le había olvidado qué se sentía al ver cómo se convertían de forma tan brusca en «personas». De modo que estaba redescubriendo, como si fuera la primera vez, ese momento en que un niño sale del embotamiento de la primera infancia, deja atrás los modales de bichito ávido y se pone a razonar, a gastar bromas, a salir con cosas que pueden cambiar los ánimos de una comida o dejar a los adultos con la boca abierta.

—Bueno, yo me tengo que ir ya. Adiós a todas.

Philippe acababa de aparecer en la cocina y con un gesto muy suyo se remetió la camisa en los pantalones, pasando la mano por la cinturilla, desde la tripa hasta la espalda.

—¿Has desayunado?

—Tomaré algo en la oficina.

El padre les dio un beso a sus hijas y luego a Hélène, rozándola con los labios.

—¿Te acuerdas de que esta tarde recoges tú a las niñas? —le soltó ella.

—¿Esta tarde?

Philippe ya no tenía tanto pelo como antaño, pero seguía siendo bastante guapo, en plan cachas perfumado, un tío grande y bien vestido, con la misma chispa en la mirada, la del listillo de la clase preparatoria que nunca se hernia, el tramposo que se las sabe todas. Era irritante.

—Llevamos una semana hablando del tema.

—Ya, pero igual me tengo que traer curro.

—Pues llama a Claire.

—¿Tienes su número?

Hélène le dio el número de la canguro y le recomendó que la llamara deprisita para asegurarse de que estaba disponible.

—Vale, vale —contestó Philippe memorizándolo en el móvil—. ¿Sabes a qué hora vuelves?

—En principio, no muy tarde —contestó Hélène.

Notó una oleada de calor en las mejillas y que la blusa se le encogía dos tallas.

—Pues vaya mierda —comentó su chico, mientras iba pasando correos con el pulgar en la pantalla del móvil.

—Ni que me pasara todo el santo día por ahí. Te recuerdo que ayer y anteayer volviste a las nueve.

—Tengo que currar, ¿qué quieres que te diga?

—Claro, porque lo que hago yo es por amor al arte.

Philippe alzó la mirada de la pantalla azul y ella se topó con esa sonrisa suya tan curiosa, horizontal, de labios finos, con esa expresión de estar tomándole el pelo a todo el mundo.

Desde que habían dejado la capital Philippe parecía convencido de que ya no se le podía exigir nada. Al fin y al cabo, por Hélène había dejado un puestazo en Axa, a sus colegas del bádminton y, en conjunto, unas perspectivas que no se podían ni comparar con el panorama local. Y todo porque su mujer no había podido mantener el tipo. De hecho, ¿se habría recuperado siquiera? Aquella mudanza

forzosa seguía interponiéndose entre ellos como una deuda. En cualquier caso, era la sensación que le daba a Hélène.

—Bueno, pues hasta la tarde.

—Hasta la tarde.

Dicho lo cual, Hélène se dirigió a las niñas:

—Hala, los dientes, la ropa y nos vamos. Todavía me tengo que poner las lentillas. Y no pienso repetirlo.

—Mamá… —aventuró Mosca.

Pero Hélène ya había salido de la habitación, apresurada, con el pelo recogido y las nalgas respingonas, comprobando los mensajes de WhatsApp mientras subía las escaleras que llevaban al piso de arriba. Manuel le había escrito otro mensaje, hasta esta tarde, decía, y ella volvió a notar ese pinchazo delicioso, ese yuyu en el pecho que era un poco como a los quince años.

Treinta minutos más tarde, las niñas estaban en el cole y Hélène, muy cerca de la oficina. Mecánicamente, pasó revista a las citas del día. A las diez, reunión con la gente de Vinci. A las dos, devolverle la llamada a la tía de Porette, la cementera de Dieuze. Estaban barajando un plan social y a Hélène se le había ocurrido una reorganización de los servicios transversales que podía evitar cinco despidos. Según sus cálculos, podía lograr que se ahorraran casi quinientos mil euros al año modificando el organigrama y optimizando los servicios de compra y el parque móvil. Erwann, su jefe, le había dicho no podemos cagarla con este caso, es superemblemático, es que sencillamente no podemos cagarla. Y luego, a las cuatro, su famosa presentación en el ayuntamiento. Debería repasar las diapos una última vez antes de ir. Pedirle a Lison que imprimiera un informe para cada asistente, por las dos caras, no fuera a ser que algún ecologista tiquismiquis se la llevara por delante. No olvidarse de la portadilla personalizada. Conocía a los empleados de la administración, a los jefes de servicio, esa panda de personas importantes y preocupadas que dirigían las fuerzas municipales. A los tíos les chiflaba ver su nombre impreso en una carpeta o en la primera página de un documento oficial. Cuando habían superado cierto grado en sus aparatosas carreras, solo les quedaba distinguirse de los subalternos, sobresalir entre los compañeros.

Y, a última hora de la tarde, la cita…

De Nancy a Épinal calculaba poco menos de una hora en coche. No le iba a dar tiempo ni a pasar por casa para darse una ducha. De todas formas, tampoco era cosa de acostarse en el primer encuentro. Una vez más, pensó que debería anularlo, que definitivamente era una tontería. Pero resulta que Lison ya estaba esperándola en el aparcamiento, vapeando ávidamente adosada a la pared, con su cara tan peculiar perdida en una nube de humo de manzana y canela.

—¿Qué? ¿Lista?

—Qué dices… Me tienes que imprimir los informes para el ayuntamiento. La reunión es a las cuatro.

—Está hecho desde ayer.

—¿A doble cara?

—Pues claro, a ver si se ha creído que soy una negacionista del cambio climático…

Las dos mujeres se apresuraron hacia los ascensores. En la cabina que subía hasta las oficinas de Elexia, Hélène procuró no cruzar la mirada con la de la becaria. Por una vez, Lison se había guardado la eterna cara de sueño y estaba chispeante, como si fuera ella la que había quedado con un ligue al final de la jornada. La puerta se abrió en el tercer piso y Hélène salió delante.

—Ven conmigo —dijo mientras cruzaba el inmenso *loft* que ocupaba en gran parte el extenso *open space* de la empresa de consultoría, con el archipiélago de mesas, la estrecha alfombra roja que marcaba las zonas de paso y las abundantes plantas ornamentales que prosperaban bajo el diluvio de luz que caía desde las altas ventanas. Varios sillones rojos y sofás grises autorizaban a tomarse aquí y allá un amistoso descanso entre compañeros. La cocinita habilitada al fondo del todo servía para calentar la tartera y entablar discusiones sobre los víveres abandonados en la nevera. Los únicos espacios cerrados se encontraban en la entreplanta, una sala de reuniones a la que llamaban el *cubo* y el despacho del jefe. Hélène y Lison se encerraron precisamente en el cubo, a salvo de oídos indiscretos.

—Me he colado —empezó Hélène.

—No, para nada. Va a salir bien.

—Estoy ahí, como una imbécil, todo el día pendiente del móvil. Tengo el curro. Tengo a las crías. Es demencial. No puedo dejarme

llevar por este tipo de cosas. Voy a pasar.

—¡Espera!

A veces ocurría que Lison bajaba la guardia y se permitía tutear a su jefa. Hélène no se lo tenía en cuenta. Tenía tendencia a hacer la vista gorda con esa chavalita tan rara. Cabe decir que tenía su gracia, con las Converse, los abrigos sastre de segunda mano y ese careto caballuno de dientes demasiado largos y ojos separados que no bastaban para afearla. Porque, antes de que apareciera ella, Hélène llevaba mucho tiempo sintiéndose al borde del abismo.

Y eso que, sobre el papel, no le faltaba de nada, la casa de diseño, un puesto de responsabilidad, una familia digna de la revista *Elle*, un compañero bastante potable, un vestidor e incluso buena salud. Pero estaba esa cosa innombrable que la socavaba, que tenía tanto de hartazgo como de carencia. Esa grieta con la que cargaba sin saber.

El daño se había manifestado cuatro años antes, cuando ella y Philippe aún vivían en París. Un buen día, en la oficina, Hélène se encerró en el baño sencillamente porque ya no podía soportar ver cómo se le llenaba la bandeja de entrada de mensajes. A partir de entonces, esa retirada se convirtió en una costumbre. Se metía allí para librarse de una reunión, de un compañero, para no tener que seguir atendiendo llamadas. Y ahí se quedaba, sentada en la tapa del váter durante horas, mejorando su puntuación del *Candy Crush*, incapaz de reaccionar y planteándose con deleite el suicido. Poco a poco, las cosas más triviales le resultaron insufribles. Por ejemplo, se sorprendió a sí misma llorando porque en el menú del comedor de la empresa había otra vez zanahoria rallada y patatas *dauphine* para comer. Incluso las pausas para fumar habían tomado un cariz trágico. Y el trabajo propiamente dicho, simple y llanamente había dejado de importarle. ¿Para qué servían tanta tabla Excel, tanta reunión repetida hasta el infinito y el vocabulario, joder? Cuando alguien pronunciaba delante de ella las palabras *impactar, kickoff* o *priorizar*, le entraban náuseas. Al final, ya no podía ni oír la nota que sonaba al encender el MacBook Pro sin echarse a llorar.

Así fue como perdió el sueño, y pelo, y peso, y le apareció un eczema debajo de las rodillas. Una vez, en el transporte público, al contemplar la palidez del cuero cabelludo de un viajero peinado con raya al lado, le entró un vahído. Se sentía ajena a todo. Ya no

tenía ganas de estar en ningún sitio. El vacío se había apoderado de ella.

El médico diagnosticó un síndrome del trabajador quemado sin mucha convicción y Philippe tuvo que aceptar marcharse de París con gran dolor de su corazón. Al menos vivir en provincias tenía sus ventajas, como mejor calidad de vida y la posibilidad de comprar una casa espaciosa con un jardín grande, por no hablar de que parecía razonable que en esas regiones hospitalarias se pudiera conseguir plaza de guardería sin tener que acostarse con algún pez gordo del ayuntamiento. Además, los padres de Hélène vivían por los alrededores y podrían echarles una mano de vez en cuando.

En Nancy, Hélène consiguió otro trabajo inmediatamente gracias a un amigo de su chico, Erwann, que dirigía Elexia, una empresa dedicada a la consultoría, la auditoría y el asesoramiento en el ámbito de los recursos humanos, lo mismo de antes. Y, durante unas semanas, el cambio de entorno y el nuevo ritmo le bastaron para mantener al margen las veleidades anímicas. Pero duró poco. Aunque sin volver a tocar fondo, no tardó en sentirse otra vez frustrada, desubicada, exhausta a menudo, tristona por naderías y tremendamente enfadada.

Philippe no sabía qué hacer con esos bajones. Sí que intentaron hablar del tema un par de veces, pero a Hélène le daba la sensación de que su chico sobreactuaba, poniendo cara de profundo interés y dándole la razón a intervalos regulares, exactamente el mismo numerito que en las videoconferencias con sus compañeros de trabajo. En el fondo, Philippe hacía con ella lo mismo que con todo lo demás: la gestionaba.

Por fortuna, un buen día, en la niebla de esa fatiga, recibió un *curriculum vitae* de lo más raro, una solicitud para hacer prácticas. Ese tipo de peticiones no solían llegar hasta ella y, si lo hacían, mandaba el mensaje derechito a la papelera. Pero aquel le llamó la atención porque era de una sencillez casi ridícula, desprovisto de foto, parco en las habituales chorradas de habilidades, intereses, aficiones virtuosas y demás carnés de conducir. Era un documento de Word mondo y lirondo, con un nombre, Lison Lagasse, una dirección y un número de móvil, en el que figuraba un año de máster en Económicas y una experiencia laboral heterogénea. Léon de Bruxelles, Deloitte, Darty, Barclays e incluso una pesquería en

Escocia. En lugar de reenviar la candidatura al departamento de recursos humanos como exigía el procedimiento de contratación, Hélène llamó por teléfono a la candidata por curiosidad. Y también porque esa chica le recordaba algo. Su interlocutora enseguida contestó, con voz aflautada y tajante que entrecortaban breves carcajadas a modo de puntuación. Lison contestaba a sus preguntas diciendo «pues sí», «para nada», «totalmente» sin aspirar a caer bien, regocijada y cómplice. Aun así, Hélène la citó una tarde, después de las siete, cuando el *open space* estaba medio vacío, como a hurtadillas. La joven se presentó a la hora fijada, una larguirucha con pinta de madrugadora, delgadísima, con vaqueros ajustados y mocasines de borla, flequillo, obviamente, y ese careto alargado cuyos dientes de potranca, deslumbrantes y casi todo el rato al aire, cegaban a ratos.

—Tienes usted un currículo peculiar. ¿Cómo pasa una de Deloitte a Darty?

—Las dos están en la línea 1.

Hélène sonrió. Una parisina… Se había pasado años intimidada con esa clase de tías, por su elegancia especial, avanzada, su certidumbre de estar en su casa en cualquier sitio, su incapacidad para ganar peso y esa forma de ser, imperiosa y que no admitía réplica, que con cada gesto decía: «Lo mejor que puedes hacer es intentar parecerte a mí, tía». Qué raro se le hacía tener allí a una, en su despacho de Nancy, ya de noche. Al mirarla, Hélène sentía como si hubiera recibido una tarjeta postal de un lugar donde hubiera pasado unas vacaciones complicadas.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—¡Uy! —replicó Lison con un ademán evasivo—. Me echaron de la Escuela de Artes Decorativas y mi madre se había echado un novio aquí.

—¿Y se aclimata?

—Malamente.

Hélène contrató a Lison sobre la marcha, encomendándole todas las herramientas de *reporting* que les habían impuesto desde que Erwann le había declarado la guerra al despilfarro y quería pulir los *process*, lo cual suponía justificar el mínimo desplazamiento, indicar las tareas ínfimas en unas tablas ciclópeas, encontrar en unos menús desplegables ilimitados la denominación críptica de

tareas que antaño se consideraban imponderables y de esa forma perder una hora al día justificando las otras ocho.

Contra todo pronóstico, Lison se las apañó de maravilla. Al cabo de una semana, conocía a todo el mundo en el edificio y todos los secretillos de la oficina. La cosa era muy sencilla, todo le parecía divertido, flotaba por el *open space* como una pompa de jabón, eficaz e indiferente, irritante y causando buena impresión en general, incapaz de estresarse, con pinta de pasar de todo, sin decepcionar nunca a nadie, como una especie de Mary Poppins del sector servicios. Para Hélène, que se pasaba el rato peleando y aspiraba a un cargo de socia al lado de Erwann, esa liviandad era cosa de ciencia ficción.

Un día después de salir, mientras se tomaban una pinta en el pub de al lado, a Hélène le entró la curiosidad:

—¿Y no hay nadie de la oficina que te guste?

—En el curro, jamás. Es pecado.

—El curro es el lugar donde más peña se conoce.

—Prefiero no mezclar. Resulta muy tenso, sobre todo en un *open space*. Luego los tíos se pasan el día rondándote como buitres. Y los muy payasos siempre acaban contando cosas, no pueden evitarlo.

Hélène soltó una carcajada.

—Y entonces, ¿cómo haces? ¿Sales por ahí, vas a bailar?

—¡Ni hablar! Aquí las discos son lo peor. Hago lo que todo el mundo: cazando por el mundo en internet.

Hélène tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír. Entre ella y Lison apenas había una generación y ya no entendía nada de los usos amorosos vigentes en la actualidad. Escuchándola se había enterado de las posibilidades de conocer gente, lo que duraban las relaciones, el interés que luego se sentía por la otra persona, cómo se encadenaban las relaciones, la tolerancia que existía con los ligues simultáneos, que permitía solapar o sincronizar los amores, en definitiva, de que las reglas del folleteo y los sentimientos habían experimentado mutaciones de gran calado.

Lo primero que había cambiado era cómo se usaban los mensajes y las redes sociales. Cuando Hélène le explicaba a su becaria que ella no había oído hablar de internet antes de entrar en el instituto, Lison la miraba con doloroso pasmo. Claro que sabía que había existido una civilización anterior a la web, pero tenía

tendencia a ubicar esa época en unas décadas color sepia, más o menos entre el pacto germano-soviético y la llegada del hombre a la Luna.

—Pues sí, ya ves —suspiró Hélène—. Los resultados del *bac*[1] los miré por Minitel.

—Venga ya…

La generación de Lison, en cambio, había crecido metida de lleno en ese mundo. Esta, en el *collège*[2], ya se pasaba tardes enteras ligando en línea con perfectos desconocidos en el ordenador que le habían regalado sus padres para que sacara mejores notas, hablando de sexo tanto con críos de su edad como con pervertidos de cincuenta tacos que tecleaban con una sola mano, internautas de Singapur o el vecino al que no habría podido dirigir la palabra si se hubiera sentado a su lado en el autobús. Más tarde, con el portátil, se entretuvo manteniendo relaciones epistolares de larga duración con montones de chicos a los que apenas conocía. Bastaba con escribir por Facebook o Instagram a un tío del insti que te gustara, hola, hola, y lo demás venía solo. Las conversaciones surcaban la noche digital a unas velocidades asombrosas que volvían la espera insoportable, el sueño superfluo y la exclusividad inadmisible. Sus amigas y ellas mantenían así tres o cuatro hilos de conversación simultáneos. Empezaban de forma anodina, diciendo bobadas, pero no tardaban en volverse más personales. Se contaban su ansiedad, que los padres eran un coñazo, Léa una puta y el profe de Física y Química un pervertido narcisista. A partir de las once de la noche, cuando la familia estaba dormida, aquel intercambio entre iguales tomaba un cariz clandestino. Empezaban a calentarse de verdad. Las fantasías se expresaban con pocas palabras, siempre abreviadas, codificadas, indescifrables. Acababan enviándose fotos en ropa interior, con erecciones, contrapicados sugerentes y secretísimos.

—Lo más era hacerte una foto del culo pero anónima, por si acaso.

—¿Y no te daba miedo que el tío se la pasara a sus colegas?

—Pues claro. Ese es el precio.

Esas fotos que se hacían en la cama, selfis en claroscuro, con mayor o menor dominio del erotismo, se intercambiaban pues como una moneda de contrabando que los padres desconocían, una divisa ilícita que mantenía todo un mercado libidinal al que siempre

sobrevolaba la amenaza de salir a la luz. Porque a veces acontecía que una imagen licenciosa se hacía de dominio público y una menor casi en pelotas se volvía viral.

—Una amiga mía se tuvo que cambiar de insti.

—Qué horror.

—Pues sí. Y eso no es lo peor.

Hélène se deleitaba con esas anécdotas que, como las patatas fritas de bolsa, dejaban una sensación un poco asquerosa pero no hartaban nunca. También la preocupaban sus hijas, preguntándose cómo se enfrentarían a esas amenazas de nuevo cuño. Pero, en el fondo, esas historias la ponían cachonda. Envidiaba ese deseo que no estaba destinado a ella. Se sentía inferior por no tener acceso a él. Se acordaba de la constante avidez que antaño fue su velocidad de crucero. Se lo había contado a su psicólogo:

—Me da la impresión de ser ya una vieja. Todo eso se acabó para mí.

—¿Qué es lo que siente? —le preguntó el psicólogo para variar.

—Ira. Tristeza.

El muy cabrón ni siquiera se molestó en apuntarlo en la Moleskine.

El tiempo había pasado volando. Desde el *bac* hasta los cuarenta, la vida de Hélène había cogido un TGV para un buen día dejarla tirada en un andén al que nunca había querido ir, con un cuerpo distinto, ojeras, menos pelo y más culo, unas hijas pegadas a las faldas y un tío que decía que la quería pero se escaqueaba en cuanto había que poner una lavadora o quedarse con las crías cuando había huelga de profes. En ese andén, los hombres ya no solían darse la vuelta para mirarla al pasar. Pero esas miradas, que antaño les echaba en cara y, obviamente, no representaban lo que realmente valía, las echaba de menos a pesar de todo. Todo se había echado a perder en un abrir y cerrar de ojos.

Un viernes por la noche, en el Galway con Lison, Hélène acabó soltándolo.

—Me deprimes con todos esos tíos.

—Tampoco les hago ascos a las tías —replicó Lison con una mueca jovial a la par que satisfecha—. Pero, bueno, es sobre todo coqueteo. Luego no me tiro ni a la mitad.

—Me refiero a que me fastidia pensar que se me ha pasado el

turno.

—Pero qué dice. Con el potencial que tiene. En Tinder arrasaría.

—Si vas a empezar a decir chorradas, mejor cállate…

Pero Lison se mantenía en sus trece: el mundo estaba lleno de muertos de hambre que se condenarían por llevar al catre a una tía como Hélène.

—Me siento halagada —comentó Hélène, entornando los ojos.

Claro está que había oído hablar de ese tipo de aplicaciones. Las páginas de anticipación tecnológica que consultaba se maravillaban de forma unánime con esos nuevos modelos que tenían domeñados a millones de solteros, acaparaban sus encuentros, redefinían con sus algoritmos afinidades electivas e intermitencias del corazón, adueñándose de paso, a través de los canales inmediatos y las interfaces lúdicas, tanto de las miserias sexuales como de la eventualidad de un flechazo.

En un pispás, Lison le creó un perfil de coña con fotos robadas en internet, dos de espaldas y otra borrosa. Para el parrafito de presentación, se puso minimalista y un pelín provocativa: «Hélène, 39 años, aquí te espero si eres lo bastante hombre». Para todo lo demás, el funcionamiento no tenía ningún misterio.

—Te aparece el tío, su cara y un par de fotos. Si pasa el filtro, deslizas a la derecha. Si no, lo mandas hacia la izquierda y no lo vuelves a ver.

—¿Y él hace lo mismo con mis fotos?

—Eso es. Si los dos se gustan, hacen *match* y ya pueden empezar a hablar.

Acodadas en la barra, Hélène y su becaria pasaron revista a la oferta local de hombres disponibles y adúlteros compulsivos. Resultó ser un desfile bastante gracioso, en el que los tíos guapos brillaban por su escasa presencia. Lo que sí abundaba por aquellos lares eran los matones de pacotilla que posaban desnudos de cintura para arriba delante de su Audi, los solteros ridículos con su montura al aire, los divorciados con camisetas de fútbol, los agentes inmobiliarios engominados y los bomberos con pinta de torpes. El pulgar de Lison iba enviando sin piedad a todos esos galanes al infierno de la izquierda y solo salvaba excepcionalmente a los que se daban cierto aire a Jason Statham o a algún macarra integral para echarse unas risas. En cualquier caso, hacía *match*

sistemáticamente porque, si bien ellas se mostraban exigentes, ellos en cambio no se andaban con remilgos y echaban las redes sin más para luego escoger entre las escasas capturas de su pesca poco exigente. Con cada uno, Lison soltaba un breve comentario mordaz y Hélène, cada vez más borracha, le reía la gracia.

—Espera, ese ni siquiera es mayor de edad.

—¿Y qué? No eres una urna electoral.

—¡Y este, mira qué pelo!

—Igual es el corte de moda en Nueva York.

Precisamente, Lison había usado Tinder en esas ciudades modelo, Nueva York y Londres, de las que traía relatos de cosechas milagrosas. Porque en esos lugares tan expuestos a la presión inmobiliaria y a una competencia constante, había que currar sin tregua para mantenerse a flote y faltaba tiempo para todo, ya fuera hacer la compra o ligar. Así que la gente usaba los servicios en línea para llenar tanto la cama como la nevera. Una conexión, un cruce de palabras a la hora de comer, un cóctel prohibitivo sobre las siete de la tarde y enseguida acababan desnudándose en un pisito minúsculo para echar uno rapidito sin dejar de pensar en los mensajes urgentes que seguían afluyendo a la bandeja de entrada. Así transcurrían esas vidas afiladas como puñales, rápidas e hirientes, siempre expuestas en las redes sociales, sin lágrimas ni arrugas, en la siniestra ilusión de un presente perpetuo.

Pero, claro, no tenía nada que ver con la realidad de allí, entre Laxou y Vandœuvre.

—¿Y enseñas la cara en la cosa esta? —preguntó Hélène—. ¿No te importa que puedan reconocerte?

—Todo el mundo lo hace. Cuando hay vergüenza en todas partes, ya no pasas vergüenza.

Las interrumpió un mensaje de Philippe, que en cierto modo estropeó el ambiente. «Las niñas están acostadas. ¿Te espero?» Hélène pagó las copas, dejó a Lison en su casa y tomó la precaución de eliminar la app antes de volver a casa.

Al día siguiente la volvió a instalar.

En poquísimo tiempo se hizo con el sistema, amplió la zona de búsqueda a un radio de ochenta kilómetros y mejoró su perfil con fotos auténticas pero que no permitían identificarla. Aunque sí que se le veían las piernas larguísimas y esa boca tan apetitosa que a

veces, nada más despertarse por la mañana temprano o cuando la contrariaba algo, le daba aspecto de pato. En otra aparecía sentada al borde de una piscina, dando así a conocer sus caderas, sus considerables pero contenidas nalgas y su piel bronceada. Estuvo dudando si mostrar o no los ojos, que eran de color miel, tirando a verde almendra cuando llegaba el verano, pero al final decidió que no. No estaba allí para ponerse romántica.

No tardó en pasarse todo el día chamarileando para recuperar seguridad en sí misma con cada *match* y elevar su nuevo pedestal con cada piropo. Pero ni siquiera tanto deseo anónimo lograba apagar su ira. Seguía notando intensamente la sensación de que total, para qué, y la impresión de estar perjudicándose. Pero ahora tenía esas compensaciones minúsculas, casi automáticas, y la satisfacción de tener mucho donde elegir. Fuera de allí había desconocidos que la deseaban y su amabilidad interesada le levantaba el ánimo. Volvía a sentirse viva y se olvidaba de todo lo demás. Aunque de vez en cuando, con algún pobrecillo que se pasaba de educado y de feo, sentía escrúpulos.

Al cabo de un tiempo, sin embargo, un chico le llamó la atención de verdad. También él se ocultaba, pero detrás de una careta de panda. Y su presentación era distinta a los reclamos habituales. «Manuel, 32 años. Busco mujer guapa e inteligente para acompañarme a la boda de mi ex. Si eres de derechas y usas el mismo perfume que mi madre, ganas puntos».

A Hélène le hizo gracia y le preguntó qué perfume usaba su madre.

«Nina Ricci», contestó él.

«Entonces, igual nos entendemos».

A partir de ahí, empezaron a charlar con regularidad. Al principio, Hélène mantuvo una actitud distante y levemente sarcástica. Hasta que Philippe estuvo fuera haciendo un cursillo en París y ella pasó tres noches sola. Del cachondeo pasaron a las confidencias y de ahí a las alusiones. En la oscuridad de su cuarto, Hélène dejó de ser ese rostro iluminado de azul mientras las horas se escurrían sin hacer ruido. Sintió sofocos, insomnio y picor en los ojos, rebulló muchísimo en la sábana de sus conversaciones interminables. Al despertar, tenía un careto que daba miedo y lo primero que hacía era comprobar los mensajes. Dos nuevas palabras

bastaban para darle una alegría. Una hora de silencio y ya estaba montándose películas dramáticas. En conjunto, había dejado de tocar tierra. Y acabó aceptando una cita.

Pero ahora que estaba tan cerca, Hélène no lo tenía tan claro. En el cubo de la entreplanta notó que le entraba el miedo y que podría lamentarlo. Lison, en cambio, tenía confianza.

—Saldrá bien. Solo que ha perdido la costumbre, nada más.

—No, voy a pasar de todo. Estas cosas no son para mí.

—¿Es por su chico?

Hélène había desviado la mirada hacia la ventana. Fuera, el cielo ya cargado se cernía sobre la ciudad y su hormigueo de edificios variopintos. Por las vías férreas contradictorias se cruzaban los TGV y los trenes de cercanías, entre paredes cubiertas de coloridos grafitis. Erwann quería que las oficinas dominasen la ciudad. Para distanciarse, tener una visión de conjunto.

—No es eso —mintió Hélène—. Pero hoy no es el mejor día, nada más. Tengo la cita en el ayuntamiento. Llevamos tres meses preparándola.

—En el peor de los casos, puede anular la cita en el último momento. El tío ni siquiera sabe dónde está usted ni ninguna otra cosa.

Hélène se quedó mirando a Lison. Esa chica tan joven, para quien todo era posible… Quiso herirla, vengarse de todo el tiempo que tenía por delante.

—Estás muy pesadita con este tema, ya no soy una cría…

Lison lo pilló al vuelo y se esfumó sin decir ni mu. Ya sola, Hélène se quedó mirando su reflejo en el cristal. Llevaba la falda nueva de Isabel Marant, una blusa bonita, la chaqueta de cuero y taconazos. Se había puesto guapa para Manuel, para los gilipollas del ayuntamiento. Comprobó lo exiguo que resultaba el moño en lo alto de la coronilla. De golpe, sintió rencor hacia sí misma. ¿Llevaba toda la vida peleando para eso?

Ese fue el momento que escogió Erwann para entrar en tromba en el cubo, con la tablet en la mano, mal afeitado, con su pelo pelirrojo y el barriga senatorial atrapada en la magnífica tela de una camisa de sarga azul.

—¿Has visto el mail de Carole? De verdad que nos toman el pelo. Sinceramente, se lo he reenviado tal cual al abogado, me la

suda por completo. Aparte de eso, ¿estás lista para la superreunión de fusión de mañana?

—Sí, la confirmé ayer.

—Guay, se me había pasado. ¿Y lo del ayuntamiento? ¿Todo bien?

—Sí, allí estaré a las cuatro.

—¿Seguro que va bien, lo tienes controlado?

—Todo bajo control.

—No podemos dejar escapar este chollo. Si metemos la cabeza, luego podremos sacar a manos llenas. Fui a comer con la directora administrativa. Quieren reorganizarlo todo de arriba abajo. Si quedamos bien ahora, nos colocaremos para las próximas licitaciones.

—Vamos a quedar bien, tranqui.

Por un instante, Erwann salió de ese estado de ombliguismo exacerbado que era su velocidad de crucero y se quedó mirándola fijamente con sus ojillos dorados. En la Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales, Philippe y él habían dirigido mano a mano la federación de estudiantes. Al cabo de dos decenios, seguían alardeando de haber sacado dinero de la caja para pasar un fin de semana dándose la gran vida en Val-Thorens. Erwann sabía pues de dónde venía Hélène, dónde había estudiado, que le había dado un bajón en París, que tenía dos hijas que le impedían quedarse currando hasta las tantas, cuáles eran sus glorias pasadas, sus puntos débiles y puede que hasta cosas más íntimas.

—Confío en ti —dijo.

—También me gustaría que habláramos.

—¿De qué?

Erwann sabía de sobra a qué se refería. Así que Hélène tomó las riendas y pasó por alto el numerito de despistado.

—De mi evolución en la empresa, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, claro claro. Tenemos que mirarlo con calma. Obviamente, es una prioridad.

Hélène sintió que le entraban impulsos homicidas. Llevaba meses dándole la brasa para que la ascendiera del cargo de *senior manager* (que no significaba mucho en una empresa tan pequeña) al de socia de pleno derecho y, si bien Erwann estaba de acuerdo en la teoría, nunca acababa de pasar a los hechos.

—Muy bien —dijo Hélène—. Este año he facturado más días de los que existen en el calendario laboral. Trabajo como una burra y sé muy bien que quieres vender la empresa a algún peso pesado del sector. Así que avisado quedas: no estoy dispuesta a terminar siendo el último mono en una sucursal de McKinsey.

—¡Por supuestísimo! —dijo Erwann con un entusiasmo bamboleante—. Ya sabes lo que opino al respecto: hay que fidelizar el talento. Tú tranquila.

Hélène se dijo para sus adentros que, como se la jugara, Erwann acabaría escupiendo sangre. Era una de esas frases reconfortantes que no comprometen a nada, sobre todo si se quedan en tu fuero interno. Y con esos pensamientos belicosos volvió al *open space* en el que estaban diseminados los demás consultores, cada cual en su rincón, con los auriculares en los oídos y los ojos fijos en el monitor. Gente que ganaba entre cuarenta y ochenta mil pavos al año y ni siquiera tenía despacho propio. Hélène tenía que salir a toda costa de ese pantano de indiferenciados. Volvía a lo mismo de siempre. Medrar.

La reunión iba a celebrarse en el sótano del ayuntamiento, en una sala sin ventanas iluminada con tubos fluorescentes, con mesas de resina colocadas en U y una pizarra Velleda. Hélène llegó la primera y comprobó que el proyector funcionaba correctamente, lo conectó a su portátil, pasó unas cuantas diapos para asegurarse de que todo iba bien y se quedó esperando, con las piernas cruzadas, tecleando mecánicamente en el móvil. Manuel le había enviado dos o tres mensajes más que venían a decir todos lo mismo. «Estoy impaciente. No paro de pensar en ti. Qué ganas de que llegue esta noche». Muy mono pero muy redundante. Tampoco era cosa de que se emocionara demasiado. Hélène quiso escribir un mensaje para enfriarle un poco los ánimos, pero dudó; en realidad, no sabía muy bien qué decirle. En esas estaba cuando dos hombres entraron en la sala dejando la puerta abierta. Hélène se puso de pie de inmediato, prodigando sonrisas. Conocía vagamente al primero, un hombre joven y ya calvo que vestía zapatos

Church’s

y chaqueta entallada. Aurélien Leclerc. Decía ocupar el cargo de director de comunicaciones adjunto. Las malas lenguas decían que en realidad solo era el adjunto del director de comunicaciones.

Fuera como fuese, había estudiado Ciencias Políticas. Normalmente, no había que esperar más de diez minutos para que se lo recordara a los presentes.

El otro hombre, un cincuentón alto y flaco con la cabeza aún más pelada, que lucía camisa blanca, jersey de cuello a la caja, pulsera brasileña y mirada incisiva, le tendió una mano marcial.

—David Schneider. Encargado de IT.

—Ah —dijo Hélène—, encantada.

Leclerc se apresuró a meter baza con precisiones útiles. Mantendrían la reunión en *petit comité*. El señor Politi, que dirigía el departamento de informática y comunicaciones, se disculpaba por no asistir. Lo tenía ocupado otra reunión que también contaba con la presencia del prefecto. Qué se le iba a hacer, se las apañarían sin él.

Hélène sonrió de nuevo. Pues claro que lo entendía. Al fin y al cabo, solo había necesitado ciento cincuenta horas para desenmarañar el tremendo embrollo de los servicios informáticos del municipio, un follón digno de una novela rusa donde el dinero y la energía se perdían en circuitos inverosímiles de decisiones que emanaban de una superposición de al menos tres organigramas distintos. Durante toda la auditoría, no dejó de sorprenderla que semejante babel aún se mantuviera en pie. Las pilas de desidia, las jerarquías desdibujadas y los odios inmemoriales entre altos cargos administrativos habían dado a luz un auténtico Chernóbil digital. Y pensar que los vecinos le revelaban el número de su tarjeta de crédito a ese sistema digno de los sóviets para pagar el comedor escolar o la tarjeta de residencia… La cosa tenía miga.

—Nos las podemos apañar sin él —empalmó Schneider, más impávido que nunca—. No supone ningún problema.

—De todas formas, el proyecto no ha hecho más que empezar —añadió Leclerc—. Podemos establecer directamente una metodología fijando etapas y que la valide el director. Es lo que solemos hacer con nuestro proveedores.

—Desde luego, pero eso no era exactamente lo que habíamos acordado con el señor Politi. De hecho, ya teníamos la planificación bastante avanzada.

—Pues ahora es lo que hay —zanjó Schneider.

Hélène se quedó mirando, alternativamente, al adjunto

satisfecho consigo mismo y al informático con su autoconfianza. Conocía como si los hubiera parido a esa clase de tíos que se pasaban la vida pavoneándose en las reuniones, gestionando con negligencia a funcionarios estancados en su carrera, dispensando por riguroso turno el maná municipal entre los subcontratistas que tenían a sus órdenes, presionándolos cuando se les venía en gana, venga a hablar todo el día para luego nunca hacer nada.

—Muy bien —dijo—, así lo haremos.

Arrancó la presentación de forma clásica, exponiendo los puntos fuertes y débiles de la organización, para luego detallar las amenazas (de las cuales cuatro resultaban críticas para el conjunto del sistema) y concluir con las oportunidades, lo cual duró apenas un minuto. Habló con voz sosegada, sacándole partido al mando a distancia y acercándose de tanto en tanto a la pantalla para señalar directamente con el dedo algún elemento sobre el que quería llamar la atención. Enriquecía la exposición con datos estadísticos que no figuraban en el PowerPoint y que había memorizado exprofeso, un método que solía ser muy resultón. Se demoró luego con varios ejemplos de casos reales, un poco de *benchmark* y algunos elementos de sociología de la empresa. Leclerc y Schneider, al principio aplicados, no tardaron en distraerse y dejar de atender a sus explicaciones para consultar su correo o enviar mensajes. Hubo un momento en que Hélène sospechó que Leclerc estaba viendo vídeos en YouTube. Justo antes de pasar a las recomendaciones, dejó caer al suelo deliberadamente el mando del proyector. Al chocar contra el suelo, se abrió el compartimento de las pilas, que salieron rodando y desaparecieron con un ruido de chatarra y plástico. Los dos hombres se sobresaltaron. Leclerc, incluso, se puso como la grana.

—Pero ¿qué le ha dado? —soltó Schneider.

—La escuchamos —añadió Leclerc, más conciliador.

Hélène estaba de pie, muy tiesa, a unos metros de distancia, apretando la mandíbula. Calculaba mentalmente las ventajas comparadas de la sumisión y del enfrentamiento. Pensó en la cifra de negocio de Elexia, en los estupendos contactos que debían de tener esos peces gordos con sus homólogos en variadas instituciones locales, el Consejo Departamental, la Agencia Regional de Salud, el rectorado y otras comunidades comunales.

—Discúlpenme —dijo—, se me ha caído.

Arregló el mando antes de concluir la presentación en un ambiente de reticencia mutua. Leclerc acabó marchándose de la sala antes de que terminara, so pretexto de una emergencia. Schneider, en cambio, la felicitó por su trabajo. Aunque no estaba del todo de acuerdo con sus conclusiones, que le parecían inútilmente alarmistas.

—Nos hicieron una auditoría el año pasado. Se llegó a unas recomendaciones mucho más mesuradas. Lo que importa en los sistemas complejos como el nuestro es implantar dispositivos que permitan una mejora continua. No se puede dar al traste con todo de un día para otro.

—Por supuesto —dijo Hélène.

Desde luego, se había leído esa famosa auditoría, realizada de forma interna y que por su complacencia y desvíos casuísticos se parecía bastante a un informe de asuntos internos de la policía. Un camelo de cabo a rabo.

—En cualquier caso —prosiguió Schneider—, gracias por todo. Voy a mirarlo con mis equipos. Ha hecho un buen trabajo. Sobre todo con el balance de la situación. Lo que es la orientación estratégica, creo que se puede mejorar.

—Obviamente —dijo Hélène.

Cuando Schneider le comunicó que habría que reunirse otra vez para ver todo aquello sin precisar una fecha, comprendió que el asunto estaba muerto y enterrado.

Salió del ayuntamiento a toda prisa, andando a toda velocidad por la calle recién adoquinada, con la cabeza como una centrifugadora de lechuga. Según subía la escalera que conducía al aparcamiento, miró qué hora era. Demasiado tarde para volver a la oficina. Pensó en las niñas, en la canguro y en Philippe, tenía que llamar a Erwann para explicarle la situación. En realidad, todo estaba decidido mucho antes de esa reunión. Schneider había logrado dejarla fuera de juego a pesar de que todo aquel desbarajuste era obra suya. Llevaba años limitándose a hacer el paripé en las reuniones por videoconferencia, demasiado inútil para organizar a sus tropas, chanchullero y omnipresente, intoxicando a su jerarquía con vocabulario técnico y agobiando a sus subordinados con un goteo de directivas que carecían de objetivo y nunca desembocaban en

nada. Seguramente había liquidado el asunto durante una comida con Politi o la directora de servicios administrativos, entre el filete de lubina y el *carpaccio* de fruta, durante la cual sin duda expresó cortésmente sus reservas sobre Elexia y pronunció la palabra *política*, que en ese entorno justificaba las inercias más asombrosas, los embolismos menos racionales y paralizaba las buenas voluntades en cuestión de segundos. Aquel tinglado suyo no tardó en parecer fruto de arbitrajes florentinos y necesarios que, si se tocaban lo más mínimo, podían descabalarse, provocando tremendos desórdenes, primero entre el personal, luego a nivel operativo y finalmente el descontento de los usuarios, que nunca es algo deseable, tanto más cuanto que la prensa acababa de desenterrar un asunto de subvenciones molestas, concedidas a unas asociaciones confesionales que se habían hecho cargo de unas huertas urbanas abandonadas por la zona de Laxou. Los ejecutivos como Schneider dedicaban todo su tiempo a maquillar el caos del que eran responsables con sofisticaciones inaccesibles para los profanos, otorgando a sus extravíos la apariencia de necesidad y a sus bajezas, de diplomacia. En definitiva, que había jodido a Hélène a base de bien.

En el asfalto aparecieron entonces las estrellas de algunas gotas sueltas. Hélène apretó el paso, trabándose con la falda y los tacones y sudando ya como un pollo mientras la correa del maletín se le clavaba en el hombro y la gabardina se le escurría del brazo. Pero no tuvo tiempo de llegar al coche. La tromba de agua cayó sobre la ciudad y Hélène echó a correr por las calles repentinamente vacías, tambaleándose, con el móvil en la mano y la cabeza gacha. A su alrededor ya solo quedaba el suelo brillante, la fuerte lluvia golpeando los capós y las fachadas, el olor saludable del aire lavado y, por encima, el cielo que ya no se veía.

Cuando estuvo dentro del Volvo, lo único que pudo hacer fue constatar el naufragio. La larga melena le colgaba con un aspecto lamentable, de fregona o de espaguetis demasiado cocidos. Y la ropa estaba pegajosa, cargada de agua y se le había quedado estrecha. Cada vez que se movía notaba que la frenaba y debajo de los muslos el cuero se le pegaba a la piel. Sacó unos pañuelos de papel de la guantera para tratar de enjugar lo peor parado. Mientras estaba en esas, los cristales se empañaron y pronto dejó de ver lo

que había fuera, apenas unas sombras con contornos de papel secante. No sirvió de nada. En el retrovisor, se vio el maquillaje corrido.

—Mierda —gimió entre dientes, con un nudo en la garganta.

Al querer darse un poco de aire, tiró de los faldones de la blusa tan a lo bruto que dos botones salieron volando por el habitáculo. Una blusa de doscientos pavos, de seda con motivos florales, la tela se había rasgado, podía tirarla directamente a la basura. Le entraron unas ganas tremendas de liarse a golpes con todo y agarró el volante con las manos, apretando los labios. La lluvia arreciaba, compacta, invasiva con ese tamborileo repetitivo. En torno, la ciudad se limitaba ya a un degradado impreciso de verdes y grises. Estaba sola.

Entonces se arremangó la blusa por encima de los muslos madorosos. Respiraba deprisa, casi sollozando, con la espalda mojada y la nuca caliente. Entre las piernas abiertas, la mano derecha enseguida encontró el pliegue del sexo a través del algodón de las bragas. Procedió deprisa, con dos dedos y las nalgas adheridas al cuero del coche, haciendo movimientos precisos, justo en el abombamiento, girando y presionando con terca insistencia. El coño se le esponjó y pronto notó por dentro esa sensación deliciosa, como una burbuja, la posibilidad tibia que le surcaba el vientre. Solo le hacía falta un minuto, y se apresuraba, segura de sí misma, resuelta como una niña. Conocía ese gesto desde hacía mucho, llevaba toda la vida perfeccionándolo. Era su retiro y su derecho. Claro está que le gustaba follar con tíos. El peso de su cuerpo, el vello por todas partes, el olor copioso. Te revolcaban, te encerraban entre sus brazos, te hacían sentir pequeñita y reventar de felicidad bajo su peso. Eso le gustaba, incluso las decepciones solían encerrar su pizca de picante. Lo cual no estaba reñido con aquello otro, tan personal, delicado e impúdico, el recurrir a su sexo, la facilidad de usar su placer, no lo cambiaba por nada. Se acariciaba a menudo, incluso estando enamorada, o embarazada, o feliz, en la ducha por las mañanas, en el trabajo, a veces en los aviones, y en su coche, si le daba por ahí. De tanto en tanto le entraban las ganas, tan intensas y repentinas que poco le faltaba para pararse en el arcén.

Aquel día, en el habitáculo caldeado, se masturbó deprisa, cerrando los ojos a ratos, espiando posibles siluetas a través del

vaho, reviviendo mentalmente una situación que siempre le funcionaba, y se corrió de golpe, un placer nítido y ubicado, que soltó su descarga neutra, dejándola casi apaciguada o, en cualquier caso, menos confusa.

Al menos, estaría más relajada para la cita romántica. Y después de recomponerse, arrancó y se echó a la carretera. Le importaba un carajo todo.

2

Cornécourt no era nada del otro mundo. Un pueblo tranquilito, con su iglesia, un cementerio, una casa consistorial setentera, un polígono industrial que lo separaba del municipio de al lado, urbanizaciones de chalés que proliferaban por la periferia y, en el centro, una plaza que bordeaban los comercios de rigor: el bar con su administración de apuestas hípicas, la panadería, la carnicería-charcutería y la agencia inmobiliaria donde trajinaban dos hombres en camisa de manga corta.

A pesar de la baja tasa de natalidad y la población envejecida, al ayuntamiento de Cornécourt siempre le salían las cuentas gracias a los onerosos impuestos que pagaba una extensa fábrica de pasta de papel con un nombre noruego que ningún lugareño era capaz de pronunciar. Una prosperidad que no había impedido que el Frente Nacional ganara varias veces la primera vuelta de las elecciones ni que los vecinos lamentaran las faltas de civismo que siempre se achacaban a los mismos culpables. Así pues, un retrovisor dañado podía suscitar declaraciones al margen de la ley y unas pintadas hechas con nocturnidad en las paredes del centro cultural, alimentar propósitos de expedición punitiva. Por eso, en la barra del Narval, el bar de la esquina que también hacía las veces de kiosco de prensa y estanco, a menudo la cosa se ponía violenta, aunque en el plano meramente retórico. Los parroquianos consumían Orangina, cañas de Stella y, cuando llegaba el buen tiempo, Rosé Piscine en la terraza. También jugaban a los rasca y gana Millionnaire y Morpion mientras charlaban de política, apuestas hípicas y flujos migratorios. A las cinco de la tarde llegaban a tomarse algo pintores con la ropa blanquecina, empresarios eternamente preocupados, albañiles turcos que no habían visto una nómina en su vida y alumnos de la escuela de formación profesional para adultos que estaba allí al lado. Las mujeres escaseaban y casi siempre iban acompañadas. Aparte de

esos clientes pasajeros, algunos borrachos majestuosos decoraban el local como si fueran plantas tropicales. En las paredes, las fotos de Lino Ventura y Jacques Brel actuaban como recordatorio de la filosofía del lugar.

Cornécourt debía su nombre a los estanques que había al norte, esparcidos por la tierra como un puñado de monedas y que extendían a lo largo de varios kilómetros su paisaje de nenúfares y juncos. Sus aguas quietas cobraban bajo el cielo cubierto un aspecto de mercurio por el que se deslizaban las nubes, las aves migratorias y los vuelos transoceánicos. Por allí siempre rondaban los pescadores, cuyas cañas en diagonal señalaban de lejos su presencia menguada. En primavera, les tocaba pulular a los críos en bici de montaña y a las familias de parranda. Era un lugar estupendo para fumar los primeros pitis, darse el lote a escondidas, montar botellones secretos de adolescentes en torno a una fogata y pasear al perro.

Quince mil personas vivían en ese pueblo grande, entre reliquias de la naturaleza, algunas granjas moribundas, rotondas sin razón de ser, un campo de fútbol, un gabinete médico envejecido y el canal que partía el núcleo urbano en dos. En aquel pueblo de mala muerte tres generaciones de la misma familia podían vivir a dos calles de distancia. Las noches eran tranquilas, aunque la policía municipal estuviera equipada con chalecos antibalas. La cabalgata de San Nicolás y las hogueras de San Juan jalonaban años sin percances. En Navidad, las luces decorativas les daban a las calles un aspecto acomodado y jovial. En verano, las reiteradas olas de calor traían de cabeza a los servicios geriátricos. El alcalde no tenía etiquetas.

Precisamente Christophe Marchal había quedado con este en su casa. Todos los meses le servía el mismo pedido de alimentación canina, tres sacos de pienso por lo menos. El alcalde y él se conocían desde siempre y el viejo lo llamaba de tú, como a todos los críos que habían nacido y crecido en la comarca. Christophe, en cambio, nunca se habría tomado esa confianza. De hecho, en el momento de aparcar, decidió quedarse a cierta distancia del Range Rover que conducía el tío Müller, en cierto modo por respeto. Este enseguida salió de casa, calzado con botas de agua y con una gorra publicitaria en la cabeza.

—¡Anda, ya estás aquí! —dijo, levantándose la gorra para

rascarse la cabeza.

Christophe le sonrió a modo de respuesta. Los dos hombres se estrecharon la mano mientras el alcalde lo examinaba de pies a cabeza.

—Caramba, chico, ¿vas a una boda?

Christophe llevaba camisa blanca y zapatos nuevos, lo que, en efecto, le daba un aspecto bastante endomingado. El tío Müller barruntó que el atuendo tenía que ver con una cita galante y le dijo que hacía bien, que la vida había que aprovecharla. Cada palabra que caía de su boca estaba bañada en el marcado acento de Les Hauts, Bussang, Le Tholy, La Bresse, lugares de frior, prados floridos y vocales abiertas, pero convenía no fiarse de esa apariencia rústica. Se trataba de un hombre rico, astuto y temido. A lo largo de sus cinco mandatos se había llevado por delante a más de un ambicioso con zapatos Weston. Christophe lo escuchaba sin decir nada, sin dejar de sonreír. Luego abrió el maletero de su 308 ranchera.

—Este mes le he traído cuatro sacos en vez de tres.

—¿Y eso?

—Regalo de la casa.

—Ah, qué bien. Te echo una mano. Vamos a llevarlo todo a la perrera.

Mientras el tío Müller iba a buscar una carretilla detrás de la casa, Christophe dejó que se le perdiera la mirada por los alrededores. Al lado de la vivienda principal, otra casa, casi idéntica pero a menor escala, servía para alojar a los amigos que iban de paso, a menudo compañeros cazadores. Más allá se veían la perrera, con las paredes encaladas, y al fondo del todo, a doscientos metros de distancia, la línea oscura del bosque que delimitaba la finca. Cuando volvió el tío Müller, los dos hombres apilaron los sacos en la carretilla.

—¿Y qué, cómo va el negocio últimamente?

—No puedo quejarme.

—¿Y la pista de hielo?

—Remontando poco a poco.

—Menudo marrón… Hace tiempo que no voy. Acabé asqueado de tanta historia.

—Sí, es una pena.

—Y tanto… Todos los buenos se han ido. Si la cosa sigue así,

acabarán llamándote otra vez.

—No lo descarto —dijo Christophe.

El alcalde se rio y se pusieron en camino, Christophe empujando la carretilla y el tío Müller caminando a su lado, con esos andares saltarines tan característicos.

Desde hacía más de cincuenta años, la ciudad de al lado tenía una relación especial con el equipo de hockey. A merced de las variaciones de cada temporada, desde las profundidades de las divisiones regionales hasta la élite, el equipo de Épinal siempre había imantado la atención con sus excepcionales proezas y sus caídas en picado, altibajos que nunca desanimaban al núcleo duro de la afición. Durante la temporada, el pabellón de la pista de hielo se llenaba en cada partido. Allí, los ediles con gabán se mezclaban con las familias alineadas en las gradas, los adolescentes de los barrios altos se codeaban con los bolingas desdentados que en la cantina vaciaban pintas de cerveza con Picon, por no mencionar a los empresarios, en sus palcos reservados, y los hinchas, maquillados con los colores del equipo, que hacían cola desde las tres de la tarde para hacerse con los mejores sitios. En esa ciudad, la pista de patinaje era como un vientre donde se gestaban unanimidades impensables en cualquier otro sitio, en medio del frío y el eco tajante del metal contra el hielo. Una población entera reunida en torno al óvalo de hielo por espacio de dos horas, con la esperanza de ver goles, velocidad y violencia. Todos los pechos albergando el mismo anhelo.

—¿De verdad te han pedido que vuelvas? —preguntó el tío Müller.

—Algo se ha dicho…

—¿Y tú te ves todavía jugando a tu edad?

—A lo mejor…

Dos años antes, el club había bajado de categoría como consecuencia de las dificultades económicas derivadas de una política de fichajes demasiado ambiciosa que lo había situado en cabeza de la clasificación, pero con las deudas hasta el cuello. Tras pasar por una administración judicial, los checos, eslovacos y algunos canadienses descarriados habían desaparecido del mapa. Desde entonces, el equipo de suplentes trataba de mantener la nave a flote en el nivel más básico de la segunda división. Christophe se

decía para sus adentros que por qué no yo. Sus años de jugador habían sido los mejores de su vida.

—Puede que te cueste —prosiguió el alcalde de Cornécourt—. Tu punto fuerte era más bien la velocidad.

—Se puede compensar. La experiencia también cuenta.

—Y la envergadura.

El tío Müller le echó una ojeada cargada de cruel malicia. Christophe había engordado bastante últimamente. La vida de comercial no ayudaba a mantener la línea, siempre comiendo de restaurante y con el culo pegado al asiento del coche ocho horas al día. El cuarentón apretó las manazas en torno a las empuñaduras de la carretilla y aún fue capaz de sonreír.

—En los equipos también hacen falta tíos cachas.

Eso le recordó al viejo un viaje que habían hecho tiempo atrás, con otros chavalines del club de hockey y sus padres, unas jornadas de perfeccionamiento en Canadá.

—¿Te acuerdas qué monstruos? —se maravilló el tío Müller.

Pues claro que Christophe se acordaba. Allí, cada equipo tenía a su mala bestia titular que protegía a los jugadores menos corpulentos y más técnicos. Dar caña era una tarea difícil. Para muchos tíos que llegaban de pueblluchos de mala muerte el papel de *enforcer* era el único medio para jugar al más alto nivel. Volvía a ver al pavo ese que había nacido en el Ontario profundo, en una aldea de nada, con dos mil almas y tres pistas de hielo. A los veinticinco años ya no le quedaban incisivos propios y le habían implantado una placa de metal en el pómulo de derecho. Antes de cada partido, se arrodillaba para rezar en un rincón del vestuario. Pero cuando llegaba el momento de arrear, no se lo pensaba dos veces, se quitaba los guantes y golpeaba sin miramientos. En América, algunos *enforcers* se habían convertido en auténticas leyendas. Allí la intimidación formaba parte de las reglas del juego y había que reconocer que buena parte del público solo iba para eso, la descarga eléctrica, la impresión de que en un minuto el juego realmente se convertía en una cuestión de vida o muerte.

—De todas formas, tú no eras agresivo —zanjó el tío Müller—. Esas cosas no te las sacas de la manga con cuarenta tacos…

—Depende —contestó Christophe.

Lo dijo ya sin sonreír, mientras el viejo, en cambio, se

tronchaba, propietario y jovial, convencido de llevar razón desde hacía no menos de cincuenta años.

En la perrera los recibió una breve salva de ladridos que el tío Müller atajó con un silbido entre dientes. De inmediato los animales se calmaron y solo se oyó el sonido de las garras contra el cemento frío, el tintineo de los collares, el vaivén del resuello animal. Había allí una veintena de perros comunes, cada uno en su recinto, con las paredes alicatadas en blanco, las ventanas altas y enrejadas, todo muy limpio a pesar del olor penetrante. Los dos hombres fueron hasta el fondo, donde estaba el arcón hermético donde se almacenaba la comida. Se repartieron el trabajo sin decir palabra, el tío Müller abría los sacos con un cúter mientras Christophe volcaba el pienso en el arcón. Cuando concluyeron, Christophe se sacudió el polvo de la ropa y se sacó del bolsillo las facturas y un recibo.

—Si hace el favor de echarme una firmita…

El tío Müller leyó los papeles por encima y luego, sin alzar la vista, pidió a Christophe que se agachara. Este creyó de entrada que estaba bromeando, pero el viejo hablaba en serio. De modo que Christophe se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas, y esperó a que el otro suscribiera los documentos en su espalda. Remató la rúbrica con dos puntos que se le clavaron en el lomo. El rato que duró, el perro que estaba más cerca de Christophe tuvo clavados en él los hermosos ojos húmedos, sentado sobre los cuartos traseros y con una expresión un tanto melancólica.

Ese hecho penoso no impidió que Christophe soltara algunas palabras amables. Se notaba que los animales estaban bien cuidados. No se podía decir lo mismo de todo el mundo.

—Me ocupo de ellos, qué quieres que te diga.

Halagado a pesar de todo, el tío Müller volvió a levantarse la gorra para rascarse la cabeza antes de añadir:

—Por cierto, me gustaría enseñarte algo bonito.

Los dos hombres salieron de la nave y se encaminaron al bosque. Christophe no tardó en descubrir, a lo lejos, dos cabañas en miniatura con una alambrada alrededor.

—¿Eso es nuevo?

—Me he dado un capricho —explicó el alcalde, dándole una palmada en el hombro.

Siguieron avanzando prado a través bajo un cielo de color

pizarra en el que la posibilidad de un chaparrón maduraba con lánguidos estiramientos. En torno a ellos el campo se extendía a gran distancia, hasta la cinta gris de los árboles allá a lo lejos, y en el aire el olor acre de los perros se mezclaba con otro más intenso, a humus y aire libre. En la hierba crecida los pasos producían un agradable frufrú, íntimo y casi tan machacón como una nana.

—Vas a ver —dijo el tío Müller abriendo la valla.

En realidad, las cabañitas no eran más que casetas de perro mejoradas, con las escudillas llenas de agua y pienso delante. Se acuclillaron delante de la entrada y, cuando se les acostumbraron los ojos a la oscuridad, Christophe distinguió en el interior dos formas mullidas, dos cachorritos magníficos que dormían encima de unas mantas de cuadros.

—¿Qué son?

—Mastines tibetanos.

—¿En serio?

—Pues claro. Acércate.

Sentados sobre los talones, los dos hombres se pusieron a acariciar prolongadamente a las dos recias criaturas. Tenían un pelaje suavísimo, bajo el cual se notaba el latido rápido y terco del corazón. Eran sin duda unos animales extraordinarios.

—¿De dónde los ha sacado? No se ven muchos por aquí.

—De mi red española.

—¿Y por cuánto?

—Dos mil cada uno. Más el transporte. El padre era un auténtico campeón.

Christophe silbó entre dientes. Desde hacía algún tiempo, se había puesto de moda esa raza y en la reventa, con un buen pedigrí, los ejemplares podían alcanzar precios exorbitantes. En algún lugar de China se había llegado a pagar un millón de euros por uno. Christophe miró su reloj de pulsera.

—Si quieres, te puedo reservar uno —dijo socarronamente el tío Müller.

Entretanto, uno de los cachorros se había levantado para girar perezosamente sobre sí mismo antes de volver a tumbarse, mirándolos de pasada con ojos lánguidos.

—Este es Yumbo. Cuando crezca llegará a los setenta kilos.

—Es verdad que son bonitos —admitió Christophe.

Nada lo conmovía tanto como los animales. Excepto el crío, claro está, que en cierto modo tenía el mismo comportamiento olisqueador y primario. A veces, cuando lo observaba delante de la tele, descuajeringado en el sofá, descalzo y cabeza abajo, decía para sus adentros «es esto». Su hombrecito, su niño chico. Entonces pensaba en lo de después, en la madre del niño. Todo aquello lo emocionaba tanto que tenía que salir de la habitación.

—Pero no son bichos de trato fácil —siguió diciendo el tío Müller—. Nunca he visto peor genio. Para montar guardia no los hay mejores. Y pensar que se los voy a vender a una zorra que va en cuatro por cuatro…

—Leí en algún sitio el caso de un chino que se compró un mastín de este tipo. El caso es que no dejaba de ganar peso. Se pasaba el día zampando. Cantidades astronómicas. Hasta que un buen día, el chucho se irguió sobre las patas traseras. Y entonces lo entendieron todo.

El criador se volvió hacia Christophe y, con el ceño fruncido, esperó el desenlace. De cerca, se podía ir siguiendo por sus mejillas y su nariz el despliegue de venitas minúsculas de color rojo y granate. Siempre daban ganas de buscar en ellas por dónde ir, de encontrar el camino por el grueso pellejo.

—Le habían colado un oso.

—¿Estás de coña? —cacareó el viejo.

—Se lo juro.

El rostro del criador adquirió de pronto un aspecto infantil. Dijo «¡ja!» y se dio una palmada en el muslo. ¡Qué gilipollas, los chinos! Eran la monda, todos esos millones y tan lejos, una nación de seres amarillos y mal dotados, aunque tan eficaces que daba miedo, eso sí. La estaba gozando al imaginárselos ahí, con su oso. En su mente, la anécdota había adoptado el contorno preciso y divertido de una viñeta de *El loto azul*.

En el camino que los llevaba de vuelta a la casa, Christophe volvió a mirar el reloj y, a continuación, el cielo gris y revuelto. Ahora el aire estaba más denso y unas gotas gordas habían empezado a salpicar la frente del tío Müller, que empujaba la carretilla vacía. En dos ocasiones Christophe se ofreció a ayudarlo, pero el alcalde de Cornécourt se negó en redondo. De modo que allá que iban, el joven y el viejo, por el extenso terreno en el que crecía la hierba al

natural, aplastados bajo la inmensidad del cielo, dos siluetas negras contra el horizonte. Aun así, el tío Müller acabó haciendo un descanso a mitad de camino y se enjugó con el pañuelo. El ejercicio al aire libre le daba buen aspecto. Estaba colorado, animoso, con la mirada vivaracha a pesar de la incipiente decoloración que le marcaba la pupila. Christophe se preguntó qué edad tendría. Le parecía como si lo hubiera conocido siempre así, mayor, calvo, potentado con pinta de cutre, acaudalado pero discreto, de una prudencia encarnizada, miembro de esa raza de chalanes que da herederos apocados y sucesiones tormentosas.

Una vez recuperado el aliento, el tío Müller le preguntó si le habían contado algo del último pleno municipal.

—Por encima. Bueno, algo me ha dicho mi padre.

—La Marina está ya en las últimas.

—Ah.

En aquella famosa sesión, a la concejala de ocio y comunicación le dio un vahído y hubo que llevarla a urgencias. Desde hacía algún tiempo, por los pasillos del ayuntamiento corrían rumores sobre sus reiterados arrechuchos. En varias ocasiones la habían visto estremecerse y ponerse pálida de golpe. Durante una exhibición de *twirling*, incluso tuvo que dejar a medias el discurso, con la mirada perdida, y sentarse so pretexto de que le había dado un mareo. Tales síntomas desembocaban en diversos diagnósticos, todos ellos de carácter aficionado e igual de definitivos. El caso es que solo tenía sesenta y dos años, lo cual les inspiraba a todos reflexiones metafísicas y ambiciones nuevas.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor te interesaba —dijo precisamente el tío Müller.

Las cejas de Christophe se juntaron.

—¿A mí?

—Pues sí. Vives aquí desde pequeñajo. La gente te conoce. Y tu nombre trae buenos recuerdos por aquí.

El marcado acento bañaba cada palabra con una gruesa capa que de tan familiar resultaba reconfortante y quizá convincente. Christophe le dio la razón. En efecto, tenía cierta fama, algunas batallitas gloriosas. La final de 1993 aún estaba grabada en la memoria de todos.

—Además, tu cara quedaría muy bien en los carteles electorales

—bromeó el alcalde.

Christophe sonrió a pesar del agobio que sentía. Odiaba ese tipo de situaciones. Desde siempre, tenía costumbre de complacer a la gente. Decir no seguía siendo un reto.

—¿Y bien? —insistió el tío Müller.

—No sé qué decirle.

—Bah, pues entonces di que sí. No es tan difícil.

—Nunca he hecho nada por el estilo.

—No tiene ningún truco. En cuanto alguien toma una iniciativa, tú le dices que es estupenda. Desconfía de los sociatas, y luego lo demás es siempre igual: la convivencia, la democracia, la promoción regional, las fuerzas vivas, sueltas el rollo. Y, por encima de todo, dices amén cuando la gente se queje.

—No creo que tenga tiempo —dijo Christophe.

El viejo apartó la mirada y pareció olfatear el viento que se había levantado y pegaba la ropa a la piel.

—¿De verdad tienes intención de volver a jugar? ¿A tus años?

Christophe se limitó a pegar la barbilla al pecho, súbitamente pensativo. Nadie lo entendía. Cada partido llamaba al siguiente, cada gol, al de después. Estaba ahí, por todo el cuerpo, una memoria de las extremidades que llegaba hasta los huesos. La gente se imaginaba que las carreras deportivas tenían al final una puerta de salida, medallas colgadas de la pared y la satisfacción del deber cumplido. Pero era justo al revés. Siete años después de haberse retirado, aún soñaba algunas noches con la sensación de surcar la pista, el alivio de oír golpear el disco, los brazos estirados, el mundo deslizándose a su alrededor y los gritos del público. Tenía los hombros, los músculos y sobre todo las manos llenos aún de esas costumbres superadas. A veces casi le dolían.

Al cabo, alzando de nuevo la cara, se atrevió a mirar al viejo.

—Lo siento. Ahora mismo no puedo contestarle.

El tío Müller se encogió de hombros y sacudió la cabeza como si le hubieran contado un buen chiste.

—Bueno. De todas formas, ya volveremos a hablar del tema. —Y tras empuñar la carretilla añadió—: Pero ¿estás completamente seguro de que te pondrán a jugar?

Por suerte, Christophe notó la vibración del móvil en el bolsillo. Era su padre.

—Lo siento, tengo que contestar. Enseguida estoy con usted.

Así pues, el alcalde de Cornécourt siguió andando solo hacia la casa, encogiéndose con la carretilla vacía mientras el cielo, muy lejos, se inclinaba hacia la tierra.

—¿Diga?

Del otro lado, el padre de Christophe empezó a farfullar con vehemencia. Hablaba del niño, de la hora que era, de la maestra y de los demás críos del cole. Christophe escuchaba lo mejor que podía, tapándose un oído y agachando la cabeza para protegerse del viento. Dijo que sí varias veces, y luego que de acuerdo, y prometió llamar dentro de veinte minutos. Entonces su padre se calmó y pudo reunirse con el alcalde de Cornécourt, que lo estaba esperando adosado a su cuatro por cuatro.

—¿Y qué? ¿Cómo está tu padre?

—Bien, bien.

—Salúdalo de mi parte.

—Descuide.

Se estrecharon la mano. El alcalde dijo que su oferta seguía en pie. Al menos, de momento. Christophe se lo agradeció y prometió que se lo pensaría. Según se iba, vio por el retrovisor al viejo, que seguía allí plantado y lo miraba marcharse, a pie firme, peor que un juez.

Las primeras gotas se estrellaron contra el suelo precisamente cuando Christophe estaba aparcando en la cuneta. Tiró del freno de mano y miró el cielo a través del parabrisas. Entonces la tromba de agua pareció caer de golpe, ahogando todo el paisaje. Antes de llamar a su padre, Christophe se paró a dar unas caladas al vapeador.

—Hola, papá.

—¿Has intentado devolverme la llamada?

—Te la estoy devolviendo ahora mismo.

—Acabo de recoger al niño en el cole.

—¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre. Unos niñatos de mierda que se meten con él.

—¿Qué le han hecho?

—No lo sé. Iba llorando en el coche.

—¿Le han pegado?

—No lo sé. El caso es que no quiere volver.

—¿Le has preguntado lo que ha pasado?

—No quiere contar nada.

—Voy a pedir otra cita con la maestra.

—Ya estuviste allí. Y has visto que no sirve de nada.

—¿Qué quieres que te diga?

—Es tu hijo. Si tú no haces nada, me encargaré yo.

Fuera no quedaba ningún detalle al que aferrarse, solo el ruido continuo de la lluvia contra la carrocería. Christophe notó que le palpitaba el párpado derecho y se pasó dos dedos por la cicatriz diminuta que tenía justo debajo del ojo, el pedacito de sí mismo que se había vuelto insensible después de un mal golpe.

—El peor —explico su padre— es un cabroncete con zapatillas de baloncesto rojas. Como siga así, lo voy a coger por banda y se va a enterar.

—Pásame a Gabriel, por favor —dijo Christophe.

Al cabo de unos segundos, oyó la vocecita aguda que arrastraba las eses.

—¿Diga?

—Hola, pituso. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Y el cole?

—Bien también.

—El abu me ha dicho que has llorado.

—Un poco.

—¿Se han metido contigo?

El niño no contestó y Christophe se encontró solo en el vacío del habitáculo, donde retumbaba el eco sordo de la lluvia. Volvió a chupar la boquilla del vapeador, fuerte, que le quemase.

—¿Ya estás mejor?

—Sí —contestó la vocecita del otro lado.

—Bueno… ¿Me pasas otra vez al abu?

A Christophe no le dio tiempo a añadir nada más, su padre ya había recuperado el auricular.

—¿Vas a volver muy tarde?

—Sí, un poco.

—¿Hacia qué hora?

—Sobre las doce, supongo. Ya sabes, te lo conté. He quedado con su madre.

—¿Y ahora qué tripa se le ha roto a esa? —gruñó el padre.

—Nada, zanjar detalles para las vacaciones, chorradas.

—Bueno. Yo voy a hacer unos buñuelos. Con mermelada de arándanos, para levantarle el ánimo.

—De acuerdo… Intentaré no volver muy tarde.

—Bueno, pues, entonces, hasta la noche. Diviértete.

—Ya ves tú…

Seguramente tendría que haber pasado por casa antes de ver a Charlie. Desde que se habían separado, vivía en casa de su padre, con el niño cuando le tocaba la custodia. Pero ante la perspectiva de encontrarse otra vez con el caserón mal caldeado, el olor tan particular de la edad y las costumbres, al pensar que tendría que soportar una vez más el eco de las noticias de la BFM al fondo del pasillo y los patines en el vestíbulo, le faltó valor.

Volvió a la carretera y fue rumiando las viejas reflexiones de siempre mientras vapeaba de tanto en tanto. Se había pasado la vida así, con el culo entre dos sillas. Para empezar, tuvo que actuar de intermediario entre su padre y su madre. Y luego llegaron los otros grandes dilemas, el deporte o los estudios, Charlie o Charlotte Brassard, y ahora esto, la eterna frialdad entre su padre y la madre del niño, sobre todo desde que esta les había comunicado que tenía intención de mudarse.

—No pienso dejar que lo haga, jamás —avisó el padre.

Christophe recordó la escena. El viejo estaba viendo la tele, un programa por cable sobre unos manitas que te reformaban una casa de arriba abajo sin gastarse ni un céntimo. Ni siquiera se molestó en apartar los ojos de la pantalla.

—Ni siquiera entiendo que la dejes hacerte algo así.

Había que verlos, al viejo y al crío, lo bien que se llevaban. Por las noches, cuando Gabriel quería escaquearse de irse a la cama a su hora, siempre podía contar con que el abuelo lo apoyara y no era infrecuente que acabasen los dos dormidos en el sofá, el niño con las mejillas encarnadas y el viejo roncando. Christophe se preguntaba qué sería capaz de hacer su padre si el crío llegaba a irse de verdad.

Christophe llegó a casa de Marco según daban las seis. Su amigo también vivía en casa de sus padres, aunque solo, porque su padre había muerto y su madre estaba en una residencia; era una casa

bastante aislada, a menos de diez kilómetros de la autopista, en una zona apartada que no era pleno campo, pero tampoco era ya urbana. Cuando sus padres compraron el terreno, el mercado inmobiliario estaba bajo y pudieron construirse la choza de sus sueños por una suma que resultó ser módica. Mil metros cuadrados de césped, dos plantas, tres habitaciones y dos baños. Las noches en que estaba de muy buen humor, Marco se planteaba excavar una piscina.

En cualquier caso, en su casa los colegas siempre eran bien recibidos. Como demostraban la alacena llena de galletitas saladas y el barril de cerveza puesto a refrescar en la bodega. Y, aunque se sabía cuándo llegaban, la hora en que se iban no estaba tan bien documentada.

—Anda —dijo el dueño y señor del lugar al abrir la puerta—. ¿A qué debo el honor?

Marco era uno de esos gigantes desubicados que pesan cien kilos a los quince años y nunca tienen el temperamento acorde con su fuerza. Al ver de nuevo esa cara de buenazo con pelo rizado, Christophe se sintió mejor enseguida.

—Pasaba por aquí y vi tu coche.

—Justo para el aperitivo —observó Marco.

—No tengo mucho tiempo.

—Venga, hombre, que acabas de llegar.

—¿Estás solo?

—Sí.

Marco se ganaba la vida conduciendo un vehículo sanitario ligero, lo cual consistía en recorrer las carreteras a bordo de un Passat blanco con una estrella azul pegada a ambos lados, pisando a fondo y escuchando Fun Radio todo el día. Se tiraba pues todo el año llevando a pacientes con insuficiencia renal o leucemia y a ancianos diabéticos que requerían los servicios de medicina punta del hospital universitario de Nancy. Se conocía cada kilómetro del departamento de los Vosgos, las gasolineras más baratas y el emplazamiento de cada radar. Conservaba el carné por un solo punto. No había tenido ni un solo accidente desde 2007.

—¿Qué bebes?

—Nada. Lo mismo que tú.

Los dos hombres pasaron por la cocina donde nada había

cambiado desde que la madre de Marco ingresó en la residencia. La pared de la encimera estaba decorada con una representación naif de dos leñadores y un *schlitte* en la ladera de una montaña. Encima de una mesa se amontonaban facturas y ofertas de Daxon. Una bombilla cubierta con una pantalla de fantasía lo iluminaba todo con un toque andaluz.

—Espera, vamos fuera, he mandado poner una cosa que te vas a tronchar.

—Se nos van a congelar los huevos.

—Qué va, tú vente.

Marco sacó dos birras de la nevera, unos pistachos y salieron al porche que formaba el voladizo de la terraza. Allí Marco había instalado dos estufas de exterior tipo sombrilla y un salón de jardín nuevecito. Encendió las estufas y enseguida fue como estar en Brasil.

—Cómo pega, ¿eh? —comentó el hombretón con el rostro iluminado—. Con esto puedes hacer una barbacoa en Navidad si te apetece.

—Estás fatal —dijo Christophe, que ya se estaba riendo, mientras daba caladas al vapeador—. Debe de consumir una burrada.

Marco hizo un ruidito con la boca que equivalía a encogerse de hombros y ambos se acomodaron en las sillas de plástico.

—Chinchín.

—A tu salud, grandullón.

Los dos amigos bebieron un trago largo de cerveza y se quedaron un rato así, sin decir nada, disfrutando de la temperatura y la tranquilidad. Hasta que Marco se puso de pie para encender los focos que alumbraban el césped, que revelaron la silueta frondosa de los árboles y, a unos diez metros de distancia, una cuerda tendida entre dos postes de la que colgaban varias pinzas para la ropa.

—Fíjate.

Marco acababa de coger una carabina de aire comprimido que estaba metida en un rincón y se la apoyó en el hombro. Se oyó un ruidito neumático y enseguida una de las pinzas se puso a dar vueltas, allá en la cuerda.

—¡Anda, cómo mola! —se entusiasmó Christophe, que había

soltado la birra y quería probar.

—¿Has visto?

—Reconozco que es la idea del siglo.

Marco estaba radiante. Abrió el cañón, metió un perdigón nuevo y le alargó la carabina a Christophe, que tuvo que disparar tres veces antes de romper una pinza. Esta cayó en el césped entre otros cadáveres. Por lo visto, Marco llevaba una temporada divirtiéndose así.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Encontré la carabina de mi hermano pequeño en el sótano. La verdad es que es un gustazo al volver del curro.

—Es perfecto, sin más.

Los dos hombres siguieron disparando por turno y se tomaron otra birra, cruzando escasas palabras y divirtiéndose como críos. Se conocían desde pequeños y se notaba. Cuando Seb Marcolini aterrizó en el *collège* Louise-Michel, Christophe ya jugaba en benjamines y fue él quien convenció al recién llegado de que se metiera en el hockey. Lo malo era que la familia Marcolini tenía tres chavales y un solo sueldo, el del padre, que trabajaba de factótum en la escuela infantil del centro. Así que los padres de Christophe tuvieron que adelantar la pasta para comprarle el equipo al joven Marco. Material Artis del malo, pero no dejaba de crear vínculos.

Más tarde, los Marcolini ganaron un buen pellizco a la lotería, casi setecientos mil francos, lo suficiente para crear envidias y salir en primera plana en *République*

L'Est

. Gracias a ese filón pudieron construir la casa donde Marco seguía viviendo y devolverles el préstamo a los Marchal, entre otras cosas. Tras lo cual, Marco padre desbarró un poco, comprándose un Chevrolet y aficionándose a los bares de alterne, donde había cogido la costumbre de invitar a copas diariamente a multitud de nuevos amigos. La escuela infantil enseguida lo puso de patitas en la calle y la historia acabó una Nochevieja con él al fondo de una cuneta. A la madre de Marco, que se había librado por los pelos, se le quedó desde entonces cierta desconfianza hacia la Française des Jeux y los coches de gran cilindrada.

El caso es que, como el equipo de benjamines contaba con dos

Seb (Seb Madani y Seb Coquard), al recién llegado empezaron a llamarlo Marco y se le quedó el nombre. En lo que al juego se refiere, este último resultó ser bastante lento y torpe y, a pesar de su tamaño, nunca logró intimidar a nadie. Pero era de esa clase de tíos de trato fácil y buena pasta que animan el ambiente en el autocar y después de los partidos. Veinticinco años después, era el que llevaba el bombo en el club de hinchas, los Caníbales. Y todavía faltaba el tercero en discordia, Greg, antiguo jugador de hockey y también amiguete del *collège*. Esos tres no dejaban pasar una semana sin verse.

—¡Ahí va! —dijo al cabo de un ratito Christophe, devolviéndole la carabina a Marco.

Acababa de fijarse en qué hora era.

—Me tengo que ir. He quedado con Charlie.

—Qué putada.

—No, esta vez es para una chorrada.

—Ahora entiendo por qué vas trajeado.

Marco tampoco había tragado nunca a Charlie. De todas formas, las pibas de los colegas no solían gustarle. Y, lo que era él, su vida sentimental siempre había sido un gran misterio. Sí que tuvo, en un momento dado, algo con una tía que era enfermera en el departamento de Meurthe y Mosela. Pero en poco tiempo dejó de ser novia para convertirse en una buena amiga de esas a quienes se echa una mano. Por ella, Marco había cortado el césped y alquilado una camioneta para transportar un armario ropero de Ikea. De lo demás, nadie sabía nada.

Las veces que Christophe y Greg hablaban del tema, les gustaba imaginarse una vida secreta. Así pues, era habitual que dijeran cosas como «voy a llamar al mariquita de Marco y quedamos todos en mi casa» o «¿sabes algo del julandrón de Marco?». Pero nunca lo hacían a malas. Los tres colegas se pasaban por sus respectivas casas, visitas breves, sin motivo, lo que tardaban en tomarse algo, charlar de deportes o del curro, la familia y los recuerdos, a veces de la actualidad. Nunca de política. Los viernes por la noche, el aperitivo a menudo acababa degenerando. Entonces, a altas horas de la noche, con el deslumbramiento de la borrachera, podía suceder que mencionaran el nombre de una tía, una antigua relación mal cicatrizada o vagas esperanzas. Aunque el amor seguía

siendo un tema tabú, escondido en lo más hondo del pecho, inaccesible a las palabras.

—¿Y dónde habéis quedado? —preguntó Marco.

—Vamos a Les Moulins Bleus, al lado de la bolera.

—Vaya sitio más raro.

—Lo ha elegido ella.

—Lo bueno es que es barato.

—Sí, bueno, tampoco es que esté a dos velas.

A Christophe le costaba despegarse de allí. No le hubiese importado tomarse otra birra para el camino, por aquello de. Pero Marco apagó los focos y las estufas de exterior. El césped volvió a quedarse a oscuras.

—Bueno —dijo.

—Ya.

En la puerta de entrada, antes de separarse, los dos hombres se quedaron un rato parados delante de la vitrina de soldaditos de plomo del padre de Marco. Bastó con un anuncio de la editorial Atlas en la tele para que este comprara los tres primeros y lo atrapara el engranaje. Granaderos, cazadores, húsares, dragones, el mismísimo emperador, allí estaban todos, verticales y detallados, con sus cañoncitos, las caretas mal dibujadas, las plumas de colores, ridículas a la par que imponentes. Lo que se habían reído con la colección esa a los quince años, cuando iban a fumar petas a casa del grandullón.

—Por cierto —dijo Marco—, ¿al final te llamó el entrenador?

—No, aún no.

—Mierda…

—De todas formas, no sé si tendría tiempo de ir a entrenar. Bastante de culo voy ya, con el curro y el crío.

—Ya te digo —dijo Marco jocoso.

Y Christophe también sonrió. Amos se acordaban perfectamente de los partidos en el fin del mundo, las fiestas en los hoteluchos de Nantes o de Chamonix, el canguele que entraba en el vestuario antes del primer saque, quince tíos blindados como antidisturbios, con el trasero pegado al banquillo y el corazón saliéndoseles del pecho. Fuera, el bramido abstracto del gentío. «Venga, chavalines, vamos allá». No había nada como ese escalofrío.

—Bueno, que me largo.

—Hasta otra.

Se dieron un par de besos y Marco le deseó que tuviera un buen polvo.

—Sí, seguro…

Antes de marcharse, Christophe se quedó un rato en el coche, dando caladas al vapeador sin moverse, con una ventanilla entreabierta, disfrutando de la calma, de la oscuridad, del aire vespertino cargado de un resto de humedad. A lo lejos, un punto luminoso señalaba la elevada chimenea de la fábrica de pasta de papel, la empresa que más gente contrataba en Cornécourt. Allí trabajaba Greg. Bueno, en realidad cada vez menos desde que había conseguido que lo eligieran para el comité de empresa. Norske Tre, de hecho, había intentado largarlo en varias ocasiones so pretexto de que se pasaba las horas de actividad sindical en el bar. A Greg le encantaba contar lo de las convocatorias de la dirección y las cartas con acuse de recibo, se descojonaba. Su optimismo no dejaba de resultar misterioso teniendo en cuenta la vida que llevaba, soltero, cargado de deudas y sin tan siquiera el carné de conducir. En la última fiesta de Nochevieja, había aparecido de traje y botas tejanas, con tres cajas de Mumm. Lo cual, en su situación económica, resultaba casi kamikaze. Pero a Greg se la pelaba. Su padre había muerto joven, diabético y adicto al París-Brest. De hecho, él bebía bastante y se fumaba dos cajetillas de Camel al día. En la vida, no había que agobiarse.

Por fin, Christophe se decidió a ponerse en marcha y buscó en la radio una canción que lo acompañara en la carretera. A menudo, cuando conducía así, recorriendo las calles archiconocidas de ese pueblo donde había nacido y querido y donde ya estaba envejeciendo, le gustaba dejarse llevar por alguno de esos viejos éxitos carentes de nobleza que emitían en la FM. No había nadie por la calle, las farolas jalonaban el trayecto y, poco a poco, notaba que lo invadían los grandes sentimientos que inspiran las letras de los temas que has escuchado de crío y se te han quedado grabadas. Entonces, se soltaba. Johnny Hallyday, al que despreciara durante tanto tiempo, ahora le partía el corazón. Cantaba sobre los vuelcos del destino, los hombres destrozados, la ciudad, la soledad. El paso del tiempo. Con una mano en el volante y el vapeador en la otra, Christophe repetía la historia, un hombre solo con sus recuerdos.

Las marquesinas donde había perdido la mitad de su infancia esperando el autobús escolar. Su antiguo insti, los kebabs que habían surgido en cada esquina, la pista de hielo donde había pasado sus mejores momentos, los puentes desde los que había escupido en el Mosela para engañar al aburrimiento. Los baretos de apuestas, los burgers y luego el vacío de las canchas de tenis, la piscina apagada, la lenta transición hacia las zonas de casas unifamiliares, el campo, la nada.

Esa noche se topó con *Les Lacs du Connemara* y volvió a ver a su madre con el delantal de flores, desgranando guisantes un domingo por la mañana, con Sardou en la radio, mientras él dibujaba un castillo, la primavera por la ventana. Luego, en la boda de su prima, cuando vomitó detrás de la sala de fiestas con una estúpida corbata anudada alrededor de la cabeza, *colorent la terre, les lacs, les rivières*. Su padre lo había llevado a casa al amanecer y, en un semáforo en rojo, le dijo: parece que estás en una montaña rusa. A los veinte años, el mismo tan-tatán-tatatatatán en una discoteca a las afueras de Charmes, con el humo del Marlboro y Charlie en el brillo brumoso de la luz rosa y azul, antes de volver al frío punzante de los aparcamientos y a la vuelta a casa mortal por las vías rápidas. Al cabo de diez años, en el bar, a las siete de la mañana, la voz amortiguada del cantante mientras se tomaba un café en la barra, con el cansancio pesándole bajo los ojos y preguntándose de dónde iba a sacar valor para llegar hasta el final de otra jornada. Y luego, a los cuarenta, una Nochebuena después de haber dejado al niño en casa de su madre, con la voz silabeando *autour des lacs pour les vivants*
c'est
, mientras él, solo al volante, no sabía siquiera dónde iba a cenar ni con quién, había acabado allí, con menos pelo y la camisa apretándole la cintura, sorprendido por la sabiduría de anciano de esa canción con su manido heroísmo de prospecto, que lo había pillado desprevenido en un coche que ni siquiera era suyo. Christophe pensó en esa chica que se había empeñado en tener y que lo había dejado. En ese crío que lo era todo y para el que nunca encontraba tiempo. La sensación de estropicio, de hastío y de irreversibilidad. Pese a todo, había que vivir y tener esperanza a pesar de la cuenta atrás y de las primeras canas. Llegarían días

mejores. Se lo habían prometido.

3

Hélène había salido de esa primera cita totalmente sonada, aunque desde luego no era la cita en sí la causa principal de esa confusión. Sea como fuere, en lugar de ir en dirección hacia Nancy para volver directamente a casa, había dejado que la dominaran antiguos reflejos y había cogido la carretera de Remiremont sin ni siquiera darse cuenta, la misma por la que iba de cría para ver a sus abuelos. Unos segundos de despiste habían bastado para que se impusiera el camino de la memoria. En cuanto lo dejabas, el pasado volvía a campar por sus respetos.

Según se percató del error, Hélène dio media vuelta inmediatamente, pero entonces se perdió por algún lugar entre Dinozé y Archettes. Y eso que en esos parajes la carretera departamental no albergaba sorpresas. Al final se paró en la cuneta para consultar el GPS, pero el chisme no se aclaraba y acabó impacientándose y saliendo del coche para fumar un cigarrillo en la oscuridad. En un momento dado, un conductor aminoró la marcha, preguntándose que pintaba allí la tía esa, con falda y tacones, fumando a medianoche en mitad de la nada. Una puta, seguro. Hélène le escribió a Lison: «Menudo desastre, ya te contaré».

Y eso que la cosa no había arrancado del todo mal. Manuel se parecía a sus fotos, lo cual ya suponía una grata sorpresa. Treinta y pocos, camisa lisa, New Balance en los pies y pinta algo pasmada, algo así como un adolescente al que han sacado de la piltra, pero con la mirada dulce y el vientre plano, para variar. Habían quedado en la terraza de un café del centro, en Épinal. Allí se tomaron una copa charlando de todo y de nada.

Aun así, a Hélène le costó relajarse. No le gustaba esa ciudad y le daba mucho miedo encontrarse con algún antiguo conocido. Eso era lo malo de los sitios pequeños, que siempre estaban llenos de rostros familiares, de relaciones antediluvianas que podían pillarte por banda sin avisar, qué tal estás, cuánto tiempo sin verte, qué tal

tus padres. Además, estos últimos vivían a tres kilómetros y se le hacía raro estar allí y no pasar a saludarlos.

Lo primero que hicieron ella y Manuel fue repetir de viva voz muchas de las cosas que ya se habían dicho virtualmente, como para verificarse, terminando a veces las frases del otro, en ese momento tan raro en que cada palabra actuaba un poco como santo y seña. En cambio, las conversaciones algo subidas de tono que habían tenido era como si no existieran. Cuando estuvieron cara a cara, se limitaron a una cordialidad de buena ley y luego pasaron revista a los temas anodinos, el trabajo, el chaparrón que había caído poco antes, una peli que les había gustado a los dos, esa historia de amor desenfrenado con Vincent Cassel, en cambio a él la última de Tarantino le había parecido un coñazo con demasiada palabrería, cosa que ella no cuestionó porque, de todas formas, no le gustaban mucho ese tipo de historias, los espacios cerrados la aburrían casi tanto como los *quid pro quo*.

Pero, en varias ocasiones, Hélène notó que en lo que decía Manuel afloraba algo perturbador que había dejado una arruga desagradable en la superficie de la conversación. Por ejemplo, no le parecía tan absurdo que los ingleses quisieran largarse de la UE. Aunque no tenía nada contra Europa, por supuesto. También hacía un uso desmedido de la tercera persona del plural para referirse tanto a los medios de comunicación como al poder legislativo o a las fuerzas ocultas responsables de los pronósticos meteorológicos. Hélène no se había escandalizado sobremanera, pero no tardó en sentirse incómoda, con la piel tibia, como atrapada bajo un jersey de cuello vuelto fino y sintético, sin saber si ese malestar era consecuencia de la situación o del bochorno que había dejado la tormenta. Se disculpó para ir a refrescarse y, cuando estuvo en el aseo, se paró para observarse detenidamente en el espejo. Se miró muy de cerca, fijándose aquí en una arruga, en las sienes unas hebras blancas, puede que cierta flaccidez en las mejillas, en cambio la mirada seguía intacta, chispeante y profunda. Y se dijo: «¿Qué coño estás haciendo aquí, hija de mi vida?». Se quedó pensando en ese chico, se preguntó si merecía la pena. Lo cierto era que no la entusiasmaba. Quizá fuera cosa de insistir. Seguramente ese era el precio de la aventura.

Con un movimiento helicoidal y firme volvió a hacerse el moño

antes de volver a la terraza, donde pidió otra copa, esta vez un *spritz*, que la ayudó a valorar más los ojos de color gris azulado de Manuel, los antebrazos bastante sexis y mil otros detalles que diez minutos antes eran invisibles y ahora, de golpe, resultaban muy tentadores. *Prosecco* mediante, había dejado de ser un extraño.

Por desgracia, al notar que estaba ganando puntos, el muy imprudente bajó la guardia y se dejó arrastrar a las confidencias. Así fue como Hélène se enteró de que llevaba casi dos años preparándose para las pruebas de selección del *reality Koh-Lanta*, cosa que se había guardado muy mucho de revelar antes. Corría tres veces por semana, había empezado con el buceo a pulmón libre y el yoga e iba lo más a menudo posible a un gimnasio al lado de su casa, donde se centraba en los ejercicios de cardio. Cuando hacía bueno, hacía senderismo por los Vosgos y ayunaba todos los meses para ir acostumbrándose a las futuras privaciones. Hélène escuchó el relato de cómo se estaba curtiendo con decreciente regocijo. Manuel también mencionó su índice de masa corporal, su velocidad aeróbica máxima y los inconvenientes comparados de las distintas pruebas de inmunidad. Aunque, en conjunto, lo que más importaba era la fortaleza mental. Y, en ese aspecto, él no tenía nada que temer.

A la tercera copa, la situación se deterioró aún más cuando Hélène reconoció en la terraza a una piba que había sido compañera suya en el *collège*. Sonia Mangin, una rubia de piel sonrosada, que se había quedado huérfana de padre a los doce años, ya fumaba en quinto y tenía cuatro hermanos mayores a cual más grillado. Por aquel entonces se decía que se había tirado a todo el barrio. Y resulta que ahora la tenía sentada a diez metros, casi guapa, en cualquier caso con pinta de que le iba bien, en compañía de un tío alto con camisa de rayas y mocasines de antelina. Hélène notó encima sus ojos escrutadores, fisionomistas y azules. Al final la tía acabaría saludándola con un ademán y queriendo entablar conversación. Todo lo cual tenía tan preocupada a Hélène que casi se olvidó de su aprendiz de superviviente. Hasta que a este se le ocurrió la genialidad de desabrocharse la camisa para enseñarle un tatuaje maorí. Entonces Hélène volvió en sí, con los ojos como platos y las mejillas encendidas de golpe.

—Pero ¿de qué vas?

—¿Qué?

—Para, no estamos solos…

El treintañero pareció desamparado, sus cejas lanzaron subrepticias señales de auxilio antes de abotonarse la camisa rápidamente.

—Vale, vale —refunfuñó—. A quién le importa lo que piensen.

Tardó cinco minutos largos en desenfurruñarse, mientras Hélène buscaba una escapatoria, mirando el reloj de pulsera, el móvil, el cielo por encima de su cabeza. Por lo menos, Philippe no había intentado localizarla, algo es algo.

—Creo que debería ir yéndome —aventuró.

—No, escucha…

Entonces Manuel le explicó que lo sentía mucho. Que no era cosa de despedirse así. Estaba empeñado en invitarla a cenar, en plan amigos, para acabar la cita de buenas formas. Mientras tanto, Sonia Mangin había empezado a cuchichear y hasta su acompañante se había dado la vuelta un par de veces. Hélène tenía que actuar rápido antes de que su antigua compañera provocara el tan temido reencuentro.

—Venga, vale, vamos a cenar, pero que sea algo rapidito y sencillo.

—Podemos ir a L'Étiquette.

—Prefiero un sitio más tranquilo.

—Entre semana está medio vacío.

—Entonces, menos céntrico.

—Tampoco es cosa de ir al Flunch…

Y como Hélène ya estaba guardando la cajetilla de tabaco en el bolso, Manuel envidó el resto.

—Está bien. Ya sé dónde podemos ir. Estaremos a nuestro aire.

Así fue como acabaron en Les Moulins Bleus, un restaurante de franquicia que tenía la ventaja de garantizar un servicio rápido y estar relativamente apartado.

Dentro, la disposición del local se parecía bastante a la de un *open space*, con islotes de mesas y separaciones a media altura adornadas con plantas artificiales. Los camareros describían por allí trayectorias apresuradas, sonriendo alternativamente y cruzando como exhalaciones las puertas de vaivén de la cocina, de la que salían efluvios variopintos. Nada más entrar, Hélène tuvo la

precaución de pasar revista a la clientela buscando un perfil conocido, una silueta que pudiera resultar preocupante y, cuando se quedó tranquila, eligió pese a todo la mesa más apartada. En unas pantallas colocadas en lo alto desfilaban fotos del dueño en compañía de famosillos como Michel Cymes, Fank Lebœuf o Véronika Loubry. La carta, pletórica, ofrecía desde pizzas hasta cigalas, pasando por el ineludible café con dulces.

—¿Ves algo que te apetezca? —preguntó Manuel.

—Creo que no tengo mucha hambre.

—Puedes pedir el carpacho. O la ensalada César.

—Sí.

—¿Sí qué?

—El carpacho. Me parece bien.

Después de pedir, se quedaron solos frente a la obviedad de su fracaso. Él la miraba ahora con ojos de *basset* preocupado por su escudilla. Ella ya no se atrevía a hacer el menor ademán. La conversación parecía estar en morse. Hélène se refugió en las mesas vecinas.

A su izquierda, tres mujeres de mediana edad bebían cócteles contándose anécdotas de sala de profesores. Detrás de Manuel, identificó por sus trajes holgados a unos comerciales juerguistas que pedían jarras de cerveza y salían del local por turnos para fumar. Más allá, los ocho comensales de una misma mesa ya estaban atacando el postre. Por la ropa recién sacada del armario, la carita aseada de los niños y su aspecto repeinado se intuía que se habían arreglado para una ocasión especial. Un cumpleaños quizá. Ocupaban las otras una pareja de cincuentones disfrutando de unos filetes a la milanesa, una joven con manicura francesa a la que se estaba camelando un chico que sudaba la gota gorda en su camisa ajustada o un señor mayor de cara plana que comía brochetas con su hijo. Y, al fondo del todo, del lado del aparcamiento, esa mujer de rostro hermoso y amarillo que cenaba con un hombre de espaldas. Hélène se quedó mirándola, por la curiosidad que le despertaba la velocidad de metralleta con la que las palabras fluían de su boca, admirada por su máscara de combate mientras el hombre que tenía enfrente parecía encajar los golpes sin rechistar. ¿Qué se estaría urdiendo entre ellos, en esa tormenta pública de baja intensidad? ¿Qué cantidad de amor o de odio?

Pero, cuando la camarera les deseó buen provecho, Hélène no pudo por menos que volver en sí. Al otro lado de la mesa, Manuel estaba de morros. Comieron en silencio. De tanto en tanto, Hélène volvía a echar un vistazo a la pareja para encontrársela siempre con la misma actitud, la mujer guapa e imperiosa, la silueta del hombre recia e inmóvil. Hasta que este se volvió antes de ponerse de pie y a Hélène se le salió el corazón del pecho.

—¿Te encuentras bien? —dijo Manuel.

—Sí, sí, estoy bien.

Y, sin embargo, se le acababa de derrumbar por dentro todo el andamiaje de la edad adulta. Se sirvió una copa de vino con manos temblorosas. Torciendo el gesto, su cita le preguntó:

—Pero ¿qué te pasa?

Pasaba que Hélène había querido distanciarse a golpe de estudios, de títulos y de costumbres elevadas. Se había marchado de esa ciudad para convertirse en esa mujer de ensueño, eficaz y consecuente. Y ahora, como a una estúpida, en un restaurante de franquicia encajonado entre un cementerio y un aparcamiento, le acababa de dar un calentón al ver a Christophe Marchal. Veinte años de esfuerzo que se iban al garete.

A partir de ese momento, ya no pudo tragar ni un bocado. La adolescencia había emergido de pronto, cerrándole la garganta, las borrosas sensaciones de servidumbre y de liviandad, las lágrimas por naderías, las amigas, los chicos y la pista de hielo los sábados, las hojas perforadas del cuaderno de anillas y las notitas grandilocuentes que escribían en las mesas de la biblio entre un montón de tacos y el dibujo de una polla corriéndose.

—Bueno, ¿nos vamos yendo?

—¿Qué?

—Pareces ausente.

—Solo estoy un poco cansada.

—Ya, un poco amuermada más bien.

El tono de Manuel se había vuelto tan duro de repente que a Hélène casi le dio miedo. Más allá, Christophe Marchal volvía del aseo. Ni siquiera se molestó en volver a sentarse a su mesa. Cruzó unas cuantas palabras más con la mujer, sin duda detalles logísticos sobre algo doloroso, por su actitud, y luego salieron del local sin mirar atrás. Hélène tuvo que contenerse para no abalanzarse a la

ventana y mirar si se subían al mismo coche.

Poco después, en el aparcamiento de Les Moulins Bleus, Manuel hizo un último intento de acercamiento.

—Mira, no se nos ha dado muy bien. Pero los dos sabemos para qué estamos aquí. No vamos a volver a casa, así sin más.

—Pues yo creo que sí, hemos visto todo lo que había que ver —contestó Hélène, desbloqueando el cierre del Volvo.

Él no pudo evitar agarrarla del brazo.

—¿Quién te has creído que eres? Que ya no tienes veinte años.

—Capullo —zanjó Hélène.

Y se largó de allí.

Al cabo de diez minutos, el capullo estaba insultándola por WhatsApp y por Tinder, con mensajes sobre su arrogancia, ser una zorra, el desprecio e irse a tomar por culo. Hélène lo bloqueó en todas partes sin tan siquiera molestarse en aminorar la marcha. Luego cogió el camino equivocado y ahora estaba fumando un pitillo en la cuneta, presa de las mismas sensaciones que hacía dos décadas. Gugleó en el móvil el bonito nombre autóctono de Christophe Marchal, pero no tenía suficiente cobertura y los datos se quedaron atrapados en las profundidades de internet. Hasta que se decidió a volver a casa y, si los habitantes de ese pueblucho de los Vosgos no hubiesen estado embobados delante de la tele, acostados o demasiado viejos, habrían visto pasar por su única calle un Volvo negro rozando los cien kilómetros hora. A bordo iba una mujer haciendo castillos en el aire, con el corazón cargado como un revólver.

Ya en casa, Hélène subió de puntillas las escaleras que conducían del garaje a la planta baja, con los zapatos de tacón en la mano. Philippe había dejado una nota encima de la mesa. Al final, la canguro no había podido ir y se había encargado él solito de las niñas. Un punto de exclamación marcaba el orgullo de ese padre que al final había estado a la altura. Luego venía información práctica de escasa importancia y unas palabras cariñosas en las que llamaba a Hélène «minina». Mientras leía, sacó el agua con gas de la nevera y bebió varios tragos, hecho lo cual subió al piso de arriba, con la falda arremangada por encima de los muslos para moverse más a sus anchas.

Le encantaba lo tranquila que resultaba esa casa por la noche,

cuando todo el mundo estaba en la cama. Era una construcción de aristas vivas y tejado casi horizontal, acristalada con amplios ventanales bastante exhibicionistas, a cuyo piso superior se accedía mediante una escalera de piedra negra sin barandilla que constantemente hacía temer un accidente doméstico; en definitiva, una casa que cualquiera tendría la tentación de calificar como moderna. Fuera, los dos SUV de la familia descansaban en la gravilla y daban una impresión estática y rumiante, mientras a su alrededor los árboles podados al milímetro se aborregaban creando un entorno protector. En todas las ciudades había viviendas de ese tipo, de aspecto sereno, inspiradas en el Japón y las colinas californianas y que albergaban en ellas el secreto de su posibilidad, el indispensable desorden de trastos y de dinero necesario para disfrutar de esos bloques de falsa eternidad. Ese era el precio del confort, que se pagaba en sangre y tiempo, pero, a altas horas de la noche, como en ese momento, cuando la ciudad descansaba allí abajo, daba gusto disfrutar del lugar que te correspondía.

Hélène se dio una ducha rápida, muy caliente, e hizo una ronda por los cuartos para echarle un vistazo a su grey. Philippe dormía, con un brazo metido debajo de la almohada, las niñas también, tan entregadas al sueño que parecían muertas, así que fue apresuradamente a la cocina en albornoz y zapatillas. Al cabo de un minuto escaso, con el portátil en las rodillas, estaba removiendo internet para encontrar a ese hombre que acababa de emerger en su vida.

Después de escribir su nombre en la barra de búsqueda, lo cruzó con otros nombres, fechas y lugares. Ni siquiera se había parado a ponerse las gafas y estaba encorvada, pegando las narices a la pantalla en la que crepitaban viejos recuerdos. De tanto en tanto, el pelo húmedo soltaba en el teclado una gota que Hélène secaba enseguida con el reverso de la mano. Hurgando en el blog de un hincha de hockey, encontró artículos de prensa antiguos que hablaban en particular de la final de 1993. En una foto aparecía Christophe reducido a una nube de puntos blancos y negros y aun así perfectamente identificable. El periodista había utilizado una cita suya para el titular: «Esta derrota no es el final».

Durante más de una hora se entretuvo removiendo el pasado en la mantequera de los algoritmos. En Copains

d’avant,
la red social para encontrar a antiguos compañeros de clase, emergieron otros rostros. John Morel. Magalie Clasquin. Virginie Comte. Jean-Didier Trombini. Marc Lebat. Hélène se había olvidado de todos ellos y ahora estaban de vuelta, al amparo de una foto de clase, alineados, con su fisionomía de fantasmas, los cortes de pelo inverosímiles, los gruesos y coloridos jerséis, esas pintas que trataban de equilibrar malamente el provincianismo y el *grunge*, el pizarrín con el año escrito y ese chaval de la última fila que entonces se le antojaba tan mono y ahora le parecía tan pavisoso. Y en cuanto a ella, que siempre se había sentido tan pánfila, descubría que al fin y al cabo no estaba tan mal con esa melena y la famosa cazadora Oxbow que le había costado tres semanas de negociación familiar. En aquella época habría vendido a su padre y a su madre por vestir esa marca.

Sobre todo, estaba su amiga del alma, Charlotte Brassard, pegada a ella. Las dos chicas llevaban la misma ropa, o casi, el mismo pasador en la coronilla, mascaban el mismo chicle de maracuyá. Qué raro se le hacía verla con esa carita y el jersey de Benetton. Aun así, Hélène no veía en esos píxeles el rostro que tenía grabado en la memoria. Curiosamente, lo que parecía estar borroso era la foto y el recuerdo, nítido. Y eso que todo estaba ahí, el decorado y esa colocación en un momento de cambio radical que no había cuajado: las antiguas amigas traicionadas, la nueva mejor amiga y los demás, que constituían el infierno benévolo del que había querido escapar a toda cosa. En el fondo, esa foto no era sino un monumento a los caídos, una mentira fija, la tumba de sus trece años.

Consultó en Facebook el perfil de unos cuantos para ver qué había sido de ellos. Muchos habían engordado, los hombres perdían pelo y las mujeres también, de hecho. Todos ponían cara de ser felices. Eran contable, artesano, panadero, *account manager, visual merchandiser*, profe de inglés, ama de casa orgullosa de serlo. Algunos habían reunido en los álbumes de fotos las pruebas de su éxito. A cada vez aparecían los mismos hijos, las mismas vacaciones, la imagen de un pedazo de moto o de un labrador con bandana al cuello. Todo lo cual, a la postre, resultaba muy deprimente.

Hélène se centró un rato en Charlotte, que tenía cuenta en LinkedIn y ahora vivía en Luxemburgo, donde ejercía la profesión de gestora de fondos. Había estudiado en el Instituto de Economía Científica y gestión de Lille. Por lo demás, no encontró ninguna foto reciente ni otros detalles. No existía en Facebook ni en Instagram y de Twitter ni hablamos. Hélène tuvo que conformarse con imaginar su existencia, en algún lugar al otro lado de la frontera. Y pensar que habían dormido en la misma cama, hasta se habían metido mano una vez, una noche de fiesta en casa de Sarah Grandemange. Todavía se acordaba de que después se le quedaron los dedos arrugados.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Philippe acababa de aparecer en lo alto de la escalera, en calzoncillos y con el pelo revuelto.

—Nada. ¿Te he despertado?

—Son las dos de la madrugada. ¿Te encuentras mal?

Hélène tuvo buen cuidado de no cerrar el portátil para no levantar sospechas y de enseñarle, en cambio, el resultado de sus pesquisas.

—Estaba picando algo y me he quedado abducida con esto.

Philippe apoyó las manos en los hombros de Hélène y se inclinó para ver mejor.

—Fíjate —dijo, recorriendo la página.

—¿Qué es?

—Una web para encontrar a los compañeros del insti. Es una juerga volver a ver qué cara tenían.

A Philippe se le iluminó la cara y recuperó su expresión jocosa de costumbre.

—¡Ah, sí! Me topé con ella una vez en la oficina. Me hizo perder toda la tarde. Las páginas esas son tremendas.

Pegados el uno al otro, se estuvieron riendo un rato de esos caretos inverosímiles, sus trayectorias, las historias que se contaba la gente, todo el numerito que supone exhibir nuestro destino en las redes sociales.

—Tampoco es que nosotros seamos mucho mejores, por lo demás.

—¿Y eso?

—Hacemos fotos de los postres que nos pedimos. Publicamos

cuando vamos a la playa o a esquiar. Casi montas un culebrón con tu yuca.

—La verdad es que sí… —admitió Hélène.

Philippe fue al fregadero para beber un poco de agua del grifo.

—¿Nos vamos a la cama? —preguntó Hélène cerrando el Mac.

—Sí, voy enseguida.

Pero Hélène sabía que se iba a tirar diez minutos mirando el correo electrónico antes de reunirse con ella. Puede que hubiese recibido un mensaje de los Estados Unidos o de Ámsterdam y respondería inmediatamente, como si perteneciera aún a esa casta de personas sin noche, la tribu de los camisas blancas, príncipes mercantiles que tejen en torno a la tierra, a golpe de vuelos y señales, la rotación invisible de los bienes y servicios. Hélène también había aspirado a eso, a una vida satelizada que se expresa en horas GMT, en la que no arrastras ya un maletón para irte de vacaciones a las Baleares, sino que correteas por los aeropuertos con una Samsonite rígida y diminuta cogiendo aviones como otros cogen trenes, conoces bares y hoteles por doquier, tienes un pisazo en el que no paras nunca, no te quejas, ya no sabes lo que es el cansancio, ya no eres más ese protón eficaz que participa en la mentalidad de su época.

En cambio, estaba pensando en Christophe Marchal.

Debajo del edredón, se preguntó qué haría, cómo sería su vida, si tendría hijos. Mañana seguiría investigando. Pensó que no debía de haber hecho grandes cosas, puesto que aún vivía por la zona. Seguramente se había casado con una lugareña, había dejado los estudios y vivía más o menos igual que sus padres antes que él, dignamente, es decir, como un cenutrio. Sea como fuere, los puestos que ocupaban en la escala del prestigio se habían invertido. El campeón ya no figuraba. La empollona insignificante había cambiado mucho.

Aquella noche, Hélène durmió poco, pero soñó cosas bonitas.

4

Con trece años, Hélène es una niña repelente.

O eso es lo que piensa su madre porque en casa no pega palo al agua, es respondona, corrige a sus padres cuando cometen una falta lingüística, se sube a la parra por un quítame allá esas pajas y vive en una burbuja donde Jim Morrison y Luke Perry ocupan un lugar preferente.

Y sobre todo porque se pasa el rato marcando las distancias y dándoselas de princesa que ha recalado por casualidad en casa de un matrimonio de campesinos. Ya desde pequeñita aleccionaba a sus padres. Y no parece que vaya a cambiar nada, porque a su alrededor todo el lenguaje ha empezado a deshilacharse. Un montón de cosas que se creía a pies juntillas ahora le resultan sospechosas. Los gestos amables ahora tienen pinta de manipulación. La candidez la escandaliza. Cuando su madre dice, por ejemplo, que «no todo el mundo puede ser ingeniero», o cuando le piden que se acabe lo que tiene en el plato porque hay países donde no tienen nada que comer. Por no hablar de las frases hechas que son como la sabiduría de los pelagatos: «más vale pájaro en mano que ciento volando», «quien mucho abarca poco aprieta», «lo barato sale caro». También cuando sus padres hacen apología de la sencillez, le ponen a sus primos como ejemplo, cuando critican a los ambiciosos o a los advenedizos, a los que exhiben sus logros, cuando alaban el mérito de los currantes, los trabajadores manuales, los manitas, los apañados, los que saben arreglárselas, los chanchulleros y otros contrabandistas del día a día. Cuando le dicen te vamos a mandar al campo para que aprendas lo que es la vida, cuando anteponen a un nombre propio el artículo definido, el Dédé, la Jacqueline, el Rémi, entonces Hélène nota que se tensa por dentro. Instintivamente, sin saber por qué, rechaza todo eso en bloque. Cada manifestación de esa forma de ser le sienta como un bofetón. Prefiere morirse antes que tener que vivir así, siendo

modesta y quedándose en su lugar. Se da muchas ínfulas. Una niña repelente.

Todos los miércoles por la tarde va a la biblioteca en la bici de su madre, en la que tiene prohibido montar. Le viene un poco grande, incluso ajustando el sillín, tiene que ponerse de puntillas cuando pilla un semáforo en rojo y pasa todo el trayecto, que no es tan largo, temiendo estropear la bonita bicicleta de montaña. Sus padres están trabajando y no se enteran. Así que se va de la casita unifamiliar haciendo equilibrios, calzada con sus Doc Martens falsas, cruza la urbanización y baja por la calle de
Jeanne-d'Arc
con el mochilón a la espalda. Cerca del ayuntamiento no se olvida de encadenar la bici con el antirrobo azul, hecho lo cual entra en la biblioteca diminuta que Cornécourt ha montado cogiendo aquí y allá, a base de donativos y legados. Una mujer muy alta y muy joven, con melenita recta y camisetas marineras, un cruce de espárrago y marimacho, la saluda llamándola por su nombre. Hélène contesta buenas tardes, señora. No sabe cómo se llama esa mujer a pesar de lo importante que es en su existencia. Porque la bibliotecaria la deja hurgar en las estanterías, le permite llevarse veinte libros, aunque el préstamo esté limitado a diez, y nunca le echa en cara que los devuelva tarde. Incluso le ha recomendado algunos de sus libros favoritos. *Mathilda*, por ejemplo. Hélène tenía once años y se quedó conmocionada. Desde entonces, es una lectora voraz, lo almacena todo, como Mathilda precisamente, lee contra el mundo entero, sus viejos, los demás, la vida.

Suele hacer el mismo recorrido. Empieza por los tebeos, la confitería, como quien dice. Le encanta Iznogud, las historietas sobre la historia de Francia con Francisco I y Ravaillac, *Yoko Tsuno*. Luego, las novelas, las colecciones de literatura juvenil Bibliothèque Verte y 1000 Soleils, Julio Verne y Emily Brontë. Y, por último, las revistas. Desde luego, están los números atrasados de
lire, Géo
J'aime
e *Historia*. Pero, un buen día, Hélène se topa con una pila de revistas rarunas que huelen a moho y resultan ser de lo más interesante. Una remesa llegada de algún sótano, con motivo de un fallecimiento o una mudanza. El caso es que desde el primer

momento la atraen como un imán. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, se pone a hojear un número tras otro. No tarda en sentirse un poco asustada y bastante rara. Las páginas están llenas de personajes en pelotas, monigotes de ciencia ficción inquietantes, aventuras con tetazas y esa otra cosa: el vientre de los hombres. Hélène ya no puede dejar de pasar las páginas. Coge cinco para empezar, que coloca sobre el mostrador, debajo de los demás libros de la pila. Al ir a registrarlos, el Espárrago le pregunta:

—¿Seguro que esto es para tu edad?

Hélène nota cómo se le suben los colores. Dice que sí y el Espárrago se ríe antes de registrar los préstamos en una ficha grande. Veinticinco volúmenes, entre ellos cinco números de *Métal Hurlant*.

—Pues ya está, todo bien.

Al volver a casa, Hélène mete las revistas debajo de la cama y espera que llegue la hora indicada, después de apagar las luces, para leer las historietas de John Difool y de Thorgal tumbada tripa abajo con la almohada metida entre los muslos. Pasa varios días rebullendo y releyendo mucho, con miedo a que la pillen, pero sin poder dejar de hacerlo. El mínimo ruido en el pasillo le desboca el corazón y apaga corriendo la lámpara de la mesilla. Pero, irresistiblemente, vuelve a las viejas revistas que huelen tan mal y sientan tan bien. En la biblioteca, las sacará todas y el Espárrago las registrará sin decir esta boca es mía.

Más o menos por la misma época se topa con los libros que su padre guarda en la mesilla de noche, *Amok à Bali, de la rivière Kwaï, Requiem pour tontons macoutes*
L'Or
. En la cubierta siempre aparecen mujeres ligeras de ropa armadas con pistolones, en actitud matona y sexi. Las historias resultan ser bastante tontas y repetitivas, pero al menos le sirven para aprender vocabulario. Vulva, verga, turgente. No tarda en acostumbrarse a leer las páginas al bies para descubrir las escenas interesantes. Definitivamente, los libros y el deseo tienen mucho en común.

Hasta que, un miércoles de noviembre, el Espárrago le dice ven a ver. Juntas, la mujer alta y la niña repelente se adentran entre las estanterías, luego el Espárrago dobla las rodillas para consultar la balda más baja y sus dedos recorren el lomo de los libros hasta que

la mano se detiene en tres volúmenes a los que arranca de su sueño para tendérselos a la joven.

—Vas a ver cómo te gustan.

Se trata de tres novelas de Judy Blume, de quien Hélène no ha oído hablar nunca. Y, en efecto, le encantan. Historias de primeras veces, de amor, de cosas guais que dan ganas de vivir. Hélène devora esos tres primeros títulos en un pispás. Y luego se lee los demás del tirón.

Pero el que más le impresiona es indiscutiblemente *Para siempre*. La novela cuenta la historia de Katherine, una adolescente de diecisiete años que conoce a Michael en una fiesta de Nochevieja. La verdad es que era bastante ñoña, pero Hélène no puede evitarlo. La abduce desde las primeras páginas y ya no quiere más que una cosa, que los dos pedorros se enamoren. Por fin, la protagonista llega a las cosas serias. Hélène lee esos pasajes con el corazón palpitante, los primeros pasos, los ataques de timidez, los pechos de ella, el sexo de él, todo tan alucinante y delicioso.

A veces se pregunta qué tal irá la cosa cuando le toque a ella. El amor le produce el mismo efecto que el carné de conducir. Todo el mundo lo consigue, pero ella está convencida de que no sabrá. Nunca será capaz de cambiar las marchas, de fijarse a derecha e izquierda, de mirar por el retrovisor, es demasiado torpe y despistada, de hecho su madre no deja de decírselo, pero por Dios, a ver si miras por dónde pisas. Cada vez que seca los cacharros se le rompe un plato. No puede evitar quedarse pensando en las musarañas. Aún le pasa a veces ponerse la camiseta del revés o salir de casa con pasta de dientes en la barbilla. Se siente inacabada y no puede imaginarse en la cama con un chico. Segurísimo que no lo consigue. Y por eso mismo los odia, para lo cual no hay que esforzarse mucho. Son unos críos y unos empanados. Como bebés grandotes y agresivos que hacen gallos al hablar. Con sus granos, sus Adidas Torsion, los vaqueros pesqueros, los escúteres y esos bigotes incipientes tan disuasorios.

Aun así, relee *Para siempre* y la historia le va calando, le deja su impronta estadounidense. Hélène sueña con la universidad, con todas las facilidades de las que disfruta Katherine, el padre con sus dos farmacias, las vacaciones de esquí, la vida con una nevera gigante y coches con aire acondicionado, la madre atenta y buena

consejera, esa existencia entre algodones que deja espacio para todo lo demás, lo importante, cultivar por dentro eso tan curioso que medra como una tremenda planta carnívora, pasarse todo el día pensando en el chico que va al insti de al lado, invitarlo a casa, esperar, atreverse, decir que sí, tener miedo, que él se porte bien, que sea bonito y con un visillo moviéndose apenas con la brisa vespertina, ¿le hará sangre?, por lo visto no pasa siempre. Hélène saca el libro cuatro veces y el Espárrago no dice nada. Es una cómplice discreta y diligente.

Mientras tanto, en casa, la cosa no acaba de parecerse a los Estados Unidos.

Un día Charlotte Brassard organiza en su casa una fiesta de cumpleaños a la que está invitada toda la clase. Charlotte había llegado a principio de curso junto con el equipaje de su padre, que acababa de incorporarse como directivo en la fábrica de papel. Antes había trabajado en Alemania y en Noruega, como todo el mundo sabe porque Charlotte aprovecha cualquier ocasión para sacar el tema. Su madre es profe de Economía, pero, a la postre, ama de casa, ya que su marido ha hecho carrera y tienen tres hijos.

El caso es que cumplir catorce años es importante y una fiesta seguramente ayudará a Charlotte a integrarse en su nueva clase del *collège* Jeanne-d'Arc de Épinal. Por consiguiente, invita a todo el mundo, sin excepción. Cuando Charlotte le entrega a Hélène la tarjeta de invitación, ni siquiera la mira. Está demasiado ocupada charlando con su supercoleguita, Camille Millepied, y dándoselas de niña perfecta, con el cutis de porcelana, la melena recta impecable, la cadena de oro por encima del jersey y la carita de petarda. Sea como fuere, toda la clase está alborotada. Porque la casa de los Brassard es alucinante. Hay quien ya ha estado allí y asegura que tienen incluso una mesa de billar. La fiesta se celebrará un sábado, en la invitación indica que a las dos de la tarde y que no se lleve ningún regalo. En casa de Hélène están todos algo de los nervios porque no se tragan esa fórmula de cortesía. Obviamente, hace falta un regalo. Pero ¿qué? ¿Qué necesita esa gente? ¿Qué les hace ilusión? Jeannot, el padre de Hélène, sugiere unas flores, son algo sencillo y que le gusta a todo el mundo.

—No es el cumple de su madre —replica Hélène, de inmediato fuera de sus casillas.

—Entonces, ¿unos bombones?

—¡Los bombones son un asco!

—¡Ya empezamos! —se impacienta la madre.

Mireille es una mujer enérgica de pelo corto, incapaz de engordar ni un gramo y cuyos ojos claros siempre relampaguean de exasperación, en especial con aquellos que no tienen la suerte de ser tan enérgicos como ella, los pasmarotes y su hija. Dejó el colegio a los catorce años, trabajó en una hilandería y allí ascendió hasta el puesto de secretaria en las oficinas a golpe de clases nocturnas. Así fue como a los veinticinco años pudo entrar en una notaría. Se siente por ello tan orgullosa como si ejerciera una profesión liberal, aunque se pase el grueso de la jornada clasificando papeles y atendiendo el teléfono. Al menos, conoce la jerga legal: aun cuando, los considerandos, el dolo, lo cual ya resulta bastante sobresaliente. Por eso está más o menos convencida de ser la intelectual de la familia y trata a Jean, su marido, con cierta condescendencia.

A este último no le supone ningún inconveniente. Admite esa dominación que se compensa en otros ámbitos y le sirve para no tener que tragarse todo el papeleo (término que abarca desde los boletines de notas de Hélène hasta la declaración fiscal de la familia, pasando por los pedidos de La Redoute y el alquiler de un pisito de vacaciones en la playa). A Jeannot lo que le gusta es ir a coger setas, hacer chapuzas en su taller, ir al estadio a ver los partidos con sus hermanos y recorrer en bici los alrededores. Cocina maravillosamente bien, siempre con un pitillo en la boca, Gauloises, y, cuando se inclina sobre los fogones para ejecutar un estofado o un suflé, siguiendo las recetas escritas con tinta morada en un cuaderno que heredó de una tía abuela, Hélène puede verle la maraña de pelos que asoman por el cuello de la camiseta azul, los mismos que tiene en los bíceps, aunque la cabeza ya esté calva, todo ello envuelto en un halo de humo gris.

Jean es un buen hombre que tiene sus limitaciones, amable a menos que lo pinchen. También trabajó en la industria textil, en Gosse, la misma fábrica que Mireille, pero acabaron cerrándola y después de unos meses en paro, no le quedó más remedio que cambiar de sector y trabajar para su cuñado, el marido de su

hermana, propietario de una tienda de pinturas, revestimientos para suelo y papel pintado. Allí no se está tan mal, aunque el cuñado tenga tendencia a vacilar demasiado y a pasar más tiempo fardando de Audi que trabajando.

En casa de los Poirot[3], un apellido que no resulta fácil de llevar a los trece años, siempre flota cierta electricidad en el aire. Antes, Hélène no se daba cuenta. Pero ahora sus padres la incomodan porque se besan, se hacen arrumacos y hasta sueltan alguna procacidad. Los ha visto encerrarse en su cuarto en pleno día cientos de veces. Cuando era pequeña, iba a llamar a la puerta y su madre la mandaba a jugar. Por la noche a veces los oye. Se tapa los oídos. No suele durar mucho. Son de esa especie sorprendente de parejas incansables, que siguen deseándose al cabo de quince años de convivencia, a pesar de la costumbre, los cuerpos que se conocen al dedillo y el desgaste de las repeticiones. Pensándolo bien, es curioso que con tanto trajín no tuvieran más hijos. Pero a Jean le preocupaba demasiado. ¿Para qué, en un mundo donde de la noche a la mañana te pueden trasladar el curro a Marruecos o a Turquía? Además, ya estaba Hélène, que nació tardíamente, cuando ya habían cumplido los treinta. Qué se le iba a hacer, Hélène tendría que brillar por varios.

—No puedo ir con un regalo birrioso —gimoteó precisamente esta última.

—Esto no es el Banco de Francia —zanjó la madre, sin venir muy a cuento—. Si te vas a poner así, no vayas y listo.

Hélène sopesa los pros y los contras, entre pasar vergüenza o perderse esa cumbre de la vida mundana adolescente. Al fin y al cabo, ¿qué más le da? La hija de los Brassard es una pija. Ni Hélène ni sus amigas Béné y Farida la tragan.

—Pues regálale un fular —sugiere Jean.

—No es ninguna tontería —admite Mireille, que sabe que en el Prisu encontrarán lo que necesitan sin arriesgar los ahorros de la familia.

—Entonces ya está. Iremos el sábado —zanja el padre—. Precisamente tengo tiempo.

—Eso harás —añade Mireille, con un tono definitivo que ofrece distintas interpretaciones.

Hélène y sus amigas no piensan en otra cosa durante toda la

semana. Esa fiesta es el acontecimiento del año. Ha trastocado por completo el ambiente de la clase. Obviamente, Charlotte está cotizadísima, todo el mundo es supermajo con ella, hasta los tíos se están esforzando y, durante unos días, el 4.º B se parece un poco al cabo Cañaveral en vísperas de un lanzamiento.

—¿Tú a qué hora vas a ir?

—No demasiado pronto —contesta Béné—, no quiero quedarme a solas con ella como una idiota.

—¡Pues es verdad, no se me había ocurrido! —exclama Farida, que por lo demás es bastante exclamativa.

—Lo mejor es un poco antes de las tres, así no parece que estás esperando en la puerta.

Cada una se imagina el acontecimiento a su conveniencia. Para Farida, la fiesta de cumpleaños adopta el aspecto resplandeciente y giratorio de un baile a medio camino entre *Madame Bovary* (que han estudiado en clase) y *Cenicienta*. Hélène lo ve más como un cóctel elegante, tipo *Dinastía*, y Béné piensa esencialmente en los refrescos y los pasteles, deseando en su fuero interno que haya aperitivos Curly y
M&M's,
todo lo cual lo tiene prohibido en su casa desde que su médico le diagnosticó un ligero sobrepeso. El caso es que están todos tan emocionados que el viernes por la tarde, al terminar la clase de mates, que es la última de la semana, hasta la tutora les desea que se diviertan mucho. Se separan a las cuatro en un estado de nerviosismo casi doloroso. Les va a costar dormirse, están demasiado impacientes.

El día D a la hora de comer, Hélène aún no ha terminado su plato cuando su padre bosteza y se estira:

—Bueno… Pues dentro de un rato nos vamos.

—¿Qué? —dice Hélène.

—A casa de tu amiga. Por cierto, ¿dónde vive?

—Pero todavía no es la hora.

—Ya, sí, pero bueno. Tengo más cosas que hacer.

—Pero voy a ser la primera en llegar.

—Me tengo que pasar por casa de los Depétrini por una fuga. Y luego, donde el doctor Miclos. Le está dando problemas la caldera. Así que nos vamos ahora.

Jeannot sabe hacer de todo, tanto es así que en la familia tienen la sensación de que algunos oficios no tienen razón de ser. Alicatadores, albañiles, fontaneros, ¿para qué?, en casa de los Poirot nunca ha entrado ninguno. También se le da bien la jardinería. Los cien metros cuadrados de huerto que hay detrás de la casita lo demuestran, con las hileras de cebollas, los tutores por los que trepan tomateras y judías verdes, el ruibarbo y el perejil. Y bastantes malas hierbas también. En verano, Hélène se tiene que poner de rodillas para arrancarlas a puñados, de mala gana, con el *walkman* en las orejas, *Who Wants to Live Forever*. Desde luego, ella sí que no. El caso es que esos trabajillos extra de Jean contribuyen a mejorar la economía familiar y tienen bastante más peso que el protocolo de una fiesta de cumpleaños. La discusión enseguida sube de tono, pero Mireille la corta en seco.

—Son lentejas. No estamos a tu servicio.

Hélène decide que siempre se puede quedar fuera, plantada en una esquina. Para ese día de noviembre, el popular presentador Alain Gillot-Pétré ha anunciado temperaturas comprendidas entre seis grados en Estrasburgo y dieciocho en Bastia. Es un plan viable. Se calza las Doc Martens falsas, se enrolla una bufanda al cuello, coge el regalo, se pone el gorro y el abrigo.

—Madre mía, ni que te fueras de expedición al polo norte.

Hélène hace ñiñiñí para sí misma. Su madre le recomienda que baje el tono porque todavía no está en casa de su amiga. La joven frunce los labios y agacha la cabeza, abotagada de fastidio. Siempre hay que callarse, que guardar las formas, tragarse los ataques de mal humor y los anhelos. Y, sin embargo, ahí están, girando por dentro como planetas. A Hélène le gustaría que estallasen, pero todo la reprime, el cole, sus viejos, el mundo entero que la encorseta. Mientras, Jean cambia las zapatillas por un par de mocasines, esos horrendos y comodísimos que usa para ir al huerto, de todas formas no tiene intención de salir del coche, y se pone el chaquetón de pana forrado de borreguito.

—¡En marcha!

Apoya en el hombro de Hélène la manaza de padre y, al notar su peso, la joven siente lo necesario. Todo va a ir bien, estará bien. Y de golpe siente una tristeza tremenda, que no viene a cuento. Qué coñazo es ser así, tener ese vaivén de sentimientos, siempre con el

corazón en una montaña rusa.

Poco después, en el 309 rojo, Jean silba entre dientes, escuchando RTL en la radio, mientras su hija se queda ensimismada mirándole las manos que van y vienen, de la palanca al volante, inconscientes y surcadas de venas gruesas, con la curva abusiva del pulgar, la rayita negra debajo de las uñas y su tranquila obviedad, hasta que vuelve la vista hacia la ciudad invariable de fuera. Noviembre está gris de fachadas que suben hasta el cielo y ni siquiera el Mosela tiene ningún color. Discurre por debajo de los puentes con la lentitud del aceite, como si se tratase de lágrimas. De tanto en tanto, una valla de cuatro por tres rompe la monotonía y deja que estallen los oropeles de un perfume o el verde ácido de un prado donde pastan vacas lecheras. Por fin llegan a su destino, delante de una casa grande de los antiguos arrabales que mira las cosas desde arriba. Hélène le da a su padre un beso además de las gracias. Aspira su olor, la loción para el afeitado en la piel siempre tersa, curtida como el cuero por la cuchilla que todas las mañanas corta el vello al ras.

—Hala, que te diviertas, yo tengo trabajo.

—Vale.

—Pareces disgustada.

—No, estoy bien.

—No te dejes el regalo.

El 309 desaparece y Hélène se queda plantada como una boba en la prolongada calle de casas elegantes, con el paquete debajo del brazo. Tirita un poco, aunque no hace tanto frío. Está un rato dando vueltas por el barrio y le da la impresión de que cada transeúnte desconfía de ella, de que las fachadas la miran de arriba abajo. Una cría la espía desde su cuarto, con la frente pegada a la ventana de un primer piso acomodado. El tiempo se estira y Hélène empieza a tener frío en las manos y en los pies. Hasta que se decide a llamar a la puerta de Charlotte Brassard, qué se le va a hacer si llega pronto. Pulsa el timbre redondo y dorado y, estremeciéndose, escucha las dos notas ampulosas que resuenan dentro de la casa.

Charlotte en persona acude a abrirle.

—¿Ya estás aquí?

Su compañera de clase lleva una camiseta de *Never Mind the Bollocks*, sombra de ojos rosa y brillo de labios. Hélène piensa: «¿Va

disfrazada o qué?». Pero también piensa, más en secreto, que a ella también le gustaría ser así, guapa y con clase, y a la vez roquera. Le alarga el regalo. Charlotte le da las gracias y la invita a entrar. Mi madre, qué lejos queda el techo. Hélène cruza la casa. En las paredes y encima de los muebles hay muchos marcos y bastantes fotos familiares, un montón de gente sonriendo, se la ve a gusto con la vida, tirando a contenta y casi siempre de vacaciones. Se parece un poco a un catálogo. Hélène se fija en concreto en dos gemelos a los que se ve crecer desde pequeñitos hasta las pistas negras.

—¿Son tus hermanos?

—Sí.

Hélène se guarda muy mucho de decirle lo raritos que le parecen. Por fin, las dos chicas entran en una especie de galería anticuada que da a un jardín muy bonito con arriates bien definidos y arbustos color cardenillo. Allí dos mesas largas cargadas de bebidas, de pasteles y de golosinas delimitan una pista de baile. Algo apartada, la cadena de música espera su momento encima de un velador.

—Mola —dice Hélène.

—Ya.

—¡Ah!

La señora Brassard acaba de aparecer a su espalda, vestida también con vaqueros y camiseta, sin nada en las muñecas aparte de un reloj extraplano. En la mano derecha, un grueso anillo de plata se basta para cargar con todo el peso de su imponente decoración.

—Mamá… —gimotea Charlotte.

—Pero, bueno, al menos me dejarás saludar a tus amigos.

Enseguida queda claro que Charlotte ha negociado que sus padres se queden confinados lo que dure la celebración. Pero resulta que, aun así, a la señora Brassard le pica la curiosidad de conocer a los compañeros de su hija y, al fin y al cabo, está en su casa. A Hélène apenas le da tiempo a saludar antes de que Charlotte arramble con ella.

—Bueno, mira, vamos a subir a mi cuarto en lo que llegan los demás.

Hélène le va pisando los talones con los ojos como platos, un pasillo, dos plantas, otro pasillo. Como tenga que buscar la salida

ella sola, la cosa va a estar difícil. Por fin, el cuarto de Charlotte. Lo preside, encima de la cama, un cartel magnífico de una corrida de toros. Hay una pared entera cubierta de postales: Jim Morrison, Rimbaud, Gainsbourg, Duras, solo gente guay. Y otros a los que Hélène no reconoce.

—¿Quién es este?

—Yeats.

—¿Y esta?

—Virginia Woolf.

Hélène se inclina para ver mejor y pasa revista a cada imagen, las sombras, las narices aguileñas, las miradas idénticas entre sí. En cada una, la misma lección de melancolía envidiable, de tristeza que se derrite en la lengua como un chupón de caramelo. Ella también quería pertenecer a ese mundo en blanco y negro, escribir poemas, novelas, vivir amores fatídicos, contar con el decorado idóneo para una vida que se sostenga. En esas fotos sí que se sentiría como en casa, en esas vidas ejemplares, esos ambientes difíciles de describir, pero en los que sería feliz, eso seguro. Nota la misma sensación que al hojear la revista *Figaro Madame* en la consulta del dentista.

Mientras tanto, Charlotte se sienta con las piernas cruzadas en la moqueta y engaña al aburrimiento haciendo trencitas en la alfombra de pelo largo. Hélène debería sentirse a disgusto, pero le puede la curiosidad y, pasando ya de su anfitriona, prosigue con la inspección, toquetea los CD, los adornitos, examina con detalle los libros, la variedad de lecturas, Jack London y Roald Dahl, Balzac y *Mujercitas*. En las estanterías, descubre cosas tan apetecibles como unos bollos al salir del colegio. Novelas estadounidenses que transcurren en una carretera, Cocteau y luego eso, los libritos de color rosa de Anaïs Nin. Saca uno de la pequeña estantería de mimbre.

—¿Qué haces? —dice Charlotte irritada, temiendo que se los desordene.

—¿Qué es esto?

Henry y June. Hélène ya se ha topado con ese título en algún sitio y le ha dejado una sensación agradable, envolvente. A menudo siente la misma atracción por cosas oscuras que sabe que la conciernen personalmente, aunque ni siquiera sabe lo que son. Por

ejemplo, tuvo esa impresión al ver una foto de Marlon Brando en la revista de programación televisiva. O al oír la voz de Jean Topart al final de *Las misteriosas ciudades de oro*. Son fogonazos de vocaciones, afinidades misteriosas que dejan en ella una marca comparable a una huella digital en un cristal limpio. Es a la vez deleitable y doloroso, porque se escabulle y atrae. Habrá que ahondar. Ahí está todo su deseo, ojo avizor, listo para salirse con la suya.

—No es nada —responde Charlotte.

Pero hace el esfuerzo de levantarse y se acerca.

—Dámelo —añade.

Le coge el libro de las manos y lo vuelve a colocar en su sitio en la estantería y recupera su aspecto implacable y cerrado. Luego, con el índice, saca otro volumen colocado muy cerca y también de color rosa.

—Este es su diario. Está genial. Lo cuenta todo.

—¿Todo qué?

—Todo.

Charlotte le tiende la obra en cuestión a Hélène, que se abalanza a la contraportada.

—Cuenta su vida, sus encuentros con un montón de escritores. Cómo manda a la mierda a todo el mundo.

—¿Ah, sí?

—Los hay todavía peores. De hecho, mi madre los tiene todos.

Charlotte se va hacia la cama. Se sienta encima y abre el cajón de la mesilla.

—Toma.

Le enseña a Charlotte la cubierta de un librito fino en la que se ve a una mujer sentada de espaldas, desnuda de cintura para arriba y luciendo un sombrero empenachado con una pluma. La tipografía gruesa del título recuerda a los escaparates de los *sex shops*. Debajo del brazo alzado de la mujer asoma con desfachatez una matita de pelo.

—Este se lo he robado —susurra Charlotte.

Hélène se apresura a reunirse con ella en la cama. Las dos chicas están allí hombro con hombro, con el rostro inclinado hacia el libro y el pelo mezclado de pronto.

—¿De qué va?

—Son relatos cortos. De sexo —explica Charlotte a media voz.

Hélène lo hojea. Alguna palabras le saltan a la cara. De repente hace muchísimo calor.

—¿Me lo prestas?

Charlotte reconoce en la expresión de su invitada la seriedad de las grandes causas. Debería negarse, está claro. Ella misma tiene prohibidísimo ese tipo de lecturas. Ese ejemplar lo ha sustraído del fondo secreto de su madre, un hueco en la biblioteca grande, detrás de los libros de arte, donde esconde los textos vetados. Allí hay otros, aún más tremendos. Charlotte no tardará en contárselo a Hélène. Y juntas irán a cotillear, risueñas y ardientes, y organizarán desde allí un tráfico maravilloso. Así es como leen a Pauline Réage, Régine Deforges, Arthur Miller y un poquito de Sade, *El amante de lady Chatterley* que no les dejará más que una sensación de aburrimiento pastoso.

Pero, de momento, Hélène bebe las palabras de los labios de Charlotte. Puede que su madre llame a la puerta dentro de un segundo. Menudo incidente. Están embriagadas. Charlotte asiente.

—Vale. Pero devuélvemelo dentro de dos días.

—Te lo juro.

Hélène se mete el libro debajo del jersey. Está ahí presente, rígido y frío contra su tripa. Por un lado está impaciente, pero por otro no quiere que se acabe ese momento juntas, eléctrico, al borde de la carcajada, con el pecho saturado.

—En cambio yo te he traído una porquería de regalo. Lo siento.

Charlotte se echa a reír. Qué mona es, tan linda, parece un objeto valioso. Ambas sienten como un flechazo para toda la vida, es decir, al menos hasta final de curso.

El tropel de invitados no tarda en llegar y Hélène tiene que separarse de su nueva amiga para juntarse con Béné y Farida.

—Madre mía, tiene una casa preciosa.

—Ya, la muy ladrona.

Hélène y Farida se vuelven hacia Béné para entenderlo. Esta se encoge de hombros, nunca se supo nada más.

Al poco tiempo, toda la clase está reunida en la galería. El bufé queda arrasado en un abrir y cerrar de ojos, Charlotte abre los regalos que no debería haber recibido y llega el momento de bailar. Chicos y chicas se mezclan un poco, pero, como la madre de

Charlotte asoma regularmente el hocico por la puerta, no se atreven con las canciones lentas más descaradas. Hélène no baila. Con sus dos amigas, se alegra de aprovechar el espectáculo. Resulta raro encontrarse fuera del insti con toda esa gente a la que ves durante todo el día. Los chicos parecen aún más críos, empanados, mientras que las chicas lo están dando todo, a ratos parecen adultas en miniatura. La tarde transcurre con una mezcla de roces, miradas de soslayo, sarcasmos y pequeñas osadías. Como cuando Romain Spriet se acerca para preguntarle a Farida si le apetece bailar un rato y ella dice que no, aunque puede que se muera de ganas. Pero Béné monta guardia y de momento las amigas prevalecen sobre los amigos. Después de anochecer, Laurence Antonelli propone organizar una sesión de espiritismo. Así que casi todos los asistentes acaban sentados en el suelo en torno a unas velas y un puñado de letras del Scrabble colocadas en círculo. Durante unos minutos eternos, invocan en vano a unos espíritus sin disponibilidad, entre ataques de risa y de canguelo. Hasta que de pronto se apagan todas las luces. Siguen los chillidos, una breve algarada a tientas, el vuelco de una mesa y unos pies descalzos que se hieren al pisar los cristales rotos. Tocan lágrimas y la madre de Charlotte que acude corriendo. Pero solo es una broma de mal gusto. Antes de que dé tiempo a aclararlo, ya están llegando los primeros padres para recoger a su prole. Son las siete. Se acabó la fiesta. La verdad es que ha estado bien.

Esa noche, Hélène no tarda ni tres horas en leerse el libro que le ha prestado su nueva amiga, que le parece bonito a la par que horrible. Algunas páginas la escandalizan tanto que se las lee dos veces para desaprobarlas mejor.

Los padres de Hélène han decidido meter a su hija en un instituto privado porque el centro tiene la doble ventaja de estar cerca de la notaría donde trabaja Mireille y de acoger a los hijos de sus jefes. Sin embargo, esa apuesta de futuro tiene ciertos inconvenientes, en especial el trayecto diario desde Cornécourt, ir a misa cuatro veces al año en la capilla del centro y oír a sus padres decir lo caro que es. Por lo demás, no es mejor ni peor que cualquier otro. Su madre la deja allí todas las mañanas muy temprano y sobre las ocho menos cuarto se reúne con Béné y Farida en el patio del lado de la calle de Les Passants, cerca de una puerta secundaria menos transitada que

la entrada principal y que les da la impresión de tener libertad para largarse cuando les dé la gana.

Solo que después de la fiesta de cumpleaños, Hélène cambia sus costumbres. Ahora espera a Charlotte debajo del cobertizo del patio, del lado de la calle Clemenceau. A veces, esta le trae un libro nuevo o Hélène le devuelve el que se acaba de leer. Normalmente lo único que hacen es charlar. Son encuentros precipitados, casi clandestinos. Se refugian al fondo, cerca de la papelera, con la sensación de que las espían y de estar haciendo algo malo. Su amistad se parece a una historia de amor, casi un secreto.

Cuando suena el timbre, Hélène se apresura a reunirse con Béné y Farida. Pero estas no tardan en darse cuenta de sus tejemanejes.

—¿Qué te traes juntándote con la tía esa?

Béné es tirando a cruda, Farida no lo tiene tan claro, pero eso no le impide darle la razón vehementemente.

—Ya te digo, ¿quién es esa tía? No es nadie.

—Bueno, que tampoco estamos en la cárcel.

—Tú sí que eres la cárcel —replica Béné, con boca desdeñosa.

Y se larga con la mochila al hombro y con las anchas caderas balanceándose. Lleva unos vaqueros y una chaqueta de chándal con los colores del Olympique de Marsella que ha heredado de su hermano mayor y que ya le queda pequeña. El año pasado, un tío que estaba detrás de ella en Naturales le tiró del sujetador y Béné le soltó un escupitajo.

La verdad es que a Hélène le da palo que se vaya al garete lo suyo con sus colegas. Las tres se conocen desde primaria. El verano anterior se fueron de acampada, las mejores vacaciones de toda su vida, tres días a orillas de un riachuelo por donde Plombières, con el hermano mayor de Béné, por el que Farida estaba un poco colada, fue divertido. Pasaban juntas todo el día, se bañaban, hacían barbacoas. Sonaba a libertad.

No sabe lo que está pasando, por qué lo que ayer era tan valioso de golpe se vuelve tan coñazo. Últimamente se siente así todo el rato. Cuando sus viejos le dicen algo, no puede evitarlo, tiene que alzar la mirada al cielo. Después de cenar se encierra en el dormitorio con su *walkman* y sus libros. Pero incluso ese cuarto cuya decoración se ha currado durante años ahora la pone de los nervios. Hace dos semanas arrancó el póster grande de Madonna y

en su lugar colocó con chinchetas fotos de antiguas estrellas de Hollywood, en el estanco el sobre de cien cuesta diez francos. Mira el hermoso rostro gris de Warren Beatty y de Marilyn, de los que no ha visto ninguna película. Y Brando, claro está. La reconcome. Poco a poco, Hélène se va distanciando. Le gustaría mucho saber qué es lo que falla con ella. A veces acaba llorando, de rabia y de impaciencia, por querer que las cosas se aceleren y, al mismo tiempo, por lamentar que todo cambie. Cuando piensa que todavía le quedan cuatro años para el *bac*, se cabrea tanto que está a punto de estallar. Cuenta los días que le faltan para cumplir los dieciocho y poder decir «soy mayor de edad, que os den». Su vida es como una olla a presión. Nota cómo esta va subiendo. Piensa que nunca conseguirá aguantar, que es demasiado, que no es suficiente, y se le saltan las lágrimas sin querer cuando en realidad tampoco es tan desgraciada.

Han tenido que recurrir a muchos trucos y dar muchas explicaciones, pero aquí están.

Hélène y Charlotte van por la pista de hielo cogidas de la mano, como dos cervatillos recién nacidos tratando de encontrar el equilibrio. Ambas llevan un gorro de lana gruesa, aunque en principio Charlotte tenía previsto llevar una boina de fieltro, pero luego pensó que iba a parecer una cursi. De lejos parecían hermanas. En realidad, de cerca también.

Sus padres las han traído a las dos y media y las recogerán a las cinco. No es mucho rato, pero por algo se empieza. Delante de la entrada, la madre de Charlotte le ha estrechado la mano al padre de Hélène. Los dos estaban afables y sonrientes, a todas luces satisfechos de comprobar que eran gente seria. Confiamos en vosotras, chicas, ya sois mayorcitas, pero ojo como no os comportéis. Las dos amigas ya solo tenían ojos para los patinadores que se deslizaban en el interior.

Al principio escogieron un rinconcito cerca de la barandilla, a la que se quedaron agarradas un buen rato, como dos mejillones. Se les habían arrebolado las mejillas y no se atrevían demasiado a aventurarse, sin saber qué hacer esa primera vez, con la nariz moqueando y conformándose con espiar a los demás mientras escuchaban la música que sonaba por la megafonía. Era una gozada.

—Por lo visto hay un momento en que apagan las luces —dijo

Hélène.

—Ya, y encienden focos de colores, como en *La fiesta*.

Hélène suelta una risita. Le encanta Sophie Marceau.

—¿Has visto eso?

—¿El qué? —pregunta Hélène.

—A esos tíos de ahí…

Son tres, sin guantes y con la cabeza descubierta, charlando con dos pavas bastante chabacanas, con el pelo cardado, sombra de ojos azul, redondas y tirando a guapas. Unas horteras.

—Son chicos del equipo de hockey —explica Charlotte—. Mi padre y yo vamos a ver los partidos de vez en cuando, tiene entradas gratis por su curro. El más bajito ya juega de titular. Solo tiene dieciséis años.

—¿Ah, sí?

—Christophe Marchal.

Hélène y Charlotte están en la edad en la que una cara se puede convertir en un sentimiento. Eso les pasa con Christophe, pero también con Mathieu Simon o Jérémy Kieffer, que son todos mayores, monos y sobre todo enrollados, porque aspirar a que te besen también es aspirar a formar parte de una pandilla, ser de los que importan, tienen una moto o un escúter, llevan la ropa adecuada y reciben invitaciones para las fiestas exclusivas que se organizan aquí y allá. Más tarde, Hélène y su amiga pasarán horas deliciosas sufriendo encima de la cama mientras escuchan a Whitney Houston o a Phil Collins, desesperadas y lánguidas. Se aprenderán las letras de memoria, cantarán en el recreo, fumarán a escondidas. Las canciones de amor se han inventado precisamente para eso, darle vueltas a tu tragedia y que cobre vida el teatro de sombras de los grandes sentimientos, un chico que te roza, una nuca en clase de Naturales, lo que sea.

—Tenemos que ir a ver los partidos sí o sí —dice Charlotte.

—Pues claro.

—Que sepas que yo lo vi primero.

Hélène se ríe:

—El retaco es todo tuyo.

Y se juntan más, falsamente unidas por la novelita rosa que ha empezado a inventarse Charlotte. De momento, Christophe aún no es una persona de verdad. Se parece más bien a un cartel, análogo

con su lejana perfección a las imágenes que tienen clavadas en sus respectivos cuartos. En cualquier caso, resulta delicioso desearlo, le da relieve a todo.

—¡Hala! —dice Hélène.

El chico se acaba de desgajar del grupito con un grácil movimiento marcha atrás y, después de una media vuelta no menos elegante, alcanza a dos chicas con plumífero que se encuentran al otro extremo de la pista. Se desliza raudo, rozando a los demás patinadores con aplicado desdén, y frena en seco delante de las dos chicas, de tal forma que el hielo en polvo que sale disparado oblicuamente las salpica de lleno. Ellas no dejan de protestar un poco mientras se sacuden la ropa, pero nadie se llama engaño. Con las manos metidas en los bolsillos de atrás de los vaqueros, Christophe se pavonea, solo en el mundo, intolerable y super-*cute*.

—¿Quiénes son esos callos? —pregunta Charlotte con cara de asco.

Hélène se ríe burlona. Pero no les da tiempo a despacharse. Acaban de apagar las luces y ya están cayendo las primeras notas del piano, reverberantes y graves en el bafle enorme que forma la pista. Entonces los focos de colores empiezan a barrer la pista. Las parejas no tardan en lanzarse cogidas de la mano y, mientras la bola de espejos disemina por doquier migajas de luz, la voz de Bonnie Tyler inicia el estribillo triste y ronco. A partir de ahí, siempre es la misma historia, la misma premura. El momento de las lentas se pasa enseguida, igual que lo demás. Mañana será domingo, con su aburrimiento. Hay que aprovechar la ocasión. Más allá, Christophe Marchal ha agarrado por el brazo a una de las chicas y se la lleva consigo. Es rubia como se es a los diecisiete años y resulta raro y doloroso ver a esa pareja tan envidiable pasar a dos metros de ti. Hélène los mira y le entran ganas de vomitar.

—Pues vaya depre.

—Ya, muy fuerte.

Charlotte arranca a su amiga de la barandilla y se ponen a patinar a su vez, inseguras, con los brazos en cruz, enganchadas la una a la otra en la penumbra rayada de azul. Hélène nota que la mano de Charlotte le aprieta muy fuerte la suya.

5

Christophe miraba a su padre y se preguntaba cómo iba a ser capaz de darle la noticia.

Los dos hombres aún estaban de sobremesa, atrapados en el heno tibio de las costumbres y de la digestión. Esa noche, Christophe había tirado la casa por la ventana. Según volvía del trabajo había comprado dos turnedós en la carnicería del Leclerc y escogido una botella de Saint-Joseph en la bodega. Cuando su padre lo vio poner todas esas provisiones encima de la mesa, le preguntó qué estaban celebrando.

—Ya lo verás —contestó el hijo.

Y sacó la camiseta nueva de la mochila, con el número 20 estampado como antaño, solo que ahora era verde y blanca y en la parte delantera había una cabeza de lobo estilizada. Los ojos del padre, que solían tener una palidez lacustre, se iluminaron por una vez.

—¿Y por qué un lobo? —preguntó el padre.

—Ya sabes. Es el nombre del equipo. La bestia de los Vosgos, supongo.

—Ah, claro.

Gabriel, que andaba gulusmeando entre las compras, soltó un grito de alegría al descubrir los cubitos de la Vaca que Ríe y una caja de polos, provocando la huida precipitada del gato Minousse, que sabía de buena tinta que era mejor desconfiar de las demostraciones de alegría del niño.

A continuación, Gérard Marchal no hizo más comentarios, sino que echó una mano para poner la mesa y abandonó su forro polar en el respaldo de la silla, y con eso queda todo dicho sobre el ambiente festivo. Acto seguido, sirvió el aperitivo, una Coca para el niño y cervezas para los adultos, mientras Christophe trajinaba en los fogones. El niño había pedido papel y sus lápices de colores para dibujar la pista de hielo y a su padre ganando partidos. En un

momento dado, brindaron:

—¿Por nosotros?

—Por tu temporada.

Y bebieron, tres generaciones bajo el mismo techo, sin mujer ni madre, hombres bajo la luz blanca, entre el calor del horno y el chirrido de las sillas contra las baldosas.

Tras lo cual, el niño se puso a zampar cubitos sin miramientos, tanto es así que el abuelo acabó diciéndole que se lo tomara con calma, porque se le iba a quitar el apetito si se comía tantos. Como el niño no obedecía, había abatido la manaza con la piel macada encima de la manita redonda y Gabriel se había quedado un segundo sin moverse, con el brazo estirado, lleno de malicia tras las gafas, bajo la mirada protectora del abuelo. Christophe los miraba. Detrás de él, la mantequilla chisporroteaba en la sartén, perfumando la cocina. La vieja mesa, el fregadero profundo y blanco, las alacenas y el ronroneo de la nevera. El decorado inmutable. Y, aun así, todo pasaba. Charlie se iba a mudar. Esa vida se había acabado.

Pese a todo, esa noche comieron de buena gana, y no solo por la botella de Saint-Joseph, que no tardó en caer. El abuelo incluso hizo algunos de sus trucos de magia habituales y, aunque Gabriel ya no se tragaba que su nariz se volatilizaba, lo de la moneda que le salía de detrás de la oreja lo dejó atónito una vez más.

Luego, cuando el niño estuvo en la cama, los dos hombres se quedaron aún un rato de sobremesa. Eran apenas las nueve y Christophe escuchaba el ruido del lavavajillas a su espalda. Esperó un buen rato antes de soltarlo todo. Su padre, de un humor excelente y algo achispado, se dedicaba a remover los buenos tiempos, mientras le rascaba la cabeza al gato, que se le había subido al regazo. En el fondo, lo más curioso de esa enfermedad era ver cómo la memoria, al morirse, iba regurgitando recuerdos.

Gérard Marchal había tenido un destino de *baby boomer* bastante obvio, que se convertía en una especie de epopeya cada vez que lo contaba. Escolar hasta el certificado, aprendiz de electricista en Cugnot, viajes por la Francia de los Treinta Gloriosos, de obra en obra, Grenoble, Tulle, La-Roche-sur-Yon o Guéret. Por aquel entonces, el país se estaba abasteciendo de hospitales y edificios nuevos en torno a los cuales pululaba una pequeña

población de jóvenes alegres e inconsecuentes: yeseros, albañiles, electricistas, calefactores, alicatadores, ascensoristas, pintores y techadores. Esos hombres sin preocupaciones se alojaban en hoteles y se tomaban el trabajo como un campamento de verano. Estaban bien pagados, tenían aumentos casi todos los meses y, si el jefe les tocaba las narices, les bastaba con presentar su renuncia y al día siguiente ya tenían otro trabajo esperándolos sin tener que buscar. Cenaban en el restaurante y ya entrada la noche organizaban partidas de cartas en los comedores de decoración rústica, con manteles de cuadros y relojes de pared, vaciando vasitos del aguardiente local. Hacia la una de la madrugada el dueño decía, bueno, ya está bien, y los hombres, con voz pastosa y varonil exclamaban oh y ah solo por cumplir, las sillas raspaban el suelo y todo el mundo se repartía por los pisos entre risas. Ya en la habitación, tumbados en la piltra, escuchaban los resultados deportivos en un transistor Braun, con un Gitane en los labios, leían algunas páginas de alguna novelita negra cuya contraportada elogiaba los méritos viriles de la fragancia Balafre o los cigarrillos Bastos. Y luego dormían el sueño de los justos, toda una generación alegre de proletas que en definitiva había tenido suerte y que pensaba que ese momento era la norma, que la abundancia de trabajo y los avances serían perpetuos.

Gérard Marchal se acordaba en particular del mes de mayo del 68, que pasó en Córcega instalando la baja tensión en el nuevo hospital de Furiani. En el Hexágono, tomado por el desorden y las huelgas, los obreros habían podido olvidarse por un instante de sus manos negras para inventarse un mañana político, mientras por doquier la gente importante y establecida, presa del pánico, intentaba refugiarse en Suiza, en el campo o en los libros de Chateaubriand. El caso es que Córcega, al amparo de esta mojiganga, acentuó aún más su insularidad y la obra de Furiani tuvo que paralizarse por falta de material y de instrucciones. Así fue como Gérard y sus compañeros acabaron igual que Robinson, sin nada que hacer y el mar.

Claro está, los hombres no podían por menos que preocuparse por lo que iba a ser de ellos, en esa isla donde no conocían a nadie y a la que ya no llegaba la paga. Pero el dueño del hotel Beau Rivage, panzudo y tranquilo, siguió dándoles alojamiento y comida

y hasta un poco de calderilla para aguantar el tirón y distraerse. Aquel paréntesis en realidad no duró mucho, pero se había quedado engarzado en la vida de Gérard Marchal como una joya especial, en el punto de encuentro entre la juventud y la primavera, con los días de playa interminables, la embriaguez del anisete, las veladas en la terraza, las chicas morenas y curiosamente más libres que en el continente, en todo caso eso era lo que contaba cincuenta años después, con un esbozo de sonrisa bajo el bigote gris. De hecho, llevaba en la cartera la foto de una joven de Bastia de pelo largo. Se le había olvidado cómo se llamaba, por no las horas que habían pasado en las calas. Al final, puede que no quedara más que eso, la imagen de un lunar debajo de un ombligo de mujer.

Después de aquello, cansado de esa vida seminómada, Gérard Marchal encontró colocación en Rexel, donde fue ascendiendo, y se casó con Sylvie Valentin antes de abrir su propia tienda de material deportivo. Como una mantequería pero con raquetas, como él decía. Pero a medida que su situación mejoraba sensiblemente, y a pesar de ello, él se fue amargando. Ahí reside la tragedia de los tenderos, el rompecabezas cotidiano del abastecimiento y la logística, la gestión de existencias, los gastos fijos demasiado altos, los clientes que no acudían o daban por saco y luego esos dos empleados hábiles y silbadores que no sabían más que quejarse. Una inspección de trabajo especialmente severa acabó con el buen humor que le quedaba a mediados de la década de 1990. Y eso que él y Sylvie tenían una casa estupenda, dos coches, tres televisores, la nevera llena y dos chavales que siempre eran motivo de orgullo pese a las gamberradas del mayor. Pero ya no tenía remedio. Pasó el tiempo y aquel tormento bilioso se volvió como un ruido de fondo, una jaqueca infinita.

Cabe decir que Sylvie tampoco estaba para tirar cohetes. Desde el momento en que dejó de trabajar después de nacer Christophe, algo se le arrugó por dentro. Cuando los chicos crecieron, Gérard le aconsejó que se buscara algo que hacer, colaborar con alguna asociación o pasear en bici. Pero lo único que conseguían esas recomendaciones era que aquella mujer subestimada arqueara las cejas con expresión circunspecta.

—También podría tirarme al Mosela —soltaba como si tal cosa, dándole una calada al Winston.

De niña siempre le había ido muy bien en el colegio, como demostraban los boletines de notas guardados en el desván. Por no hablar del famoso test de cociente intelectual que le hicieron a los dieciséis años y que siempre sacaba a colación como prueba indiscutible de cómo se había desperdiciado, de la mala fortuna que había corrido su materia gris. Podría haber estudiado si le hubieran dado un empujoncito, pero a su familia no le pareció útil. En su casa creían en la paga y los embarazos múltiples y su madre ni siquiera se había dignado nunca a firmarle el boletín de notas.

—Podrías retomarlo ahora —observaba Gérard poco convencido.

Sylvie alzaba la mirada al cielo. ¿Para qué? No iba a convertirse en profesora o ingeniera a su edad. Casi prefería salir a fumarse otro cigarrillo mientras contemplaba el estanquito y los frutales del jardín. Su vida cotidiana había sido pues ese campo de batalla sin asaltos, erizado de escaramuzas siempre idénticas y de enfurruñamientos más o menos justificados. Julien, el hermano mayor de Christophe, enseguida se puso del lado de su madre. De hecho, se le parecía mucho.

Al igual que ella, era muy sensible, quisquilloso, incapaz de mover un dedo para facilitar las cosas, tenía mucha seguridad en sí mismo, pero también muchos complejos, y ese humor como una cuchilla de afeitar, tan fino que podía cortar hasta el hueso. Christophe, por su parte, había salido más al padre, incluso físicamente. En cualquier caso, todos ellos habían mantenido su posición y su empleo, hostiles sin dejar de quererse, conflictivos y sin salida, como son las familias. Por suerte, estaba el hockey para organizar una especie de tregua. En eso, al menos, eran una piña.

De hecho, durante varios años Gérard fue patrocinador del equipo, lo que le daba derecho a un palco y entradas gratis. Pudo invitar así a proveedores, clientes y amigos. Allí sí que habían pasado buenos ratos. Incluso Sylvie resultaba irreconocible durante los partidos. Cuando un jugador contrario arrojaba a Christophe contra la barandilla, se la oía desde el otro extremo del pabellón. Los hinchas, que la habían convertido en su mascota, a veces entonaban un «¡vamos, mamá!» cáustico y vigorizante. Luego, al final del tercer tiempo, el alcalde iba de ronda entre sus secuaces. Se estrechaban las manos e intercambiaban palabras corteses. A

Gérard le gustaba esa clase de detalles considerados.

—¿Te acuerdas? —dijo el padre.

Christophe se acordaba. Siempre eran las mismas historias, las mismas anécdotas, no había peligro de que se le olvidara nada.

—Al niño le gustará verte jugar.

—Imagino que sí.

—Iremos a ver los partidos.

—No sé si me sacarán mucho rato. Me han cogido sobre todo para tapar huecos.

—Ya veremos.

Christophe sonrió, pero sabía a qué atenerse. Madani, el entrenador, había sido bastante claro en este aspecto cuando estuvieron hablando, tres días antes.

—Sinceramente, no te quiero engañar. Eres muy viejo. Ya te has perdido cinco partidos y la recuperación. Vas a andar a la zaga. La semana que viene jugamos contra Vaujany. Para que te hagas una idea.

Era el equipo en el que Grenoble formaba a sus futuros jugadores, unos mocosos desbordantes de energía y dispuestos a lo que fuera para destacar en la pista. Les faltaba madurez, pero a la mitad del tercer tiempo ya no había quien les siguiera el ritmo.

—Solo me queda un eslovaco y, con Pavel en la portería, tengo una media de edad de treinta y un años —prosiguió Madani—. Casi todos los jugadores tienen que ir a trabajar el lunes. Es una mierda.

Él y Christophe habían jugado juntos durante casi diez años en el pasado y nunca se habían caído bien. Pero no era cuestión de amistad. El entrenador estaba en lo cierto.

Obviamente, el presidente del club le había vendido una moto muy distinta, ese era su trabajo.

—Me he puesto en contacto con el director de comunicación de Norske Tre, es amigo mío. Los noruegos tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. Lo malo es que no les entusiasma la idea de patrocinarnos después de estos últimos años de capa caída. Pero lo he hablado con mi colega, fuimos juntos a la escuela de negocios. Y mi hijo mayor va a tenis con el suyo. Yo creo que se puede encontrar un apaño.

El presidente, Mangin, era uno de esos emprendedores con chaqueta de Ted Lapidus, sonrosados y acicalados, que siempre

están apurados de tiempo. Además de ser propietario de un restaurante, de dos bares en el centro y de la bolera, dirigía la Unión de Comerciantes y Artesanos de Épinal. Tenía contactos en la cámara de comercio y pasaba por ser de izquierdas porque su hermana se había presentado a las elecciones cantonales en una lista socialista. Allá por donde iba, aquel hombre afable y enérgico dejaba la misma estela de *aftershave* y de jovial benevolencia. Pero no tanto como para que lo considerasen un hombre honrado.

—Vamos a venderles una historia bonita. Que tú vuelvas a ponerte los patines es algo digno de contarse. A los periodistas les gustará. El regreso del hijo pródigo. Llevarás los colores de la empresa. Así la gente se olvida de toda la mierda de la liquidación del activo. Una leyenda, vamos. ¿Te parece?

Sí, a Christophe le parecía, y había dejado que lo tuteara ese perfecto desconocido.

Sin más demora, los dos hombres fueron al día siguiente a Norske Tre, donde los recibieron de buenas formas, con bizcocho y zumo de frutas y una visita a las instalaciones de propina. El gigante noruego se había establecido allí hacía más de tres décadas y, aun así, su presencia medio vikinga seguía sin gustar, a pesar de que la fábrica daba trabajo a más de trescientas personas y garantizaba la prosperidad de Cornécourt. Seguramente el olor a huevo podrido que desprendía algunas noches y tenía en pie de guerra a las urbanizaciones adyacentes no era ajeno a esa hostilidad, que generaba rumores y peticiones. Según Greg, dichas emanaciones no suponían ningún peligro y eran en gran parte fruto de la fantasía. Aunque él no notaba ningún olor; y, para subrayar su escepticismo, se encendía otro pitillo.

—En cualquier caso, estamos encantados de recibirlo —se regocijó el señor Gailly, el director, un hombre guapo, gris y azul, como los que se ven en los bancos de imágenes.

Les enseñó en una foto que tenía colgada en la pared de su despacho la superficie que ocupaba el recinto, setenta hectáreas, con instalaciones por valor de mil millones de euros, casi cien millones de cifra de negocios. El director de comunicaciones fue dando saltitos durante toda la visita.

—Nos gustaría cambiar la imagen de la empresa. Porque la gente es muy consciente de nuestro peso económico. Pero sigue

considerándonos unos forasteros.

El presidente del club asintió con complacencia. Claro, las mentalidades, las costumbres, cierta cerrazón mental también. Pero iban a solucionarlo. Los propios lugareños ni siquiera notarían el mismo olor en cuanto ganaran unos cuantos partidos.

Al salir de la fábrica, en el aparcamiento, Christophe vislumbró a Greg, al que reconoció por sus patas largas, las botas tejanas y la panza prominente, que fumaba apoyado de espaldas contra la pared del taller. Qué alegría verlo, aunque fuera de lejos.

Al cabo de dos días, Christophe recibió la camiseta nueva. Pero la vida era de tal manera que, cuando sucedía algo bueno, parecía que tenía que contrarrestarlo enseguida con cualquier cosa que supusiera un duro golpe. En el restaurante, Charlie le contó a las bravas, entre apenada e imperativa, que se mudaba en enero.

—No es que te pille por sorpresa. Ya te dije que tenía intención de irme.

En realidad, Christophe nunca había acabado de creérselo. Pensó que era otra manía de las suyas, cosas de tías, estaban bien así.

—He encontrado un puesto de directora artística. En Troyes.

—¿En Troyes? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí, en una agencia pequeñita. GrazzieMille Communication. Tienen clientes importantes. La Feria del Champán, clientes institucionales, el BNP. Voy a ganar casi seiscientos euros más. Es una grandísima oportunidad.

—¿Y tu marido?

—No le supone mucho problema.

Obviamente, los logopedas encontraban trabajo en cualquier parte. Anda que no se lo había dicho veces Charlie.

En el restaurante, delante del filete con salsa de pimienta, Christophe encajó el golpe como pudo.

—¿Y el niño? ¿Se lo has contado?

—Todavía no —contestó Charlie, adoptando de pronto una expresión hermética—. Y no quiero que se lo digas. Lo haré a mi manera.

El resto de la cena dio lugar a algunos cruces de palabras tensos, pero Charlie se mostró implacable. Le recordó a Christophe sus pifias, las ausencias, los amigotes, las putas. Al final, él se levantó para ir al aseo. ¿Qué podía decir? No tenía mucha fe en las

palabras, las lágrimas quedaban excluidas, el momento de las hostias había quedado atrás. Ni siquiera le quedaba sitio para sufrir. Pensaba en su padre.

Al final, Christophe no tuvo valor. Recogió la mesa y subió al piso de arriba para comprobar que su hijo dormía bien. En lo que tardó en bajar, su padre había emigrado al salón y estaba roncando delante de la tele, con el gato en el regazo. Se había quitado la dentadura y así se le veía tan viejo, tan entrado en años, que casi parecía un niño chico. Solo le quedaba el bigote para recordar el hombre que había sido. Christophe le colocó la mantita en los hombros y se quedó mirándolo un rato. A veces se preguntaba si no hubiese sido mejor que se muriera. Miró la hora en el reloj de muñeca. No era tan tarde y Marco le había enviado al móvil diez mensajes más o menos apremiantes para decirle que se pasara. Greg y él querían enseñarle una cosa, una sorpresa, tenía que mover el culo y plantarse allí a la de ya. Christophe sopesó los pros y los contras. De todas formas, por una copa más o menos no se iba a hundir el mundo. Y además era viernes. Obsequió al gato con una última caricia y se largó, sin olvidar de llevarse la camiseta nueva.

El llegar a casa de su colega, a Christophe no le sorprendió encontrarse con todas las ventanas encendidas. Los otros dos mendas ya debían de estar como cubas, cosa que confirmó el ruido de los bajos que llegaba del porche. Antes de llamar, tomó la precaución de meterse la camiseta en la manga y olfateó el aire de la noche. Hacía fresquito, pero nada más, y todo estaba tranquilo a su alrededor. Apenas si se oía a lo lejos el rumor continuo de la vía rápida. Miró el reloj de pulsera y se prometió no volver tarde a casa. Dentro de dos días empezaría a entrenar de nuevo y a la mañana siguiente quería salir a correr por aquello de desoxidarse un poco.

—¡Ah, aquí está el que faltaba! —dijo Greg al abrirle la puerta.

Christophe se echó a reír. Su colega llevaba puesta una chaqueta de camuflaje y tenía pintadas dos líneas de hollín en cada mejilla. Parecía un GI o un cazador, pero lo que predominaba era la certeza de estar ante un tío que se había tomado el aperitivo a conciencia.

—¿Y ahora qué coño habéis hecho? —preguntó Christophe.

—Intensificarnos —explicó Greg socarrón.

En la cocina, la mesa estaba cubierta de tercios vacíos y de

envoltorios, y la nevera, entreabierta. Greg sacó más birras y le hizo a Christophe ademán de que lo siguiera. Según se adentraban en la casa, la música se volvía más intensa. A Christophe le pareció reconocer un tema de los Stones. Antes de salir al porche, Greg le susurró:

—Vas a ver qué pasada.

Dicho lo cual, se rio entre dientes, kssss, ksss, ksss.

En efecto, Marco estaba en plena acción, también con la cara pintada y vestido con una camiseta de Sepultura y una camisa caqui, apuntando hacia el jardín con lo que parecía ser un tubo de PVC. Todo ello debajo de las estufas encendidas al máximo mientras los bafles, colocados en equilibrio en el alféizar de una ventana, amenazaban con pegarse una hostia de un momento a otro.

—¿Qué es ese chisme? —preguntó Christophe señalando el arma de Marco.

—Espera —dijo Greg—. Vas a ver.

Agarró la cosa, se la apoyó en la cadera sujetando firmemente la empuñadura y apuntando hacia delante apretó el botoncito rojo. Sonó un BRUM tremendo y el tubo escupió el proyectil invisible en la oscuridad con una potencia del todo inesperada.

—Pero ¿qué porras es este trasto? —volvió a preguntar Christophe acercándose para verlo mejor.

—¡Un lanzapatatas! —fanfarroneó Marco.

—Serán gilipollas…

Y, fingiendo estar consternado, empuñó el arma artesanal para probarla a su vez. Los pensamientos sombríos ya no tenían cabida.

—Lo malo —explicó Greg— es que necesita una recarga de aire para cada tiro.

—¿Lo has fabricado tú?

—Pues sí, hay tutoriales en internet.

—Estáis peor de lo que creía.

Christophe no tardó en enterarse de que a sus dos compadres se les había ocurrido la idea esa misma semana, después de un aperitivo con carabina particularmente etílico. Llevaban ya dos horas vaciando tercios y disparando a diestro y siniestro, lo cual explicaba su jovialidad y las pintas militares. Lanzaron otro kilo largo de patatas en la noche de los Vosgos, sin preocuparse de lo que consumían las estufas, impacientes y brutales como niños.

Hasta que hubo un momento de calma, Marco bajó el volumen de los bafles y Christophe aprovechó para enseñarles la camiseta nueva.

—¡Arrea!

Y Marco silbó entre dientes.

—Qué bonita. Déjame ver.

La tela pasó de mano en mano. Estuvieron alabando el color, el material, el dibujo. Greg incluso le aulló a la luna, como el lobo que adornaba el pecho de los jugadores. Christophe, que a pesar de los pesares estaba muy contento con todo aquello, aceptó una segunda birra y, ya puestos, vació otras tres. Poco después de medianoche, se desplomaron en las sillas del jardín y, acodados en la mesa, aprovecharon que la velada se estaba eternizando para charlar. Tenían la cabeza como un bombo, les quedaba muy poquita vergüenza y Greg estaba en un buen lío.

Llevaba algún tiempo saliendo con la chica a la que había conocido en casa de su madre porque todos los días le llevaba la comida que preparaba una asociación de ayuda domiciliaria. Era una rubia de bote de caderas anchas, más joven que él, que realizaba su trabajo con unos ánimos incorregibles y a la que Greg enseguida le echó el ojo. Antes de atreverse a dar ni un solo paso, habló largo y tendido con sus dos amigos, en tono picante y haciéndose el indiferente, y los otros dos lo animaron lo mejor que supieron. Así pues, Greg se pasó varias semanas plantándose en casa de su madre a la hora de la entrega siempre que podía, a eso de las diez de la mañana. Incluso pidió en la fábrica turnos de noche a propósito para tener las mañanas libres. Su relación con Jennifer Pizzato, que así se llamaba ella, se limitó al principio a saludarse brevemente y cruzar palabras corteses y evasivas. La joven dejaba las bandejas envasadas al vacío en la nevera, se dirigía a la madre de Greg en primera persona del plural, ¿qué tal hemos dormido?, ¿qué tal hemos comido?, forzando la voz, cosa que irritaba a la anciana, que no estaba sorda, caramba, hecho lo cual se piraba a buen paso con esas Reebok blancas y el abundante culo rumbo a la siguiente casa. Desde el balcón, Greg la miraba subirse de nuevo en el utilitario con el que callejeaba por la ciudad y más lejos, para alimentar a otros ancianos debilitados.

A fuerza de ver a Greg, ella acabó percatándose de sus

maniobras, a menos que fuera su madre quien se lo dijera. En cualquier caso, ella se mostró menos distante y se maquilló con más esmero. Greg la invitó a un café. Mientras la madre veía los concursos de France 2, ellos estuvieron mucho rato meneando las cucharillas en las tazas altas de gres, sentados frente a frente en la cocina minúscula del quinto piso. La luz caía de una ventana demasiado alta que daba a una cornisa donde las palomas acudían a cagar y a montárselo. En primavera, aparecieron tres huevos en un nido. El día en que salieron los polluelos, Greg se lanzó a la piscina.

Hasta entonces, su vida sentimental se había limitado a poca cosa. De vez en cuando iba a bailar al Pacha o se plantaba en uno de los tés con baile que se celebraban en el Panache para ligarse a alguna cincuentona poco exigente, y poco más. En cambio, con Jennifer, por primera vez (y con los cuarenta cumplidos) mantenía una relación siguiendo las normas establecidas, con cine, desayunos en la cama, presentación a la familia política y todo ese rollo. Incluso intentó leerle la cartilla a Bilal, el crío que Jenn había tenido de una relación anterior, como ese tío de la tele que se metía en casa de unos desconocidos dándoselas de hermano mayor. Pero, a sus trece años, el chaval ya medía uno sesenta y estaba de vuelta. Hijoputa, no eres mi padre, replicó, y la cosa se quedó ahí. El caso era que Jennifer y Greg habían caído poco a poco en esa rutina de restaurantes modestos y veladas delante de la tele. Su vida en común se había tejido hilo a hilo y en la cama la cosa debía de funcionar, aunque Greg, a pesar de ser fanfarrón por naturaleza y a ratos un poco mitómano, no contaba nada, lo cual ya era significativo de por sí. En definitiva, que todo iba bien y nadie hablaba de temas espinosos como casarse, mudarse a casa del otro, irse de vacaciones o tener una cuenta conjunta.

Hasta hacía unos días, en que Jenn le soltó que estaba preñada.

Sobre la marcha, Greg ni siquiera supo qué decirle por teléfono. Ya lo sé, es una putada, reconoció ella. Pero ¿qué vamos a hacer? Él no tenía ni idea. Lo que de verdad le apetecía era salir por pies para recorrerse la Ruta 66 bajo una identidad falsa. Se pasó a verla al día siguiente y se tomó una cerveza sin siquiera sentarse, de lo más frío o peor, como si fuera un extraño. Jenn lo comprendió. De todas formas, era de esas mujeres que siempre tienen que comprenderlo todo, los enfados y las canalladas, cargar con los críos y limpiarles

el culo a los viejos, cobrar cada vez menos y decir amén. De madres a madres, siempre era así.

—Pero a ti, ¿qué te apetece hacer? —tuvo el detalle de preguntar Greg.

—No lo sé.

Lo que a todas luces significaba que no descartaba deshacerse del porvenir que le crecía en las entrañas.

El padre de Bilal se había largado tiempo atrás y ella, para rehacer su vida, las había pasado muy putas, entre las jornadas de trabajo interminables y un crío nada fácil. Lo había aguantado, tenaz y sonriente, sin por ello renunciar a la posibilidad de una vida en pareja, que era la única que concebía. En ese aspecto, tampoco aspiraba a mucho, y en el amor ya no se hacía ninguna ilusión. Ya no aspiraba a sentir un flechazo ni una pasión desbocada, con el corazón a mil por hora y las manos sudorosas. Que les dieran a Hollywood y a los libros de Harlequin. A sus treinta y dos años, Jennifer ya no se montaba películas.

Había conocido a buenos chicos y a porreros con curros temporales, a pirados de la consola, a malas bestias y a zombis como el padre de Bilal, que podía pasarse las horas muertas delante de la tele sin decir ni pío. Había conocido a tíos que se la tiraban deprisa y de mala manera a las dos de la madrugada en el aparcamiento de un bar Papagayo cualquiera. Se había enamorado y le habían puesto los cuernos. Había puesto los cuernos y sentido remordimientos. Se había pasado horas llorando como una tonta contra la almohada por culpa de embusteros o celosos. Había tenido quince años y, como cualquiera, su correspondiente dosis de cartas y ligues vacilantes. La habían cogido de la mano e invitado al cine. Le habían dicho te quiero y quiero metértela, por mensaje y en la intimidad de un dormitorio. Ahora Jenn ya era mayor. Sabía a qué atenerse. El amor no era esa sinfonía con la que te machacan en todas partes, publicitaria y hechizada.

El amor eran las listas de la compra en la nevera, una zapatilla debajo de la cama, una maquinilla de afeitar rosa y otra azul en el cuarto de baño. Carteras del cole abiertas y juguetes tirados por ahí, una suegra a la que llevas a la pedicura mientras el otro lleva los muebles viejos al punto limpio y, por la noche, en la oscuridad, dos voces que se reconfortan, que apenas se oyen y se dicen cosas

sencillas y anodinas, no queda pan para el desayuno, sabes, me da miedo cuando estás fuera. Pero si estoy aquí.

Jenn no habría sabido decirlo con palabras, pero todo eso lo sabía de buena tinta. Lo llevaba en el cuerpo y en la piel. Iba a llegar un bebé que también traería calor y espantaría a la muerte.

Por su parte, Greg no tenía una opinión muy elaborada sobre ese tema. Por eso Jennifer le había dado unos días para reflexionar, cosa que él había tratado de no hacer en la medida de lo posible. Esa velada entre amigos era una nueva ocasión de mirar hacia otro lado. Por desgracia, Marco tenía tendencia a pasarse de la raya, y más si la noche y el alcohol ayudaban.

—Pero ¿tú quieres a esa chica?

—Y yo qué sé —replicó Greg, a quien la pregunta le parecía casi insultante—. Es maja…

—Eso no basta para tener un hijo.

—¿Por qué no?

En efecto, era una buena pregunta. Christophe y Marco la estuvieron rumiando un rato antes de que Greg retomara la palabra:

—Me siento como si me hubieran tendido una trampa. Ya no sé qué hacer. Nunca volvería a tener la misma vida…

—Por otra parte, puede que tampoco eso sea tan malo.

—No me gusta comerme el tarro.

—Pues está claro que con los críos, las comeduras de tarro… —observó Marco, que como todas las personas que no tienen hijos nunca podía resistirse a dar su opinión sobre el particular.

Christophe escuchaba. Pensó en Gabriel. Una semana de cada dos ya era bastante poco. El tiempo se iba a acelerar otra vez cuando se fuera. Le quedarían solo migajas de su infancia, noticias telegráficas. Lo mejor de la vida en retazos.

Dicho lo cual, Marco se fue a buscar bebida y los otros dos se quedaron debajo de las estufas, sin decir nada, un poco atontados por el sueño y la birra. En la radio, Nino Ferrer cantaba *Le temps dure longtemps*. A su alrededor, la noche reinaba como un mar. Hasta que Marco volvió con tres tercios. Ahora ya no había tan buen rollo.

—Por cierto, he recibido una cosa muy rara —dijo Christophe quitando la chapa con el mechero.

—¿Qué cosa?

Se sacó el móvil de la chaqueta y les enseñó una notita que le había enviado una desconocida por Messenger.

—¿Quién es?

—Una tía del Jeanne-d'Arc.

—Tío bueno —se burló Marco.

—No está mal —dijo Greg, pasando las fotos con el índice.

—Ya, aunque no se ve muy bien.

Greg y Marco releyeron el mensaje por turno y comprobaron el perfil. Se llamaba Hélène y decía con muy pocas palabras que había visto a Christophe en Les Moulins Bleus y que había sido muy raro. Que esperaba que estuviera bien.

—Te desea, está clarísimo —dijo Marco.

—No hay duda. La tienes en el bote.

—Sois unos capullos. Tiene dos crías.

—Qué tendrá que ver.

Christophe tendió la mano para que le devolvieran el móvil, pero Marco ya estaba tecleando algo en la pantalla.

—¿Qué coño haces?

—Nada —dijo Marco, poniéndose de pie.

—Que pares, joder.

—¡Pues claro! —gritó Greg, que de repente había tenido una iluminación—. Ya me acuerdo de esa tía.

El brazo de Christophe seguía tendido por encima de la mesa. Pero el rostro se volvió hace Greg.

—¿Qué recuerdas?

—Una chavalita que venía a los partidos. La amiga alta de Charlotte Brassard.

Christophe no se molestó en confirmarlo, pero también él se acordaba y ese mensaje le había provocado una sensación extraña. Había recuperado el estado de ánimo que tenía entonces, las canciones de los Pixies y de Mano Negra, lo fácil que resultaba respirar, con toda la ciudad para él, los partidos, la final. Quedaba muy lejos y cruelmente cerca.

—Ya está, le he contestado —dijo Marco, devolviéndole el móvil con sonrisa satisfecha.

Christophe agarró el trasto, pero al hacerlo cerró la aplicación. Tardó unos segundos en encontrar el mensaje en cuestión y la respuesta que había enviado el payaso de Marco. Me cago en todo,

dijo al evaluar los daños.

«Me encantará que nos tomemos un café. La otra noche me pareció muy atractiva».

Y, luego, su número de teléfono.

—De verdad que eres lo peor —dijo Christophe, desengañado.

—Qué no, hombre —dijo Marco—, ya verás, va a ir sobre ruedas.

—Por lo que yo recuerdo, tampoco era nada del otro mundo —apuntó Greg con una mueca dubitativa.

—Bah —dijo Marco, poniendo de pronto las cosas en perspectiva —, pero eso puede cambiar.

Cuando se despertó, Christophe estaba resacoso y ni siquiera recordaba cómo había vuelto a casa. Se dio la vuelta en la cama, cogió la botella de agua que estaba en el suelo y la vació. Por lo visto, no había tenido valor para cerrar las cortinas antes de acostarse y la luz del día entraba a través de los visillos azules, casi tan desagradable como un ruido. Precisamente, reconoció un «tum, tum, tum, tum» familiar por el pasillo, se entreabrió la puerta y apareció la cara de Gabriel.

—Hola, pituso.

Tenía la garganta tomada a pesar del agua mineral, la voz ronca. Tuvo que tragarse una flema antes de añadir:

—¿Ya estás levantado?

—¿Estás malito? —preguntó el niño, aunque no especialmente preocupado.

—Qué va, no es nada. No he dormido bien.

El niño, que solo llevaba puestos los calzoncillos, se subió a la cama de un brinco y enseguida se hizo un hueco debajo de las sábanas, al calor del padre. Christophe volvió la cabeza y le dio un beso en el pelo liviano como el aire.

—¡Qué mal huele! —dijo el niño, tapándose la nariz.

El despertador de la mesilla marcaba las diez y cuarto. A la mierda el footing.

Pero Christophe se había vuelto a tumbar y yacía como una estatua, con un brazo doblado por encima de los ojos cerrados.

—¿A qué quieres jugar?

—¿Prefieres tener la lengua de caca o diez patos que te sigan toda la vida?

—Vale, ya veo de qué va.

Un hondo suspiro, un ratito para pensar, y Christophe se lanzó.

—¿Prefieres tener las rodillas de nata montada o un ojo detrás de la cabeza?

—Vaya birria —dijo el niño.

—Estoy cansado, pituso.

Entonces el niño apartó las mantas y se le sentó a horcajadas en el pecho.

—¡Arre, caballito!

—¡Ay, joder! —gimió Christophe.

Y encerró a su hijo entre los brazos, aún con los ojos cerrados, estrechándolo fuerte contra el pecho. El niño empezó a reír y a debatirse. Su piel contra la mejilla mal afeitada de Christophe tenía una suavidad inimaginable. El padre lo apretó aún más y entonces abrió los brazos de golpe y el niño salió rodando de lado.

—¿Te he hecho daño?

—No, estoy bien.

La manita se apoyó en su brazo y un pie que el suelo había enfriado le tocó la pierna.

—Papá…

—¿Sí?

—¿Es verdad que nos vamos a ir?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Lo ha dicho mamá.

Cómo no. Los críos siempre tienen la antena puesta. Christophe volvió a carraspear y se masajeó las sienes sin poder abrir los ojos.

—De todas formas, no va a ser enseguida.

—Ya lo sé.

Pasó un brazo alrededor del niño y lo pegó contra sí.

—¿No irás a llorar?

—Me sale sin querer —contestó el niño.

—Iré a verte. Y tú también. Vendrás a verme jugar.

—¡Ya, pero incluso así! —dijo el niño con repentina rabia.

Christophe notaba el cuerpecito sollozante contra el suyo y luego el calor húmedo de las lágrimas a través de la camiseta. Dijo varias veces no pasa nada, pituso, se arreglará. El llanto duró un ratito. Y cuando el niño se hubo calmado:

—De momento no hay que decírselo al abu, ¿de acuerdo?

—Ya lo sé —dijo el peque.
Y Christophe volvió a abrazarlo, pero esta vez por él.

6

Sus padres llevan desde por la mañana sin cruzar palabra.

Suele pasarles, sobre todo los domingos. A estas horas, su madre debe de estar en el salón, pelando clementinas delante de la tele, mientras su padre se dedica a sus manualidades en el garaje, con la radio puesta. Más tarde irá a dar una vuelta, a ver a uno de sus hermanos o a algún amigo. Volverá relajado, llevando encima un fuerte olor a tabaco negro y en la boca noticias que Sylvie fingirá escuchar mientras prepara la cena.

—Fíjate tú —dirá a modo de conclusión—. Hala, a la mesa.

Entretanto, ha mandado a sus hijos fuera porque, para empezar, ya no aguantaba el jaleo que estaban montando, y, para seguir, no les puede hacer daño. Les dice me estáis volviendo tarumba, como no salgáis voy a agarrar a uno para matar al otro. Ya en el jardín, Christophe y Julien han intentado jugar al fútbol, pero lo han dejado enseguida. Entre dos es un rollo, y el balón, que ha pasado todo el invierno fuera, estaba desinflado. Así que ahí están, sentados en el tronco puesto en horizontal que su padre ha barnizado para que haga las veces de banco, con las manos en los bolsillos, mientras les sale vaho de la boca. Hay que estar realmente sin opciones para andar rodando por ahí fuera con semejante tiempo. Los dos chicos sorben, miran los árboles, el gris del suelo, el estanquito helado. Qué fea es la naturaleza cuando tienes frío y el corazón en un puño, sobre todo en pleno mes de febrero en Cornécourt. Cada vez que Julien escupe en el suelo, Christophe también escupe. Dentro de cuatro años, él también tendrá quince años, tiene que entrenarse, por supuesto. Por encima de su cabeza, el cielo está de un blanco sucio y a su espalda se alza la casa grande y prohibida donde se está calentito. Christophe nota que se le humedecen los ojos.

—Eh, no irás a lloriquear.

—Estoy harto…

Julien empuja a su hermano pequeño con el hombro.

—Venga, qué nos importa, que se vayan a la mierda.

Christophe dice que sí con la cabeza y aprieta los labios.

—Bueno —dice el hermano mayor—. Tengo una idea.

Se ha puesto de pie de un brinco y ya va camino del estanquito. Christophe se seca los ojos con la manga y la nariz con el reverso de la mano. Sabe de sobra que Julien podría estar en otro sitio, con sus colegas. Se ha quedado para estar con él.

Más allá, Julien está ya aventurando el pie derecho por el hielo que hace varias noches cuajó encima del agua del estanquito. Lo llaman estanque, pero es más bien un aljibe grande. El padre lo cavó para decorar el jardín y en primavera crecen juncos, hierbas silvestres y nenúfares. Incluso se oyen ranas y los zancudos de agua dibujan redondeles en la superficie. Su padre trató de aclimatar varias truchas y una carpa, pero se las encontraron a los dos días tripa arriba. El caso es que Christophe no es de naturaleza temeraria y no le gusta nada ver a su hermano tentar la suerte de esa manera.

—¡Para!

—Tranqui, tú déjame a mí.

Julien avanza otro paso con los brazos en cruz como en una cuerda floja. De pronto, el hielo cruje bajo su peso.

—¡Para! —vuelve a berrear Christophe, abalanzándose.

Pero el hermano mayor no le hace ni caso. Sigue adelante y, bajo las suelas gruesas, con cada paso, el hielo suelta el mismo ruido crepitante y grave. En unos segundos, ha alcanzado el punto más alejado del borde y se vuelve hacia el pequeño, triunfante, con una amplia sonrisa en los labios.

—Venga, vente para acá —dice.

Va vestido con ropa vaquera y la bufanda roja que lleva anudada al cuello rasga la inanidad del paisaje y del cielo albino.

—Venga, no me obligues a repetirme…

De pronto, a Christophe le entran muchas ganas de mear. Cada vez que algo le da miedo, pasa lo mismo. Un día que estaba en el sótano hurgando entre las cosas viejas, fotos y trastos de su padre, le entró tanto miedo de que lo pillaran que mojó los pantalones. Ese día su madre ni siquiera se molestó en echarle la bronca. Se limitó a decir «anda que no le queda a este ni nada», cosa que a Christophe ni lo inmutó. Al fin y al cabo, también decía «Señor, llévame

pronto» delante del montón de ropa para planchar.

Por lo pronto, ahí está Julien, esperándolo en el hielo.

Christophe aventura un pie a su vez. Debajo del zapato, intuye la inmensa fragilidad de la materia y, más abajo aún, el espantoso misterio del agua negra y helada. Un escalofrío le recorre la nuca a pesar de la sangre que le retumba en las venas. Hasta le cuesta respirar.

—Ya lo ves, no es tan difícil.

Julien ha llegado hasta él arrastrando un pie y luego otro, y le toma de la mano para remolcarlo al centro del estanque. Christophe ha cerrado los ojos. Oye pasar por encima de ellos un pájaro que no deja más que la estela de un rápido frotar de plumas y cielo. Poco a poco, el temor le cede el sitio a otra cosa, una sensación de facilidad bajo las suelas que sube por la piernas, y las ganas de mear, que siguen ahí.

—Abre los ojos —dice Julien—, aquí ya vale.

Nota que la mano de Julien suelta la suya y cómo se aleja la presencia de su hermano.

—No tengas miedo. Quédate quieto.

Christophe abre los ojos y lo ve salir disparado. Cada vez que apoya el pie en el suelo es como un trueno que recorre el estanque y sube hasta el esternón.

—¡Para! ¡Estás loco!

Pero la silueta de Julien ya no es más que un azul resbaladizo con la tachadura roja de la bufanda. Christophe contempla cómo surca el espacio, sin trabas, esa sensación de fluidez, la velocidad maravillosa. Qué bonito. Se mea encima.

Esa noche, en la cama, a Christophe le cuesta mucho dormirse. Aún nota en las piernas la sensación de deslizarse, de fluir vertiginosamente, con la cabeza vacía al fin, a pesar del frío y del pantalón de pana empapado. Y eso que no pudo disfrutarlo mucho. Julien quiso que se cambiara antes de que su padre volviera a casa. Cuando su madre los pilló trasteando en el cuarto de la lavadora, lo único que dijo fue: «¿Estáis haciendo la colada? Todo llega…».

Al día siguiente, se despierta muy temprano, se viste corriendo y luego va hasta la planta baja de puntillas. Fuera aún es de noche, pero sabe que podrá contar con el punto de luz del aplique que hay en la fachada de la casa. Se calza las botas sin hacer ruido, se pone

el gorro y se escabulle por la puerta de atrás. Aún no han dado las siete y el frío intenso quema los ojos y las fosas nasales. Se apresura hacia el estanque por la hierba crujiente y disfruta del olor de la escarcha, tan nítido en la mañana naciente.

Una vez en el hielo, recupera enseguida el placer del movimiento bajo los pies, del suelo a la deriva. Una y otra vez corre y se desliza, con los brazos en cruz para equilibrarse, la rapidez de la partida y luego el sentimiento de obviedad que pasa por la suelas y le sube por todo el cuerpo. El alba no tarda en salir de la tierra, pálida, rosa y azul, redondeada en la superficie, y el chico ve cómo se derrama delicadamente desde el suelo, infundiendo el cielo con su ternura progresiva. Diminuto dentro de ese paisaje de comienzo, se dice una vez más y paro ya. Diez veces repite esa mentira del último recorrido. Pero disfruta demasiado y le resulta imposible terminar.

En el umbral de la casa, su padre no se ha perdido detalle de la escena. Mira a su hijo mientras sopla el café hirviendo. Podría gritar, castigarlo. Pero, en vez de eso, sonríe. Se siente curiosamente reconfortado al ver ese cuerpo de niño aboliendo la resistencia del suelo y del aire. Por la noche, a la hora de acostarse, va a verlo a su cuarto y se sienta en la cama.

—Te vi esta mañana. En el estanque.

A Christophe no le da tiempo a inventarse una mentira, pero de todas formas su padre no le está pidiendo explicaciones.

—No quiero que lo hagas más. Es peligroso. No estamos en el polo norte. —Y, cuando el niño se compromete, el padre le dice—: Si quieres, podemos ir a la pista de hielo. Pero quiero que me prometas que no irás nunca más al estanque.

—Te lo prometo —dice el niño.

Mira los labios de su padre, que apenas se mueven debajo del bigote. En la penumbra, es como si esa voz saliera de la nada.

—Ya verás —dice el padre—, con patines será aún mejor.

Christophe se lo imagina. Su hermano jugó al hockey unos años antes. Pronto recuperará el equipo de su hermano en el desván. Se pondrá los guantes de cuero quemado por el sudor, el casco y la camiseta azul y blanca y buscará el palo, en vano.

Los inicios son difíciles. Christophe acaba de cumplir los doce y siempre tiene frío. Además, en el equipo forma parte de los bajitos,

de los que crecen más despacio, y odia el ambiente de los vestuarios. Cabe decir que son apestosos, huelen a sudor, a pies, a goma y también a café quemado porque dentro hay una máquina que borbotea constantemente para abastecer al entrenador, el señor Lukic, reconocible gracias al plumífero rojo, el gorro tricolor y el vasito humeante que siempre lleva en la mano. En el hielo, lleva zapatos con suela de crepé, lo cual está rigurosamente prohibido, pero a él se la suda y a veces hasta fuma, cuando tiene la certeza de que no hay ningún jefazo a la vista, ahuecando la mano para esconder el pitillo, pero, como atufa, no engaña a nadie.

Además, muchos críos se conocen ya de la escuela de patinaje. Cuando se lanzan por el óvalo impecable de la pista, parecen misiles. En cambio, Christophe las pasa canutas para calzarse los patines y ponerse el equipamiento, le duelen los pies y se nota lento y torpe.

—¡Marcha! —refunfuña el entrenador—. ¿Qué porras estás haciendo? Eres *slow*, Marchal. Demasiado *slow*.

Lukic habla como si tal cosa una extraña jerigonza plagada de inglés y de palabras eslavas. Y, cuanto menos se le entiende, más palabras desconocidas utiliza.

Los entrenamientos son los martes y jueves después de clase. Para Christophe, el placer del estanque ya no es más que un recuerdo lejano. Así que, al cabo de varias semanas de ineptitud y novatadas, les comunica a sus viejos que preferiría dejar de sufrir para nada, pero, dado lo que han costado el equipo y la licencia, no quieren saber nada del asunto. «Mientras no pierdas un dedo del pie, no hay problema».

Pensándolo bien, el principal inconveniente era el cabronazo de Madani. Cada vez que Christophe está entretenido atándose los patines, le arrea con el guante en la cabeza. No es que sea muy doloroso, pero todo el mundo se cachondea. El muy capullo no deja de pitorrearse de él. Y, en el hielo, es un auténtico buldócer. Christophe tiene cardenales por todo el cuerpo para demostrarlo.

—Te lleva dos años, es normal —le dice Julien—. Tienes que jugar más rápido, ser más agresivo, es la única forma.

Para motivar a su hermano pequeño, a Julien se le ocurre someterlo a un entrenamiento especial, empezando por un lavado de cerebro en toda regla. En el programa entra de todo, *Rocky,*

Carros de fuego, Karate Kid y *El castañazo*. La historia siempre es más o menos igual: actores con el torso desnudo y secuencias de entrenamiento que transforman a perdedores sin remedio en máquinas de ganar.

—Cuando yo jugaba —explica Julien—, el mejor era Adam hijo. Tenía los muslos como postes. Con unos músculos que parecían cables eléctricos. Lo que importa son las piernas.

De modo que, cuando no tiene entrenamiento, Christophe sale a correr por los alrededores y se ejercita en el garaje con un disco de espuma. Los sábados va a la pista de hielo con Greg y Marco, los colegas a los que ha logrado convencer para que se unan al equipo.

Al menos, ese asunto ha servido para unir a los dos hermanos, porque, al margen de eso, a Julien no se le ve mucho el pelo, pues está muy ocupado callejeando por el centro, demostrando que está estragado de tedio y que es más listo que el resto de los mortales. Por cierto, que en esto último dan ganas de darle la razón. No en vano ha encontrado la forma de vaciar los parquímetros de alrededor de la basílica con un destornillador. Aquella renta no duró mucho, pero dio pie a la leyenda. En casa, el panorama es menos glorioso. Durante las comidas, Julien se queda mirando el plato y solo se expresa con onomatopeyas.

—Tienes que hacer algo con ese pelo —dice el padre.

—Si me llegan a decir que iba a parir semejante ser —añade la madre, flemática.

Así que a menudo Julien se retira de la mesa antes del postre.

—Ya se le pasará —comenta esperanzado Gérard Marchal—. Y, a ti, ¿qué tal te ha ido el entrenamiento?

Tras lo cual, la velada de los Marchal siempre transcurre más o menos igual, delante de la tele. El padre se queda frito en cuanto dan el tiempo y Sylvie aprovecha para apoderarse del mando y cambiar de programa de extranjis, con lo cual el marido se despierta sobresaltado, dando lugar a discusiones sobre la igualdad de sexos.

Y eso que en esa casa todos se quieren, pero de esa forma torpe y contrariada donde la carencia de palabras se compensa con la profusión de gasto. Porque si Gérard se parte los cuernos doce horas al día en la tienda no es para tener que apretarse el cinturón. De modo que en los cumpleaños y en Navidad, o cuando toca irse de

vacaciones, no se escatima. A menudo van a comer al Gondola, una pizzería donde la familia acostumbra a ir, o al Tablier, una cervecería a orillas del Mosela. A Julien incluso le han regalado un *quad*. Y Sylvie daría un brazo por la felicidad de sus hijos. De hecho, está pendiente de que les vaya bien con los estudios, aunque sin grandes resultados.

—No voy a dejar que te eches a perder como tu hermano —le dice a Christophe.

—En cuanto cumpla los dieciocho, no me volvéis a ver el pelo —replica el susodicho hermano.

Christophe odia que Julien diga eso. No se atreve ni a imaginar lo que sería esa casa cuando su hermano mayor se las pire. Para pensar en otra cosa tiene el entrenamiento, correr, patinar y, todas las noches, flexiones y abdominales en su cuarto. Adopta poses delante del espejo para comprobar *de visu* cómo progresa una musculatura que, a pesar de sus esfuerzos, se hace esperar.

—Vas bien —dice el entrenador con ese acento que se corta con cuchillo—, dentro de cien años serás un verdadero campeón.

Parece que se burla, pero viniendo de él es más bien un elogio.

Por suerte, están los partidillos que el entrenador organiza después de cada sesión. Encuentros de ocho contra ocho, tres tiempos de tres minutos y todos los jugadores girando a toda velocidad.

—Lo que importa son los pases.

Y se oye a Lukic berrear «¡patch, patch!» bajo la cúpula llena de ecos del pabellón. De lejos, los chavales parecen enanos con armadura, el disco va disparado de un palo a otro, se oye chac, chac, y el ruido de las cuchillas que trazan sobre el hielo sus líneas superficiales. El que marca más goles suele ser Madani, pero en lo que resulta más impresionante es en los pases a ciegas, cuando lanza el disco hacia atrás y siempre encuentra un compañero de equipo.

—Mira antes de golpear —explica Julien—. Siempre hay que saber dónde están los demás, incluso los que no ves.

Christophe nunca olvidará esa lección.

Lo que también le encanta es el ritual de los sábados por la tarde, cuando él y sus colegas van a la pista de hielo. La fauna de adolescentes que se buscan, las chicas arracimadas entre sí y los tíos

en pandilla, su forma de amontonarse para luego dispersarse como bandadas de pájaros antes de la tormenta. También las familias, que acuden para pasar el rato y que siempre parecen más felices que la suya. También allí la secuencia resulta inalterable. A eso de las cuatro se para la música el rato que tarda la pulidora en dejar el hielo como nuevo. Todo el mundo espera mientras el tremendo aparato va y viene dejando tras de sí las bandas de hielo liso y mojado, y luego viene el «minuto de la velocidad».

Mucho más que el de las canciones lentas, ese es el momento culminante de la tarde, reservado a los patinadores más aguerridos. Una veintena de tíos y algunas chicas se colocan en hilera en la salida, el locutor da la señal y todos se lanzan, cada vez más rápidos, cada vez menos preocupados por el dolor y el peligro. La mayoría no lleva ni guantes ni gorro, los más atontados se limitan incluso a una camiseta. La pista se convierte entonces en una centrifugadora enorme donde no se oye más que el zumbido quedo de los patines, esa noria incisiva que surca el hielo, y a veces un grito de ánimo que cae desde las gradas.

Los tres amigos están en primera fila y cada vez que pasa el pelotón notan el aire que desplaza la masa de los cuerpos en movimiento, la embriagadora turbación que provoca la velocidad en el ambiente. Pero los segundos están contados y no tardan en escaparse unos cuántos líderes para soltarse codazos en cabeza. Al cabo de los sesenta segundos, solo uno cruzará la meta imaginaria. Christophe los devora con los ojos, decir que le gustaría ser uno de ellos es quedarse corto.

Ese verano el chico pasa unas vacaciones bastante coñazo con sus padres en la península de Giens. De entrada, su hermano no quería ir, y lo dejó bien claro durante los ochocientos kilómetros que separan Cornécourt de su lugar de veraneo. Cabe decir que el periplo se realizó en un Renault 25 sin aire acondicionado para así entender mejor que a la llegada se armara la de San Quintín cuando Julien se dio cuenta de que tendría que compartir cuarto con su hermano pequeño.

—¡Me la pela! ¡Me vuelvo a casa!

—Sigue soñando —replicó Sylvie, mordiendo un melocotón.

Gérard, el padre, no se manifestó, decidido a relajarse pasara lo que pasara, lo que, por cierto, no dejaba de ser irritante.

Por suerte, no tarda en establecerse una rutina que tampoco resulta desagradable. Todas las mañanas muy temprano, Christophe va a bañarse con su hermano. Cuando sus padres se reúnen con ellos en la playa con las toallas, las sombrillas y toda la pesca, Julien se esfuma. Nadie sabe muy bien a qué se dedica, pero el padre ha decretado que hay que dejarlo a su aire. Con tal de que vuelva para cenar y no pase la noche fuera, a nadie le importa. Luego, Christophe espera a que su padre termine de hojear el periódico
L'Équipe
para leerlo a su vez. Para él, el deporte es como una inmensa novela por entregas, con sus protagonistas, sus giros argumentales y sus intrigas de larga duración. Ese año, la selección francesa de rugby ha ganado el Grand Slam, Lendl, Roland-Garros y el Abierto de Estados Unidos, y Platini ha colgado las botas. Christophe relee de cabo a rabo los papeles repletos de proezas y de récords que el diario deportivo le dedica a este ídolo. Cada día trae su cosecha de rostros y de modelos. ¿Hay que ser apasionado como Senna o meticuloso como Prost, infalible al estilo de Lendl o tan punki como McEnroe? Christophe tiene tendencia a preferir la alternativa desaforada, los razonables le recuerdan demasiado a sus padres.

Durante la estancia, el chico pasa mucho tiempo metido en el agua y se hace amigos en la urbanización, con los que juega al fútbol y deambula por el aparcamiento hasta las diez de la noche. Pero lo que más le gusta es ir a husmear por las instalaciones de vóley-playa, que atrae a toda una panda de jóvenes donde se mezclan lugareños y turistas de paso. Los tíos llevan todos bañador de pantalón corto y Christophe se siente un poco gilipollas con su eslip. Se lo comentó a su madre, que zanjó el problema con una sola frase: «No vas a ningún desfile de moda».

Sentado en un murito, se pasa horas mirándolos jugar. Los tíos, orgullosos y bien constituidos, sacan como animales, se suben a la red sistemáticamente y se chocan la mano cada vez que marcan un tanto. Tienen los hombros pelados, sonrisa deslumbrante y llevan collares *heishi* como los surferos de Malibú. Pero a Christophe lo que más le interesa son las chicas, sus nalgas redondas y su cola de caballo que vuela cuando corren, su falsa indiferencia, sus grupitos chachareros en las rocas que bajan en cascada desde la carretera.

Algunas ni siquiera llevan la parte de arriba. Christophe tiene fichadas en concreto a dos hermanas, unas neerlandesas, la más alta francamente pechugona y con unos muslos bamboleantes que recuerdan a un *brioche* recién salido del horno, la otra, más espigada, de labios finos y con lunares en la espalda cuyo dibujo se sabe de memoria. Llegan muy entrada la tarde, con los andares pesados de después de la siesta, y cada vez tardan mil años en meterse en el agua. Frioleras, chapotean sin convicción, se mojan los hombros y la nuca, ponen caritas. Se sabe que luego irán a secarse al sol y a fumar un cigarrillo después de desatarse la parte de arriba del bañador. Todos los chicos esperan sin que se les note mucho ese segundo en que aparecen sus tetas, y Christophe como los demás, con las piernas colgando y los ojos fijos. Menuda putada es llevar un eslip azul cuando te gustaría ocupar un lugar en la vida de dos holandesas de diecisiete años.

A veces, cuando se acalora demasiado, Christophe vuelve al apartamento a toda prisa. Su madre le da las llaves, no sin fruncir el entrecejo, porque los chicos, ya se sabe. Las chanclas suenan con su golpeteo ridículo por las escaleras que sube a toda velocidad, abre la puerta, agarra un ejemplar de *VSD* o de *Voici* de la barra de la cocina, donde siempre se encuentran fotos útiles de mujeres desnudas, y en cinco minutos liquida el asunto en el baño. No tarda nada, pero puede sucederle tres veces al día. Después, se siente inútil y culpable, por narices tiene que ser algo enfermizo. Pero no puede evitarlo.

Un día, una chica de la famosa banda de jugadores de vóley se acerca para hablar con él. Christophe no se había fijado mucho en ella antes. Es una morena del montón, en toples, con el pelo muy largo y pecas, que masca chicle. Se sienta a su lado en el murito y le pregunta cómo se llama y qué está haciendo ahí. Christophe la mira de reojo, sin atreverse mucho, pero le resulta cada vez menos insignificante a medida que pasa el tiempo. Descubre así que la cara de la gente cambia en función de lo bien que te hacen sentir. Cuando ella lo pilla mirándole las tetas, le dice ¿qué estás mirando así? La malicia de sus ojos resulta perturbadora. Él no contesta nada. Ella le dice que pasa mucho. Es como si le diera permiso.

—¿Qué edad tienes?

—Catorce —miente Christophe.

—¿Ya has salido con alguna chica?

Él se ruboriza. Menos mal que con el bronceado no se le nota. Por otra parte, no entiende muy bien a qué se refiere con eso de «salir». ¿Para ir adónde? ¿Y hacer qué? A la chica le hace gracia y se lo explica.

Pero en la playa empieza a hacerse tarde y, mientras baja el calor, se ve a las familias que ya empiezan a plegar las sombrillas y a recoger sus cosas. La arena salpica desde las sandalias de los niños bronceadísimos y derrengados que vuelven a casa arrastrando los pies. A lo lejos, el mar tiene un color de metal oscuro. Y está esa chica tan cerca. Se burla un poco de él y sus pezones tienen un bonito color moreno y lustroso que hace la boca agua. Le dice: «Si fueras algo mayor…». Christophe se entera de que es mono. La resulta raro, es una buena noticia.

Pero, al día siguiente, la chica ni siquiera le dedica una mirada. Lo peor es que Christophe no se atrevió a preguntarle cómo se llamaba.

Una noche de la tercera semana, la policía detiene a Julien porque estando borracho ha meado en un barco atracado en el puerto de Hyères. Nada tremendo, pero basta para transformar la familia en un reformatorio. Desde ese momento, los chicos tienen que quedarse donde puedan oír a sus padres cuando los llamen y Christophe ya no tiene permiso para aventurarse solo hasta las instalaciones de vóley-playa. Se tiene que conformar con espiar a los jugadores desde lejos, tumbado bocabajo, buscando a la chica anónima en la que no deja de pensar. De aquí no te mueves, le dice su madre, bastante habéis hecho ya por esta vez.

En el camino de vuelta, Christophe iba de lo más depre. Diez horas en la carretera con los capullos adelantando, el coche como un horno y los cigarrillos que encadena su padre, con el codo apoyado en la ventanilla. En los atascos de Orange y Vienne, le da tiempo de coscarse. Este año ya no era pequeño, pero tampoco mayor. En cierto momento, los Marchal aparcan en un camino para comer de pícnic. Christophe se siente muy alejado de ellos, incluso de su hermano, que de todas formas ya está en otra parte. Una vez en casa, este sube a su cuarto sin siquiera ayudar a vaciar el maletero. Serán sus últimas vacaciones juntos.

Por suerte, en agosto, Christophe pasa tres semanas en un centro

vacacional donde practica el golf y hace judo, navega en Optimist y juega al Cluedo. Sobre todo, hace amigos, es propio de su edad. Les cuenta la historia de la chica con las tetas al aire en la playa y los otros se ponen como locos y le piden detalles. Christophe se los da y se los inventa si hace falta. Cuando quieren saber qué se siente al tocarle las tetas a una chica, Christophe se lo enseña, aunque no tenga ni la menor idea, diciéndoles que palpen el bultito carnoso entre el pulgar y el índice, les asegura que una dominga es exactamente igual. Los otros tienen un dedo respetuoso. En efecto, está suave y blandito. Todos esos hombrecitos sin experiencia cierran el puño y se toquetean muy serios. ¿De verdad es así? Menudo misterio. Christophe no añade nada más. De todas formas, es la hora de merendar. Hay que ir a sentarse en círculo en la hierba a comer un pedazo de pan acompañado de dulce de fruta. Más abajo, el lago huele a lodo y las tablas de *windsurf* esperan a que sople un viento que no acaba de levantarse.

Por lo demás, pasa el día de cachondeo, nadando, el comedor es un asco, y el tío que dirige el establo, una bestia parda, pero las monitoras están bastante buenas. No como los monitores, que son todos unos chulitos y ligan con todas las chicas, incluso con las que no tienen ni los dieciséis.

Lo mejor de todo es que Christophe le ha caído en gracia a Myriam, la monitora que se encarga de la clase de baile de por la mañana y dirige los juegos tranquilos de la tarde, que son por tanto las actividades que él elige sistemáticamente. A eso de las tres, cuando el sol todavía pega fuerte, él y algunos compañeros se reúnen en unas cabañitas abiertas que dan al lago. Entre una partida de palitos chinos y otra de cartas, se dedican a charlar. Christophe y Myriam están sentados juntos y él nota la proximidad de su brazo, cómo se buscan con la piel, aunque ella tenga diecisiete años y él trece. Es rubia, con curvas de niña, un pliegue en el cuello y mofletes, y en el pantalón corto de algodón claro, unas nalgas que causan algo de revuelo. A veces, de broma, ella le hace cosquillas o le da un beso. Al día siguiente del 15 de agosto, cuando la temperatura roza los treinta y tres grados y, abajo, el lago descansa con la inercia de un charco, Myriam se sienta en sus rodillas durante una partida de kem. El día antes se había cogido un pedo tremendo con los demás monitores y se siente muy rara, a flor

de piel, a la vez lánguida y con la cabeza como un bombo. Christophe siente su peso encima de él, redondeada y móvil, aspira el olor dulce de su nuca. Cuando se aventura a ponerle una mano en la cintura, ella salta: «¡Eh, eh, eh!». Pero, con cada movimiento, vuelve a experimentar la blandura elástica de su carne. El calorazo ha dejado a todo el mundo amuermado, a toda la comarca, y Christophe intenta pensar en otra cosa para no empalmarse, pero no lo puede evitar, esa necesidad dolorosa de que lo absorba, se cierre sobre él como una criatura acuática, un alga ardiente.

—No puedo más… —dice Myriam.

Ha apoyado la cabeza, que pesa una tonelada, en la mano abierta, cruza los tobillos debajo del banco de madera y empieza a balancearse encima del culo, con la piel sudorosa, grasienta y sin fuerzas. Como está inclinada, Christophe le ve, en la abertura que hay entre la goma del pantalón corto y la camiseta de tirantes, un poco de vello rubio. Traga saliva. Karim Dahbane, con ojos burlones, no se pierde ni jota del numerito. De hecho, se nota que se muere por contarlo, exponerlo en público. Es un chavalín nervioso que lleva una camiseta ridícula de Fido Dido y se pasa el rato haciendo el payaso, siempre hace falta uno. Christophe lo paraliza con la mirada. Tío, como lo hagas, te mato. Hasta que Myriam se incorpora y vuelve a sentarse a su lado.

—Tengo demasiado calor —dice—. Te me quedas pegado.

Christophe se aprieta contra la mesa, sujeta las cartas con ambas manos. Karim suelta una risita. Ahí va. Un fuerte puñetazo en el hombro, justo donde más duele, como los bocadillos en el muslo si se apunta bien. Christophe se ha llevado unos cuantos en los vestuarios, yendo a hockey. Seb Madani los suelta como nadie.

Durante ese verano de 1998, Christophe besa a dos chicas. A la primera, detrás de la caseta que huele a moho y a calcetines, donde los chicos se cambian después de bañarse. Se llama Émilie Costa. Una intrépida de corazón tierno. La palidez de sus ojos azules recuerda a la de los *huskies*. Fue ella quien tomó la iniciativa, pasándole una notita en el comedor. Cuando Christophe llega a la cita, lo empuja directamente contra la pared y lo besa sin preocuparse por preguntarle su opinión. Para ser sincero, al principio no es muy agradable, esa lengua hurgándote en la boca, por no hablar del miedo a que te pillen, y con los tablones de la

caseta que pican y el olor a meado. Los dos adolescentes giran la cabeza en todas direcciones. Es la edad de los morreos acrobáticos y de las timideces relativas. Hasta que a Christophe empieza a gustarle y esa misma tarde se vuelven a juntar al fondo del autobús y tiene licencia para meterle mano un poquito. Pero, al día siguiente, se acabó lo que se daba. Ella ya se ha fijado en otro y Curtis, el hermano mayor, le dice que como vuelvas a tocar a mi hermana te destrozo.

A la segunda la besa con ocasión de la fiesta de despedida. Una tía alta en pantalón corto, más bien fea, que va a por él mientras está espiando de lejos a la bella Myriam con ojos de cordero degollado. Christophe se deja, para vengarse y porque esa chica es dos años mayor que él. Se lo montan fuera, a la sombra de un chopo.

—No se te da nada mal para ser virgen.

Al menos, después de aquello, está definitivamente en el bando bueno, el de los precoces, el de los chicos que gustan y llevan la delantera. Ha crecido.

De hecho, ya en el primer entrenamiento de la siguiente temporada se sorprende al comprobar que el equipo se le ha quedado pequeño. Y, cuando Madani va a buscarlo a los vestuarios para darle por saco como de costumbre, ¿cómo te va, gayumbitos?, Christophe se pone de pie y el otro comprende que las tornas han cambiado. A pesar del chasco, se descojona.

Serás picha corta… Pero las cosas ya no son como antes.

En cambio, en los entrenamientos se mantienen los mismos cimientos, salvo que el entrenador, Lukic, se ha vuelto a su Serbia natal y a los infantiles ahora los entrena Anthony Gargano, un jugador del equipo titular al que todos los críos idolatran. Lo han convocado dos veces para la selección francesa y además tiene un Ducati. Pero también es un incondicional de los pases. El pinball, como él lo llama.

—Cuando estáis en su zona, tiene que ser como las setas de un pinball. Que no se vea, que no se entienda. Y, sobre todo, no penséis. Si lo pensáis, ya es tarde.

Una vez, Gargano incluso se lleva a sus jugadores al cafetín que hay enfrente del pabellón de la pista de hielo para enseñarles un pinball de verdad, el Diamond Lady. Con los críos a su alrededor,

juega tres partidas más la bola extra y menudo follón se monta en el tugurio.

—¿Lo veis? El truco es no pensar.

Por lo demás, los pone a patinar hacia delante, hacia atrás, a zigzaguear entre los conos, siempre con el disco pegado al palo. Les enseña con un rotulador azul en la pizarra Velleda lo que espera de ellos: automatismos. Para lograrlo, los forma en líneas de a cinco y cada línea tiene que reproducir las combinaciones que él ha elaborado, lo más deprisa posible antes de salir de la pista para dejar paso a la línea siguiente. Al principio van a trancas y barrancas, y Gargano tiene que pegar unos cuantos gritos. Pero los jugadores acaban interiorizando las consignas, el cuerpo las memoriza y el disco se acelera. Cada línea se convierte en una ola y verlas sucederse tiene un algo implacable, musical.

—¡Vamos, más deprisa! ¡Vamos, vamos!

Merece la pena ver a esos gnomos con casco meneándose hasta no formar ya más que una cinta de pases. Chac chac chac. Gol.
Christophe ha elaborado una nueva rutina para hacer músculo. Todas las tardes, después de clase, se sube en la bici de montaña y baja hacia el centro de Cornécourt para luego dirigirse del polígono hasta la pendiente de los bomberos. Al verla, se entiende mejor por qué la gente dice que el pueblo está metido en una palangana. Para un chaval de su edad, esa pendiente es prácticamente como el Mont Ventoux. Así que se lanza, aprovecha la bajada antes del esfuerzo y trepa tan lejos como le permiten las piernas. Al principio no llega más allá de la parada del autobús y se desploma en la acera, sin resuello. Es una aventura deprimente, porque la cuesta no presenta sorpresas ni clemencia. Le enseña esa forma aritmética de progresar en la que nunca se suman más que migajas. Y, cuando por desgracia tiene que renunciar a este ejercicio por culpa del mal tiempo, tiene la sensación de perder un poco de fuerza, de estar perdiéndose una cita ineludible. Día tras día, renueva ese suplicio necesario que a veces parece un resumen de la propia vida: una pendiente en un pueblucho, un chaval en bici, un centímetro más al caer la noche. La pendiente se le resiste y él se obstina. Hay que aguantar. Cambiar.

Hasta que un sábado por la tarde en que está con sus amigos en la pista de hielo, la voz nasal del locutor de la megafonía anuncia

una vez más el sacrosanto minuto de la velocidad. Christophe decide intentarlo.

—Te van a machacar —observa Marco sobriamente.

Aun así, con el corazón a cien por hora, Christophe entra en la pista, donde pronto se le unen los habituales, jugadores de hockey, veteranos y el Gainz, al que llaman así por el parecido con Serge Gainsbourg, fumeta empedernido y rebelde de vivienda social que patina en camiseta, uno de esos héroes de las barriadas que viven con sus padres hasta los treinta y cinco y compensan los reveses de la fortuna partiendo caras a puñetazos.

La pulidora acababa de salir de la pista, dejando tras de sí la habitual extensión reluciente y sin tacha. La voz de feriante del locutor aumenta la presión. Un empleado de la pista coloca en el hielo unos conos naranjas para delimitarla.

—Falta poco, llega el momento. Un minuto. Solo un minuto —dice la voz por la megafonía.

Christophe se pone en posición, haciendo oídos sordos a las pullas que cruzan sus vecinos más aguerridos, entregado en cuerpo y alma a ese momento.

—¡Oye, hijo!

Se vuelve hacia el tío gordo con pelliza que acaba de llamarlo.

—No lo hagas. Vas a salir volando.

Pero la primera línea ya se está poniendo en marcha, despacio.

—Aaaaallá vamos… —chirría el locutor mientras los patinadores alargan los primeros movimientos.

Arrancan con tranquilidad, acechándose de reojo. Luego el pelotón se disloca poco a poco. En la tercera curva, los patinadores que van en cabeza empiezan a meter caña. Christophe también acelera, firmemente apoyado, equilibrándose con amplios movimientos de los brazos. Y, sin avisar, el chico se escapa y deja atrás a la jauría.

Detrás de la barandilla, empieza a cundir una especie de frenesí gregario entre los espectadores, que se preguntan quién es ese crío y qué pinta ahí. Se ha cerrado la primera vuelta y Christophe, empeñado en escaparse, inicia la siguiente en cabeza. Los mejores no suelen arrancar antes del final de la segunda vuelta porque saben que rara vez se realizan más de tres. El esfuerzo del chico enseguida se revela como lo que es, valiente, imposible y suicida.

Pero él sigue distanciándose del pelotón, empujándose con los muslos, fluido, parco en movimientos y casi silencioso, fiel a la curva ideal que se ha fijado, el camino más corto hasta la meta. A su espalda, un respingo de orgullo. La horda se pone en marcha.

—¡Venga! ¡Más rápido! —grita el hombre de la pelliza.

Pero Christophe ya siente el desorden de los demás patinadores pegado a los talones, el aire desplazándose por su nuca. Se conoce la pista de memoria. Casi podría cerrar los ojos y dejar que el impulso lo lleve en la curva. Espera a que se acerquen un poco más y, para sorpresa general, pega otro acelerón.

Brotan entonces algunos silbidos, gritos de ánimo. Hay gente que incluso se pone a dar palmas.

—Solo veinte segundos —anuncia la voz caída del cielo.

A partir de ahí, todo va demasiado deprisa. Christophe acaba la segunda vuelta en cabeza. Ya no distingue a los espectadores. Todos los rostros se confunden en una larga estela borrosa que flanquea su carrera. Pero sus perseguidores están ahí. Casi puede notar ese aliento abstracto, esa velocidad hostil persiguiéndolo. Guillaume Papeloux, que también juega como titular, lo adelante entonces por la izquierda, golpeándolo en el hombro. Christophe vacila, siente que se le escapa el suelo bajo los pies, y luego le toca al Gainz empujarlo, antes de que otros cuerpos anónimos, más fuertes y rápidos, acaben de fastidiarle el equilibrio. Por un instante, para él la velocidad transcurre lejos del suelo, en levitación, hasta que cae dándose un planchazo y la barbilla le chasquea secamente contra el hielo.

Otros veinte patinadores cruzan la meta antes que él, como un rebaño en una llanura.

Cuando el chico se incorpora, apoyándose en la rodilla, enseguida reconoce ese sabor a cobre en la boca, casi agradable, luego se pasa dos dedos por el ojo derecho al sentir un picor. Está sangrando. La carrera ha terminado.

—¿Estás bien?

Papeloux ya se ha plantado delante de él y lo ayuda a levantarse. Christophe dice que sí con la cabeza y sonríe, dejando al descubierto los dientes. Tiene en un incisivo una rotura limpia, cuya línea oblicua recuerda curiosamente a la hoja de una guillotina.

7

—

Por el rostro de Lison pasaron diversas expresiones, como nubes por el cielo.

—Lo cierto es que ni fu ni fa —concluyó muy reservada, devolviéndole el móvil a su jefa.

—Ah, ¿sí? ¿tú crees?

—Es que no sé. Tampoco me van mucho ese tipo de tíos.

Hélène tenía que reconocer que ninguna de las imágenes de Christophe le hacía justicia. Fotos familiares y en la playa, birladas de su cuenta de Facebook, una foto antigua y medio borrosa en la que aparecía de jugador de hockey, cuando aún era un crío y con cierta pinta de gilipollas. Nada muy convincente.

—En el insti, era un poco EL tío… Tenía a todas las chicas detrás de él.

—Pues ha cambiado, ¿no?

Por lo demás, solo tenía dieciséis amigos en Facebook. Lison estaba consternada.

—¿Va a volver a verlo?

En el Galway, las dos mujeres llevaban ya un rato evaluando el problema mientras bebían una pinta de Kilkenny. En la acera, algunos clientes bien abrigados fumaban dando botecitos. Aquella noche no había mucha gente y daba gusto. Hélène bebió otro sorbo de cerveza y amplió el rostro, cuyos labios se habían vuelto más finos.

—Mejor que tu Tinder, ya será.

—No sé yo —opinó Lison.

Hélène se quedó mirando a la becaria, que llevaba una blusa cubierta de aves del paraíso, pulseras de plástico rojas, naranja y amarillas en ambas muñecas, zapatones de plataforma y una chaqueta con hombreras que había comprado en una tienda de segunda mano superchula del Marais. ¿Cómo podía entender nada de aquello?

De todas formas, Hélène estaba decidida. Quería volver a ver a ese tío. Le apetecía. Quería concederse ese suplemento de adolescencia, pasar de todo como entonces. Y lo que más la excitaba era que se invirtieran las fuerzas, ver cómo iba a reaccionar el ídolo de sus quince años cuando tuviera delante a la mujer en la que se había convertido. Lo necesitaba tanto más cuanto que Erwann le había hecho otra de esas jugarretas que dominaba como nadie. Ese mismo día, había irrumpido en el *open space* prácticamente desierto y se le había echado encima, a punto de estallar en su camisa impecable.

—¿Podemos hablar?

Ni buenos días ni porras. Ni siquiera miró a Lison, que se limitó a ejecutar unos pasos de *moonwalk* para librarse de esa desagradable intervención.

—¿En tu despacho? —preguntó Hélène.

—Sí, algo rápido. He quedado dentro de veinte minutos.

Una vez dentro de su pecera, Erwann cerró la puerta y se puso a andar arriba y abajo, respirando fuerte, toqueteándose nerviosamente la barba mientras las suelas de cuero emitían en el parqué laminado chirriditos sintéticos.

—Es por el ayuntamiento, ¿no?

—Pues sí. Acabo de hablar por teléfono con Schneider. Íbamos a comer juntos, por otro tema. Me ha dicho que no podía. Es más, me ha dicho que el otro día te portaste como una gilipollas.

Hélène encajó el golpe. Sobre todo, mantener la calma. No quedar como la histérica de turno.

—Te escucho —dijo—. Prefiero oír primero su versión.

—Su versión es que tu informe era superparcial y que les montaste el numerito de profe de alemán castradora.

—¿Nada más?

—Pero ¿quién te has creído que eres? —dijo el hombre gordo, sulfurándose y pegando un bote hacia ella—. Son nuestros clientes, joder. Son los que apoquinan.

—Schneider es un chapucero —zanjó Hélène, sin inmutarse—. Es un incompetente y los servicios informáticos del ayuntamiento se pueden colapsar el día menos pensado.

—¿Y qué?

—Pues que mi curro consiste es decírselo.

Esta vez, Erwann retrocedió dos pasos, como asustado de que su empleada hubiese dicho algo tremebundo. Y, alzando una mano con ademán trágico, dejó al descubierto una ancha aureola oscura debajo del brazo derecho.

—Tu curro consiste en tenerlos satisfechos.

—Desde el principio llevé el asunto con el director del departamento. Le han dado esquinazo para no meterse en problemas. No tienen ni la más remota idea de lo que están haciendo.

—Espera —la cortó Erwann, al borde de la apoplejía.

Pero Hélène siguió adelante, clavándolo contra la pared como a un coleóptero.

—Termino. Dicho lo cual, me arrastraré a sus pies cuanto quieras. Iré a hacerles la danza del vientre. Dimitiré si hace falta.

Esta última frase pareció serenar a Erwann, que magnánimamente la dejó terminar mientras se desplomaba en su silla ejecutiva.

—Politi nos encomendó auditar el sistema. Le he dedicado dos meses de trabajo. He entregado un informe de cemento armado. Lo que tienen ahí es un tinglado de lo peor. Está lleno de fallos de seguridad. Los organigramas son demenciales. Politi nos dio carta blanca para sacar todo eso a la luz. Es lo que he hecho. Lo he desenmarañado todo. Y, según llego, Schneider y ese segundón de comunicaciones, acólito suyo, me sueltan que Politi no viene. Desde el primer segundo de presentación supe que el informe estaba muerto y enterrado. Además, me la jugaron. Se pasaron el rato tecleando mensajes en el móvil. Y al final: muy bien, ya les llamaremos. No he estudiado en una maldita universidad del *top five* para que me traten como a una criada. Ahora, si quieres que presente mi dimisión, no tengo inconveniente. Me lo dices y dentro de un cuarto de hora estoy recogiendo mis cosas.

Mientras Hélène desplegaba su defensa, en el rostro de Erwann había florecido una sonrisa golosa, mientras giraba la silla con el culo.

—Qué orgullo…

Dijo estas dos palabras bajito, con cierto tono admirativo, casi propietario. Y Hélène se sintió a la vez halagada y mancillada.

—Mira —retomó el *boss* cruzando las manos por encima del

abundante estómago—. Tenemos una empresa que dirigir. Con este tipo de clientes, el setenta y cinco por ciento del curro es político. Lo único que hacen en todo el día es cubrirse las espaldas y abrir el paraguas. Si entras ahí para solucionar los problemas que se dedican a ocultar todo el rato, es como si soltaras una granada en un cubo de mierda.

—Qué me vas a contar.

Poco a poco, Hélène también se fue relajando. Le gustaba esa especie de complicidad empalagosa después de la tormenta. No podía evitarlo, de pronto le entraron ganas de ronronearle en las piernas a ese jefe súbitamente amansado, darle gusto.

—No puedes echarles una bronca porque son menos inteligentes que tú y se pasan todo el día fardando porque hicieron tres cuartos de hora de Ciencias Políticas hace quince años. Yo también estoy tratando constantemente con gente de esa, los jefecillos, los relegados que quieren usar a los becarios de felpudo para demostrar que existen, los cenutrios que no han tenido una idea original desde 1981. Y ¿sabes qué?

—Que agachas la cabeza.

—Y me tiro al suelo, sí. ¿Y sabes por qué?

—Por tu empresa, tu pasta, tu casa, Papeete.

—¡Equilicuá!

Como un tentetieso, Erwann se balanceó alegremente en la silla, fortalecido tras ese baño de cinismo.

—En el fondo lo saben, que ganamos más que ellos, que vivimos mejor. Esos tíos matarían a su padre y a su madre para conseguir un cuarto de punto más, un pedacito de escalafón, un despachito cerrado, un plus por yo qué sé qué. Déjalo estar. Piensa en tus primas. A arrastrarse.

E ilustró la conclusión moviendo la mano en horizontal como para hacer tábula rasa, fuiiit, que no sobresalga nada. Hélène sonrió con connivencia, a pesar de lo que le inspiraba esa penosa demostración táctica.

—Eso ya lo sé. Vendemos peritaje y servilismo, no me hago ilusiones sobre este negocio. La he cagado. Y punto.

—Sea como fuere, vas a volver. Tienes que darle la vuelta a la tortilla. Si hace falta, se la chupas, no quiero saberlo.

Esa provocación no le causó el menor estremecimiento a la

consultora. Desde la escuela de negocios se sabía de memoria las bromas cuartelarias, las pullas cuñadescas y la solidaridad testicular.

—Creía que no querían volver a saber de mí.

—Voy a llamar a Politi. Uno de sus hijos va a la misma escuela de música que el mío, toca la tuba, creo. Bueno, total, que nos apañaremos.

Dicho lo cual, Erwann consultó el reloj de pulsera, un modelo de plástico, grande e indestructible, que debían de haber inventado para cosmonautas o comandos de marines, y se puso de pie de un brinco.

—De todas formas, con la reforma territorial vamos a vender toneladas de organigramas y organizaciones matriciales a punta pala, lo que nos dé la gana. Michael y Nath están haciendo propuestas comerciales *just in time*. Las agencias regionales de salud de los Vosgos y de Mosela llamaron ayer. Están tan enfrentadas que podemos venderles lo que sea. Por cierto, que vas a tener que ocuparte de ellos en nada.

—Lo más sencillo es ofrecer lo mismo a todo el mundo. Hacemos el trabajo una vez y lo vendemos diez.

—*One-size-fits-all*.

—Sí, lo cual no impide facturarlo como si fuera a medida.

—O por horas, ya puestos.

—Y cumpliendo con la RSC.

—Por no hablar por los procesos de calidad.

—¡AFNOR[4]! —estornudó Erwann antes de coger a Hélène por el hombro para acompañarla a la puerta.

En el fondo, no hay nada mejor para hacer las paces que la perspectiva del dinero fácil.

—Para nosotros, esta fusión regional es un punto de inflexión.

—En cambio, para los fusionados… —se conmovió Hélène, fingiendo lástima.

—Huy, ya te digo, a nivel operativo nunca había visto semejante tontería. No va a servir para ahorrarle ni un céntimo a nadie y van a tardar diez años en recuperarse. Ese Valls es un genio.

Concluyeron con un cruce de palabras corteses y cicatrizantes antes de despedirse razonablemente reconciliados. Erwann abrió el portátil y empezó a teclear. Pero, cuando Hélène ya salía por la

puerta, la retuvo un segundo más.

—Por cierto…

Hélène se inmovilizó en el umbral.

—Hemos fichado a alguien nuevo.

—Ah, ¿sí?

—Un hacha. Jean-Charles Parrot. De la HEC[5]. Igual lo conoces. Un tío majo. Ya lo verás.

Hélène no quiso saber más. Por la repentina sonrisa publicitaria de Erwann supo que su reunión en línea acababa de empezar. Volvió a toda prisa al *open space* y se abalanzó sobre Lison.

—Esta tarde nos tomamos una, no es negociable.

Lison respondió con un saludo militar. Hasta entonces, se ofreció a preparar un té verde. Era diurético y antioxidante.

Durante los días posteriores, Hélène no pudo darse el capricho de pensar en Christophe, que por lo demás tampoco se había manifestado. Como estaba previsto, empezaron a afluir los encargos y, como las nuevas incorporaciones (entre ellas, la contratación del inquietante lumbreras procedente de la HEC) se hacían esperar, a Elexia le estaba costando absorber tanta actividad extra.

Para poner remedio a la situación, Erwann organizó una serie de reuniones cuya finalidad era revisar las cargas de trabajo y racionalizar los *process*. A Hélène le tocó en suerte el expediente sobre la fusión de las agencias regionales de salud y de las direcciones regionales de asuntos culturales. Un peso pesado, en suma.

Porque antes de que se produjera la fusión de las regiones de Alsacia, Lorena y Champaña-Ardenas formando ese Gran Este, que iba a hacer el agosto de las empresas de consultoría en general y de Elexia en particular, las antiguas regiones disponían de forma natural de sus propias organizaciones, fruto de años de hábitos, revoques varios y particularidades indígenas. Es más, en la cúspide de dichas organizaciones reinaba un jefe que no tenía intención de ceder su puesto. Al principio, nadie vio la necesidad de solicitar un peritaje externo para llevar a cabo esa fusión que se había ordenado desde París, puesto que había recursos internos disponibles. Pero, al cabo de seis meses de reuniones improductivas y puñaladas traperas entre comités directivos, y ante la amenaza de que las autoridades administrativas retomaran las riendas, se acabó imponiendo la

contratación de terceros.

O sea, que, en cada organismo en el que intervenía, Hélène aterrizaba en un campo de batalla donde se encontraba con equipos irreconciliables por un quítame allá esas pajas y directivos al borde del ataque de nervios. El alcance de los daños no la sorprendía en absoluto. Cien veces había tenido ocasión de comprobar los efectos devastadores de esas aleaciones impuestas en virtud de creencias que habían nacido el día antes en la mente de economistas satélite o en las profundidades de *business schools* de prestigio incuestionable. Esos catecismos para empresarios cambiaban de un año para otro, según el gusto imperante y el color del cielo, pero los efectos sobre el terreno permanecían inalterables.

Así pues, en función de la temporada, había que convertirse al *lean management* o bien desgajar la funciones de asistencia para luego reintegrarlas y dar así protagonismo a las estructuras orgánicas o compartimentadas, abrirlas o refusionarlas, convertir lo vertical en horizontal o cuadrados en círculos, invertir las pirámides o volver a jerarquizar según la actividad principal, descentralizar, rearticular, incrementar, priorizar el aspecto operativo o la creación de valor, calcar el funcionamiento de las entidades del control de calidad, intensificar el *reporting* o instaurar un liderazgo colegiado.

Los asalariados, al tener que enfrentarse una y otra vez a estas súbitas remodelaciones, ya no sabían ni dónde estaban ni cuál era exactamente su cometido, convirtiéndose así en incompetentes crónicos y en carne de novatada. De tal modo que, en estas empresas y administraciones en perpetua transformación, pedir un aumento de sueldo se convertía en una iniciativa casi megalómana. Por su parte, los sindicatos tenían que apañarse con eso, siempre con dos trenes de retraso con respecto a esos ataques de frenesí reformador, y tan solo podían contar con un poco de buena voluntad, una capacidad lesiva limitada y un pasado glorioso que atesoraban como una medalla en un paisaje arrasado.

Para el poder central, aquella fusión regional era un nuevo intento de realizar el eterno sueño del advenimiento de una eficacia política inalcanzable desde hacía casi cincuenta años. Pero esta exigía derribar feudos antediluvianos. El resultado estaba a la altura de las expectativas. Por doquier, hábitos casi prehistóricos entraban en cruel conflicto en el caldero de la homogeneización de los

procedimientos. Grupúsculos humanos cuya unión residía en los objetivos comunes, el lugar de trabajo, la política salarial y los cheques de comida de golpe descubrían a otros como ellos, con los que tenían que entenderse a buenas o a malas, y se irritaban hasta el odio por culpa de las fricciones que generaba el esfuerzo de esa puesta en común imposible. De pronto, una secretaria rompía a llorar en su despacho porque acababa de recibir un correo electrónico conminatorio de un jefe sin rostro. A un director adjunto se le adelantaba dos años la úlcera después de una videoconferencia con espada negra. Cualquier detalle se convertía en motivo para entablar batalla, cualquier privilegio adquirido en tal sitio pero desconocido en tal otro inflamaba los ánimos. La mínima singularidad se convertía en pretexto para tentativas de enrase dignas de las guerras púnicas.

Porque, antes de emprender las obras de remodelación, había que establecer el cruel inventario de las particularidades locales. Fueros sin consecuencias, familiaridades varias, prebendas menudas, incongruencias reglamentarias que permitían tal día festivo aquí y tal ventaja material allá, no se podía descuidar nada. Pero el caso era que todas esas prácticas, ajenas al derecho y aun así intocables, además de limar asperezas y hacer la vida más fácil, tenían como principal función otorgar a los asalariados la sensación de estar bien colocados. Una vez hecha la enumeración, todo el mundo se comparaba. Y, de paso, se instruía el juicio a los más favorecidos. El resentimiento entre estamentos directivos crecía rápidamente. Se hablaba del tema en el comedor y por los pasillos. La cafetería rebosaba de esas cavilaciones escandalizadas. El ansia de igualdad que caracteriza a todo francés hallaba en esa recopilación de derechos adquiridos y curiosidades regionales un tremendo detonador.

Ante el descontento, el discurso de los superiores jerárquicos siempre era el mismo: habría ganancias y pérdidas, pero, a la postre, matemáticamente y según el promedio, resultaría ventajoso para todo el mundo. Lo malo es que el despecho no sabe de matemáticas. Cuando un trabajador veía peligrar su parcelita, exigía por venganza la cabeza de los beneficios adversos. Y esa fiebre resultaba tanto más feroz cuanto que, en ese nuevo reparto de cartas, resultaba obvio que la única forma de no salir perjudicado

era rebajar al otro cuanto fuera posible. Los grandes hacedores de aquel asunto habían desencadenado sin pretenderlo una de esas tormentas niveladoras que cada cierto tiempo alteran los ánimos en el Hexágono. Cabía preguntarse si no lo habrían hecho adrede.

En ese barullo de rencores y urgencias, Hélène, que estaba acostumbrada a hacer de socorrista, se orientaba con facilidad. Para empezar, bastaba con organizar una reunión con la dirección y los interlocutores sociales para comunicarles que se iba a poner en línea un cuestionario destinado a recabar la opinión de todas las partes implicadas. A partir de ahí, identificaba las expectativas, los temas conflictivos, las oportunidades y los puntos débiles. Al cabo de tres gráficos y dos tartas, volvía para hacer una presentación delante de las fuerzas vivas del organismo reunidas en sesión plenaria. Allí, delante de un público compuesto de individuos con los brazos cruzados y recelosos como topos, se presentaba brevemente, proyectaba los resultados y comentaba los datos recopilados, puntero láser en mano y hablando demasiado deprisa y sin dejar de moverse como en *El ala oeste de la Casa Blanca*, dispensando con habilidad anglicismos, nombres propios y argumentos de peso. A menudo, un ingeniero o un informático que sabía contar detectaba un error de cálculo o una interpretación discutible. Hélène los había colado a propósito para atraer al lobo fuera del bosque. Cuando ya lo tenía identificado, solo se dirigía a él, precisa y aguda como una cuchilla. Toda la sala se identificaba con el imprudente y se dejaba convencer a la vez que él.

Ese numerito de democracia relativa en realidad solo servía para demostrar lo competente que era e instaurar entre los asistentes y ella una relación de confianza. Las estadísticas eran un soporte como cualquier otro. Le habría dado igual poner una película o hacer un PowerPoint con citas de Gandhi y Milton Friedman, puesto que todo se basaba en el artificio puro y duro. A Hélène no la engañaba su pseudociencia. Detrás de la armazón matemática, las teorías de gestión y los principios organizativos (que en ocasiones resultaban de una eficacia temible), lo que hacía a menudo se parecía a la palabrería de *saloon*. Las empresas no eran más que un nuevo lejano Oeste para los predicadores como ella y las administraciones también resultaban ser una iglesia excelente para esas prédicas adaptadas. Vendían la misma charlatanería que

antaño en Tombstone o Abilene. Era un oficio. Ofrecer productos milagrosos, llevar a domicilio las novedades de la coyuntura económica y aclimatar en esos frágiles ecosistemas a las últimas criaturas del zoológico neoliberal. Para adquirir ese indiscutible dominio había tenido que pasar por seis años de estudios superiores y varios semestres muy intensos en despachos privados que acabaron quemándola gravemente.

Hoy en día seguía haciendo el mismo trabajo, bien y pronto, pero ya no lo disfrutaba y se lo creía aún menos. Y, a menudo, cuando trataba de conciliar el sueño o iba conduciendo por una carretera cualquiera de Meurthe y Mosela, sola y con música de fondo, le pasaba revista a su vida, a su innegable éxito, y se preguntaba con amargura: ¿todo esto para qué?

Una vez al mes, Erwann organizaba una reunión informal para consolidar la relación entre los equipos y compartir las novedades a nivel interno. Era entonces cuando saltaba a la vista cuánto había crecido Elexia, que aprovechaba su éxito para expandirse. En cada ocasión, Hélène descubría caras nuevas, gente que no le sonaba de nada y que le resultaba más bien antipática.

Un martes a última hora, al pasar rápidamente para recoger sus cheques de comida, encontró repartidos por el *open space* unos folletos decorados con un unicornio que anunciaban uno de aquellos saraos para el diez de noviembre por la tarde. Hasta incluían un programa detallado:

- Resumen de los resultados hasta la fecha.
- Nuevos cambios previstos.
- Presentación de los futuros colaboradores.
- Regalo sorpresa.

—El folleto lo he diseñado yo —dijo Lison, apareciendo en ese momento a su espalda.

—He reconocido tu estilo. ¿Y cuál es la sorpresa?

—Una botella de Veuve Clicquot. El *boss* quiere que venga todo el mundo.

—Muy hábil.

Al volverse hacia su becaria, Hélène la encontró cambiada, como si hubiese crecido. Aquel día llevaba una camiseta blanca de lo más sencilla, remetidísima en unos 501 que le llegaban justo por encima

de los tobillos, unas Vans y una fastuosa gabardina Burberry de los ochenta.

—¿Ya te marchas?

—Iba a fumar un piti fuera.

—Te acompaño. Y, por lo demás, ¿qué tal te va?

—Erwann me está privatizando demasiado. Se ha creído que soy su diseñadora gráfica personal. Me tiene a tope.

Aquello no le hizo ninguna gracia a Hélène, que tras echar una ojeada al reloj de pulsera se lo pensó mejor:

—La verdad es que llevo prisa. Me tengo que ir. Nos vemos el jueves.

—Claro, va a estar guay, lo organizo yo todo.

Y, para ilustrar lo dicho, la joven adoptó una pose de camarera *vintage*, con la mano en el aire y la muñeca doblada. Hélène se apresuró en volver a casa. La canguro no tardaría en irse y ella aún tenía trabajo para el día siguiente.

Después de alimentar, bañar y acostar a las niñas, Hélène calculó que le quedaban aún dos horas de curro antes de concluir la jornada. Philippe estaba de viaje de trabajo en Burdeos y ella ni siquiera se había parado a cenar. En la casa reinaba un silencio perfecto. Se quedó un momento de pie en la cocina inoxidable, disfrutándolo como si fueran unas vacaciones después del ajetreo del día. Desde las seis de la mañana no había podido detenerse ni un segundo a recuperar el aliento. Estaba tan agotada que era como una borrachera.

Aun así, se permitió tomarse una copa, un güisquicito para darse ánimos. Desde el primer trago, Hélène se sintió tan relajada que empezó a producir diapos sin el mínimo esfuerzo, casi sin tener que pensarlas. Había en esa actividad casi mecánica como una forma de embriaguez. Y se dijo que más tarde se daría el capricho de dos bolas de helado de *stracciatella* con nata montada. En los periodos de más agobio siempre tenía tendencia a ganar un poco de peso. Qué se le iba a hacer. Se merecía mimarse un poco. Precisamente, Christophe acababa de escribirle por Messenger.

No decía gran cosa. Que él estaba bien. Que esperaba que ella también lo estuviera. Volvía a disculparse por el mensaje de la vez anterior, el que sus amigos habían enviado para gastarle una broma. Le decía que se había acordado de ella.

Y Hélène notó que se le empañaban los ojos. Fue tan repentino, hasta tal punto inesperado e incluso un poco ridículo, que le dio la risa. Sola, sentada a la mesa delante del ordenador y muerta de cansancio. Ese hombre se había acordado de ella.

—¿Mamá?

La vocecita acababa de caer desde lo alto de la escalera. Hélène cerró el portátil.

—¿Qué haces todavía despierta, gatita mía?

Desde la banqueta solo veía los pies descalzos y los tobillos de Clara, plantada en el primer peldaño. Tras un momento de titubeo, la niña contestó:

—Mamá, se me olvidó.

—¿El qué? ¿Has visto qué hora es?

—El inglés. Tengo un poema para mañana.

—Ay, no —gimió Hélène.

—Pues sí. El poema del chico que se cae hacia arriba.

—Ya es muy tarde, corazón.

—Hay que sabérselo para mañana.

Hélène se puso de pie soltando un suspiro, subió al piso de arriba y cogió a Clara de la mano.

—¿No habéis hecho los deberes con Claire?

—Se me olvidó decírselo.

—¿No lo miró en tu agenda?

—No.

Cuando estuvieron en su cuarto, Clara sacó de la mochila del cole un cuaderno grande de tapas azules y lo hojeó sin contemplaciones.

—Toma —dijo, tendiéndole el cuaderno a su madre.

Esta miró la fotocopia en la que figuraba el poema de marras.

—Vale, no es muy largo. ¿Ya te lo has aprendido?

—Sí, pero no lo he recitado.

—Te las podrías haber apañado solita.

—¿Y si me equivoco?

—Bueno venga —dijo Hélène con impaciencia—. Te escucho.

—¿No ha hecho los deberes?

Mosca acababa de aparecer en el umbral de la habitación en bragas, arrugadita y ardiente de sueño.

—¿Y tú qué pintas aquí?

—¿La van a castigar? —preguntó Mosca.

—¡Sal de mi cuarto! —gritó su hermana.

—¡Eh, tranquilitas!

La peque, con el pelo rizado por el calor de las sábanas, se encogió de hombros antes de dar media vuelta para volverse a la cama.

—Venga, vamos allá. Date prisa.

Clara cerró los ojos y con la barbilla pegada al pecho empezó a recitar.

—*I tripped on my shoelace…*

—Bien. Sigue.

—*And I fell up*.

—Sí, perfecto.

Todo fue bien durante otros cinco versos. Hélène pensó que no tardarían mucho. Se acordaba del mensaje de Christophe, abajo. Tenía prisa. Pero a Clara se le atragantó una palabra.

—*Blend in the sounds*.

—*In*, no. *Into*.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que *into* está bien e *in* está mal.

—No entiendo nada.

—Tienes que recitar cada palabra como está escrita. No te corresponde reinventarte el poema. Adelante.

—*Blend into the colors*.

—*Sounds*.

—¿Qué?

—Que es *sounds*, no *colors*.

—Ay, sí…

Clara pareció rebobinar una casete mentalmente, inspiró profundamente y con toda naturalidad repitió:

—*Blend into the colors*.

—Bueno, ya está. Mañana lo vemos, no importa.

Hélène cerró el cuaderno de golpe, hizo con el índice un movimiento imperioso hacia la cama y el rostro de Clara se descolgó de golpe.

—Pero el poema…

—Mañana, gatita mía. Es tarde.

En la barbilla de la niña se inició ese temblorcillo premonitorio

y los ojos empezaron a brillarle. Dividida entre la impaciencia y la lástima que le inspiraba ese disgusto tan irrisorio y aun así tan sincero, Hélène se irritó aún más.

—Date prisa —dijo—. ¡A la cama ya!

De un solo gesto acababa de apartar las sábanas. Pero Clara se resistía. El colegio era importante. Sus padres no paraban de decírselo. Estaba en quinto y ya había llorado alguna vez por un once sobre veinte en mates.

—Tengo que recitarlo mañana —balbució.

—Bueno, mira, haz lo que te dé la gana.

Y Hélène se marchó de la habitación cerrando la puerta al salir. De inmediato, Clara rompió a llorar y se abalanzó fuera del cuarto. Al cabo de un segundo, Mosca se unía a ella en el pasillo, encantada con el espectáculo y por tener una excusa para salir de la cama. Pero Hélène no se dio por enterada.

—¡No quiero oíros más! ¡Que os acostéis ya!

De vuelta en la cocina, la invadió una tremenda sensación de hastío. En el piso de arriba, el psicodrama duró uno o dos minutos más y por fin los gritos y los correteos se extinguieron. Hélène se permitió entonces otra copa. ¿Cuánto tiempo hacía que tenía la impresión de encargarse de todo, de comerse sola todos los marrones? Obviamente, como ella y su compañero ganaban bastante pasta, podían permitirse contratar a una canguro y a una asistenta, llevar las camisas del señor al tinte y encargar el cuidado del jardín a una empresa especializada. Pero eso no solucionaba el problema de fondo. Philippe tenía una vida superior, a todas luces más esencial y, en definitiva, la intendencia recaía en ella. Bien es cierto que una vez al año él desatascaba el fregadero o cortaba el césped y, por cierto, se tiraba hablando del tema una semana, pero en todo lo demás, se escaqueaba del grueso de las tareas menudas que mantenían a flote el barco familiar. Desde luego, lo habían hablado, eran personas abiertas y modernas, y Philippe siempre le había dado la razón. Había sobradas pruebas de sus esfuerzos y de su empatía. Pero, al final, como esa noche, ella era la que apechugaba sola. Eso la enfadaba y luego lo lamentaba. Maltrataba a quienes quería sin poderlo evitar.

Con un mohín amargo, abrió el portátil, entró en Facebook y escribió a Christophe. También ella estaba bien y se acordaba de él.

Esperaba que pudieran verse algún día. Pronto, a poder ser. Luego volvió a las diapos, las terminó deprisa y corriendo y a eso de las once subió al piso de arriba para pasar por los dormitorios y dejar un beso en las cabezas dormidas.

—¡Oh, Gran Este! —proclamó Erwann con el brazo estirado, político y ceñido como un senador romano.

Tenía a toda la empresa como público, con una copa de champán en la mano, sonriendo las payasadas al jefe que, desde lo alto de la entreplanta, arengaba a las masas.

—¡Oh, Gran Este! —volvió a decir antes de rimar ese verso con otros que incluían las palabras *agreste, Orestes* y *celeste*.

Había que verlo para creerlo, mirando a lo lejos, marítimo, dispuesto a reventar la sarga de su camisa azul, soltando perdigones, pelirrojo como un irlandés, espléndido. Hélène disfrutó a tope de ese momento. Las ocasiones de divertirse en el *open space* no abundaban.

Después del arrebato de lirismo por la gloria de la nueva y extensa región, Erwann pasó revista a las oportunidades de negocio y a los excelentes resultados obtenidos durante las últimas semanas, lo que le valió una breve ovación. También dio las gracias a los colaboradores, algunos con nombre y apellidos, y dedicó a Hélène un homenaje particularmente sentido, puesto que era un pilar indispensable y todo lo demás. Ella asintió con el aire de falsa modestia que convenía a la ocasión. A su lado, Lison sorbía un *gin fizz* de arándano rojo con una pajita. Hélène le preguntó de dónde había sacado eso y la joven contestó que ella se había encargado de la compra.

De nuevo serio, Erwann explicó que, para Elexia, la fusión de las antiguas regiones representaba una etapa bastante extraordinaria.

—No vamos a ocultarlo. Las administraciones locales están alucinando. Todos los organismos regionales están con el agua al cuello. No tienen ni la menor idea de qué hacer. Nos toca a nosotros hacer lo que corresponda. El grifo está abierto a tope. Y, de momento, ¡funciona!

Tras estas palabras entusiastas, alzó la copa y todos los demás, con la vista alzada hacia su jefe, hicieron otro tanto.

Hélène, que mientras tanto miraba por la ventana el cielo bajo y estático, pensó que, definitivamente, noviembre era un mes

asqueroso. En ese rincón del mundo en particular. Y había pocas probabilidades de que el advenimiento del Gran Este cambiase nada de esos otoños loreneses tan deprimentes.

Inventarse una región, hay que reconocer que hay que estar grillado para hacer una cosa semejante; y no entender nada de lo que acontecía en la vida de la gente, la ira lánguida, el descontento sordo que se incubaba en las ciudades y pueblos, esos millones de personas que, con la cabeza gacha, refunfuñaban hasta el infinito, disgustadas de que las escucharan mal, no las comprendieran nunca y apenas las respetaran; que se consideraban amenazadas por el fin de mes, las migraciones y los patronos; a las que desde hacía cincuenta años o casi les roían su orgullos hexagonales y sus sueños de progreso. Endilgarles el Gran Este como si fuera la solución para todos sus problemas era atreverse con todo.

Hélène, desde luego, no formaba parte de ese mundo de renegados sumisos en el que había crecido y que ahora la asqueaban un poco. De hecho, ya solo iba a ver a sus padres en las ocasiones indispensables, Navidad y Año Nuevo, una vez en verano para enseñarles a las niñas y dejárselas una semana respirando el estupendo aire de los Vosgos. Pero, a su pesar, conservaba en segundo plano reflejos de pelagatos, como un instinto de cornudo gracias al que veía a la primera la estupidez de las órdenes verticales, el desajuste fundamental entre las buenas intenciones de las personas decentes y el deseo pesado de las existencias mediocres. Y en ese clima de desconfianza universal en el que cada uno se aferraba a su pedacito de tierra, su apellido, su raza y su banderita, había gente importante a quien le había parecido razonable borrar de un plumazo las raigambres centenarias para que surgiera un… territorio. Erwann, que también era consciente de esas aberraciones, las paladeaba con un cinismo recreativo. En particular, tenía la costumbre, cuando se soltaba un poco, lo cual era poco frecuente, de crear una de esas odas a la convivencia como con la que acababa de deleitar a su auditorio.

—Ya es hora de presentaros a los recién llegados —anunció precisamente el susodicho.

Hélène buscó entre la concurrencia el rostro de Parrot, con el que aún no había tenido ocasión de coincidir en persona, pero que ya le parecía de la familia después de diseccionar su perfil de

LinkedIn. Con treinta años recién cumplidos, el tío había trabajado en dos de los mayores despachos de consultoría del país, recibido *awards* por un rollo innovador y pasado como una exhalación por el Ministerio de Medio Ambiente. Aparte de eso, en su perfil se limitaba a compartir artículos inspiradores sobre logros de sus amigos, la gestión de recursos humanos mediante la empatía o salvar el clima gracias a la benevolencia o la RSC. Debajo de esos artículos añadía *hashtags* bobalicones como *#soproud* o *#letsbuildabetterworld*. En cuanto a sus contactos, más de lo mismo, montones de jóvenes hechos con el mismo molde, con la misma pinta acicalada y competitiva, que se definían como *founder, CEO, senior manager* o director de despacho, o incluso *global strategists*, cosa que sin duda eran.

Hélène y esa gente solo se llevaban diez años, pero su mundo ya era totalmente distinto, a la vez ridículo e inquietante. Hélène había mirado atentamente la cara de Parrot en la foto de perfil. Había buscado por encima marcas, alguna aspereza, pero era de una perfección robótica, salvo quizá por algo turbio en la mirada, apenas un estrabismo, nada. ¿Qué pintaba en Nancy un tío como él? Todo aquello no le aportaba nada de provecho.

La arrancó de sus reflexiones una deslucida salva de aplausos. Erwann acababa de comparar a Elexia con el Barça y aseguraba que la empresa no tenía nada que envidiar a los despachos más importantes, Capgemini, Arthur Andersen y consortes. Lo que distinguía a Elexia era, obviamente, su «agilidad».

—A ver, los nuevos, tened la bondad de levantar la mano para que os veamos. Y, los demás, tened la bondad de recibirlos como es debido.

Erwann presentó pues a Ninon Carpentier y a Karim Medina, y luego le tocó a Parrot. Entonces Hélène vio que se alzaba una mano un poco más allá, pero Parrot estaba de espaldas y solo pudo fijarse en su delgadez, en la mata de pelo impecablemente peinada y en el corte entallado del traje, que, cómo no, era azul. Entretanto, Erwann hablaba de él como si fuera el Mesías.

—Algunos ya habréis oído hablar de Jean-Charles. Fue copresidente de la asociación estudiantil de la HEC, una etapa bastante punki, por lo que me han contado. Por entonces también creo una *start-up* pequeñita y muy ingeniosa, Alalouche.com, que

ofrecía a los organismos públicos una herramienta para calibrar la afluencia a sus instalaciones. La idea era que con un clic se pudiera saber si había cola delante de la prefectura o si la piscina municipal estaba abarrotada. En fin, ese era el proyecto, puede que él os cuente cómo se echó a perder por culpa de nuestra querida burocracia francesa. Todo este rollo para decir que Jean-Charles es una apuesta, la de las ideas y la creatividad. De modo que estará al mando de nuestro nuevo departamento de innovación. Creo que llevamos mucho tiempo basando nuestro crecimiento en las necesidades de los clientes, adaptándonos. Pero, si queremos subir a la siguiente velocidad, tenemos que anticiparnos e incluso crear necesidades.

También estas palabras recibieron un aplauso y Erwann concluyó invitando a la gente a beber y a divertirse, como si fuera el fin del mundo, porque se lo habían ganado. Las copas llenas de un champán que se había recalentado se alzaron, pero sin auténtico entusiasmo. Todo el mundo estaba pensando en el curro pendiente y en los plazos que cumplir. Por desgracia, el fin del mundo aún se haría esperar.

La que no esperó ni un segundo más fue Hélène, que se abrió paso entre la gente para conocer por fin al joven prodigio. Se estrecharon la mano y se sonrieron hasta hacerse daño, él también estaba encantado de conocerla y, naturalmente, había oído hablar mucho de ella. Estaba deseando que trabajaran juntos, blablablá. A Hélène le pareció guapo, pero de una forma casi desagradable. Detrás de la afabilidad y la cara bonita intuía un doble fondo mucho menos atractivo.

En esas estaban cuando Erwann, que debía de temer ese primer cara a cara entre las dos estrellas de su empresita, acudió al trote, sobón y ondulante, especialmente encarnado y tronchándose de risa con cada frase.

—No sabía que íbamos a tener un departamento de innovación —dijo Hélène.

—En realidad, se ha decidido hoy —explicó Erwann. Y, con los brazos abiertos y las rodillas dobladas, movió la pelvis de una forma que podía recordar a un surfero tomando una ola.

—¿Y habrá mucha gente en el departamento ese?

—Lo estamos pensando.

—¿Y en lo organizativo?

—Obviamente, será transversal.

Hélène, que creaba organigramas a punta pala, enseguida supo cuáles eran las conclusiones de esa desagradable noticia. Parrot automáticamente se situaría en un nivel jerárquico ambiguo, puesto que su departamento pretendía meterse en todo y podía crear orientaciones estratégicas que todos deberían seguir. Obviamente, solo tendría que rendir cuentas a Erwann y dispondría de presupuesto y equipo propios. Según los arbitrajes, estaría en situación de dictarle su ley. En cuanto al sueldo, las horquillas eran del dominio público, jefe de departamento más HEC, eran 70 000 sin primas. El nuevo, con su carita de ángel, se la iba a meter hasta el fondo.

De modo que sonrió aún más y brindó, deseándole mucho éxito, de todo corazón.

Al día siguiente, sin más demora, hablaría con Erwann cara a cara. Esta vez, estaba decidido: si no se convertía en socia antes del verano, se largaría.

8

Todos los años, los padres de Hélène se cogen tres semanas en agosto, de las cuales pasan dos en un pisito alquilado de La Grande-Motte. Es un apartamento agobiante de un dormitorio en la octava planta de uno de esos edificios de los sesenta que forman en la costa largas olas de cemento cuajadas de toldos naranja y marrón. El alquiler cuesta un ojo de la cara y Mireille repite que, por ese precio, hay que aprovecharlo.

Hélène tiene su propio cuarto, que es diminuto y da al aparcamiento, pero que cuenta con una litera, lo cual resulta desconcertante. Obviamente, duerme en la cama de arriba y por la ventana cuadrada ve el cielo estrellado y disfruta del rumor del mar, la voz de los transeúntes y la actividad incansable de los coches, abajo del todo.

En casa de los Poirot, las vacaciones son sagradas. Se trata de un asunto a la vez político y existencial. Ese tiempo compensa el restante, el curso estudioso con sus ritmos reiterados, levantarse a las seis, ir a la compra el sábado, el invierno que no se acaba nunca, los jefes, los fines de semana en un abrir y cerrar de ojos, el maratón de los días. Y también hay que pensar en los sacrificios de los antepasados; si para conseguir el derecho al voto hubo muertos, cabe imaginarse hecatombes para arrancar cinco semanas de vacaciones pagadas.

En la costa, la rutina anual cede el sitio a otras costumbres. Todas las mañanas, Jean, en pantalones cortos y sandalias, sin siquiera asearse, baja al estanco Le Grand Pavois, que también vende prensa. El sol de las ocho le calienta el rostro sin afeitar. Compra dos paquetes de Gauloises con filtro y *Le Midi Libre* para leerlo mientras se toma el café en la terraza del Miami, un barcito sin pretensiones donde suena Radio Monte-Carlo. Despliega el periódico, se fuma un cigarrillo y se toma el café a sorbitos, sin prisas. Es la felicidad sencilla. Mireille se reúne con él poco antes de

las nueve, llevando en la bolsa una barra de pan recién hecho, albaricoques y melocotones que ha comprado en el mercado al pasar. También ella pide un café. No tienen ninguna prisa. De hecho, eso es lo que se dicen mientras contemplan el vaivén de los veraneantes.

Hélène, en cambio, se levanta más tarde y desayuna una Coca-Cola y dos *pains au chocolat* mientras hojea unas revistas. A eso de las diez o las once se reúne con sus padres y van a la playa juntos. Al amparo de las sombrillas, desenrollan las esterillas que huelen tan bien a paja y extienden las toallas de colorines. Cada uno hace lo que quiere. Leer, ir a nadar o pasear por la orilla, echar una siestecita, hacer agujeros o comprarle un *pan bagnat* prohibitivo a uno de los vendedores ambulantes que braman bajo el cielo tan limpio como un azulejo. Durante su estancia, la familia no escatima los gastos, lo cual no le impide ofuscarse con las libertades que se toman los comerciantes locales, a los que no dudan en tachar de ladrones o timadores.

A menudo, Mireille y Jean se meten en el agua de la mano. Cuando el ombligo les queda por debajo de la línea de flotación, se abrazan y se besan. Hélène, apoyada en los codos, los mira desde lejos, levemente asqueada. El sol se refleja en la calva de su padre y en los hombros de nadadora de su madre, ese cuerpo, casi demasiado musculoso de persona con mucho nervio, que muestra el biquini. Casi prefiere no saber lo que hacen, son demasiado viejos y para Hélène el amor aún es como un espejismo que no padece de arrugas ni de alopecia y aún menos de pelos en la espalda. Del sexo, ni hablamos.

A media tarde, agotada de calor, la familia vuelve al apartamento, que se mantiene relativamente fresco porque han tomado la precaución de cerrar las contraventanas y hay dos ventiladores girando sin tregua. Es la hora de las duchas y de las marcas del bañador. En la terraza, con el pelo mojado y la piel tirante, Hélène hojea *Femme Actuelle*. Su padre se fuma un cigarrillo acodado en la barandilla y, durante toda su vida, Hélène asociará el olor a tabaco negro a las hondas sensaciones de las seis de la tarde, cuando reposada y radiante, con las piernas estiradas y la piel limpia, disfrutaba del tiempo inmóvil y la brisa del mar.

A veces, su madre enciende la tele en la habitación contigua para que le haga compañía mientras prepara la comida, algo rápido, tomates, jamón curado, patatas fritas de bolsa, queso y puede que algo de pasta. El ruido de los platos al colocarlos en la mesa, el tintineo de los cubiertos encima del Arcopal, el pschitt de la botella de refresco, el rumor de la gente que pasea por la calle mientras mira el chapoteo de los barcos. Cenan cuando la luz va declinando, se vuelve naranja y rosa, y al sumergirse le da al Mediterráneo reflejos de mercurio. Esas horas son las más valiosas, aún mejores que las noches en que se dan el capricho de una pizza o una mariscada.

Así pues, cuando Hélène anuncia que Charlotte la ha invitado a la isla de Ré y que piensa pasar allí el verano de sus quince años, enseguida se desata una crisis.

—¡De ninguna manera! —se espanta Mireille, a quien la noticia ha pillado fregando los cacharros.

Con el delantal puesto, los ojos relampagueantes y los labios incrédulos, se parece bastante a Medea. Hélène, por su parte, está en el umbral de la cocina, dispuesta a batirse en retirada, mientras su padre, con los codos apoyados en el hule, fuma despacio esperando el desenlace de los acontecimientos. Hélène ha elegido bien el momento, un sábado después de comer, un día de mayo. El cielo está cubierto y dentro de un rato irá a la ciudad a reunirse con su gran amiga, a la que espera llevar buenas noticias.

—¡Ya soy mayor! —vuelve a ladrar.

—De eso nada —replica Mireille, que abandona el fregadero para enfrentarse mejor a ese monstruo nuevo, su hija.

—Nunca hacemos el tonto. Llevo sacando notazas todos los trimestres desde sexto. Siempre hago lo que me mandan. ¡Tengo derecho a pasar las vacaciones como me dé la gana!

—No me lo puedo creer —se desconsuela la madre, llevándose la mano al corazón.

—¿Por qué ya no quieres ir con nosotros? —prueba a decir el padre, afilando la brasa en el borde del cenicero.

Alza la cabeza mientras espera la respuesta y el humo le sale por las aletas de la nariz, más finas. Como de costumbre, lleva una camiseta que le ciñe el torso estrecho, los brazos acostumbrados a cargar, la cintura extradelgada. En él, el más leve movimiento

muscular es tan expresivo como un estremecimiento del rostro, y solo con ver lo tensa que tiene la nuca se adivina que la situación tampoco le gusta demasiado.

—No es eso —explica Hélène—. Solo quiero estar con mi amiga. Tendré derecho a ver más cosas, digo yo.

—No vas a ver nada de nada.

Hélène encaja el golpe sin chistar. Se trata de la primera escaramuza en una campaña de larga duración. Tiene que desconfiar de sí misma, de la ira que le pica en la nariz, de las prisas por vencer. Y también de las sorpresas.

—¿Y por qué no se viene tu amiga con nosotros? —aventura el padre, antes de dar la última calada al Gauloise que luego aplasta con significativa insistencia.

—¡Eso sí que no! —salta Hélène, con súbito agobio.

—¿Y por qué no? Explícanoslo —pregunta la madre, que instintivamente ha notado una grieta.

—Pues por nada. Ellos tienen una casa allí, donde pasan todas las vacaciones. Nada más. No voy a pedirle eso. Es de tontos.

—También tú has pasado siempre las vacaciones en La Grande-Motte. Que se venga también tu amiga.

—Será bienvenida —abunda Jean, con los brazos cruzados, marcando bíceps.

—Sí, ¿por qué no?

Hélène no sabe qué contestar. Es un terreno resbaladizo. Obviamente, queda descartado que su amiga los vea, su intimidad, el abandono, el padre tirándose pedos en la mesa o sorbiendo el café, la madre siempre ansiosa con los asuntos domésticos, la mediocridad infinita, todas esas alegrías modestas y sus manías que ahora le dan tanta vergüenza.

Porque la amistad con Charlotte se ha convertido en un instrumento de medida según el cual calibra su propia existencia. De hecho, su gran amiga nunca duda en corregirla y mostrarse inflexible con cualquiera que incumpla las leyes del buen gusto. Cuando pasean por la ciudad, la adolescente dispara contra todo lo que ve. Las mujeres rubias con raíces oscuras, los hombres con calcetines blancos, los que llevan pantalón corto, el maquillaje recargado, los cuerpos embutidos, las chicas con ese aspecto desaseado y gris de los barrios conflictivos, los viejos en las paradas

de autobús, los encorvados, los renqueantes, los falsos macarras en chándal, las familias endogámicas, los tíos con traje sintético y mal cortado, todos los que se apartan de sus reglas de oro reciben su merecido.

En casa de Charlotte tienen ideas propias sobre los modales en la mesa y los ramos de flores. Saben cómo disponer los cubiertos y vestirse para ir al teatro. Sentirse a gusto y ser oportunos. En su casa parece que la propia felicidad es fruto de cierto *art de vivre*. Hélène se queda con todo. Lo absorbe, lo imita y vuelve a su casa con mirada láser. Dos años antes sus padres le parecían indiscutibles y casi transparentes. Ahora solo ve los detalles que chirrían. Su madre habla demasiado alto, su padre arrastra los pies, se enfadan a destiempo, desentonan al reírse, una especie de dejadez a la que llaman relajarse y que a veces da ganas de esconderse en un agujero. Y esas expresiones infernales que la vuelven loca: «sobre gustos no hay nada escrito», «en este mundo tiene que haber de todo», todas esas frases de filosofía de andar por casa que aborrece, tolerantes por debilidad, agresivas por sumisión, reivindicativas en apariencia pero que nunca manifiestan más que una posición subalterna, como puños tendidos, profesiones de fe de baja estofa. Y, de tanto estar pendiente de los fallos, Hélène se ha convertido en esa minifiscal, displicente y preocupada, que ya no sabe qué hacer con sus viejos. En cualquier caso, aunque ella aún no se atreve a expresarlo con palabras, su madre, en cambio, no se muerde la lengua.

—Te avergüenzas de nosotros, ¿a que sí?

Hélène pone el grito en el cielo, a punto de llorar. De todas formas, nunca entienden nada.

Durante las semanas posteriores, vuelve al asalto en varias ocasiones. Promete portarse bien, estudiar todavía más, pero esos argumentos no valen mucho, puesto que ya tiene un comportamiento ejemplar. Por eso que no quede. Emprende una huelga de sonrisas. En la mesa, se queda mirando el plato y solo emite respuestas inarticuladas. El estado de ánimo de la familia se resiente. En la casita de una planta reina un ambiente tristón. Mireille la pule por dentro como si su vida dependiera de ello y llega incluso a limpiar las cerraduras con bastoncillos para los oídos. Jean ha encontrado con qué entretenerse ayudando a un

amigo a reformar una antigua granja por donde Cheniménil. Va allí con las herramientas siempre que puede y vuelve a casa bronceado y contento, antes de desilusionarse al encontrarse con las caras largas de su casa. La cosa es tan grave que Mireille le dice que ahora no cuando él le da un besito en el cuello.

Una noche, Jean Poirot se decide y va a ver a Hélène a su cuarto. Aún es la habitación de una cría, con pósteres de New Kids on the Block en las paredes y peluches encima de la colcha, el papel pintado de flores, una mesa de pino duro y una silla de escritorio giratoria de Conforama. Y un espejo de pie en el que a Hélène le encanta mirarse respondiendo a entrevistas imaginarias o llorando a propósito. Pero esa noche, sencillamente está tumbada en la cama leyendo *La charca del diablo*. Cuando su padre se sienta a su lado, ni siquiera se molesta en apartar los ojos del libro.

—Bueno, he hablado con tu madre.

Hélène no dice ni mu, pero las palabras de las páginas ya no son más que una procesión de insectos ilegibles. Alza la cara y escucha. Más que nada, expectante.

—No podemos seguir así.

Ve la mano ancha apoyada en la sábana azul, surcada de venas gruesas que parecen culebras y trepan por el antebrazo como una hiedra. Las manos de trabajador de su padre, que llevan y protegen, y dan miedo y que miraba precisamente cuando se iban de vacaciones, pegadas al volante, ligeras para sujetar un cigarrillo y cambiar de marcha.

Con su voz grave y amortiguada por la nicotina, Jean le recuerda con medias palabras el pasado de Mireille, sus cinco hermanos y hermanas, la muerte del padre por culpa de un cáncer cuando tenía seis años, la madre ingresada en una casa de reposo donde no volvió a sufrir ningún ataque, la locura que rondaba su casa, la tristeza de cuando era niña, que es el insomnio de ahora.

—No le resulta fácil.

Hélène le ve las intenciones. Su padre recurre al chantaje emocional, un clásico. Pero es demasiado tarde. La hija ya ha entrado en esa edad cruel en la que reina el ombliguismo y el sufrimiento ajeno es pura ficción. Los ataques de melancolía de su padre no le van a estropear su fantasía. Quiere un biquini en una playa blanca y azul, los paseos en bici, la gran vida que se imagina

allí, en la isla de los Brassard en la otra punta del país.

—Así que vamos a buscar un arreglo.

Su padre se lo resume. Pasará una semana con ellos en La Grande-Motte y luego podrá irse a casa de su amiga. Ya verán lo de los trenes, se las apañarán. Hélène se agarra al cuello de su padre y le da un beso. ¡Gracias! Gracias, papá. Entonces llega el chasco.

—Pero queremos hablar con esa gente. Queda descartado que te dejemos ir allí sin saber de quién se trata.

—Pero si ya los conocéis.

—Nos hemos cruzado tres veces. Queremos hablar con ellos. Es normal.

¡Pues vaya mierda!, piensa Hélène. Ya se imagina la escena, los círculos mezclándose, las salidas de tono, los recelos y complejos de su madre, pero ¿quiénes se han creído que son? Y ella, con ese reloj de pulsera de dos mil pavos, ¿te has fijado?

Sin embargo, al día siguiente se lo comenta enseguida a Charlotte, que está encantada y no ve cuál es el problema. Pues claro, la muy capulla… Sus viejos son supermajos, la madre parece la portada de una revista y el padre tiene pelo y un Mercedes.

A continuación, las negociaciones se prolongan durante dos semanas. Al principio del todo, los Brassard invitan a los Poirot a cenar a su casa, información que Hélène no transmite a los interesados. De modo que se rebajan las expectativas y se plantea un aperitivo vespertino. Hélène, que definitivamente no logra imaginarse a sus viejos en el pedazo de casa de su amiga, vuelve a zafarse. Les toca pues a los Poirot invitar a los Brassard. Hélène lo censura una vez más.

Al final, las dos familias acaban quedando en la terraza del Narval, en Cornécourt. Y, curiosamente, los Poirot y los Brassard no son tan distintos cuando se juntan. Las mujeres llevan un vestidito, y los hombres, polo y vaqueros. Sonríen y se comportan más o menos igual. Los dos hombres toman una caña, Mireille un zumo de tomate y la señora Brassard un agua Badoit. Para adivinar qué los separa habría que mirar los detalles, los relojes de pulsera, la piel, los dientes, las joyas, el desgaste de las manos y también otras naderías, un ademán, una entonación, una curva aquí, una firmeza o una flaccidez allá, cómo se mueven los cuerpos, lo que viene a ser, en un sentido amplio, la actitud, mil matices que señalan en

negativo regímenes alimentarios distintos, actividades sin relación alguna, horarios que no coinciden, hábitos y destinos opuestos.

Pero, en realidad, el abismo que hay entre ellos aún se cruza de una zancada. Al fin y al cabo, el padre de Charlotte se llama Jean, como el de Hélène. Ambos nacieron en provincias, hablan el mismo idioma; tienen de Francia una imagen imprecisa pero afectuosa; del Estado, un alto concepto que genera esperanzas exageradas y reproches proporcionales. No son racistas, pero. Creen en el trabajo, celebran la Navidad sin ir a misa, aunque van a la iglesia con ocasión de los bautizos, bodas y entierros. A los dos les gusta juzgar a sus semejantes por el coche que tienen, les chiflan el puchero, los patés loreneses y beber vinos de Burdeos, que les parecen los mejores del mundo. Mireille Poirot y Nicole Brassard hacen ambas unas tartas de fruta excepcionales, aunque la primera prefiere las ciruelas y la segunda las cerezas. Jean Brassard y Jean Poirot ven los partidos del Mundial de Fútbol, el telediario y *Ushuaïa, le magazine de l'extrême*. Mireille y Nicole podrían hablar de Christine Ockrent, a quien ambas admiran, o de *Le Grand Échiquier* porque les fascina Karajan y les encanta Pavarotti. Todo el mundo coincide en no hablar de política.

Así pues, los dos matrimonios enseguida se llevan a las mil maravillas, tanto más cuanto que el aperitivo tampoco es un momento demasiado estresante. Instintivamente, las dos señoras se sientan juntas y los caballeros se ponen a hablar de Fórmula 1. A Hélène y Charlotte, mientras beben sendos *diabolos* con pajita, les cuesta disimular su regocijo. Todo resulta de muy buen augurio. De momento, no hay ni rastro de unas vacaciones conflictivas. Cuando se acaban la primera ronda, el señor Brassard propone no dejar a medias algo que ha empezado tan bien y los adultos se ponen de acuerdo para pedir una botella de clarete. Les llevan las copas, brindan; los Poirot, obviamente, no quieren ser menos y a las nueve, mientras el día empieza a declinar, mandan abrir otra botella. Ahora todos se ríen a la mínima y Nicole Brassard pone la mano encima de la muñeca de Mireille para decirle algo al oído. El padre de Charlotte propone organizar una visita a la fábrica de papel donde trabaja y que todos conocen.

—Ya verán, es bastante impresionante.

Nadie lo pone en duda. De todas formas, las fábricas que aún quedan también se merecen una visita, por principio. Aquí todavía se recuerdan los crímenes cometidos contra la industria textil y la siderurgia. Algún día, los que malvendieron esas joyas familiares tendrán que dar explicaciones. En todo caso, eso es lo que opina Jean Poirot. El padre de Charlotte no se lo tiene en cuenta. Él ve el transcurso de las cosas con el enfoque fatalista de los hombres bien informados, dispuestos a admitirlo todo porque lo han entendido todo. Hasta que llega la hora de que cada mochuelo vaya a su olivo. Al despedirse, se prometen organizar algo, una cena, algún restaurante pequeñito, ya lo irán viendo. El tema de las vacaciones no volvió a plantearse. Pero estuvo presente en todo momento, entre líneas.

De vuelta a casa, en el coche, los padres de Hélène están de un humor excelente. Los Brassard no solo son muy simpáticos, sino que son gente sencilla: no pretenden abarcar más de lo que pueden.

—Aunque ya has visto el reloj que llevaba ella —observa Mireille, a pesar de todo.

—No me he fijado —admite Jean.

—Se ve que tienen posibles.

En la conversación surgió varias veces la palabra *ejecutivo*. El padre de Charlotte es «ejecutivo» y a Hélène le gustaría saber qué significa exactamente. Aparentemente, no se trata de un oficio ni de dinero, aún menos de un cargo, como jefe, abogado o ministro. Pero el término aureola a Jean Brassard de un curioso prestigio y a todas luces le confiere una posición envidiable y ligeramente reprensible.

—¿Qué es un ejecutivo? —pregunta la adolescente.

—Es complicado —responde su madre.

Hélène lo acaba sabiendo dos meses más tarde, en la carretera que lleva desde Le Gillieux al Super U de Ars-en-Ré. Esa mañana, el padre de Charlotte le dice, venga, te llevo conmigo, vamos a hacer recados, y ella no ha sentido que tuviera derecho a rechazar la invitación. Charlotte y su madre habían ido a hacer la compra por su lado y quizá el padre tuviera sus motivos para no querer dejarla sola en la casa de vacaciones.

Hace una semana que Hélène ha llegado y desde el principio se siente algo incómoda. Estaba convencida de que conocía bien a esas

personas en cuya casa ha cenado y dormido cien veces, pero, al cabo de tan solo veinticuatro horas, ya no reconoce el ambiente informal y a la vez de altos vuelos al que estaba acostumbrada. Cada familia tiene sus propias cloacas y, como efecto de la convivencia, las de los Brassard arrojan olores inesperados. Por ejemplo, cuando los padres de Charlotte hablan entre sí, la conversación está plagada de indirectas viperinas en las que nunca se había fijado antes. Y Nicole Brassard no puede dirigirse a su hija sin echarle en cara su comportamiento, lo que come, la ropa que lleva y su forma de estar, aunque siempre sea en tono de broma. Hélène ya había observado esa tendencia a denigrarla, pero la cosa adquiere proporciones muy distintas cuando se vive de verdad bajo el mismo techo. Empieza a comprender por qué los gemelos prefieren pasar las vacaciones lejos de allí.

Y, más que cualquier otra cosa, los Brassard se pasan el rato despellejando a los demás. Se cruzaron con un hombre que conducía con el torso desnudo y el tema les duró veinte minutos.

En tales condiciones, no es fácil sentirse a gusto. Y menos aún habida cuenta de que, en vacaciones, los padres de su amiga tienen un horario incierto. La hora de comer cambia de un día para otro, van a la playa por la mañana, o por la tarde, o nunca porque prefieren pasarse el día vagueando en la terraza, leyendo revistas y durmiendo a la sombra. De forma tal que a veces Hélène tiene la sensación de pasarse todo el rato esperando. Le faltan referencias. A la hora de cenar, se impacienta, vagando como un espectro con la esperanza de recibir consignas. En su casa se cena todos los días a las siete, al menos eso está claro.

Con lo que sí puede contar es con el ritual del desayuno. A Jean Brassard le encanta ir por la mañana muy temprano al pueblo de al lado para comprar pan recién hecho y la prensa del día. Cuando las chicas bajan de su habitación, aún medio dormidas y malhumoradas, la mesa está ya puesta y desde la escalera huelen los efluvios deliciosos a café y pan tostado. Hélène también reconoce el olor del padre de su amiga, que las espera en la terraza, en camisa y con el pelo mojado, ese perfume de limpieza varonil y de burguesía untada de loción de afeitar, tan agradable. Arremangado y calzado con unos náuticos viejos, el hombre llena los tazones de las chicas y les pregunta si han dormido bien.

Entonces aparece Nicole, casi siempre en camiseta marinera. Para las vacaciones, se ha anudado en la muñeca una pulserita de algodón rojo que se impregna de sal y de sol, y del sabor de sus sábanas, piensa Hélène para sí misma.

Toda esa gente guapa desayuna parloteando distraídamente. Los adultos están enfrascados en los periódicos, que repasan con indolencia, leyendo solo los titulares y los pies de foto. A Nicole le gusta hacer los crucigramas. En la casa hay bastantes libros y revistas femeninas casi por todas partes. Aun así, Hélène no tiene la sensación de que sus habitantes lean mucho. Son objetos como los demás, comparables al lino que cubre el sofá y a los cuadros que decoran las paredes, una especie de adornos que forman parte de la escenografía y confieren al lugar más alma.

—¿Qué tenéis pensado para hoy, chicas? —pregunta la madre.

—Ir a La Conche —anuncia Charlotte, que decide por las dos—. O a Trousse-Chemise, puede que a La Couarde. A la playa, en cualquier caso.

—Muy bien —dice Nicole—. ¿Y nosotros?

Jean no tiene ni idea. Lo que ella prefiera, le da lo mismo. Él solo tiene manías con la comida.

A pesar de los pesares, hay algo que a Hélène le encanta: las ventajas de la vida insular. Porque en la zona tampoco hay tantos delincuentes y los secuestros tampoco abundan. Ni siquiera la afluencia de veraneantes cambia ese ambiente de vigilancia mutua y de confinamiento acomodado que caracteriza a la isla. Así pues, las chicas tienen libertad para ir a su aire sin carabina, incluso de noche. Se desplazan en bici, van a bañarse y se encuentran todos los días con los amigos que Charlotte conoce desde la infancia. Entre ellos, Boris, un chico con polo Lacoste blanco que a Hélène le parece que no está mal, aunque es un poco bajito y habla de sí mismo sin parar.

Vuelven a casa sobre las cinco de la tarde, por los caminitos que cruzan las salinas que huelen tanto a azufre. Están cansadas y sucias, con el cuerpo lleno de sol, una costra de arena en los tobillos y una pelusilla rubia a lo largo de la columna y en la nuca. Tardan una infinidad de tiempo en ducharse. A veces ocurre que salen a tomar un helado o a cenar por ahí. Hélène siempre pide lo más barato de la carta. Prueba el vino que Jean Brassard le sirve en su

copa. Resulta delicioso estar borracha tras tomar tres tragos, cuando estás morena como el caramelo, lejos de casa y te tapas la nariz para no soltar la carcajada porque el padre de tu mejor amiga está imitando la berrea del ciervo en pleno bosque. Qué gusto da haber aprovechado el día entero y saber que al día siguiente pasará otro tanto.

Por la noche, las dos adolescentes pueden salir hasta medianoche y van a dar una vuelta a la feria. Atan las bicis y, con los hombros quemados, ceñidas en la ropa clara, se pasean en alpargatas entre las atracciones y las casetas que huelen tan bien a azúcar caliente, gofres y manzanas caramelizadas. Charlotte siempre tiene calderilla para comprar golosinas o dar una vuelta en los coches de choque. Miran a los chicos, quedan con los amigos, vuelven a casa con el tiempo justo, muertas de risa, creyendo que están borrachas porque se han bebido un par de birras, suben las escaleras al galope hasta su habitación y se tiran en la cama con el pelo alborotado, ahogando las carcajadas y sin siquiera lavarse los dientes.

Pero, a pesar de esos placeres y esas horas sin amo, se sigue notando mínimamente encorsetada, es una sensación irritante que Hélène no logra explicarse y que la preocupa tanto más cuanto que los límites de las restricciones son fantasmales, los umbrales, invisibles, y la norma escrita, inexistente.

En definitiva, que hay que comportarse.

Pero ¿de qué forma? Desde luego, no es una cuestión de vocabulario. El padre de Charlotte dice mierda sin cortarse un pelo y señala a los cabrones en todos los cruces. Tampoco de atuendo. En la playa, Nicole toma el sol en toples, toda la ropa del padre está raída, llena de manchas y a veces hasta agujereada, no le importa lo más mínimo. Tampoco tiene que ver con los buenos modales ni con una especie de respeto convencional que los niños deberían tenerles a los adultos. Es algo distinto, más subliminal.

Por ejemplo, una vez Hélène se desplomó demasiado a lo bruto en el sofá del salón y notó pasar la reprobación como una corriente de aire. Desde entonces, vive preocupada y se esfuerza por hacer lo mismo que Charlotte. Imita sus desplazamientos, su forma de poner la mesa, de tomar el sol y de reírse. Le copia las entonaciones. Incluso ha adoptado un chasquido que su amiga hace con la lengua

siempre que algo la contraría. Y eso que los Brassard se portan muy bien con ella, le dan de comer ostras en pleno verano y a probar melones tan dulces que parecen jarabe. Hélène intenta estar a la altura de tanta liberalidad.

Por suerte, al cabo de unos días se establece un jueguecito de roles reconfortante con el padre de su amiga. A Jean le gusta hacerla rabiar y hace como si se preocupara por ella, con unas atenciones que rayan en la comedia, preguntándole qué tal está, si quiere llamar a sus padres, si se encuentra bien, si tiene frío o calor, tratándola como una princesa caprichosa cuyos cambios de humor resultan temibles.

Hélène ahoga una risita, encantada de despertar interés, de golpe apurada y central.

Cuando Nicole llama para sentarse a comer, por ejemplo, Jean dice: «No sé si Hélène estará de acuerdo». La joven se ruboriza. Se mete con ella así, siempre con amabilidad, sin insistir, creando entre ellos como una complicidad turbia. Al menos, así tiene lo que podría ser un lugar donde acurrucarse. La gran amiga, la pequeña protegida. Alguien a quien hacer reír.

Ese verano, a Hélène también le toca descubrir que tiene un poder que ignoraba. Hasta entonces, siempre había pasado bastante inadvertida. Y, de pronto, en las ventanas que le devuelven su reflejo cuando pasa en bicicleta observa un cambio de envergadura. A sus quince años, mide más de un metro setenta y sus piernas, que un año antes aún no eran más que un medio de locomoción desangelado, se han convertido en una atracción. Cuando pedalea, corre o camina, cuando las cruza en la terraza de un café, cuando las estira después de haber comido mucho, cuando se sienta a lo indio en la arena y se cuenta los pliegues de la tripa, cuando pasea por la playa, chicos de veinticinco años o padres de familia barrigones se la comen con los ojos descaradamente. De momento, no sabe muy bien qué hacer con ese interés nuevo que suscita, que la emociona y la asusta. Le gustaría desaparecer y, sin embargo, solo se la ve a ella.

Un día, mientras se pone el bañador en el cuartito de baño del piso de arriba, sorprende su reflejo en el espejo de cuerpo entero que cuelga de la puerta. Se gira de lado, un perfil, luego el otro, con la barbilla en el hombro, y luego se fija en las marcas del bañador,

tan pronunciadas que parecen una prenda de ropa. Al final de su espalda, casi le sorprende encontrarse con ese nuevo culo que en verano le reventó la piel, dejándole en las caderas unas estrías que la tienen desconsolada. También se comprueba el pecho, pero en esa zona no hay mucho que señalar. Entonces, con baja complacencia, vuelve a contemplarse el culo, comprueba la curva de los riñones. Seduce a su reflejo, que es algo bonito y sin riesgo. Le gustaría hacerse una foto. Pronto tocará volver a casa y todo desaparecerá, las pecas y las metamorfosis de julio, vuelta a Cornécourt y a su vida entre el gris claro y el gris oscuro.

Entonces se dice que, algún día, ella también quiere ganar mucho dinero. Así estará guapa todo el año y podrá vivir a su vez como esa gente que no cuenta los céntimos y sabe cómo funcionan las cosas. Pero el tubo fluorescente de encima del espejo revela una constelación de granitos en la sien izquierda. Se inclina encima del lavabo, de puntillas, para reventarlos. Luego se aleja. Marcas rojas, un punto ensangrentado, lo ha fastidiado todo. En la repisa de vidrio hay varios enseres de aseo, entre ellos el jabón de afeitar del padre, cuyo efluvio familiar reconoce. Abre el bote y aspira. Se siente rara. Luego se acerca el frasco de Habit Rouge a la nariz y se encuentra con el mismo olor que por la mañana, solo falta la piel de hombre, su desgaste, las manos cubiertas de venas, los brazos velludos. La invade una turbación difícil, donde se mezclan deseo y asco. Se vaporiza un poco de perfume en la muñeca para apreciarlo mejor. De pronto, se queda quieta. Acaban de llamar a la puerta.

—Oye. Charlotte y su madre se han ido al mercado. Yo voy al Super U. ¿Necesitas algo?

Enseguida mete la muñeca debajo del chorro de agua y se la frota con jabón. La sangre se le ha subido al rostro y, por efecto del pánico, nota que se le humedece la frente y se le electriza el pelo.

—¿Hélène? —pregunta el vozarrón detrás de la puerta.

Ella contesta que no necesita nada. Ya sale.

—¿Te falta mucho?

—No, no.

—Bueno, pues entonces te vienes conmigo.

Vale, de acuerdo, le parece bien.

Así es como acaba en el Mercedes con el aire acondicionado a tope, que le pone la carne de gallina. Y entonces es cuando vuelve a

hacer la famosa pregunta: «¿Qué es un ejecutivo?».

Jean se ríe. Digamos que es alguien cuya tarea es tomar las decisiones que deben «ejecutar» otros empleados, sus subalternos, a los que está dispuesto a llamar colaboradores. Implica tener responsabilidades, asistir a muchas reuniones y estar a la altura.

—Y tú, ¿qué piensas hacer con tu vida?

—¿En el bachillerato?

—No. Después. ¿Qué vas a estudiar?

La verdad es que Hélène no lo ha pensado mucho. Definitivamente, el aire acondicionado está demasiado fuerte y cruza los brazos encima del pecho, aprieta los muslos. El padre de Charlotte mantiene los ojos clavados en la carretera.

—No lo sé muy bien —dice—. Puede que Derecho.

—Derecho te lleva a todas partes. Pero, aparte de eso, no sirve para nada. Cualquiera puede hacer Derecho.

Hélène no acaba de captar qué quiere decir con eso. En su casa, las estrategias se limitan a poca cosa. Si estudias mucho en el colegio, triunfarás en la vida. Si tienes buenas notas, quizá tengas el privilegio de «ir más allá del *bac*». Y, para su madre, notario, agente judicial, abogado son profesiones insuperables que aportan y generan ese respeto impresionado que la gente del montón le debe a las personas bien remuneradas.

Jean Brassard se lleva todo eso por delante con un revés de la voz. Para empezar, en el bachillerato hay que elegir la rama correcta. ¿El *bac L*? Prohibido. Es la forma de acabar siendo profe. Luego hay que huir de la universidad como de la peste. La facultad es la mejor forma de no dar palo al agua y perder tres años de tu vida con un hatajo de gente sin criterio.

—Mi hermana es profe de inglés —explica—. Se sacó la cátedra a la primera y no se gana mal la vida, sobre todo teniendo en cuenta las horas de clase que da. Pero aun así. Lleva dos años tomando ansiolíticos. Este año, un chaval la ha llamado puta.

Hélène escucha muy formal esas palabras indiscutibles. Según el padre de su amiga, lo más importante es buscar un recorrido académico reservado a unos pocos, opciones selectivas, clases preparatorias, los mejores centros de educación superior.

—Deberías apuntarte a griego y ruso. Así estás segura de estar con los empollones. La emulación es importante.

Más tarde, en los pasillos del Super U, le sigue explicando lo que debe hacer y lo que no, mientras ella empuja el carrito y él lo llena. Obviamente, la conversación se desvía bastante hacia su propia juventud. A veces, Hélène nota su brazo contra el suyo, con la esperanza de que sea un roce accidental, aunque no le desagrada del todo. Jean Brassard creció en Neufchâteau. Su padre era ingeniero civil y su abuelo, gramático, profe de secundaria. En su casa, los estudios no eran cosa de broma. En realidad, casi nada lo era. Para las clases preparatorias fue al Lycée Henri-Poincaré, en Nancy, y luego subió a París. Como en esa novela de Barrès que ya nadie lee. Estudió Derecho, mira tú por dónde, y luego tuvo la suerte de poder entrar en Ciencias Políticas, pero en Grenoble.

Lo cierto es que Hélène está perdidísima. Poinca, ingeniería civil, gramático, Barrès, las ventajas de París sobre Grenoble…, le faltan todas esas referencias. Lo que descubre en ese supermercado plagado de veraneantes en chanclas es un idioma nuevo, con una curiosa sintaxis que jerarquiza y ordena, y una gramática granataria.

Después de meter la compra en el maletero del coche, Jean le pregunta si le apetece tomar algo. Les sobra un ratito. Por si acaso, lo comprueba en el reloj de pulsera. La correa de cuero marrón da a sus manos un toque aventurero, publicitario. Hélène sabe de sobra que su complicidad no es del todo bienvenida, pero no puede evitar que le guste esa burbuja en la que ocupa el mejor sitio. Se dirigen al cafetín que hay al otro lado de la carretera, detrás del cual hay un campo de hierba seca donde pastan los animales exóticos de un circo que acaba de instalarse allí. El padre de Charlotte pide dos aguas Perrier con limón y ambos se quedan absortos contemplando el tráfico, sin hablar ya de gran cosa.

Están ahí, debajo de una sombrilla de Orangina, atrapados en el torbellino de calor, bajo el martillo implacable del mediodía y en el polvo que levanta el vaivén de los coches. Ya no puede pasar nada. Hélène ya no se atreve a mirarlo. Tiene la sensación de que él está esperando algo. Y así un buen rato. Hasta que por delante del sol enorme pasa una nube, lo que dura una respiración. La adolescente nota cómo se le relaja un poco el cuerpo y se da cuenta de que tiene la espalda empapada.

—A estas horas ya habrán vuelto del mercado —dice el padre de

Charlotte.

—Sí.

—¿Nos vamos?

Él ya se ha puesto de pie, con las llaves del coche en la mano. Hélène vacía el vaso, se levanta a su vez y, mientras cruzan la carretera, Jean la coge de la mano. Ese gesto solo dura un puñado de segundos y tiene el pretexto de la carretera, del tráfico siempre denso que hay en ese punto. De hecho, cuando llegan al otro lado, la suelta inmediatamente. Pero la joven tiene la cabeza hecha un lío, no hay forma de distinguir nada.

—¿Estás bien? —pregunta él.

Ella asiente. De pronto, le gustaría estar en diciembre, llevar un jersey y zapatos gruesos, pero el sol está justo en el punto más alto, el día más despejado del mes más caluroso. Sonríe mínimamente y se sube al cochazo negro.

En el camino de vuelta, escuchan las noticias. Michel Rocard, el carné por puntos y esos nombres que se repiten una y otra vez y que siempre se confunden: Serbia, Bosnia, Montenegro; temas que a ambos les importan un pimiento. El padre de Charlotte cambia de emisora y se queda en France Musique, que emite música religiosa. Con las manos cruzadas en las rodillas, Hélène se mira fijamente los pies mientras unas voces sepulcrales invaden la cabina refrigerada.
El resto de la estancia transcurre entre el placer de bañarse en el mar, la reiteración de los días y la creciente melancolía de lo que se acerca a su fin.

Ahora, Hélène evita a Jean, al que a todas luces no le gusta nada este nuevo comportamiento. La joven no logra ya deshacerse de la desagradable impresión de haber hecho algo malo. Tiene miedo de que la acorrale y le diga cuatro verdades. Dos palabras la obsesionan: «niñata calientapollas». Y, sin embargo, no ha hecho nada. O dejado que le hiciera. Como no puede hablar del tema con nadie, no para de darle vueltas, lo que le provoca arrebatos de ira y reflujos de culpabilidad.

Por suerte, Charlotte y ella se escapan en cuanto pueden y todos los días se juntan en la playa con la pandilla. Y así van pasando los días, jugando con las paletas, bañándose y riéndose mucho, con una especie de embriaguez sin pies ni cabeza. De vez en cuando, Angélique, una parisina del distrito XVI, grandota y con el pelo

cortísimo, aparece con la baraja de tarot y les lee el porvenir. A menudo ni siquiera se molestan en comer. Los cigarrillos han sustituido a los alimentos y Boris, el chico bajito de los polos blancos, sigue tonteando con Hélène, sin perseverancia ni malicia, cosa que ella se toma como un halago y un descanso.

Las dos amigas también se pasan horas hablando a solas, tumbadas en la toalla, mientras toman el sol primero bocabajo y luego bocarriba. Charlotte acaba de terminar *Los niños de la estación del zoo* y aún sigue sin dar crédito. Por su parte, Hélène solo tenía ojos para *Bella del señor*. En realidad, no se lo había leído, pero le encantó la idea. La profe de literatura les había hablado de la novela durante el curso, haciendo hincapié en que no estaba indicado para su edad por ser demasiado complicado, voluminoso y experimental. No hizo falta más para que Hélène lo sacara de la biblioteca. Perdió fuelle a medio camino, en algunos pasajes no entendía ni jota, pero le parecía tan hermoso… La pasión, la crueldad. En adelante, en su mente el amor está conchabado con la muerte. Lo cual no la animaba a dar el gran paso.

El último viernes de las vacaciones, las chicas vuelven a casa más tarde que de costumbre y se encuentran con los padres de Charlotte repantingados en el salón. Encima de la mesita baja, una botella de vino blanco ya vacía.

—Pero bueno, ¿dónde os habíais metido? —pregunta Nicole, con la mirada algo perdida y una gran sonrisa en los labios.

También hay boquerones y salmonetes, tomates cherri, rebanadas de pan y mantequilla salada. Charlotte se sienta con las piernas cruzadas en la alfombra y empieza a prepararse un montado.

—Nos hemos despistado con la hora —dice antes de morder con todas sus ganas el pan con mantequilla.

—¿Queréis un trago? —pregunta el padre empuñando la botella de *viognier*.

Las dos amigas se miran, sonriendo a medias. Nicole hace como que se opone, pero esencialmente le importa un bledo.

En su casa de Épinal, en su ambiente, entre sus libros y sus plantas de interior, la madre de Charlotte se parece a las mujeres que hacen anuncios de crema antiarrugas, elegantes y sanas, con sus

cincuenta y pocos años muy bien llevados, aros de oro en las muñecas y aspecto de eterna alumna de secundaria. Pero, a lo largo de esas vacaciones, Hélène ha visto cómo se resquebrajaba el barniz. En varias ocasiones, después de cenar, Nicole se ha pimplado de una tacada varias copas de vino blanco y luego han tenido que ayudarla a ir a su cuarto. Al día siguiente tenía cara de muerta y ojeras hasta las rodillas. Pero Hélène, sobre todo, ha sorprendido la expresión que se le pone al escuchar las baladronadas de su marido, las teorías que este tiene sobre cualquier cosa, las bromas idénticas desde hace veinticinco años. Le pasa entonces por la cara como un chaparrón que solo deja un paisaje amargo y sin relieve. Desde hace dos días ni siquiera se molesta en ir a la playa. Se queda con sus libros de Gallimard y Grasset, y sus Marlboro, tumbada en el sofá, leyendo y escuchando música.

—¿A tu madre qué le pasa?

—Nada, que le gusta estar a su bola.

Ni su marido ni su hija se meten. Hélène ha husmeado los libros con los que se pasa todo el día, historias de mujeres, de madres y de desgracias, exclusivamente novelas, francesas en su mayoría. Piensa que no debe de ser tan desagradable ser así, una rica triste en un sofá, cuya ocupación es leer historias que te dan protagonismo.

Entretanto, el padre insiste.

—De todas formas, esta noche no vamos a hacer cena.

—Igual nos duchamos antes.

—Sí, id a lavaros. Mientras, abriremos una botella.

Las dos chicas suben al galope al piso de arriba, con Charlotte delante desnudándose por el camino para meterse primero en el cuarto de baño.

Hélène está muy nerviosa. Tiene ganas de fiesta y de beber vino, aunque la asusta un poco la presencia del padre.

—Date prisa, ¿vale? —le grita a su amiga a través de la puerta.

Luego va al dormitorio de las dos y se deja caer encima de la cama. Desde allí mira al techo, escucha los ruidos que hace la otra en la ducha al otro lado del pasillo, se pone bocabajo con las piernas dobladas, aspira el olor un poco agrio de las sábanas, que no se han cambiado desde que llegó. Debajo de la cama de Charlotte, entrevé una mochila abierta de par en par y unos libros.

Se levanta para ver qué libros se ha traído su amiga. Y entonces, se topa con una gruesa agenda con tapa flexible de Creeks. En cada página falta la esquina inferior troquelada. Hélène mira por encima ese curioso cuaderno de bitácora, sin poder creerse lo que está viendo. De pronto se le para el corazón.

14 de abril: «Ayer vino Christophe. Volvimos a hacerlo en mi cama. ¡Ñam! No dejo de pensar en él. Vimos *El club de los poetas muertos* aprovechando que mamá no estaba. Creo que le ha gustado. La cinta empieza a estar muy gastada. Le he dicho que llevaré las mismas bragas al partido. Le ha hecho gracia. Cuánto le quiero. Lo malo es que voy atrasadísima con los deberes de mates. Estoy agotada y feliz».

Hélène sigue hojeando. Las páginas están llenas de palabras amplias y redondas, de puntos de exclamación. Picotea frases aquí y allá. Busca su nombre, pero casi no aparece.

19 de marzo: «Hoy puedo decir que me siento realmente bien siendo yo misma. Ya no me apetece ser otra persona. Ya no tengo tantas ganas de ser siempre la mejor y no me pregunto tanto cómo me ven los demás. Tengo que decir que Christophe no para de decirme cosas bonitas. Me siento alegre. Solo me jode el secreto. Y la puta esa».

Debajo, escrito con rotulador rojo, una estrofa de *Talk About Sex*

Let's

de Salt-N-Pepa, y un corazón azul con trazo grueso.

En el cuarto de baño ha dejado de sonar el agua y Hélène trata de serenarse, pero el diario de su amiga puede más. Como si se tratara de una bolsa de caramelos que vacías en pleno ataque de hambre jurándote que cada bocado es el último, sigue hojeándolo, una página más, otra pequeñita. Ante sus ojos acaba de abrirse un mundo tan lujuriante, con esa atrocidad de jungla y esa belleza palustre, que la cabeza le da vueltas. Se siente rara, casi sudorosa, excitada y perdida. De pronto, ahoga una risa. Acaba de aparecer una mención que ocupa toda una página: «¡Christophe capullo!». Escrito con rotulador y en tres colores, no se puede negar que queda claro.

Más adelante, un día de mayo. «Decisión definitiva: no verlo más. Expresar mis sentimientos. Pensar en mí. Tener una vida

sexual y amorosa PLENA. Decir lo que pienso, aunque hiera a alguien». Y debajo: «Acordarse del cumple de Hélène. Ideas: pulserita de
L'Oiseau
Bleu (cara), o bombones (básico), o *Rain Man* en VHS (Tom Cruise – corazón)».

Al otro lado del pasillo, la puerta del cuarto de baño acaba de abrirse. Corriendo, Hélène se apresura a poner la agenda en su sitio y, de rodillas en el suelo, vuelve a meterla en la mochila donde la ha encontrado.

—Te toca.

Charlotte acaba de entrar en el dormitorio, trayendo consigo el agradable olor a baño-ducha y a pelo limpio. Termina de secarse en el umbral, con el busto envuelto en una larga toalla rosa, descalza y despojada de inocencia para siempre. Hélène la mira con un extraño sentimiento de admiración y despecho.

—Date prisa —dice su amiga, que ya se ha sentado en la cama para ponerse las bragas.

—Voy —dice Hélène.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

Hélène miente fatal. Enseguida se pone nerviosa y desvía la mirada. Se apresura a salir del cuarto antes de que otra pregunta la ponga en peligro. Debajo de la ducha, deja que el agua hirviendo le caiga por el pelo tieso de sal. Las ideas se le arremolinan en la cabeza. Está resentida consigo misma por no haberse enterado, por haber sido tan ingenua. Está resentida con Charlotte. Pero lo que predomina es una curiosidad voraz. Tiene que apañárselas para leer más.

—¡Bueno, chicas! ¿Venís o nos acabamos la botella?

Esa noche, descorchan otras tres botellas. Enseguida, el saloncito claro cobra un aspecto envolvente y borroso, y los padres de Charlotte se sueltan, maledicentes y cautivadores, soltando anécdotas y ucases a discreción. Por encima de la mesa revuelta intercambian los «te acuerdas de» y los «eso me recuerda a». Cabe decir que, gracias al vino, han encontrado un público más que dócil. Hélène se ríe exageradamente y come con gula no menos excesiva montados de pasta de anchoas y tomates cherri, taquitos de queso

comté y pan con mantequilla. Charlotte no se queda a la zaga. Le tira de la lengua a su padre, llena las copas y le arquea las cejas a Hélène, gratificante y cómplice. Muy tarde, Nicole decide poner música. Incluso baila un poco, hasta que le da el bajón. Sobre la una de la madrugada, da el toque de queda y, después de protestar un poco, las chicas suben a lavarse los dientes y meterse en la cama. Charlotte, mucho más pedo que su amiga, tiene ganas de seguir charlando un rato y ahoga algunas risitas en la almohada antes de dormirse como una piedra.

Todo vuelve a quedar en calma en la casita de vacaciones adosada de paredes blancas y postigos azules. Por debajo de la puerta, Hélène ve la luz del pasillo que se enciende y luego se apaga. Reconoce los pasos de la madre y luego la respiración más fuerte de Jean, los crujidos del parqué bajo su peso. Por último, el silencio. A los dos minutos, el sueño cae sobre ella tan repentino como una anestesia general.

Pero, a eso de las tres, la adolescente se despierta con la boca seca y la sensación de no haber dormido más de diez minutos. Se queda quieta un momento, dudando entre la pereza y las ganas de hacer pis, hasta que se levanta. Al ponerse de pie, se siente aún peor. La sangre le golpea por debajo del cuero cabelludo, le duele el cerebro y, en la lengua, ese sabor repugnante a cosa muerta. Muy cerca, Charlotte casi ronca, como un auténtico mamífero, un animalito entregado a la inmensa necesidad de descansar. Hélène se acerca y dice muy bajito:

—Eh, ¿estás dormida?

Y al inclinarse un poco más, reconoce el perfume del pelo de su amiga que mezcla con el aliento macerado y mustio de sueño alcoholizado. Y esa calor de fragua que le sube a la cara.

—Eh —vuelve a decir.

Como Charlotte sigue sin contestar, Hélène se pone de rodillas y le toca el muslo a través de la sábana. Nada. Entonces se tumba bocabajo en el suelo y busca la agenda debajo de la cama. Nota cómo le late el corazón contra el parqué. La vejiga sigue torturándola y los dedos que rebuscan solo encuentran tela, polvo, un batiburrillo que resulta imposible determinar. ¡Por fin, ahí está! Agarra la agenda, se incorpora, se la mete en la cinturilla del pantaloncito y la tapa con la camiseta antes de salir de puntillas.

Luego baja las escaleras sin hacer ruido, minuciosa y apresurada a la vez, y se encierra en el aseo de la planta baja, tomando la precaución de echar el pestillo. Entonces enciende los apliques y, a cubierto por fin, se sienta para leer el diario de su mejor amiga y aliviarse prolongadamente.

«Anginas. He visto *Los paraguas de Cherburgo*. Bonita pero deprimente».

(Con tinta roja). «¡No llores! Mírame. Nadie se muere de amor más que en las pelis».

«Pienso en Christophe. Su cuerpo de ensueño me vuelve loca».

«Mamá me ha dicho que ordene el cuarto, aunque tengo fiebre y agujetas. Está en un mal día de esos que me ponen tan triste. Por suerte, mañana he quedado con Christophe. A ratos tengo tantas ganas que me dan escalofríos».

Más adelante:

«Creo que Christophe pasa de mí. Está superdistante y se tira todo el rato en la pista de hielo o con la hortera esa. Esta noche he llorado y también por la mañana al levantarme. Qué agotada me siento (agotada en mayúsculas y con trazo grueso). Estoy harta. Hélène se ha llevado prestado el jersey rojo de Lacoste. Siempre me está cogiendo cosas y no me atrevo a decir que no».

Hélène retrocede. Busca cuándo empezó todo. En diciembre, el día 7, esta página:

«A mediodía estaba sola en la sala común y Christophe Marchal me miraba a los ojos. No sabía ya dónde meterme. Nos hemos vuelto a cruzar tres veces durante el día. Hélène dice que estoy flipando. Seguro que tiene razón. En cualquier caso, lo pensaré yo sola en la cama».

Más adelante: «Le he dado la brasa a mamá y por fin he logrado convencerla de que me compre las Doc Martens. ¡Tres semanas me ha costado! En cambio, no quiere que Hélène se quede a dormir el próximo fin de semana porque ya vino por San Nicolás. ¡Qué coñazo!».

Los minutos pasan y Hélène reconstruye toda la historia, pieza a pieza. Christophe rondaba a su amiga y ella nunca se dio cuenta. Hasta que, un día, él logró ir a su casa. Y eso que Charlotte sabía que salía con la punkaza de Charlie, pero se dejó engatusar. Seguramente se sentía halagada. Y lo deseaba. La propia Hélène se

siente rara al leer esas páginas donde los hechos se exponen sin tapujos. La agenda está llena de frases breves que son como detonadores. «Ha intentado meterla, pero me dolía y le he dicho que no», «Qué cuerpo tan bonito tiene». La palabra *paja* repetida diez veces alrededor de una página, como una guirnalda, con corazones y pollas pequeñitas dibujadas con Stabilo. Conjugaciones de verbos ingleses soeces, una foto de Jim Morrison, *Paris sous les bombes*, «Les dessous chics,
c'est
une jarretelle qui claque». Desde finales de diciembre, cada dos por tres la misma frase: «Me apetece follar». Tal cual.

A veces la cosa se pone dramática, tienen una discusión, el fin del mundo en cuatro frases. El tío es gilipollas. No se entera de nada. Va a cortar con ella. La puta lo manipula. Y luego están las victorias al hockey, los recortes de periódico con los resultados y fotos en blanco y negro, los consejos del *Cosmopolitan* para tener orgasmos durante el amor, pasajes que hablan directamente de Hélène, la mejor amiga a la que Charlotte adora o despelleja, según el momento, y a quien le gustaría contárselo todo pero se lo ha prometido a Christophe. Así que calla, es su secreto, su tremenda maravilla, el corazón vibrante de sus quince años. Abundan los arrebatos de deseo y de añoranza, por el trabajo escolar que se interpone y por los padres insoportables, los corazones, los «te quiero», «lloro», «qué harta estoy» y «la puta esa», y el orgullo de los partidos ganados, en mayúsculas y con puntos de exclamación. Pero, sobre todo, detalles sobre su rabo, su vientre, sus muslos, el sobeteo, el sexo que no dura lo suficiente porque él nunca tiene tiempo, siempre tiene que irse a entrenar o ha quedado con la otra. O porque es un torpe.

Con los antebrazos apoyados en los muslos y la cabeza zumbándole, Hélène devora esa crónica llena de colores. Arruga las páginas, vuelve atrás. Ahí está su amiga, la reconoce en cada línea y, al mismo tiempo, le resulta horriblemente nueva. Hélène le tiene rencor y envidia. Tanto que le parece que son sus manos y su boca las que tocan a Christophe, que esa relación debería ser suya.

Pero un toc toc mezquino rompe el hechizo. Alguien ha llamado a la puerta. La joven vuelve en sí y, con la agenda pegada al pecho, espera a ver qué pasa, aguantando la respiración.

—¿Estás bien? —murmura una voz vellosa detrás de la puerta.

Hélène se sube el pantaloncito y se mete la agenda en la espalda.

—Soy yo —vuelve a decir bajito la voz que no reconoce.

—Está ocupado —contesta la joven.

—¿Hélène? —dice la voz.

Una voz de hombre, muy grave.

El picaporte gira sin abrir y, por cómo suena la puerta contra el marco, Hélène adivina un hombro empujándola. Todo se queda por debajo del murmullo. Pero está ahí, con su fuerza, su corpulencia y sus posibilidades de propietario.

Hélène mira hacia la ventanita. Pero tampoco es plan de acabar corriendo por la calle en plena noche como una idiota…

El picaporte vuelve a girar, el parqué cruje y la joven nota que la corpulenta presencia se aleja. Al cabo de un rato, aventura un par de pasos hacia el lavabo y apaga los apliques. El pasillo está sumido en la oscuridad. Ni un ruido. Transcurren unos segundos más, sobreabundantes y especulativos, y la joven siente pasar algo a su espalda. Se tapa la boca con las manos para contener un grito, se gira rápidamente, con un escalofrío, pero tras de sí solo encuentra oscuridad y silencio. Entonces piensa en sus padres y le parece que están muy lejos y se siente muy pequeña de repente. Puede que crecer sea precisamente eso, descubrir que no eres más que una cría y que el mundo supone correr un riesgo tremendo. Transcurre un minuto, que dura como una hora. Totalmente quieta, Hélène se tranquiliza poco a poco. Se atreve incluso a beber un trago del grifo, en la oscuridad, el frescor del agua le sienta de maravilla.

En la casa, que se ha vuelto tan ajena, espía el mínimo ruido, busca la menor señal de una presencia. Pero no hay nada, solo ella y su miedo, que empieza a disiparse. Entonces descorre el pestillo, aventura un pie tímido en el pasillo y acaba sintiéndose idiota, ¿qué película se está montando? Y con trotecillo de ratón sube rápidamente al piso de arriba, con la cabeza metida en los hombros, minúscula en la oscuridad. Abre la puerta del dormitorio, que suelta su traicionero chirrido diagonal, se abalanza dentro de la cama y enseguida estira mucho la sábana para taparse la cabeza con ella. Allí por fin puede recobrar el aliento, en su burbuja, dentro de su tienda de campaña. Entonces, dentro del tabique retumba un crujido que sube por la estructura, como si la habitación que la

rodea se estirase por culpa de un calambre. Se sobresalta y se ríe ahogadamente de su cobardía.

En ese momento, la puerta del dormitorio se entreabre, muy despacito.

El miedo se abate de nuevo sobre ella, como una ducha de cemento. Apenas a dos metros, intuye ese cuerpo adulto, su fuerza y su mirada. El corazón le late tan fuerte que casi lo oye. La adolescente abraza fuerte la terrible agenda, rezando y pidiendo perdón, de forma refleja y haciendo todas las promesas que haga falta. Hasta que, finalmente, la puerta se cierra y solo queda el vértigo, el aliento entrecortado y un zumbido entre las sienes. Entonces llora un poco contra la almohada, de puro alivio, con la agenda pegada al pecho.

Al día siguiente es como si no hubiera pasado nada. Hélène mete la agenda en la mochila de Charlotte y desayuna con toda la familia, razonablemente amodorrada. Hay cruasanes y pan recién hechos, el café sabe como los demás días. Lo único, que esta vez se ha sentado en la otra punta de la mesa, lejos del padre de su amiga.

9

—

Christophe había currado bien.

Con un recorrido de menos de cien kilómetros, había logrado visitar a tres criadores, entre ellos dos nuevos clientes que habían accedido a firmar un acuerdo de exclusividad. Lo cual no era moco de pavo, teniendo en cuenta los regalos que les ofrecían, una cazadora CaniGood y escudillas de plástico. Con otros dos como esos habría cumplido los objetivos del año. Pero seguía teniendo el mismo problema, el objetivo cuantitativo en la comida para gatos. Subir un quince por ciento, en la sede central estaban de la olla. Todos los comerciales coincidían en eso. Semejante cifra parecía hasta un truco para impedirles alcanzar la prima que, si te lo montabas bien, equivalía al sueldo de un trimestre. Los representantes habían comunicado el descontento del personal desde el comité de empresa. El resultado fue una nota de servicio que confirmaba el objetivo, asegurando que era perfectamente alcanzable, y anunciaba una campaña de publicidad específica durante las semanas venideras. Quedaban dos meses para cumplir las cifras previstas y el director comercial, Serge Pelekian, tenía fe.

—Ni de coña, nos van a dar por culo otra vez, como el año pasado.

—Ya, la mitad de la gente se plantó. Nos toman el pelo.

—¿Y a ti qué te parece?

—Que sí —contestaba Christophe, más que nada por educación.

Delante de la máquina de café, en los almacenes y por mensajes el malestar iba creciendo y había quien ya se planteaba bloqueos, huelgas de celo y montar algo de bulla. Christophe se limitaba a seguir la corriente, pensando en otra cosa. De todas formas, al final siempre conseguía llevarse la palma.

CaniGood tenía en territorio francés dos fábricas, casi doscientos comerciales en plantilla y una decena de centros de distribución. Ahí se encontraban los viajantes, con sus rancheras blancas, su buen

humor instantáneo y su panza de comer demasiadas veces fuera de casa. Las mujeres no abundaban en el oficio, y en CaniGood solo había una, y nadie tenía más de cincuenta años. Los hombres se cruzaban sin haber quedado, pasaban a dar un toque por las oficinas, cargaban los productos y los *goodies* que necesitaban y luego intercambiaban algunas palabras en un rincón, cerca de la zona de carga, fumando y vapeando en corro, con una mano en el bolsillo, con pinta de sentirse relajados y seguros de sí mismos, vestidos con camisa y vaqueros, a veces con traje, pero de forma muy excepcional. Aprovechaban esos encuentros casuales para contarse novedades sobre la familia y las siguientes vacaciones, compartir información útil, un restaurante de carretera con un cerdo en salmuera muy recomendable, y sobre todo para quejarse de las condiciones de trabajo, de los clientes, de los objetivos, de la dirección, de lo lentos que son los de logística, lo tarados que son los de estrategia, de los accionistas que estaban en Miami sin pegar ni clavo mientras que ellos se chupaban a diario rondas que enseguida se ponían en doscientos cincuenta kilómetros.

Encima, cuando se fusionaron las regiones, la sede central decidió reorganizar el ámbito de operaciones. En lugar de peinar dos departamentos, un comercial pronto tendría que tragarse cuatro. Amparándose siempre en las mismas expresiones, reorganización de los perímetros, distribución de recursos, redimensionamiento de los ámbitos de competencia, CaniGood a lo único que aspiraba era a ampliar los márgenes de beneficio, siendo así que el negocio estaba estancado. Los empleados se quejaban interminablemente, por lo bajo, mezclando en su discurso lo que decían los altos cargos con ideas que pretendían perjudicarlos. Se defendían pues con ese idioma impotente y esquizofrénico, sin comprender que, en un mercado que ya había alcanzado la madurez, ellos eran el único margen que aún se podía estrechar, la única materia prima cuya cotización podía evolucionar a la baja, un coste abocado al desgaste. De modo que siempre tendrían que hacer más kilómetros, sufrir más para satisfacer objetivos cada vez menos realistas, irían perdiendo una a una sus ventajas nimias en nombre de la justicia y de la igualdad, siempre llegarían más lejos en ese curioso funcionamiento donde cada avance se traducía en un retroceso, donde cada novedad engendraba relaciones más arcaicas,

donde las ganancias futuras solo se podían alcanzar apretándose el cinturón más drásticamente.

Pero bueno, no todo era tan negro y Christophe había tenido un buen día. Después de ver a los tres criadores, aún le había dado tiempo para pasarse por el Gamm Vert de Corcieux para lanzar la operación especial del último trimestre. La chica de la tienda era maja, lo invitó al café y le echó una mano para colocar los carteles. A las cuatro pasó como una exhalación por la consulta del doctor Désirant, un veterinario de Vittel a quien había prometido entradas para el hockey. Como quien no quiere la cosa, aquella gente, porque su posición les permitía que cualquier pienso pasara por ser una cura, seguían siendo sus mejores prescriptores. Gracias a ellos Christophe estaba empezando a desarrollar la gama CaniHealth, una combinación de vitaminas, verduras y carne de pollo *best quality* que supuestamente mantenía a los animales sanos y, en concreto, les regulaba los problemas renales. En ese segmento, se observaba una subida de ventas del quince por ciento en los dieciochos últimos meses, aunque los productos fueran un veinte por ciento más caros. Lo cual demostraba que aún había esperanza de obtener un poco de beneficio inédito, a condición de no ser demasiado riguroso con los argumentarios. Algún día, eso seguro, los últimos percentiles se arañarían vendiendo la promesa de un mundo en decrecimiento.

Sea como fuere, Christophe no podía por menos que sentir la satisfacción del deber cumplido cuando se encaminó a Épinal para su primera cita con Hélène.

Se habían escrito mucho últimamente, sobre todo para intercambiar recuerdos, compartiendo cómo se veían mutuamente por entonces. El pasado era su oportunidad. Le había sentado bien a su ego. A continuación, se contaron cómo era su vida actual, de entrada con un relato bastante adornado para luego permitirse confidencias más exactas. Habiendo cumplido ya los cuarenta, les costaba confesarlo, pero no quedaba más remedio que admitir que el futuro ya no les pertenecía del todo y que los años pesaban lo suyo. Sin entrar en detalles, se habían enseñado subrepticiamente las heridas, equimosis anodinas y golpes duros que figuran en todos los balances. El curro, los padres, los críos, el amor, el desbarajuste íntimo que nunca le va bien a nadie. Y, como Christophe no

acababa de decidirse, Hélène tomó la iniciativa de organizar un encuentro. Le dejó elegir el lugar, no sin establecer restricciones. Obviamente, estaba descartado quedar en Nancy e insistió para que fuera en un lugar tranquilo, a salvo de las miradas indiscretas y donde no hubiera peligro de cruzarse con algún conocido.

En las conversaciones no habían tocado la situación conyugal de Hélène, pero su cuenta de Instagram no dejaba lugar a dudas. Había muchas fotos en las que aparecía de vacaciones, en Dordoña o en Vietnam, con un hombre que siempre era el mismo. Un tío bastante cachas, de pelo moreno y rizado, no feo pero de ojos taimados. También aparecían dos niñas a las que se veía crecer según pasaba el tiempo. Otras imágenes mostraban fragmentos escogidos de arquitectura, platos gastronómicos, un poco de *street art*, espejos grandes con marcos dorados, bastantes amigos intercambiables y algunas indignaciones fugitivas. Lo cierto es que Christophe se había demorado mucho en una foto de Hélène en bañador. Parecía tener unas piernas bonitas y un buen culo. Estaba empezando a gustarle mucho.

Christophe se encaminó pues al Casco de Oro, una tasca situada a la sombra de la basílica de Épinal, que olía un poco a fritanga, pero donde las cañas se mantenían por debajo del fatídico listón de los dos euros. No era un local elegantísimo, pero cumplía con las exigencias de Hélène y Christophe era cliente habitual. De hecho, le gustó encontrarse con ese decorado tan familiar, el suelo de mosaico y las mesas de formica, la máquina de café grandota y las botellas de licor invertidas, sin olvidar, delante del amplio espejo, la hilera de siropes Monin que formaban como un órgano de colores.

Eligió una mesa del fondo. Era donde solía ir para hacer las notas de gastos y los informes de las visitas. La Joss, una mujerona fibrosa cuya voz, a ratos, se parecía a la de Claudia Cardinale, le soltó el habitual «¿Qué va a ser?» y Christophe pidió un café y un vaso de agua.

Gracias a ella seguía latiendo la carcasa medio muerta de ese bareto venido a menos, a su empeño infatigable y su constante preocupación por la higiene (de ahí el olorcillo a lejía y el estar siempre pasando la bayeta); ejercía, además, una autoridad indiscutible sobre su grey, esencialmente ancianos cuyas consumiciones y horas de medicación vigilaba de cerca; también

había algunos juristas que iban desde el Palacio de Justicia, ahí al lado, para tomarse copazos a escondidas, vendedores ambulantes los días de mercado, carteros sedientos y, cómo no, auténticos bolingas, despojos inquietos que sabían que allí encontrarían refugio durante esas jornadas suyas que desmenuzaba la sed. Acodados en la barra u ocupando discretamente una mesa, tomaban bebidas de reflejos dorados, vinos de color casi rosa, vaciaban uno o dos vasos muy deprisa, con la chaqueta arrugada y la piel brillante. La gente los acechaba como a esas criaturas conmovedoras y espectrales que hay en los grandes acuarios de los museos oceanográficos. De tanto en tanto, una banqueta se quedaba varios días sin ocupar. Se había ido un parroquiano.

Christophe acudía a ese local desde hacía ya varios años, siempre solo. Justo antes de que naciera Gabriel había descubierto ese refugio, que en el fondo había sido su vientre mientras Charlie llevaba adelante el embarazo. Ella había querido acompañarlo veinte veces. Pero él se mantuvo firme.

Cuando se acordaba de aquello, le resultaba curioso. Se había quedado pillado por esa chica desde el primer día con el amor de un crío, que no deja sitio para nada más y te vuelve gilipollas. Y anda que no le había costado conseguirla. Hay que decir que Charlie era mayor que él y aparentemente pertenecía a un mundo que no tenía nada que ver con el suyo. Ya desde los quince arrasaba en los conciertos y se iba por ahí con toda una fauna de proscritos extraños donde se mezclaban skins y punkis, todos rojeras con chupa de cuero y *bomber*, cuyo punto en común era que escuchaban el mismo rock cutre. Fumaba porros desde quinto y en el patio leía libros de la colección 10/18 que escribían yanquis colgados. Y, mientras la mayoría de los chicos de su edad tenían que pelear que les dejaran volver a casa a las doce, ella ya estaba acostumbrada a ir a la disco y dormir fuera cuando le parecía.

Entre los catorce y los veinticinco años habían estado saliendo en morse, por episodios, pero aun así todo el mundo los consideraba pareja. Charlie vivía en una de esas casitas de Saut-le-Cerf con sus abuelos, que no daban el coñazo y se pasaban el rato jugando al tarot en casa de los vecinos. Se pasaron tardes en su cuarto de la buhardilla, los primeros polvos realmente desbocados, la estupefacción de lo que se podía hacer, el cuerpo del otro tan nuevo

como una PlayStation debajo del árbol de Navidad, lamiéndose de arriba abajo, el sudor, los fluidos, las sábanas empapadas, sujétame, muérdeme, no me sueltes. Luego acababan totalmente flipados, después de dos horas dale que te pego sin parar, sudando y mirando al techo, mientras ella fumaba un piti y le preguntaba: «¿Estás bien?». Pues claro que estaba bien, y ahí se quedaban hasta que oían que se abría la puerta en la planta baja y tenían el tiempo justo de vestirse, pegajosos y salados, y de encender la tele como si no hubiese pasado nada. Pero si ni siquiera habéis salido, con lo bueno que hace, decía la abuela, ¿queréis merendar? Sí, estaban muertos de hambre, y en la cocina se ponían ciegos de *pains au chocolat* industriales intercambiando miradas llenas de chispas.

Pensándolo bien, seguramente se pasaban más rato de mal rollo que follando. Él tenía los entrenamientos y ella los amigos que no quería presentarle, tíos todos ellos mayores de edad que conducían coches de mierda y la llevaban a conciertos en pueblucho perdidos, hasta en los Vosgos o el Alto Saona, fiestas raras en un almacén o debajo de un puente. Christophe incluso le encontró una pastilla de éxtasis en el bolsillo de los vaqueros. Una vez, mientras estaba en un cursillo de hockey en Praga, se fue de putas con los otros jugadores y, cómo no, Charlie se enteró. Como represalia, le dio un cabezazo y se pasó dos meses sin dirigirle la palabra.

Pero lo que por entonces distinguía a Charlie más que cualquier otra cosa eran los bajones, el hastío, la depre siempre al acecho. La tía esa tenía algo oscuro que se tragaba toda la luz de alrededor.

—¿Qué hacemos?

—Ni idea. ¿Qué quieres hacer?

—Nada.

Y, después de diez minutos de silencio y suspiros, Charlie hacía como que estaba ordenando el cuarto y le pedía que se largara. Christophe se subía en el escúter y volvía a casa de morros, sabiendo de sobra lo que iba a pasar luego. Charlie llamaría a su gran amiga del bar, Natacha, para maquinar a saber qué con los otros hijoputas, el Keuss, Karim, el pequeñajo de Thierry, esos tíos desocupados que siempre estaban pedo y se pasaban el día perorando su penosa sabiduría de perdedores que no saben que lo son. Christophe se los imaginaba en un R5, al borde de alguna carretera secundaria, fumando porros, partiéndose el culo en la

promiscuidad de su acuario. Puede que hasta se metieran mano o algo peor.

Por entonces, Christophe había tenido un lío con Charlotte Brassard, aquella chavalita tan mona y tan formal comparada con la otra. La tía lo veneraba y su absoluta disponibilidad compensaba las veces que Charlie pasaba de él. Con la perspectiva que tenía ahora, se daba cuenta de que había tenido una juventud rara, parecida al paisaje que se ve desde los trenes, esas panorámicas atrapadas en la velocidad donde no hay nada fijo. De todas formas, el hockey se llevaba la mejor parte.

Después del *bac*, que pese a todo se sacó a la primera, Charlie se largó a Dijon, donde vivía su padre, para estudiar Sociología. Christophe repitió curso y no volvieron a verse más que por casualidad, a menudo en vacaciones, cuando las pasaba en casa de sus abuelos. Cuando eso sucedía, los dos se quedaban parados en la acera o en el pasillo del Monoprix, bastante incómodos. ¿Qué tal te va? Guay. ¿Qué es de tu vida?

Esos reencuentros siempre dejaban a Christophe en un estado de malestar inconcreto. Lo que conservaba de la adolescente que había sido lo irritaba, los ojos como guijarros en el fondo de un río, la piel perfecta, casi amarilla, la faceta saltarina y traviesa, los pechos menudos debajo de la camiseta casi siempre sin sujetador. Pero lo que había cambiado le dolía aún más, los zapatos de tacón en vez de las Converse, las joyas, la afabilidad cortés que le había desfruncido el pliegue tremendo del entrecejo, su aspecto de mujer, es decir, de adulta más o menos reconciliada con cómo eran las cosas. En cada ocasión, se enteraba de algún detalle más de su trayectoria. Había empezado a estudiar, lo había dejado, había trabajado aquí y allá y había vuelto a estudiar para ser diseñadora gráfica, como todo el mundo. Cuando se despedían, Christophe tenía que contenerse mucho para no volver a la calle a comprobar cómo tenía el culo.

Hasta que un buen día volvió para establecerse en Cornécourt y estar más cerca de su abuela, que ya estaba muy mayor. Entonces las cosas sucedieron de la forma más sencilla. Aún no habían cumplido los treinta, estaban arrancando en su trabajo, tenían un poco de dinero, cada cual su coche y su piso y una vida que parecía libre. Fueron al restaurante y al cine, hicieron el amor y

encontraron en su mutua presencia un sosiego reconfortante que no requería palabras, cuyos momentos se sucedían sin contratiempos. Bastaba con una llamada rápida al salir del trabajo para decidir si pasaban la velada juntos. A menudo, esto consistía en comer lasaña o una ensalada completa delante de la tele. Veían *CSI: Miami* y *Grandes viajes en tren*. Cuando el coche de ella se averiaba, él la llevaba y la traía. En invierno hacían excursiones con raquetas en los Vosgos y comían el típico *tofaille* en restaurantes de montaña de los que se sale colorado y medio borracho. La terraza de Charlie daba al Mosela e invitaban allí a los colegas, comían tarta de ciruela cuando acababa el buen tiempo y en invierno jugaban a *Crash Bandicoot* con una consola vieja que Christophe había encontrado en casa de su padre. Charlie lo escuchaba contar su jornada laboral en el taller de Renault que había al lado del recinto de exposiciones y luego los encontronazos con el personal del hotel Campanile, donde ejerció una breve temporada de gerente. Estuvo allí para apoyarlo cuando cogió el traspaso de la cervecería que había en la galería Saint-Joseph, que obviamente se fue a pique porque ningún negocio prosperaba mucho tiempo en ese túnel de la quiebra. De todas formas, las tiendas del centro parecían rielar en el aire caliente. Como si fueran a desaparecer de un momento a otro, dejando un hueco, un escaparate vacío, mientras los clientes se agolpaban en las cadenas comerciales que proliferaban por los alrededores, con sus productos guarrindongos y sus aparcamientos infinitos. Durante esa etapa, Christophe empalmó varios trabajos, casi uno al año, hasta que decidió que estaba hasta las narices. Había aprovechado el subsidio de desempleo para reflexionar, plantearse el futuro con calma.

Pero, aunque el paro le diera cierto margen de maniobra, no tardó en surgir el tema del dinero y Charlie resolvió el problema buscando un piso de tres dormitorios en Cornécourt al que se mudaron juntos en mayo. En la fiesta de inauguración no quiso beber alcohol y todo el mundo lo pilló. Marco dio un abrazo a Christophe para felicitarlo. El muy gilipollas estaba a punto de llorar. La felicidad había pasado de extranjis. Tendrían que mirar las fotos para darse cuenta.

Fue más o menos entonces cuando Christophe encontró curro en CaniGood y, del tirón, empezó a ir al Casco de Oro. Aquel lugar se

convirtió en su refugio. No bebía, pero se pasaba horas a cubierto, contemplando los destinos que recalaban allí. Cada uno de ellos se alegraba de encontrar una banqueta, una barra donde apoyar el codo, un oído al que soltar reflexiones fáciles sobre el tiempo o el vuelo Río-París que acababa de estrellarse en el mar. Christophe disfrutaba de las voces roncas o aflautadas, del ruido de los dados y del sentido del humor dudoso, de los silencios que eran como pasar a cámara lenta los días demasiado breves, admiraba esa especie de depósito donde se conservaban las penas, tan tranquilo en el fondo.

Fuera de allí lo presionaban para que fuera un hombre, y muy pronto padre, para ser puntual y cumplir sus objetivos. Durante todo el día se sentía como una herramienta, una cosa que debía funcionar. Era un yugo cuyo nombre desconocía y del que no podía zafarse. Pero sí que estaba seguro de una cosa: era lo opuesto a la juventud. Al menos, en el bar no había ninguna hoja de ruta. Durante una hora, la máquina se quedaba parada. Lo dejaban en paz.

Dicho lo cual, cuando vio a Hélène cruzar la puerta con un alegre tintineo, Christophe no pudo por menos que preocuparse. Quizá no fuera el lugar más adecuado para una mujer como ella. Y la expresión que le nubló brevemente el rostro no contribuyó a tranquilizarlo.

—¿Puede valer? —preguntó Christophe mientras ella se sentaba enfrente de él.

—Sí, sí, perfectamente.

Y le dedicó una sonrisa que despejó todas sus dudas.

—¿Te ha costado mucho encontrarlo?

—Qué va. Me conozco un poco el barrio, ya sabes.

Él sonrió a su vez, sin saber muy bien qué añadir. La Joss ya estaba junto a ellos, con los brazos en jarras y cara de estar divirtiéndose.

—Bueno, pues ¿qué va a ser?

—Una Coca-Cola Zero —contestó Hélène arqueando las cejas cortésmente.

La Joss repitió el pedido en voz alta y volvió a la barra. En el bar se estaba calentito y Hélène parecía a gusto. Detrás de ella, una pareja tomaba chocolate caliente. En la barra, la letrada Cécile Clément se tomaba una copa de vino blanco después de una

audiencia particularmente pesada que estaba contando por lo menudo a dos parroquianos. El primero se llamaba Nénesse, vivía muy cerca y se pasaba el día allí metido. Grisáceo y oloroso a colonia, lucía una de esas siluetas de posguerra, engominada y de pantalones holgados. El otro, más joven y arremangado, sorbía mucho por la nariz y asentía vehementemente. Conocía el tribunal, sí. Los maderos, unos cabrones. La justicia, unos vendidos. Nénesse se conformaba con escuchar y beber sorbitos milimetrados de su copa de vino de Anjou.

Todo aquello conformaba un telón de fondo práctico. Los silencios pasaban por curiosidad. Hélène hizo algunos comentarios elogiosos. Para ella, ese lugar resultaba bastante exótico.

—No tengo mucho tiempo —dijo no obstante, sin dejar de sonreír.

No era del todo cierto. La canguro se encargaba de las niñas y Philippe pasaba la noche en Estrasburgo. Pero, mirando el reloj de muñeca, se preparaba una posible vía de escape.

El caso es que en el bareto aquel no se estaba mal. Eran las seis y media, pronto se podría pedir el aperitivo sin ruborizarse. Y, a todas luces, Christophe disfrutaba mirándola. Cuando le preguntó si quería tomar algo más, aceptó de buen grado y él pidió dos Chouffes. El sabor copioso de la cerveza pegaba mucho con el ambiente del local y, desde el primer trago, Hélène se sintió más ligera. Cada poco rato, la puerta se abría y entraban nuevos clientes; las conversaciones creaban a su espalda un ruido de fondo acolchado y cálido. Se dio la vuelta y se fijó en algunas caras. Había un comercial con la nariz granate que parecía un ogro, un director administrativo con los rasgos relucientes cuya fisionomía recordaba a la de un cefalópodo, dos secretarias judiciales que podrían pasar por hermanas y un hombre solo, largo e inclinado como un Giacometti, al que todos conocían bien en esa ciudad, donde ejercía como profesor de dibujo. Tomaba parte en todas las exposiciones de artistas locales y en junio organizaba curiosos conciertos de viola da gamba en las ruinas del castillo medieval. Era un artista, en definitiva, que vivía con su madre y cuyas únicas vacaciones eran el Casco de Oro. Hélène se sentía como en un cuadro flamenco. Volviéndose de nuevo hacia Christophe, se dio cuenta de que seguía mirándola.

—¿Qué?

—Nada.

Pero se sintió guapa y esa respuesta le bastó.

—¿Y Charlotte?

—¿Qué pasa con Charlotte?

—¿Has vuelto a verla?

—No, nunca —contestó Christophe.

Ella le confesó que, en su momento, se enteró de sus folleteos clandestinos. Y, al decir aquello, se dio perfecta cuenta de que lo estaba atrayendo al otro lado, al de las confidencias y la piel. El Casco de Oro se convertía en su isla. La aventura robinsoniana había empezado.

—Se suponía que tenía que mantenerlo en secreto —dijo Christophe.

—¡La muy cerda nunca me contó nada! Pero encontré su diario.

Christophe soltó una carcajada y bebió otro trago de cerveza.

—¿Y qué contaba ahí?

—Un montón de cosas. Con bastantes detalles, de hecho.

—¿De verdad?

Hélène se lo confirmó alzando las cejas, un gesto cargado de sobreentendidos que regocijó a Christophe. Y en esa sonrisa ella volvió a ver al adolescente de antaño, tan mono y disputado.

—Por entonces, yo estaba supercelosa.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí, en el diario lo contaba todo. Y la verdad es que me daba envidia.

—¿Todo qué?

—¡Que se lo pasaba teta!

Y acompañó la revelación con una mueca vagamente orgásmica y Christophe, halagado, se prestó de buena gana a interpretar la partitura del sonrojo.

—Yo no follaba nada de nada. En aquella época, me daba mucho corte.

—No es lo que yo recuerdo.

Esta vez le tocó a Hélène poner caras. Por supuesto que se acordaba de esa fiesta después del *bac*, en el campo de fútbol de La Colombière.

—¡Eh, oye!

Hélène y Christophe se volvieron como un solo hombre hacia la dueña del local, que acaba de soltarles un grito y hacía señales en su dirección chasqueando los dedos, con el teléfono inalámbrico en la mano.

—Tu mujer está intentado localizarte.

—¿Mi mujer? —dijo Christophe.

Buscó el móvil en el bolsillo de su mochila y comprobó que tenía varias llamadas perdidas de Charlie.

—Lo siento. Es la madre de mi hijo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Hélène.

—No lo sé.

Christophe se puso de pie para coger el teléfono que le alargaba la dueña y todos los del bareto pudieron ver cómo se le desencajaba la cara mientras escuchaba la voz al otro extremo de la línea. Cuando le devolvió el teléfono a la dueña, le temblaba un poco la mano.

—Voy a tener que irme. Lo siento mucho.

Su fisionomía había cambiado radicalmente. Ahora estaba muy pálido, titubeante, y, al coger la mochila, tiró un vaso, que se hizo añicos en el suelo. Quince miradas estaban clavadas en él. Se puso a rebuscar en los bolsillos con la esperanza de encontrar la cartera. Entonces Hélène le sujetó la muñeca.

—Déjalo. Yo me encargo.

—Lo siento mucho —volvió a decir.

—No, hombre, no pasa nada.

Y Christophe se fue del café sin una palabra, sin una sonrisa, con la mochila y la chaqueta entre los brazos.

Tardó más de veinte minutos en recorrer los cinco kilómetros que había hasta la casa de su padre. Era la peor hora, la salida de las oficinas. Todos los días, los mismos atascos embotellaban las mismas calles. Tocó las bocina diez veces y se jugó la vida en una curva para ganar algo así como tres segundos. No habría sabido decir qué lo presionaba tanto, la situación o los reproches que iba a hacerle Charlie.

Al llegar, por supuesto, reconoció su silueta dentro del Golf que estaba aparcado delante de la casa. Incluso de lejos, se adivinaba que su ex estaba de malas. Aparcó la ranchera muy cerca y oyó cerrarse una portezuela. Salió a su vez para reunirse con ella en el

frío intenso del anochecer. De la boca de ambos salía un poco de vaho. Incluso el viento parecía crispado.

—¿Y bien? —dijo Charlie.

—No lo entiendo. Deberían estar aquí. Se lo dije a Gabriel esta mañana, al dejarlo en el cole. Y le dejé una nota a mi padre.

—Me he tirado diez minutos llamando a la puerta. Le he llamado veinte veces al móvil. No lo coge. Ni siquiera he entendido el mensaje de su contestador.

Charlie había cruzado los brazos delante del pecho y se estremecía.

—Habrán ido a dar una vuelta por el bosque —dijo Christophe.

—¿En pleno mes de noviembre? ¿De noche? Menuda tontería.

—No pueden estar muy lejos.

—No sé cuántas veces te he dicho que no vuelvas a dejarlo con tu padre.

Christophe se quedó un momento callado y contrito. Por encima de ellos, el cielo estaba vacío y solo quedaba para iluminarlos la débil luz de cortesía del 308. Estaban asustados.

—Bueno —dijo Charlie.

—Espera, ahora mismo vuelvo, vamos a ir con mi coche.

Christophe fue corriendo hasta la casa y no tardó en volver con una linterna foco. Se subieron a la ranchera y se pusieron en camino. Al niño y al abuelo les gustaba mucho pasear por una zona del bosque que pillaba muy cerca. Llegaron en menos de diez minutos y Christophe estacionó el coche en la superficie con gravilla que utilizaban los cazadores como aparcamiento. Tenía la esperanza de encontrar allí la camioneta de su padre. No estaba.

—Habrán venido a pie.

—Pero ¿para qué iban a venir aquí a estas horas?

—A esparcir maíz, para la caza.

—Ya estamos con la caza… —refunfuñó Charlie.

—Al niño le encanta.

—Ya lo sé. También lo hemos hablado.

Christophe se puso delante y ambos se internaron entre los árboles por el sendero de tierra por el que solían ir el anciano y su nieto. El abuelo le enseñaba a Gabriel cómo se llamaban las setas, las especies de animales y las aves, a reconocer el rastro que dejaban los animales, cosas que Christophe ignoraba por completo.

En cuanto se abría la temporada, los dos participaban en las batidas para levantar la caza. Antaño, Gérard Marchal había pertenecido a la asociación cinegética, pero su situación económica no le permitió seguir pagando la cuota. Es bien sabido que los comerciantes tienen pensiones de jubilación miserables. Sin contar las viviendas que había comprado para alquilarlas y así garantizarse la vejez, que no le habían dado más que disgustos.

Gérard Marchal había invertido la mayor parte de sus ahorros en un edificio a la salida de Cornécourt, en la carretera de Chantraine, a medio camino entre la piscina y el Leclerc. Estaba bien ubicado, unas antiguas oficinas reconvertidas en pisos amueblados, dos de un dormitorio y uno de dos. Fichó a sus arrendatarios con el mayor cuidado y metió a vivir allí a parejas jóvenes solventes y prometedoras. Pero ¡ay!, resulta casi imposible detectar a los malos pagadores y dos de las viviendas estuvieron tres años ocupadas sin que él llegara a ver ni la sombra de un alquiler, mientras que el impuesto sobre bienes inmuebles y los gastos fijos llegaban como un reloj. Lo había intentado todo para solucionar ese naufragio, cartas certificadas, agentes judiciales, denuncia policial, acoso telefónico… Incluso había mandado quitar las contraventanas, recurriendo para ello a gente de paso con pocos escrúpulos. En vano. Al final, provocó un desalojo por incendio, los bomberos llegaron enseguida, pero el seguro encontró en su póliza cláusulas que lo perjudicaban. El resultado de estas gestiones fue que perdió algo así como doscientos mil pavos, siendo así que el edificio tendría que haberle proporcionado una rentita muy apañada.

Otras calamidades de esa índole fueron sucediendo en cascada, por no hablar de cuando Sylvie enfermó de cáncer. Después de toda una vida de esfuerzo, ahora se sorprendía racaneando con la marca del detergente en el supermercado o contando los litros de fuel para el invierno.

El caso es que todas esas desventuras le habían acabado amargando del todo y ahora ya no esperaba nada de su país. Políticos, polis, magistrados o aseguradoras, los metía a todos en el mismo saco. Lo mismo con la Seguridad Social, el fondo de pensiones y el Estado, que favorecían a los gandules y a los ciudadanos recién estrenados, aunque lo único que supieran hacer fuera quemar coches, violar a niñas o agredir a los conductores de

autobús. Y todos los días atizaba su resentimiento delante de los debates de las cadenas informativas que confirmaban sus intuiciones y la evolución continua de sus ideas. Todo lo cual conformaba una vida parca en placeres, con relentes rancios, que se hacía muy larga y a la que, aun así, le tenía apego.

Porque estaba el niño. Juntos pasaban buenos ratos. Iban al bosque y jugaban a los Mil Hitos.

—Podríamos intentar llamarlos —dijo Charlie—. Si no, no sirve de nada.

Ella y Christophe llevaban andando un buen rato, sin atreverse a decir ni una palabra, atentos a los crujidos que sonaban bajo sus pies, con los ojos clavados en el haz de luz que les abría el camino. Charlie gritó el nombre de su hijo, que resonó a través de los árboles. Christophe hizo otro tanto. Y luego llamó a su padre.

—¡Papá!

Las dos sílabas resonaron débilmente, como si volviera a ser un niño y pidiera socorro. A su alrededor, el bosque parecía cada vez más extenso, poblado y oscuro. Había que atenerse al haz de luz. Cuando quiso llamar de nuevo, Christophe sintió que la voz se le ahogaba en la garganta. El hombro de Charlie se pegó al suyo.

—Pero ¿dónde están?

—No pueden estar lejos. Todo irá bien.

—Deberíamos ir a la comisaría.

Sin embargo, siguieron adelante, tratando de llamar a intervalos regulares a pesar del silencio tozudo del bosque. A medida que avanzaban, el olor negro de la tierra se hacía más presente y oían mejor el susurro de las hojas empapadas en el suelo, el sonido mate de las hojas que les caían en los hombros desde las ramas. A ratos, el frío que sentían en la nuca parecía una mirada. Charlie se acurrucó del todo y él le pasó el brazo por encima del hombro. Los dos pensaban en Gabriel. Se imaginaban su cuerpecito entre el desorden oscuro de la vegetación, sus lágrimas en la oscuridad, sin nadie. Se imaginaban su miedo desbocado que se convertía en el suyo. Christophe la abrazó fuerte.

—¿Has oído?

Se quedaron quietos, al acecho, buscando una señal en la oscuridad. Sonaba como una voz a su espalda. Pero quizá fuera una jugarreta del viento. Cuando se prestaba atención, el silencio se

descomponía en una infinidad de roces menudos, de murmullos engañosos. Christophe barrió con el foco el espacio circundante. Pero fue Charlie la primera en ver aparecer al abuelo y al niño. Gérard Marchal llevaba una linterna diminuta en la mano derecha y la del niño en la izquierda. Del brazo le colgaba un cubo de plástico.

—Pero ¿dónde os habíais metido?

Se abalanzaron. El miedo ya iba cediendo ante la ira.

—¿A qué te refieres? —replicó el anciano, vaciando lo que quedaba en el cubo al pie de un árbol.

—Os hemos buscado por todas partes. ¿Has visto qué hora es? ¿Qué pintabais en el bosque en plena noche? Además, te dije que su madre vendría a buscarlo.

El anciano aguantó el chaparrón sin decir nada y luego se encogió de hombros antes de golpear el fondo del cubo para asegurarse de que estaba vacío. Por su parte, Charlie se había arrodillado y estaba abrazando a Gabriel.

—¿Estás bien, pituso?

El niño, que también abrazaba a su madre, la besó en la frente, como bendiciéndola.

—Sí. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Pues claro, no ha pasado nada —replicó el abuelo, malhumorado.

Sin embargo, en la cara del niño se veían restos de llanto. Y, aunque sorbía por la nariz, sonrió. No pasaba nada.

—Bueno, pues venga. No vamos a eternizarnos aquí.

El anciano encabezó el breve cortejo que se puso en movimiento para volver al aparcamiento de gravilla. Cerraba la marcha Christophe, preguntándose qué habría pasado, si la linterna se habría quedado sin pilas… Mejor no darle más vueltas. Llegaron por fin a su destino y Christophe le preguntó a su padre dónde había metido la camioneta.

—Está en casa —respondió el anciano.

—No. No está ni en casa ni aquí. ¿Dónde la has metido?

La boca del padre temblequeó levemente y, como no se le ocurría qué responder, se volvió hacia el niño.

—Este está agotado. Deberíamos volver ya, ¿no?

Lo cierto era que Gabriel tenía cara de cansancio y tiritaba. Christophe suspiró y cada cual ocupó su sitio en la ranchera. Nadie dijo nada en todo el camino, pero todos sabían a qué atenerse. El niño acabó durmiéndose, con la cabeza ladeada y la boca abierta. Entonces, Charlie, que ya no aguantaba más, se inclinó hacia el asiento del copiloto e hizo la pregunta que la reconcomía.

—¿Os habéis perdido?

Pronunció esas tres palabras con la mayor calma posible, casi en un suspiro, pero por detrás se notaba toda la ira, todo el miedo acumulados.

—¿Qué? —preguntó el abuelo orientando hacia ella el oído bueno.

—¿Os habéis perdido? ¿Es eso?

Esta vez no pudo reprimir una pizca de agresividad.

—Qué va. Estábamos dando de comer a la caza.

La mentira le arrancó un suspiro exasperado a Charlie, que se quedó enfurruñada en el asiento de atrás.

—De todas formas, esto se va a acabar pronto.

—¿Qué significa eso? —preguntó el anciano.

—Chitón —interrumpió Christophe—, vas a despertar al niño.

Conducía respetando escrupulosamente el código de la circulación, sin prisa por llegar. Al final le esperaba lo que llevaba meses tratando de evitar: una explicación. Entonces se acordó de Hélène en el Casco de Oro un rato antes. Y ese pensamiento lo conmovió.

Después de meter al niño dormido en el asiento de atrás de su coche, Charlie se sentó al volante y Christophe pensó que se había librado. Pero la ventanilla del conductor se bajó y no le quedó más remedio que acercarse.

—Te lo advierto —dijo Charlie—, no quiero que esto se repita. Lo digo en serio. No me obligues a retirarte la custodia.

—Tampoco exageres.

—No estoy exagerando nada. Tu padre está enfermo. No quiero que vuelva a quedarse a solas con el niño.

—Ya lo sé.

Con los antebrazos apoyados en el techo del Golf y la cabeza gacha, Christophe esperaba lo siguiente. Todo el peso de la noche le caía sobre los hombros.

—¿Por lo menos habéis visto a un especialista?

—Pues claro. Hemos ido a la consulta del neurólogo.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres semanas. Seguimos esperando los resultados.

—De todas formas, ya sabemos lo que tiene. ¿Y le has dicho ya que nos vamos?

—Aún no. Me da miedo que se lleve otra hostia.

Entonces Charlie sacó la cabeza por la ventanilla.

—Tienes que decírselo. Si no, se lo diré yo. ¿Estamos?

Christophe se lo prometió con un ademán de la cabeza, entonces ella subió el cristal y él solo pudo quedarse mirando cómo se iban la madre y el hijo en el coche negro. Esa tía a la que había conocido en el *collège*, con la que había hecho el amor y se había endeudado, con la que había tenido peleas y una separación. Y, ahora, esto. El niño se iba. Por primera vez, tomó conciencia. ¿Qué iba a ser de su vida, con ese hueco en medio?

10

La primera vez que Christophe ve a Charlie, él está en tercero y ella se lleva un tremendo chasco.

Acaba de llegar al *collège* Louis-Armand de Cornécourt en pleno curso después de que la expulsaran de un centro privado en plena ciudad y desde el principio deja perfectamente claro que se siente muy por encima del mundanal ruido. Se le nota en los andares, en la forma en que mira de arriba abajo a la plebe, en con quién se junta y en que casi siempre llega a clase con las manos en los bolsillos.

En ese instituto pequeñito de pueblo de tamaño medio no hay muchas distracciones y, nada más llegar, se convierte en la atracción número uno. Como ha nacido a principios de año y ha repetido tercero, es una tiarrona de casi dieciséis años, con los ojos grises, pinta de macarra, flequillo, Converse incluso en invierno y una bomber negra con forro naranja. Enseguida se disparan los rumores. Se cuenta que la expulsaron después de pillarla en los baños con un conserje, o porque vendía costo, o porque parece ser que insultó a un profe. También se cuenta que se peleó con un tío que le tiró de la coleta por las escaleras. Tuvieron que separarlos entre tres y el otro se rompió el coxis al caerse. *Coxis* es una palabra con reflejos rojos que cuando se pronuncia ilumina a la chica con un halo heroico e inquietante.

En clase siempre se sienta al fondo, a menudo sola, repantingada en la silla, o durmiendo sin disimular, apoyada en los brazos cruzados. Viéndola así, infantil, hembra, masculina, peligrosa y pálida, surgen las preguntas. Pone nerviosos incluso a los docentes, que parecen tener la esperanza de que la trasladen rápidamente a otro centro mejor adaptado a su situación. Marco enseguida se cosca de la curiosidad que siente Christophe por esa criatura inédita y tiene su propia opinión al respecto.

—Menuda gilipollas. Se lo tiene muy creído.

La primera vez que Christophe ve a Charlie coincide seguramente con el primer día que esta pasa en el Louis-Armand. Es difícil decirlo. La memoria es caprichosa, a la leyenda no le cuesta imponerse. Sea como fuere, está delante del señor Juncosa, un conserje cuarentón que lleva americanas de color burdeos, gafas de transparencia dudosa y mocasines con escudito de metal en un lado; alardea de vigilar a los alumnos desde tiempos inmemoriales. Las manchas de tinta que lleva en la espalda dan fe de cómo lo tratan los alumnos cuando circula por los pasillos de la sala de estudio.

Christophe lo ve de lejos sermoneando a Charlie en el patio y, aunque no lo oiga, se imagina perfectamente la voz afectada y el vocabulario contorneado, porque el señor Juncosa no duda en utilizar palabras como *resultante* y *comparsa*. Hasta que, de golpe, Charlie contrae la cara, se tapa la nariz y dice algo que deja al conserje atónito. Y entonces llega la bofetada, ordinariamente brutal, y el hombre se aleja dando zancadas y hurgándose en los bolsillos, donde no encuentra ninguna ayuda. Después de aquello, se volvió un maniático de los Tic Tac.

Charlie es así, conflictiva. Se pasa la vida metiéndose en líos y, si tardan en venir, los provoca ella. Vaya donde vaya, parece que busca una pared contra la que estrellarse. Christophe aún no ha cumplido los quince y cuando la mira se le desencadenan en el pecho movimientos tectónicos sobre los que no tiene ningún control. A menudo tiene la impresión de ser insuficiente para albergar todo eso. En los entrenamientos ya no consigue concentrarse. Se pasa el rato pensando en Charlie. Ella está presente como una música de fondo, incluso cuando está distraído con otra cosa. Por la noche, en casa, está empanado, se niega a sentarse a la mesa, ha dejado de hacer los deberes y se queda aplatanado delante de la tele con pinta de estar puesto de bromazepam. Durante la cena, su madre le pregunta «¿no tienes hambre?» y él ni siquiera se molesta en contestar. Julien y él, los dos hermanos son tal para cual, los típicos adolescentes enfurruñados que nunca están contentos.

—Qué ambientazo —comenta Sylvie mientras Gérard se acaba la sopa con unos slurp repugnantes.

Un día de noviembre, después de una hora de mates especialmente soporífera, Christophe se asoma a una de las

ventanas de la tercera planta antes de ir a clase de alemán y, con la frente pegada al cristal, se entrega a reflexiones amargas y complacientes mientras observa el hormigueo de los alumnos ahí abajo. Greg también está allí, mucho menos agobiado, aunque con la misma falta de entusiasmo por esa tarde interminable que concluirá con dos horas de geografía e historia. Christophe suspira. De pronto, reconoce a Charlie, que está cruzando el patio. Joder, incluso desde arriba se la ve alta. La sigue con la mirada, el paso rápido y marcial, las piernas como compases, la coleta balanceándose y la mochila de Gotcha al hombro. No puede evitarlo.

—Venga, nos vamos —dice.

—¿Qué?

—Que vengas, hombre.

Y Greg corre escaleras abajo detrás de su colega sin hacerse de rogar. Al contrario que Marco, que ha elegido inglés como primer idioma y por tanto no está ahí, Greg no es ni tocapelotas ni envidioso. Además, como sus padres regentan un bar, manga dinero de la caja y siempre tiene los bolsillos llenos de calderilla. Así que es él quien apoquina poco después, cuando toca pagar dos billetes para seguir a Charlie, que acaba de meterse en un autobús de la línea 11.

Christophe no tarda en localizarla. Está sentada al fondo, al lado de la ventanilla, con los cascos puestos, mirando el paisaje que desfila por la ventanilla. El chico se pregunta en qué parada se bajará. Y Greg también:

—¿Hasta dónde vamos a ir? —pregunta, colgado de un asidero y bamboleándose con indolencia cada vez que el autobús frena y vuelve a arrancar.

—Ni idea.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le vas a pedir salir?

—Cierra el pico…

El autobús prosigue pesadamente su recorrido por las calles peatonales, pasa por el puente cubierto, se interna aún más lejos hacia Saint-Laurent y, al vaciarse, revela poco a poco su presencia fisgona y poco delicada. Charlie acaba por ponerse de pie y su mirada pasa por encima de ellos sin verlos. Apoyada contra una barra, espera a que el autobús se detenga soltando un suspiro. Las

puertas se abren al fin y se baja de un brinco, dejando allí a los dos pasmados, que no se atreven a seguirla y se limitan a mirar cómo se mete en un café que hace esquina, Los Mosqueteros. Se bajan en la parada siguiente y vuelven calle arriba hacia el café. Cuando están delante, Christophe titubea. Ninguno de los dos amigos tiene la edad legal para entrar en bares. Por suerte, Greg no tiene ese tipo de escrúpulos. Enciende un pitillo y empuja la puerta, como si estuviera en su casa. A Christophe no le queda otra que seguirlo.

—¡Buenas tardes, caballeros! —les suelta el dueño.

Dentro, los clientes son escasos y era poco probable que el amo y señor del local no se fijara en ellos. Es un hombre de mediana edad que, con el jersey de cuello en pico y la camisa de rayas, parece un maniquí. Greg pide un café y un vaso de agua, y Christophe, lo mismo. Por el pasaplatos que hay detrás del dueño se ve una sala de juego llena de humo donde los clientes armados con tacos de billar van y vienen entre el golpeteo seco de las bolas y el chisporroteo eléctrico de los pinballs. Los dos chicos sorben su consumición, esperando a ver qué pasa. Hasta que Greg se baja de la banqueta.

—Ven, vamos a mirar —dice.

—¿Adónde? —pregunta preocupado Christophe, al que ya le cuesta bastante aparentar los dieciséis años reglamentarios.

Sin esperar, Greg da la vuelta a la barra y, con la impasibilidad de un dromedario, cruza las puertas de vaivén que llevan a la sala de juego. Christophe sonríe al dueño y traga saliva. Se pone de pie a su vez.

—Eh, joven…

El adolescente se queda quieto, imaginándose de inmediato lo peor, la policía, los padres, el escándalo. Pero el tabernero se limita a señalar la cartera olvidada encima de la barra y el chico la recupera con un je, je contrito.

—Gracias.

Por supuesto que el hombre ha detectado a la primera a esos consumidores que no deberían estar allí, pero, dado que su local está situado entre dos institutos, uno público y otro privado, se pasa el día viendo a otros como ellos, que van fingiendo y dándose importancia. De vez en cuando, pide algún carné para que no se diga, pero tampoco puede dedicarse solo a eso, una criba demasiado

escrupulosa le arruinaría el negocio. En esa zona no se puede contar con los beodos para aumentar las ganancias. Hay que conformarse con la juventud de paso, muchos *monaco* y cafelitos, dos pinballs y muchos pitillos encendidos, charleta, ligoteo, pelo largo, coleteros y trencas. Llevaba veinte años contemplando a esa fauna con una flema inalterada, los mismos chavales de una generación a otra se meten mano a escondidas, empollan, montan bronca y desparraman. Con una sola consumición, aguantan tres horas y arreglan el mundo. Aunque desde su puesto de observación, el mundo, precisamente, no cambia nada. Siempre tiene diecisiete años y el *bac* pendiente. Entonces el dueño de Los Mosqueteros enciende la tele y un purito, que solo es el segundo del día.

Por su parte, Christophe acaba de descubrir el Las Vegas en miniatura de la sala contigua, a saber, tres mesas de billar, un juego de dardos electrónico que brilla y tintinea y dos pinballs Gottlieb no menos ruidosos. Un puñado de chavales de instituto y algunos hombres más viejos deambulaban por allí indolentemente, con un taco en la mano, un piti en la boca y una voz curiosamente amortiguada por el fieltro verde que cubre las paredes. Encima de las mesas, vasos rojos o amarillos que compiten por el espacio con los cubitos de tiza azul y unos ceniceros monstruosos de Johnny Walker.

Christophe alcanza a Greg, que con mano experta ha formado un triángulo con las bolas bicolores del billar americano y se dispone a abrir la partida. Con el primer golpe, mete una bola roja en la tronera del centro. Siguen otras dos antes de que a Christophe le llegue el turno. Pero Greg le hace una seña. Acaba de aparecer Charlie en compañía de una rubita tan mona que parece una muñeca, con el pelo muy largo, chupa de cuero negro y las manos metidas en las mangas. Las dos chicas pasan sin dignarse mirar a nadie, casi a cámara lenta. Ese momento se le graba al chico en la memoria, la luz, Charlie de perfil, el flequillo, la línea perfecta de su rostro, su indiferencia, las estrellas que encienden los pinballs a su espalda y el alegre ding ding de las dianas en las que se clavan brutalmente los dardos.

—¿Me das un pitillo? —dice.

—¿Ahora fumas? —se sorprende Greg.

Desde ese momento, sí.

Las dos amigas cruzan las puertas de vaivén y se quedan en la barra. La rubita le pide al dueño, que es su padre, que les sirva dos *diabolos* y se ponen a charlar sin ningún entusiasmo, con cara de estar hasta las narices de todo y teniendo buen cuidado de no tocar los vasos. Charlie es tan guapa y pasa tanto de serlo que Christophe estaría dispuesto a tirarse de un tercer piso para que se fijara en él. Entretanto, le da caladas al pitillo, eso que va adelantando.

—Bueno, ¿juegas o no? —pregunta Greg.

—Sí.

Pero Christophe no juega. Se ha movido para poder mirar mejor a través del pasaplatos. Entre ambos hay, ¿cuánto?, puede que tres metros, el fin del mundo. Entonces se les cruza la mirada. Un relámpago malicioso surca los ojos de la joven. Podría decirse que es una sonrisa, aunque no se le ha movido ni un músculo de la cara. Christophe se pone como un tomate. Un destello en los ojos es muy poca cosa. Y, aun así, lo mantendrá sujeto veinte años e incluso más.

Ese rato en los billares tiene varias consecuencias más o menos afortunadas en la vida del chico. Para empezar, los estudios se vuelven totalmente accesorios. Aunque ya pasaba bastante de ellos desde antes.

A continuación, empieza a cultivar su fuero interno, es decir, un lugar donde maceran sus pensamientos secretos y algunas fijaciones de las que no habla con nadie, ni siquiera con Greg y Marco. Al principio, todo el espacio lo ocupa Charlie, sobre todo por la noche, cuando está en la cama con los cascos puestos.

Por último, el hockey se convierte en una necesidad absoluta, para purgarse, desfogarse y soñar a lo grande. Hasta entonces, lo que más le gustaba era patinar, la velocidad, ver a los amigos y escapar del ambiente familiar. Pero ahora que Charlie importa, la cosa cambia. Christophe necesita brillar y, como no puede contar con sus resultados académicos (que de todas formas a ella le importarían un bledo) ni con sus dotes como guitarrista, el deporte se impone como el pedestal más obvio. Christophe decide convertirse en un deportista de élite. Aspira a la selección francesa y quizá, algún día, a marcharse para jugar en Alemania o en Canadá.

Toda la familia se embarca con él en esa fantasía de campeón.

Su hermano y él montan porterías al fondo del garaje. Ahí es donde practica los tiros cuando no tiene entrenamiento en Poissompré. A menudo los discos golpean la pared del fondo y dejan una marca en las planchas de aislante. Su padre baja de vez en cuando para comprobar los daños metiendo un índice consternado en esas heridas enmarañadas.

—¡Madre mía! Esto no puede ser. Vas a destrozar la casa con tanto golpe.

Pero los deja jugar.

Un día, a Julien se le ocurre meter tapas de cazuela en las porterías. Christophe se entrena y cada vez más a menudo hace sonar los redondeles de acero inoxidable. El cuerpo es una memoria y hay que meterle dentro el programa del disco, que la secuencia de movimientos se vuelva inconsciente, intuitiva, que una línea infalible se esboce desde los ojos hasta las redes. Y durante las horas que pasa repitiéndola, Christophe se cuenta hasta el infinito las mismas historias trágicas de remontadas imposibles y de goles *in extremis*. Dentro de su cabeza, multitudes desconocidas se alzan para gritar su nombre.

A veces es Sylvie la que baja en bata para mirar a sus hijos, el mayor en las porterías y el más joven golpeando. Sus dos chicos… Sopla la infusión, se fuma un cigarrillo y vuelve al piso de arriba no sin haberles pedido que tengan cuidado para no acabar otra vez en urgencias.

En cambio, en la pista las cosas no son tan fáciles.

—¡Levanta las narices! Mira a tu alrededor. ¡Que mires! — berrea el entrenador.

Acuclillado, Gargano da explicaciones a los jugadores que hacen corro en torno a él. Con el dedo dibuja figuras encima del hielo. Tienen que entenderlo, las fintas, las estrategias, la anticipación.

A ratos, Christophe cree que entiende algo de la trama secreta del juego y, por espacio de un minuto, todo parece volverse obvio. El piloto automático toma el relevo, cada desplazamiento parece funcionar por sí solo brevemente y casi podría jugar con los ojos cerrados, por instinto. Pero no deja de ser una sensación efímera, un estado de gracia que se disipa casi de inmediato, como cuando se tiene una palabra en la punta de la lengua y desaparece sin que dé tiempo a pronunciarla.

En el invierno de 1989-1990, los padres de algunos jugadores aprovechan un fin de semana para organizar un minitorneo en Morzine. Christophe y Marco forman parte del viaje, pero Greg, que tiene una luxación de hombro, se queda en casa. El encuentro va a enfrentar a seis equipos, entre ellos los de Chamonix y Grenoble, que son rivales serios. El tío Müller, que acaba de estrenarse como alcalde, se encarga de alquilar los vehículos para trasladar a los jugadores, entre ellos su hijo Lionel. Para él ha elegido un monovolumen de Mercedes. Al padre de Christophe, en cambio, le toca conducir un Fiat Ulysse mucho menos sexi.

Morzine está a seis horas en coche y, cuando llegan, el Mercedes ha superado al monovolumen italiano en veinticinco minutos, cosa que naturalmente genera cierta hostilidad entre los ocupantes de cada vehículo. Además, tienen que ir directamente a jugar contra el equipo de Morzine y los críos, que se han pasado el trayecto escuchando a los Red Hot y a No One Is Innocent y empapuzándose de caramelos, están al borde de la pota. Entran en la pista semiinconscientes, irritados, tristones y casi tiritando mientras las familias de los anfitriones los abuchean para descojonarse. Ya desde el calentamiento, el tío Müller y Gérard Marchal comprenden que la suerte está echada y los siete goles que les meten durante el primer tercio enseguida matan cualquier esperanza.

Así y todo, en los vestuarios Gérard Marchal se esfuerza por arengar a las tropas, pero su discurso de serie B fracasa por completo. Los jugadores solo tienen ganas de una cosa, y es acabar lo antes posible. Cuando Christophe se pone de pie para ir a mear, Madani, ostensiblemente, deja su palo suelto por donde tiene que pasar. Christophe lo parte con el patín de un golpe seco.

—¡Eh! —berrea Gérard Marchal—. Pero ¿qué coño os pasa?

—Tú, hijo de puta… —chirría Madani.

El partido prosigue de muy mal rollo para acabar con una puntuación de dieciséis a tres. Una paliza.

Los jugadores tienen el resto del día libre y aprovechan para andar rodando en torno a la pista de hielo, mirando los otros partidos distraídamente, fumando pitis en cuanto los adultos se dan la vuelta y enzarzándose por cualquier bobada, tanto que más de una vez están a punto de llegar a las manos.

Para cenar, el alcalde de Cornécourt ha negociado con la

dirección del hotel un menú único, zanahoria rallada, pasta, cerdo asado y, de postre, *mousse* de chocolate. En la mesa, la agresividad de la mañana aún sigue muy presente. Se la nota flotando en el aire como vapores de gasolina y, ante ese despliegue de necedad prepuberal, Gérard Marchal y el alcalde de Cornécourt deciden no desanimarse. El primero pide una botella de borgoña que se vacía en un pispás, tanto que su compañero de mesa repite la jugada. Ambos no tardan en ponerse de muy buen humor, dos machos achispados, con el puntito justo, que están prácticamente de acuerdo en todo, el deporte que forma a la juventud, los de izquierdas y los de derechas todos iguales, por eso el tío Müller no tiene etiquetas. Lo precisa una vez más por si hiciera falta, dicho lo cual, eso no está reñido con tener convicciones. De hecho, le vendría bien contar con gente como Gérard Marchal en su equipo, gente con sentido común y que sea conocida en la comarca. Al padre de Christophe le gusta la indirecta y choca su copa con la de su nuevo amigo. Hasta que ambos, con expresión carolingia y mirada fortalecida, contemplan la mesa donde zampan remolonamente diez chavales rotos de cansancio, tan prometedores como un plato de tapioca.

—Vamos a mandarlos a la cama, ¿no?…

—Yo invito a los chupitos —aventura Gérard Marchal.

—¡Encantado!

Christophe comparte una habitación doble con Marco, que se duerme como una piedra, sin siquiera lavarse los dientes. Él se queda un rato en el cuarto de baño observándose en el espejo. Es una nueva costumbre. En su cuarto, se tira así bastante rato, pasándose revista desde todos los ángulos. Gracias al deporte, ha logrado construirse un cuerpo decente, con el torso y los hombros bien definidos y muslos casi de adulto. En cambio, le entusiasman mucho menos los granos que le han florecido en la mandíbula y en las aletas de la nariz, y que se revienta sin demasiada convicción. Con las manos apoyadas en el lavabo, se mira cara a cara con complacencia. Está pensando en Charlie. En lo inútiles que han estado antes en la pista. En su padre con el tío Müller. En el gordo de Marco ahí al lado, en el dormitorio. Y todo eso, de golpe, le resulta muy deprimente.

En la ducha, el agua ardiendo le cae sobre la cabeza y los

hombros y empieza a pajearse de forma bastante mecánica con la mano derecha, por aquello de acabar el día con algo un poco agradable. Como de costumbre, la polla se le empina enseguida, con las venas hinchadas y los huevos que se le suben; Christophe cierra los ojos para invocar imágenes eficaces. Todo el tiempo que pasa acechando el sexo, buscándolo en la prensa del estanco, en las revistas, *Lui* o *VSD* un par de tetas, preferentemente grandes, unas nalgas, si es con tanga mejor, en la sección de pelis X del videoclub, donde Marco y él fisgonean aguantándose la risa, eructando flojito al señalarse mutuamente las carátulas pringosas, las imágenes frontales, la intimidación de esos rabos mutantes, de color negro o rosa, a cual más sobrecogedor, toda esa exhibición asquerosa y magnética, y aun así las ganas, el animalito que todos llevamos dentro y pide más. Sus amigos y él ven las cintas de vídeo que el padre de Greg tiene guardadas en la mesilla. Greg hasta se sacó la polla una vez porque no podía más y los otros dos se escandalizaron, pero ¿qué haces? ¿Estás de la olla o qué? Pero, bueno, en la intimidad también ellos se alivian como mamíferos desenfrenados, soñando con retazos de mujer, empalmados de continuo, presa de esas emergencias que los vuelven idiotas y siempre acaban igual, vaciándose de golpe, sometidos al bochorno del papel de cocina, cuando han pasado las ganas y solo queda la vergüenza de la revista entreabierta y los dedos mojados. Y, a las dos horas, vuelta a empezar.

En cambio, a Christophe jamás de los jamases se le ocurriría pensar en Charlie cuando se toca. Para él, el sexo y los sentimientos aún no se han encontrado. El amor es un bromuro y Charlie se encuentra demasiado elevada, reducida a la perfección, un inalcanzable sueño de vidriera.

En la ducha, el adolescente se inventa pues una mujer de puzle… Digamos que una vecina, la de la puerta de al lado, con bata de seda con un dragón en la espalda como en las carátulas de René Chateau, pongamos que mayor que él y muy tetuda, pelirroja, o mejor morena, no se decide, pero se imagina perfectamente el canalillo en el escote, ese pecho tan acogedor y mullido, ya viene, acelera el movimiento cuando, de pronto, alguien llama a la puerta.

Cierra el grifo y se seca por encima mientras fuera siguen golpeando. Cuando abre la puerta se da de bruces con Madani,

Müller hijo y Michael Santander, los tres con los ojos rojos y en gayumbos en el umbral de su habitación.

—¿Qué pasa?

Madani ya lo ha empujado hacia dentro y los tres visitantes se agolpan en el pasillo mientras Santander cierra la puerta tras de sí.

—Tu padre me importa una mierda —escupe Madani agarrándolo por la nuca.

Christophe no sabe qué contestar a ese arrebato cuando menos enigmático. Salta a la vista que los intrusos van muy pedo y son todos mayores que él. Así que no ofrece resistencia y se afianza lo mejor que puede la toalla que le ciñe los riñones. Mientras, Madani sujeta más fuerte a su presa.

—¿Te has enterado?

Detrás de él, sus dos acólitos parecen más que nada molestos con la luz que cae del tubo fluorescente. Tienen la boca pastosa y apartan los ojos instintivamente, con expresión despistada y agredida.

—Deberíamos ir yéndonos —aventura Santander.

—¡Que te calles! —chilla Madani.

Y, con un solo movimiento, arranca la toalla que protege a Christophe. Este se encuentra de golpe totalmente desnudo, tapándose el sexo con las manos, a merced de los otros. Madani prueba entonces a darle torpemente un rodillazo y luego lo agarra por la garganta y lo empuja contra la pared. Por efecto del golpe, un cuadrito que había colgado se cae al suelo y se rompe. La moqueta está ahora cubierta de trozos de cristal. Christophe mira el paisaje de montaña que yace a sus pies, la estrecha franja de cielo y los picos escarpados, esa fealdad reconfortante en la que se distingue la silueta minúscula de un rebeco que contempla la lejanía. Nota entonces que la zarpa de Madani le aprieta brutalmente la tráquea.

—Suéltame ya —se impacienta Christophe, sujetándole la muñeca a su agresor.

Madani le da un cabezazo débil. Pero sus amigos y él ya no saben muy bien qué hacer en ese pasillo arriesgado con una luz demasiado cruda. Su expedición punitiva se empantana. Christophe sigue desnudo, indefenso, de lo más ridículo, a punto de llorar.

—Bueno… —prueba Müller hijo—. Yo creo que ya se ha

enterado…

Entonces Madani alza la mano y le arrea un tremendo tortazo a Christophe, en la sien. Su gesto restalla con tal violencia que sus dos comparsas dan un respingo.

—Para ya —le dicen.

Pero Madani está decidido. Esta vez quiere hacerle daño. Hace mucho tiempo que su resentimiento está dando vueltas como en una pecera. Con la mano libre, trata ahora de agarrarle sus partes a Christophe, que, sonado, con los ojos húmedos, se zafa como puede.

—Que pares —gime a su vez.

Madani no para. En sus ojos flota un deseo extraño. Y es un espectáculo de lo más lamentable, ese cuerpo desnudo que se retuerce y esa mano a la que le gustaría agarrarle la polla. Christophe nota que llega el miedo. Con la mirada, busca a los otros dos, que parecen tan desamparados como él. Ya no arman bulla. Va a suceder algo que será definitivo.

—¡Eh! ¿Qué es este jaleo?

Marco acaba de aparecer en el pasillo, en pijama y aún medio dormido.

—Tú lárgate —chirría Madani.

Marco sorbe por la nariz. Más de metro ochenta de fuerza en una camiseta de los Red Bulls. Evalúa a Madani, mira a sus acólitos. Y, echando la cabeza hacia atrás, se pone a bramar:

—¡Haaaaaaan!

—¡Cierra el pico, animal! —dice Madani, aterrado de golpe.

Pero Lionel Müller ya ha abierto la puerta y se escabulle valientemente hacia el exterior, con Santander pisándole los talones.

—¡HAAAAAAAN! —repite Marco, con la bocaza abierta y el cuello tenso, como un cuerno de caza.

Se empiezan a oír voces que los recriminan en las habitaciones contiguas.

—¡¿Qué está pasando?! —grita alguien en alguna parte.

—Has tenido suerte —dice Madani, soltándole una palmada en la frente a Christophe antes de pirárselas también él.

Los dos amigos se quedan solos en el pasillo mientras, más allá, se oyen carreras y risas y luego explicaciones entre un adulto enfadado y adolescentes quitándole hierro. Christophe recoge la

toalla con una mano para taparse y Marco cierra la puerta con llave.

—¿Estás bien?

—Sí.

Luego, el desorden se va atenuando y los dos amigos se acuestan, sin decir ni mu, en esa habitación que es como una caja.

—Menos mal que estabas aquí… —dice Christophe muy bajito.

—No ha sido nada.

Al poco ya no se oye ningún ruido, salvo el roce de las sábanas y la respiración del otro, muy cerca. Christophe escucha el extraño silencio que ha caído entre ambos y que parece una espera. En su interior, el espanto ha cedido el sitio a un sentimiento de gratitud que lo mece igual que el cansancio.

—Eh…

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí —dice Marco.

Debe de ser ya muy tarde. Las voces ya no son sino murmullos, una caricia en el terciopelo del insomnio.

—Estaba acojonado.

—Ya lo sé. Duerme.

Y Christophe tiende la mano en el vacío, entre las dos camas.

—¡Eh! —vuelve a decir.

El colchón gime bajo el peso de su amigo. La mano de Marco se encuentra con la suya. Y se quedan así un rato, siendo el uno del otro en el hotel mudo.

Al día siguiente, los de Épinal pierden contra Saint-Gervais y Orleans. Y más de lo mismo el domingo contra Megève antes de ganar por los pelos a Grenoble. Durante el viaje de vuelta, Christophe se hace el dormido. En cuanto a Marco, siempre guardará en un cajón un librillo de fósforos con el escudo del hotel Alpina de Morzine.

11

No hacía ni dos minutos que habían arrancado cuando Gabriel se puso a llorar en el asiento trasero.

—¿Qué te pasa, pituso?

En el retrovisor, Christophe se encontró con la cara habitual de los grandes disgustos, las mejillas anegadas de lágrimas, los mocos, la boquita torcida, las gafas empañadas.

—¿Eh? ¿Qué te pasa?

En el semáforo, se volvió hacia el niño, que seguía llorando como si fuera el fin del mundo.

—Cuéntamelo, renacuajo.

Luego abrió la guantera y sacó una caja de pañuelos de papel que tendió a su hijo.

—Toma, límpiate, cariño, deja de llorar.

El niño se sonó ruidosamente y se secó las lágrimas. Ahora tenía toda la cara roja y congestionada. El padre se encargó de limpiar las gafas antes de devolvérselas.

—¿Ya estás mejor?

Gabriel dijo que sí con la cabeza, pero la boca había tomado la forma de un ocho horizontal, lo que anunciaba más llanto. El semáforo se puso verde y el tío que estaba detrás de Christophe se lo indicó con unas ráfagas. Estaban en el mogollón de las ocho. Gabriel empezó a hipar y los sollozos volvieron a sacudir la silueta menuda encima del elevador del asiento.

—Cálmate, pituso. Cuéntamelo…

Christophe comprobó el reloj. De casa hasta al colegio no había más de cinco kilómetros, pero todas las mañanas se montaba el mismo pifostio, atascos interminables y, en todos los coches, los mismos padres con prisa, las mismas mujeres recién arregladas pero con los ojos cargados de cansancio, los niños en el asiento de atrás embutidos en la parka, el mismo perfil de asalariado escuchando las noticias en la radio, con la mirada perdida o un dedo en la nariz,

todos ellos engarzados hasta el fondo en el tedio de los días laborables, cada uno en su burbuja, cautivo de las mismas trashumancias que conducen desde las zonas de chalés hasta los colegios, desde los edificios de viviendas hasta los edificios de oficinas, reses que alimentan en el tropel su interminable sueño de éxito y de ocio.

Christophe y Gabriel no eran una excepción a esas existencias rotatorias. Eran las ocho y siete y ya estaban ocupando su lugar en el flujo de vidas útiles. No tardarían en retrasarse y la maquinaria, de una forma u otra, se lo echaría en cara. Así que Christophe se impacientó:

—¿Es por el abu? ¿Porque no podemos contárselo?

Gabriel dijo que no con la cabeza, fuera de sí, sin dejar de gemir, definitivamente no había quien entendiese de qué iba esa tragedia.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Es… es…

Las palabras, demasiado tremendas, se le quedaron atascadas en la garganta. Por suerte, estaban llegando a buen puerto. Christophe aparcó encima de la acera, a dos pasos del colegio, encendió las luces de emergencia y se volvió hacia el niño, con un brazo por detrás del reposacabezas.

—Me lo tienes que contar; si no, no puedo hacer nada.

—Es Kylian.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Que no para de pegarme.

—Tienes que decírselo a la profe, renacuajo.

—¡Ya se lo he dicho! —se desesperó el niño, perdiendo los nervios, y redoblaron las lágrimas, bañándole las mejillas y corriéndole hasta el cuello. Otra vez los ojos dejaron de verse a través de las gafas.

—Pues tendrás que aprender a defenderte, además.

—No puedo —dijo Gabriel—. Porque entonces me castigarán.

—Pues claro que sí. Escúchame. Todo el mundo tiene derecho a defenderse.

El niño no quería saber nada. Estaba atrapado en la perra, la vida imposible, con una pared delante. Volvió a llorar a más y mejor. El segundero seguía corriendo y Christophe ya no sabía qué más podía hacer. Ya había visto a la maestra dos veces y esta le

había prometido que estaría pendiente en los recreos y que le explicaría a Kylian que no podía molestar a sus compañeros. Pero no había nada que hacer, el crío ese siempre estaba detrás del suyo.

—Pituso, no es posible que te moleste porque sí.

—¡Pues lo hace! —se impacientó Gabriel.

Christophe se tocó mecánicamente la cicatriz pequeñita que tenía debajo del ojo derecho. Hacía calor en el habitáculo, cada vez más, y los cristales estaban empezando a empañarse. Entornó la ventanilla y suspiró.

Así es la cosa. Tenías hijos, pillaban el sarampión y se caían de la bici, iban con las rodillas llenas de mercromina y recitaban fábulas, y luego ese cuerpo de luchador de sumo en miniatura que habías bañado en el lavabo acababa desapareciendo, la inocencia pasaba muy rápido y ni siquiera te había dado tiempo a disfrutarla tantísimo. Por suerte, quedaban las fotos, esa expresión sorprendida desde el otro lado del tiempo y un vigilabebés, en el fondo de un cajón, que no te decidías a tirar. Días sin él, días con él, el amor en corriente alterna. Pero lo peor aún estaba por llegar.

Porque sucedía que un minigamberro que pensabas que tenía excusas socioeconómicas y padres con la mano muy larga la tomaba con tu peque. La violencia acababa de entrar en su vida y te preguntabas cómo reaccionar. Porque, al fin y al cabo, ese era el juego. Él también tenía que aprender a defenderse. En definitiva, era el comienzo de una larga guerra. Buscabas soluciones, enseñarle el arte de arrearle patadas y pedir cita con la maestra, para, al final, tener que llegar a esto: no aspirar a nada más que a partirle la cara a un niño del que solo sabías que iba al colegio de tu hijo y llevaba botas de baloncesto rojas.

En ese momento, un Clio tocó la bocina al pasar junto a la ranchera que estaba invadiendo la calzada y Christophe se decidió.

—Venga, vamos.

—¿Vamos adónde?

—Voy a hablar con tu compañero.

La noticia hizo brotar una sonrisa en los labios de Gabriel, que bajó del coche y le dio la mano a su padre. Cuando llegaron delante del colegio, el niño buscó a su verdugo entre los críos que galopaban por el patio y señaló a uno con plumífero y un gorro de pompón en la cabeza. Aunque las botas de baloncesto que llevaba

eran azules.

—¿Estás seguro de que es él?

—Sí.

—Bueno, renacuajo, pues para allá, que yo estoy aquí.

Gabriel cruzó la puerta del colegio con la mochila a la espalda mientras una conserje aterida, con una chaqueta de punto demasiado larga, les dirigía sonrisas amables a los padres que dejaban allí a su prole.

Enseguida el crío al que había señalado Gabriel se abalanzó sobre él y empezó a pegar botes a su alrededor y a hablarle con frenesí. Gabriel se apresuró hacia el cobertizo del patio como una tortuga debajo de la mochila enorme. Se volvió hacia su padre. La boca se le empezaba a deformar de nuevo. Tenía al otro encima. Le estaba golpeando el hombro. Y luego le soltó un cachete en la coronilla. Era un golpe sin fuerza, casi afectuoso, pero a Christophe le hirvió la sangre. Se lanzó hacia el agresor.

—¡Señor! —se alteró la mujer de la chaqueta.

Demasiado tarde. El padre ya estaba cruzando el patio hacia el cobertizo. Algunos niños se volvieron a su paso, preguntándose quién sería ese hombre que casi iba corriendo. En el suelo, los colores de antiguas rayuelas palidecían eternamente.

—¡Eh!

Christophe acababa de agarrar al idiota ese por el brazo y lo zarandeaba sin miramientos.

—¿Vas a parar de una vez?

—Empezó él… —trató de defenderse el crío.

—No quiero oírte —le cortó el padre.

El niño de las botas azules no se resistió, con la mirada perdida, preocupado esencialmente por esas explicaciones que no le dejaban dar. Christophe no tardó en notar como se le derretía la ira. Se había imaginado al torturador de su hijo de otra manera. No era más que un niño de piel clara y pelo rubio. En la nariz, unas pecas desgarradoras que desmotivaban el odio.

—No quiero que toques a Gabriel —dijo Christophe—. Como vuelvas a hacerlo, iré a hablar con tus padres. ¿Lo has entendido?

El niño trató de explicarse una vez más, pero la conserje de la chaqueta ya llegaba apresuradamente con la profesora de Gabriel. Christophe soltó a Kylian, al que, por cierto, no parecía afectar

demasiado el altercado. Por su parte, Gabriel se había juntado con sus amigos y ya no le hacía ni caso a ese asunto.

—Vete a jugar, Kylian —dijo la profesora, interponiéndose, sonriente pero firme.

Y el niño se alejó sin protestar, con paso danzarín, buscando otro grupo de niños con el que mezclarse. En realidad, debía de medir dos o tres centímetros menos que Gabriel.

—No puede entrar aquí de esa manera, señor.

Era una mujer delgadita que llevaba una chaquetita acolchada y Kickers. Su sonrisa y sus ojos chispeaban fríamente.

—Gabriel ha vuelto a llorar esta mañana. Ya no puede más.

—Sí, pero no puede entrar en el colegio. Los padres no tienen permitido el acceso.

—El otro crío lo está acosando. Se lo he dicho a usted un montón de veces.

—Es muy intenso, sí… —respondió la joven sin dejar de sonreír con calma.

—¿Me está tomando el pelo?

Entonces sonó el timbre y todos los críos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Solo la clase de la profesora de Gabriel se quedó debajo del cobertizo. La joven escuchaba a Christophe pacientemente. Claro que entendía lo que quería decirle. De todas formas, ya estaba muy acostumbrada a los padres de alumnos y se sabía de memoria sus manías y sus exigencias, las ambiciones prematuras que albergaban para sus hijos, esa forma que tenían desde hacía unos años de tratarla como si fuera la asistenta, hasta el punto de que algunos le explicaban en qué consistía su trabajo. Llevaba tratando con ellos muchos años y ya no se inmutaba por sus modales patronales e intrusivos. Sabía que en el fondo de todo aquello reinaba una inmensa preocupación.

—Vamos a hablar con Kylian —concluyó cuando Christophe terminó de desahogarse.

—¿Y los padres?

—Están informados.

—¿Y les trae al pairo?

—No es tan sencillo.

—¡Pero, bueno, es que está pasando delante de sus narices! —se desesperó Christophe, que se había quedado sin argumentos.

La profesora se inclinó hacia él para poder hablar más bajo y le explicó la situación. Ese niño al que acababa de zarandear no pretendía hacer daño. Si bien era cierto que tenía problemas de comportamiento, no se le podía echar en cara. Seguramente Christophe había oído hablar de lo que se llamaba trastornos del espectro autista. En realidad, si Kylian siempre estaba detrás de Gabriel era más bien una señal de afecto. Sencillamente, no sabía muy bien dónde poner el límite.

—Le resulta complicado comprender que a Gabriel no le gusta.

El timbre repicó por segunda vez, un sonido dentado y metálico que pegaba tanto con esa fría mañana de noviembre, el acero del cielo y esa especie de fragilidad que se había apoderado de Christophe.

—Voy a tener que dejarle —dijo la profesora, parpadeando muy deprisa.

—Por supuesto.

Se despidieron y Christophe le hizo una seña a Gabriel. Luego se volvió al coche, que seguía estorbando la circulación. Dentro de dos meses el niño se mudaría y ya no tendría que llevarlo al cole nunca más.

Tras aparcar en una de las plazas del hotel Kyriad de Ludres, Christophe se encaminó a la habitación 321 subiendo los escalones de dos en dos. Hélène lo estaba esperando. Le abrió la puerta; él la besó en los labios y luego se metió en la habitación, mirando a su alrededor como si temiera que faltara algo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien.

Pero ella enseguida notó que fallaba algo.

Después de la primera cita truncada en el Casco de Oro, Hélène y Christophe habían vuelto a verse una vez más y luego Hélène sugirió coger una habitación en Airbnb, que era algo sencillo y práctico, y, puesto que saltaba a la vista que a los dos les apetecía, no había por qué seguir mareando la perdiz. Como resultado, acabaron en Charmes (un pueblucho a mitad de camino entre Nancy y Épinal) metidos en el dormitorio de una bonita granja a orillas del Mosela, propiedad de unos septuagenarios que los miraron con muy malos ojos cuando se marcharon al cabo de solo dos horas.

—¿No van a quedarse? —preguntó la anciana al ver que se largaban.

—Tenemos un poco de prisa —explicó Hélène.

—Pues, vaya, les parecerá bonito…

Además, la habitación que habían alquilado, tan coquetona en las fotos, resultó ser *de facto* tan gélida como un matadero, pues el aislamiento dejaba mucho que desear y el convectorcito, apenas más potente que una tostadora, demostró ser incapaz de ponerle remedio. Así que se conformaron con sentarse encima de la cama, bajo la luz paliducha de la ventana Velux cuya cortina ya no cerraba, lo cual tampoco daba muchas ganas de desnudarse.

—No vamos a hacerlo aquí —dijo Hélène—. Este sitio es demasiado feo. Voy a buscarnos otro bien calentito.

Christophe alzó los ojos hacia la ventana y luego volvió a mirar a la mujer que tenía al lado. Ese rostro en adelante familiar. Estaba en su vida.

—Aun así, me alegro de que nos veamos —dijo.

—Sí, yo también.

Cruzaron esas pocas palabras con una seriedad algo ridícula. No era tan fácil revivir esas cosas a los cuarenta, la novedad, los escarceos, los avances de puntillas. Se redescubrían siendo unos principiantes ya no tan espabilados a su edad, lo cual, a la postre, no resultaba tan desagradable.

—¿Tú crees que lo conseguiremos?

Hélène se había reclinado, apoyándose en los codos, y él se había inclinado para besarla. Esa sensación sedosa y rápida. Al poco rato, ya no sabían quién besaba a quien. Con los ojos cerrados, se habían ajustado así, a tientas, con besos mullidos y lentos, de prueba. Hasta que Christophe le buscó la mano. Ella le pasó los dedos por la densidad de la nuca y sintió que los brazos de él se cerraban rodeándola. Algo cedió entre ambos, un suspiro de alivio ascendente mientras Hélène se pegaba contra su vientre. Se buscaron con la nariz, las mejillas y la frente. Se habían olvidado de pensar.

—¿Estás bien? —preguntó Christophe recuperando el aliento.

—Muy bien.

Y esa noche, en el ordenador, Hélène no pudo evitar puntuar con cinco estrellas el espantoso cuartito de Charmes.

Al cabo de tres días volvieron a quedar en un hotel. Esta vez, Christophe quiso hacer las cosas como es debido. En la cama, le subió la falda, le bajó las medias, apartó la tela de las bragas, lencería Eres comprada exprofeso para la ocasión, y luego la echó hacia atrás y se dedicó a lamerla mucho rato. Daba gusto. Al menos, él sabía lo que era un clítoris y Hélène se tumbó de espaldas para disfrutarlo al máximo, aunque algo preocupada por el vello. Con Philippe ya no se planteaba ese tema, pero después de años de monogamia, esa inquietud le había fastidiado un poco el placer. Porque lo que al parecer estaba de moda eran los pubis lisos; en todo caso, en las pelis porno, esos bodrios estadounidenses con tetas estratosféricas, casi todas las chicas mostraban rajas de niña. Se lo había comentado de pasada a Lison y esta, que ese día llevaba unas mallas y una camisa vaquera debajo de una *biker* negra, se mostró tajante: que les den. Y, acompañando las palabras con hechos, se abrió la camisa para enseñárselo. En efecto, llevaba las axilas al natural. Y, para terminar, a Christophe no parecía haberle importado. Se había entregado a fondo, literalmente. Al cabo de un rato, Hélène prefirió pararlo en seco:

—Anda, ven.

—¿Qué?

—Te deseo. Ven.

Le abrió el pantalón y la camisa, lo besó en el vientre, con manos apresuradas y boca sorprendida de no encontrar nada de lo que se había imaginado. Obviamente, el chico de instituto ya no estaba. Quedaba un cuerpo de hombre, su olor, su carne densa, el vello aún. Y esa especie de decepción la conmovió. Era suyo.

—Ponte un condón, ven.

Por desgracia, Christophe no estaba ni mucho menos a punto para follar. De entrada, Hélène sintió ese miedo tan trivial a no ser ya deseable. En esos momentos, por mucho que trates de evitarlo, instintivamente se te ocurre lo peor, te vuelven los reflejos más tontos y los más arraigados. La mirada del hombre como medida universal. Pero no tardó en comprobar que Christophe tampoco fanfarroneaba tanto.

Le dijo «ven» otra vez y se metieron debajo de las sábanas, calentitos, mientras seguían besándose, en la penumbra y casi tapados del todo. Christophe sintió su piel contra la polla, las tetas

pegadas a él. Tenía las nalgas más fuertes de lo que se esperaba y se las agarró a manos llenas, luego la mordió en el cuello, clavándole los incisivos en la carne. Al final, lo que funcionó fue el oído. El roce de la tela, los suspiros, la respiración de ambos, el sonido húmedo de los besos, los jadeos progresivos mientras Hélène se frotaba contra su muslo, buscando un lugar donde pegarse a él, todo aquello acabó surtiendo efecto. Ella incluso lo ayudó a ponerse el preservativo y, por fin, después de tantos años, ocurrió. Aunque no fuera para tirar cohetes.

Ella notó el peso de él, su olor ya familiar, con los muslos abiertos y las piernas dobladas, recorriéndolo con las manos, los brazos tensos, los hombros enormes, la espalda, las nalgas increíblemente suaves, mientras él la empujaba con la pelvis. Cuando le preguntó si le gustaba, ella dijo que sí con la cabeza. Mírame, y ella obedeció. Hasta que Christophe se echó a un lado, después de haberse corrido demasiado pronto y sin sentir gran cosa.

Y listo. Se había tirado a Christophe Marchal. Le gustó tanto la idea que soltó una risita.

—¿Qué te pasa? —preguntó Christophe, preocupado a su vez, quitándose el condón para hacer un nudo.

—Nada, tiene gracia.

—Qué maja…

—Que no, bobo.

Cuando él fue al cuarto de baño, desnudo y con el preservativo en la mano, ella se deleitó mirando cómo se movía, el culo moldeado, la espalda y los muslos enormes. Aún estaba por ver lo que pasaría luego, pero la regocijaba la perspectiva de poder disfrutar de todo eso.

Desde entonces, había quedado otras dos veces en el mismo Kyriad, que tenía la ventaja de ser muy accesible y encontrarse a diez minutos de Nancy, en uno de esos puntos que solo existen para satisfacer a los conductores atrapados entre el desvío de una autovía y un polígono cualquiera.

—Parece mentira que construyan sitios así —comentó Hélène.

Christophe contestó que era igual en todas partes. Él se pasaba el día en la carretera y no veía la diferencia.

Aun así, la vez siguiente Hélène llevó dos velas perfumadas, media botella de Mumm y un fular para tamizar la luz. Volvieron a

follar, menos torpes ya, con miradas y paciencias, delicadezas significativas, tanto que podrían haber empezado a preguntarse si no habría algo más aparte del sexo puro y duro.

—Ha estado mejor, ¿no?

—Sí, mucho mejor.

Christophe no quiso profundizar más en la recapitulación. Fue entonces cuando ella reparó en la cicatriz pequeñita que tenía debajo del ojo derecho.

—¿De qué es esto? Nunca me había fijado.

—No es nada.

—¿Te duele si aprieto?

Con la punta de la lengua entre los labios, Hélène presionó bastante fuerte.

—No. A veces siento algo. Pero ahora no.

—¿Cuando va a llover?

—No. Es curioso. Como si sintiera que ya no siento nada. En realidad, está insensibilizada.

—¿Cómo te la hiciste?

—No me acuerdo.

Entonces Hélène le dio un beso en la cicatriz y luego en la nariz, en la boca, en el torso. No le habría importado chupársela un poco, pero, al mirar la hora en el reloj de pulsera, dijo:

—Bueno, venga, solo me queda tiempo para fumar un cigarrillo.

Y al segundo estaba acuclillada en un rincón del cuarto, rebuscando en el bolso. Christophe, sentado en el edredón, le preguntó entonces cuánto medía.

—Vaya, te tiene obsesionado. Uno setenta y seis.

—Eres más alta que yo.

—Pues sí. Ya lo sé.

Dicho lo cual, fumó al lado de la ventana, envuelta en la camisa de él, y Christophe pensó que iba a notar su olor durante todo el día.

—¿Cuándo volvemos a quedar?

—Pronto —prometió Hélène, mirando los coches del aparcamiento y las tiendas esparcidas alrededor como cubos en un tablero de juego.

Resultaba raro volver a lugares como ese. Todos los fines de semana, las familias iban allí para realizar proyectos, comprar una

mesa de pimpón o papel pintado antes de ir a comer un chuletón con patatas fritas o ponerse hasta arriba en un bufé chino sin límite. Hélène había vivido esos recreos semanales, los gastos que anulaban los días laborables idénticos entre sí, el bálsamo de las compras menudas e inútiles. También ella había andado a la deriva con sus padres por esos archipiélagos de cemento, entre naves y aparcamientos, llenando carritos y volviendo a casa con una planta o un cojín, cualquier fruslería que parecía hacer la vida más soportable. Ahora, cuando por casualidad cruzaba por una zona de esas, sentía como una repugnancia. Enseguida quería alejarse todo lo posible de esas cadenas comerciales universales. Pero ese día, mientras contemplaba la rotonda que comunicaba con Saint-Maclou, el gimnasio y un almacén de ropa de cama, le entró, por el contrario, una tremenda ternura. En el fondo, todo era fácil, la belleza surgía en cualquier parte. Y luego pensó que qué bien sentaba echar un buen polvo. Y se rio ella sola de esa expresión tan impropia de ella.

Pues sí, Christophe y Hélène se habían convertido en amantes. Quedaban para sentirse bien al margen de todo, vivían una relación clandestina que no debería solaparse con lo demás. Durante varias semanas consiguieron mantener la frontera entre la vida normal y las horas ocultas. Hasta que un jueves por la mañana Gabriel lloró camino del colegio porque lo fastidiaba un niño de su clase y el dique cedió.

—Vaya cara traes —dijo Hélène mientras Christophe se quedaba plantado en mitad de la habitación, sin molestarse siquiera en mirarla, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

Ya había observado en él esa tendencia a amorrarse. Cuando tenía algún quebradero de cabeza, se ponía a rumiar el problema como una bestia de carga, con la misma obstinación sorda, esa especie de estupidez sin remedio. Parecía entonces que estaba muy lejos, casi como si fuera otra persona.

—Es por mi hijo —explicó.

Hélène le tiró de la lengua y, cuando él se hubo desahogado, le sacó un beso a regañadientes.

—Todo irá bien.

—Sí, ya lo sé.

Sonrió débilmente y se besaron de nuevo. Pero ella aún podía

notar el rechazo de su boca, la distancia que seguía separándolos. Entonces lo abrazó, con un gesto a la vez tierno y cómico, e imitó su expresión seria, la contrariedad enfurruñada de su rostro. Al ver este a modo de reflejo, Christophe puso los ojos en blanco, pero algo ya se le empezaba a aflojar por dentro. A continuación, Hélène puso carita inocente, de heroína de Disney, con ojazos relucientes, y le pasó los dedos por la polla, dibujándola a través de la tela de los vaqueros. Ahora Christophe clavaba los ojos en ella, con algo desgarrador en la mirada, que era a la vez congoja y puede que gratitud. Hubo otro beso, un beso cargado de significado esta vez, y Hélène sintió que cedía contra ella mientras se le henchía el sexo. Entonces le abrió los vaqueros y al momento se acuclilló y se metió la polla en la boca con ese apetito de después de una juerga, cuando al día siguiente te entran ganas de comer cosas pesadas que espantan los males. Se la mamó así, sin pensar en nada, embriagándose con su polla mientras él la miraba hacerlo, cogiéndola por el pelo, tocándole la nuca, las mejillas y por último los labios hinchados. Ella le había agarrado los muslos con gesto de apropiación, subió hasta las nalgas y se lo hundió más en la boca hasta notar en lo hondo de la garganta el pinchazo pegajoso y suavísimo, la sal violenta de las gotas que habían aflorado. Entonces Christophe la incorporó. Volvieron a besarse, con lenguas descaradas y el sabor del sexo en ambas bocas, buscándose con el vientre. Ahora tenían ganas de ensuciarse, de provocar reproches. La angustia de un rato antes se derretía a toda velocidad. Se encontraron en la cama, él enseguida la penetró, sin apenas moverse, sintiéndose muy ancho en la estrechez del coño, porque ella lo sujetaba y lo deseaba con fuerza. Hélène lo encerró entre los brazos y le apretó los costados con los muslos.

—Mierda, el condón.

—Pasando. Mírame.

Por primera vez, cruzaron palabras de metal, palabras calentadas al rojo blanco que se susurran al oído en los lugares cerrados, de noche, en la oscuridad, lejos de las normas y del progreso, insultos que merecen todos los elogios, palabras vergonzantes que engendran vínculos especiales y complicidades hostiles con el mundo entero. Y poco a poco cayeron en uno de esos acoplamientos al límite. El sudor de Christophe le caía de la frente

gota a gota y Hélène abría la boca, sacaba la lengua. Decía muérdeme, más fuerte, otra vez. Él decía me notas, sujétame, apriétala. Se notaban las uñas en la carne, dolores e impaciencias que exigían otras posturas, olores de marea y de salitre, insipidez de cosméticos que se deshacían, toques ácidos que en otro momento les habrían asqueado y, bajo la lengua, vello, lisura, frunces, el infierno de la materia, versátil e inimaginable, el otro como el propio yo, brindándose por completo, líquido, repelente, comestible, resumido por completo en el cercado de las piernas y los brazos. Dios mío, tu culo, tus manos, tu polla. Hubo, cómo no, pausas y comentarios, la sorpresa de encontrarse allí, jadeando en la orilla, y casi de inmediato vuelta a empezar, deslizándose, arrancando de nuevo con un chapoteo mecánico. Súbitamente, una languidez pantanosa, los polos intercambiables, los distintos papeles, la necesidad en el centro de todo, en el círculo caliente que moja, ella girándose, él cayendo con los brazos abiertos, esperando a que ella se acuclille, y constantemente la sorpresa de sentir un mundo que cede en todo. La civilización, afortunadamente, se retiraba. Christophe, al cabo de un rato, reconoció que ya no podía más y se quedó tumbado de espaldas.

—Ni siquiera te has corrido —observó Hélène, apoyada en un codo y con las piernas abiertas, sin siquiera molestarse en subir la sábana.

—No quería que parase.

—Podíamos haberlo dejado para luego —dijo ella, contemplando la polla de Christophe, que se ablandaba ya.

Él hizo una mueca dubitativa y ella le dio un beso en el hombro. Christophe miró la hora.

—Voy a tener que irme.

—Me fastidia dejar que te vayas así.

—Vamos a volver a vernos.

—¿Cuándo?

La transpiración se les empezaba a secar en la piel. Ya no hacía tanto calor y Hélène salió de la cama de un salto para ir a buscar los cigarrillos. Christophe, sombrío de nuevo, se puso a recoger su ropa tirada por el suelo. Al alzar la vista, pilló a Hélène encendiendo el pitillo.

—¿Seguro que quieres fumar en la habitación?

La pregunta tuvo el mismo efecto desagradable que una palmada disciplinaria. Hélène se quedó cortada un segundo, con el cigarrillo en la boca, el mechero en la mano y, definitivamente, helada. Cuando Christophe se disponía a entrar en el cuarto de baño, lo retuvo.

—Oye, no vamos a empezar a hablarnos así.

—¿A qué te refieres?

—A hablar como si estuviera todo permitido. Como una pareja. Como unos idiotas.

Christophe no parecía entender muy bien adónde quería llegar y la incomprensión le ponía en la cara un relieve agresivo, no muy alejado de la fealdad, de hecho. Así y todo, hizo el esfuerzo de contener un suspiro.

—Yo también tengo mis marrones —dijo Hélène—. Nadie lo tiene fácil. Pero no quiero que nos perjudique a nosotros.

Con esta última frase, Christophe sintió un escalofrío. Hélène había dicho «nosotros» por primera vez.

12

Siguiendo los consejos de su tutora de segundo, Hélène ha decidido hacer el bachillerato científico, aunque le gustan más las letras y la historia.

—Cuando alguien tiene tu nivel, elige S —zanjó la señora Simon el curso anterior llegado el momento de cerrar los informes de orientación.

Así fue como acabó con todos los pijos del insti, los hijos de los que saben de qué va el tema y que tienen previsto desde hace tiempo que sus criaturitas acabarán en esos pupitres preparándose para las mejores escuelas superiores, planteándose si acaso estudiar Medicina o hacer Derecho si realmente no queda otra.

Charlotte, obviamente, elige la misma especialidad, aunque su padre haya tenido que meter baza para convencer al director, que la ve mejor en ES.

Charlotte ha cambiado. Ha cogido peso, los pechos y las caderas le han crecido de golpe y su madre la vigila sin tregua, convencida de que picotea a escondidas y se levanta por la noche para vaciar la nevera. En la gran casa de la calle de Les Murmures el ambiente ya no es el mismo. Los hermanos mayores, que ya no iban mucho por allí, viven ahora en París y en La Haya, el padre trabaja sin parar y Charlotte ha empezado a padecer una curiosa enfermedad. Cada vez que tiene la regla, es el fin del mundo. Al principio, Hélène creyó que su amiga exageraba para llamar la atención, pero todos los meses se repite la misma pesadilla. Charlotte, pálida como un cadáver, se retuerce debajo el edredón y llora contra la almohada. Le duelen los pechos. El dolor empieza en el vientre, irradia hasta los riñones y siente como si tuviera dos aceitunas gordas en lugar de ovarios. Sangra mucho y a veces el dolor hasta le provoca vómitos. Nadie sabe qué hacer. Su madre le prepara infusiones y bolsas de agua caliente. Los médicos se sorprenden, pero en el fondo no la creen y el que menos el ginecólogo, que le receta paracetamol y le

recomienda que haga más actividad física. De todas formas, tampoco la va a matar.

Por culpa de esa especie de estupor de vientre que la transforma en una criatura de porcelana, las dos jóvenes se distancian bastante. Desde luego, Hélène lo siente mucho por su amiga, pero no deja de ser un rollo tener que verla tumbada durante siglos con cara de ultratumba, esperando a que se le pase.

De todas formas, desde lo del diario íntimo, Hélène ya no ha podido hablar nunca más con ella de corazón. Y además ha empezado a juntarse con otras chicas, Laurence Lefur, Magalie Conraud, Sonia Hadid, y, aunque Charlotte sigue ocupando un lugar aparte, su vida ya no gira en torno a ella. Su amistad se ha vuelto menos apremiante; recae sobre ella un carácter de obligación, como si los vínculos por elección hubiesen cedido el sitio a la cadena de los recuerdos y momentos compartidos. Aunque Hélène se pregunta si su amiga seguirá viendo a Christophe, si aún pasan juntos a escondidas esas horas que son solo suyas. A veces, cuando está sola en la cama, recuerda las palabras del diario, las que estaban escritas en rojo, los puntos de exclamación. Todo eso rodea a Christophe Marchal con un halo especial, de misterio y de sexo, como si se hubiera convertido en una especie de idolillo portátil, asociado a los placeres silenciosos y a las citas a escondidas. Hélène se imagina cosas, se imagina ocupando el lugar de Charlotte. Y, cuando al final lo ve de lejos en el patio o se cruza con él en el autoservicio, no puede evitar sentirse turbada, con las mejillas encendidas, una auténtica pava. Además, como Christophe ha suspendido el *bac* el año anterior, se lo imagina como alguien sumario, simple, limitado a las posibilidades físicas. Esta reducción, curiosamente, le encanta.

Lo que más mola es que la petarda de su novia, la punki creída con el nombre ese inglés, ya no está para interponerse. Se ha ido por ahí, a la uni, y es lo mejor que podía pasar. A veces, Hélène y Charlotte ven a Christophe pasar por el patio de fumadores. Ahora casi siempre está solo. Sus colegas han dejado el insti y se han dispersado por Nancy, Metz o Estrasburgo para estudiar en algún instituto tecnológico o alguna formación profesional. Él se ha quedado allí, con su carita de siempre, su chupa vaquera forrada y sus Vans. Casi dan ganas de hacerle arrumacos. Las chicas no hablan de él. Es su doble secreto.

Un día, en el autobús, Hélène se lo encuentra por casualidad, en la línea 5, la que va del centro a Cornécourt bordeando el Mosela. Cuando él vuelve la cabeza hacia ella, la adolescente se encoge. No tiene ninguna gana de establecer contacto. Porque la realidad no le interesa lo que se dice nada. A Hélène lo que le gusta es mirar descaradamente y montarse películas. En un momento dado, Christophe acaba reconociéndola y le suelta una sonrisa de cortesía. A la adolescente le entra un sofocón tremendo. Vaya ridiculez. El sábado siguiente, se lo comenta a su madre.

—Ya no hace falta que me llevéis al insti.

—Ah, ¿no?

Como de costumbre a esa hora, entre que terminan de comer y empieza el telediario de la una, Mireille le está sacando brillo a la cocina.

—Prefiero coger el autobús.

—Eso es nuevo…

Mireille no pone el grito en el cielo. Se seca las manos en el paño, lo extiende encima del radiador y dobla primorosamente el delantal.

—Bueno, pues entonces de daré dinero para el billete.

Cuando reflexiona, Mireille tiene la manía de parpadear muy deprisa, es como si pusiera los intermitentes. Con los brazos cruzados encima del pecho escaso, se queda un rato observando a su única hija, la calibra como una tratante de caballerías, es su forma de querer, práctica y utilitaria. Qué mayor se ha hecho la cría esta, no es que sea guapa, bueno, digamos que aún está pasando la edad ingrata, y además se le ha quedado una pinta muy rara desde que se cortó tanto el pelo después de las famosas vacaciones de rica en la isla de Ré, pero vaya pedazo de piernas que tiene y, sobre todo, un culo portentoso, que exhibe o esconde, según el día. En cualquier caso, en clase lo sigue bordando y para Mireille eso es lo único que cuenta. La tutora se lo dijo cuando acabó segundo: «Puede llegar muy lejos, hay que animarla».

—¿Me puedo fiar de ti? —pregunta Mireille.

Hélène alza los ojos al cielo. Es el mantra de su madre, la confianza. ¿Qué se piensa? ¿Que le va a decir que no, que solo aspira a coger el autobús para quedarse preñada de un parado con subsidio asistencial y joderse la vida?

—Pues claro, mamá…

—Ay, Señor —se lamenta Mireille.

Pero es una pura formalidad, porque, en el fondo, a esta familia tampoco le va tan mal. Jean y ella lo comentan a veces, en la cama, ya entrada la noche. Cuando su hija les informó de que quería hacer un bachillerato S, al principio quisieron oponerse. Al fin y al cabo, Hélène sacaba las mejores notas en las asignaturas de letras y ellos la veían más bien dedicándose a la enseñanza, o al notariado, o incluso a la abogacía si de verdad estaba a la altura. Obviamente, Mireille se decanta por esta última hipótesis. Pero, habiendo elegido dos idiomas modernos y latín, ¿a santo de qué viene hacer un *bac* S? Les preocupan esas carreras de élite que no se sabe muy bien qué salidas tienen. En la familia solo dos personas han pasado el *bac*, concretamente dos mujeres. Una prima que se ha hecho maestra y la otra curra para el Ministerio de Fomento. No dejan de ser trayectorias fáciles de entender, gente cuyas tareas y jornadas no cuesta nada imaginarse. Pero esos palabros, *maths sup, maths spé*, y luego las escuelas de comercio o de ingeniería, les resultan totalmente ajenos. En su mente preocupada, esos lugares cobran aspecto de encerrona.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

Por prudencia, pues, le sueltan toda la ristra de argumentos disuasorios. Que si el nivel iba a ser demasiado alto. Que si la ambición acabaría machacándola y castigándola, más valía elegir algo que estuviera a su alcance. Por no hablar de los otros alumnos, esos niños ricos, ¿encontraría su lugar en esa marisma?

—No queremos desanimarte. Pero tienes que saber con qué te vas a encontrar.

Además, cuando se es joven hay que aprovechar para disfrutarlo. ¿A qué venía internarse en esa especie de túneles espantosos, pasarse años empollando como una loca, llevar una vida de sacrificios para, total, ganar pasta? Los Poirot saben de toda la vida que el dinero no da la felicidad.

Hélène los aborreció por ese escepticismo de pelagatos, su filosofía de eternos pringados que transforman la modestia en virtud, el servilismo en sabiduría y la ambición en arrogancia. ¡Hélène, en cambio, lo quiere todo!

Tras madurarlo unos días, el padre de Hélène acaba tomando

partido por su hija. Es de natural más confiado, cosa que, por cierto, le echa en cara su mujer. Y ya se sabe que los padres con las hijas…

El caso es que Hélène lo borda desde el principio de curso. Todo le parece fácil a esa cría que trae dieciochos sobre veinte tanto en mates como en alemán.

—Tiene gracia, si lo piensas —dice Jean.

Pero tanta facilidad los preocupa. Están atrapados en esa tenaza de los padres que animan a sus hijos y notan perfectamente que cada logro los deja un poco más atrás. En el andén de la estación, ven cómo el tren se encoge a lo lejos y coge velocidad. A veces, Mireille no puede evitarlo, le entran ganas de meter el freno a esa aceleración espantosa. Cuando Hélène hace alarde de su ciencia, les corrige la pronunciación de una palabra (*socialiSTa,* no *socialita, eXperiencia,* no *esperiencia*, por no hablar del inglés, la cría carcajeándose sin cortarse un pelo cuando osan pronunciar *Dirty Dancing* o *Star Wars*), cuando los interrumpe, se hace la listilla citando a
Jean-Paul
Sartre en la mesa o leyendo a Virginia Woolf en el salón, la madre se sulfura. ¿Quién te has creído que eres? ¿Te piensas que las personas inteligentes de verdad desprecian a sus padres? Hélène asegura que no tiene nada que ver. Sencillamente, le gusta la verdad, la exactitud, instruirse y, además, está en su derecho de decir lo que piensa. Pero la adolescente se defiende mal. Cada vez que les escupe a los suyos su superioridad a la cara, la parte inferior de su rostro resulta odiosa, con la barbilla fruncida y la boca desdeñosa. Esas escenas solían acabar con lágrimas y cerrando de un portazo su habitación. Traicionar es un trabajo sucio.

Aun así. Los padres de Hélène están orgulloso y no todo es tan malo. Y a Mireille le faltan las palabras para contar a los demás que su hija es una joya, un milagro, una promesa. En la oficina, ponen los ojos en blanco a sus espaldas en cuanto empieza una frase diciendo «mi hija». El señor Bienvenu, uno de los socios de la notaría, se lo ha dicho: «A ver cuándo nos presenta a esa maravilla de niña…». Mireille nota que le arden las mejillas. Se dice que algún día Hélène formará parte de ese mundo, el de los que mandan y los que saben, la gente que da órdenes con tono evasivo y anda con una carpeta bajo el brazo, se ríe de cosas incomprensibles y

trata a los demás como los adultos tratan a los niños. La repugna y la regocija.

Jeannot también alaba los méritos de su hija, aunque en la tienda de papel pintado donde trabaja no se presenten tantas ocasiones para hacerlo, y más teniendo en cuenta que el chaval de su cuñado, en cambio, no está muy volcado en los estudios. Pero en la mesa, hay que verlo, cómo la mira cuando se luce, con ojos de animal subyugado. ¿De dónde ha salido esa criatura? ¿Y las palabras que salen de su boca, las ideas que se le pasan por el cerebro, esa insatisfacción permanente, ese entusiasmo intratable, ese deseo de ir más allá, de distanciarse, ese impulso que a veces raya en el insulto? ¿De dónde se saca todo eso?

Así que, cuando su hija necesita dinero para un viaje de estudios o para comprar libros, Mireille y Jean no rechistan. Apoquinan. Hacen lo que hay que hacer. Cumplen con el duro oficio de ser padres, proporcionándole a esa cría los medios para que se fugue.

Pero esa huida progresiva, sin embargo, no está exenta de chascos.

La decisión de coger el autobús, por ejemplo. Porque la parada se encuentra a un kilómetro de casa, un trayecto que Hélène tiene que hacer con la mochila a la espalda, de noche y con frío desde el mes de octubre; y los jueves, que tiene gimnasia, con una mochila adicional. Para ella, que sueña con ir por la vida con las manos en los posibles, es una jodienda. Cada vez que ve aparecer en el patio del insti a todas esas niñatas privilegiadas que viven en el centro, duermen una hora más antes de ir a clase y nunca tienen que chuparse no sé cuántos transportes, que viajan ligero porque vuelven a comer a casa, con sus bolsos grandes y elegantes de furcia, Hélène se pregunta si no ha hecho el canelo renunciando a los trayectos con su padre.

Y más teniendo en cuenta que a Christophe le han regalado un escúter y nunca coge el autobús.

Así que, para pasar el rato durante esas horas de desplazamiento y de espera debajo de la marquesina, Hélène se dedica a leer. Bastantes clásicos aún, Balzac, Zola y Flaubert. Pero cada vez la seducen más los estadounidenses, Dorothy Parker, *Martin Eden* y *Beloved*, y también *El perfume*, que devora en tres días, hasta el punto de descuidar un trabajo de matemáticas. El resultado es que

le cascan un doce sobre veinte y se le saltan las lágrimas. A Charlotte se la llevan los demonios, se ha matado a trabajar y no saca mejor nota. Hélène se promete que no volverá a pasar.

Una mañana de noviembre, llega al insti un poco antes de las ocho, como todos los días, y enseguida nota que está pasando algo fuera de lo habitual. En el patio, los alumnos forman corrillos sobrexcitados que se apiñan en torno a un periódico. La adolescente echa ojeadas inquietas a esos desórdenes, con las manos hundidas en los bolsillos de la chupa Oxbow. Nada de eso le sirve para enterarse de algo, y menos ese día en el que no se siente muy a gusto porque lleva unos vaqueros demasiado cortos por los que asoman un poco los calcetines de fantasía. Su madre no ha cedido, por mucho que se quejara.

—Los otros están para lavar. Creces demasiado deprisa. ¡No podemos seguirte el ritmo!

De modo que se reúne con Charlotte en su rincón habitual, debajo del timbre, al lado del cenicero rojo.

—¿Qué le pasa a todo el mundo?

—¿No lo has visto?

—¿El qué?

Charlotte también está nerviosa perdida. Como si le hubiese tocado la lotería. Se saca del bolsillo la primera página de *La Liberté de l'Est*, que lleva cuidadosamente doblada en cuatro.

En primera plana está la foto de Christophe Marchal, con el pelo empapado, un sonrisa tan grande como América y su nombre en el titular.

—Salió ayer en el telediario. Qué locura.

Hélène se entera entonces de que le ha metido cuatro goles a Caen en el último partido. Claro está, sabe como todo el mundo que juega de titular desde los dieciséis, lo cual ya es una especie de proeza. Pero hasta entonces no ha destacado, excepto quizá por la novatada que le hicieron. La primera vez que viajó con el equipo, se pasó trescientos kilómetros atado con cinta adhesiva en el servicio del autocar y cuando llegaron tuvieron que soltarlo con un cúter. Pero Christophe demostró ser buen compañero y acabó haciéndose un hueco en el equipo. De hecho, la temporada

acabó con buenos resultados y Épinal llegó a los *playoffs* por primera vez desde hacía años y terminó cuarto en el campeonato de primera división.

Aún están lejos de la élite, pero por primera vez los planetas parecían alinearse para ese modesto equipo aplicado y sólido. Al menos, eso es lo que dice el artículo de *La Liberté de l'Est* que Hélène lee ávidamente esa mañana. El núcleo duro de los «Lobos» se formó hace ya cuatro años. Han creado automatismos. Aunque en el pasado sufrieron derrotas abisales, esta temporada parece que la mayonesa por fin ha cuajado. El artículo recuerda en particular el cambio de rumbo que supuso ese partido amistoso contra Megève en el que Épinal fue a la zaga hasta el tercer tiempo, pero aun así no se rindió, siguió aplicándose, jugando todos a una, bien organizados, para al final ganar *in extremis* nueve a ocho.

El periodista también menciona el destino de Jan Pavlík, el delantero checo que se unió al equipo en 1990. Al pobre hombre solo le dio tiempo a jugar tres partidos antes de que le diagnosticaran cáncer de testículos. El sábado siguiente a que lo ingresaran, en los vestuarios reinaba un silencio de muerte. Parece ser que incluso lloraron algunos jugadores, y no necesariamente los más jóvenes. Esa noche, el entrenador, Velleneuve, no dijo gran cosa. No estaban en una peli. Un compañero podía morirse, era joven y tenía un hijo de cuatro años, de golpe el juego no importaba tanto. Ya nadie tenía ganas de cachondeo, ni tan siquiera de ganar. El entrenador solo dijo «venga, chavalines». Entre el ruido de la cinta adhesiva desenrollándose, de los sorbidos y de los palos raspando el suelo, algo cobró forma.

Hoy, Pavlík ha vuelto a la pista. Marca en cada partido, sin fardar, con la cabeza fría, acude asiduamente a los entrenamientos, concienzudo y firme, poco charlatán pero siempre con la sonrisa en los labios. Se ha convertido en un modelo que avergüenza a los que se limitan a empujar el disco y a los diletantes que solo piensan en las birras de después del partido. Gracias a él, el equipo de aficionados se ha profesionalizado.

Por otra parte, Pavlík logró convencer a la dirección del club de que fichara a sus antiguos compatriotas, Zlatko Kovar y Bruno Pelc.

Estos últimos jugaban en Zagreb antes de la guerra. Para llegar a Francia tuvieron que cruzar Hungría, Austria y Alemania a bordo de un Fiat Panda cargado hasta la bandera antes de que los retuvieran en la frontera francesa. Al presidente del club no le quedó otra que subir desde Juan-les-Pins entre el 14 de julio y el 15 de agosto, abandonando a su mujer y a sus hijos, para sacarlos del atolladero. Cuando vio a esos dos espantapájaros, que llevaban cinco días sin lavarse, pensó «mierda, nos la han colado». La historia enseguida corrió de boca en boca. Al menos, había algo que contar.

Para festejar el reencuentro, los tres checos empezaron cogiéndose una cogorza que duró tres días y tres noches de corrido, antes de terminar con un ballet acuático en pelota picada dentro de una fuente de la plaza de La Chipotte. Y luego empezaron los entrenamientos, lo fundamental, la espantosa limpieza a fondo del final del verano para ponerse en forma, y enseguida el entrenador notó que estaba pasando algo. En el primer partido amistoso contra Dijon, la línea de los checos resultó ser devastadora. En Épinal nunca habían visto nada semejante. Un estilo tan perfectamente fluido y con esa velocidad. Los de Dijon se fueron sin nada más que los ojos para llorar. «Ha nacido un equipo» fue el titular del periódico dominical.

Desde ese momento, todo se encadenó a la perfección. En Poissompré los hinchas son más entusiastas que nunca y los que habían desertado de las gradas de la pista de hielo después de varias temporadas de mediocre intensidad han vuelto al redil. La prensa muestra interés. Los patrocinadores afluyen. Los palcos VIP están abarrotados. Y el sábado por la noche, Christophe Marchal marca cuatro de los cinco goles de la victoria contra Caen. En el fondo, es lo que todo el mundo estaba esperando, que destaque un chico de allí, que sea joven, guapo y talentoso. Que por fin se pueda imprimir la leyenda. Hay tan pocos motivos de alegría en esos lugares que no tienen ni mar ni la Torre Eiffel, donde Dios está muerto como en todas partes y donde las veladas se acaban a las ocho entre semana y en los taludes los fines de semana.

Así que, cuando Christophe aparece en el insti ese lunes por la mañana, arrasa el efecto «ha salido en la tele». Todos los tíos quieren ser sus amigos, a todas las chicas les parece aún más mono. Todo el mundo quiere tocarlo y oírlo. Él se limita a decir «je, je» y a

rascarse la cabeza. Con eso basta. Por fin, suena el timbre y se dirige al edificio B con buena parte de los adolescentes del departamento pisándole los talones. Por el camino, se le cruza la mirada con la de Charlotte y la sonrisa de estrella titubea levemente. Charlotte le da una calada al pitillo, desdeñosa como una vieja gloria.

—Qué gañán —dice Hélène.

Charlotte ni siquiera se molesta en darse por enterada. A partir de ese momento, las chicas irán a ver todos los partidos a Poissompré.

Hasta Navidad, los jugadores de Épinal ganan casi todos los encuentros, sin alcanzar puntuaciones alucinantes, pero con eso basta. Ahora sus superioridades y sus puntos flacos son del dominio público. Bien es cierto que, tras disiparse el efecto sorpresa, el admirable juego de los checos ya no es tan irresistible, pero los tres hombres practican el hockey con un estilo técnico a la par que áspero con el que el entrenador puede contar. Para respaldarlo, los veteranos aportan su experiencia. En especial Papeloux, Giovaninetti y el capitán, Anthony Gargano, quien, tras una breve estancia en Mannheim, ha vuelto a Épinal para terminar su carrera. Tiene las rodillas echas polvo y se resiente de la espalda, pero, con infiltraciones y tres sesiones de fisio semanales, va tirando. Además, en los vestuarios a todo el mundo le gusta su socarronería y su amabilidad disimulada. Se le da mejor que al entrenador moderar a los matones, Madani, Petit, el portero ruso, Dimitriov, al que nadie entiende muy bien pero al que le encanta refunfuñar en cirílico. También sabe arengar a las tropas cuando acusan el cansancio o hay que remontar el marcador después de un gol accidental.

En ese dispositivo, Christophe ocupa el mejor lugar, el del jugador hábil. Sin que nadie sepa cómo se ha producido la metamorfosis, ha pasado de golpe de ser el gilipollitas prometedor y ávido de proezas individuales al tío fiable, con un estilo elíptico y una ejecución tan pura que a veces deja a todo el pabellón en silencio, como con puntos suspensivos.

Por desgracia, esa es su tragedia, el equipo ya está en decadencia. Es muy probable que termine esta temporada subiendo hasta la élite, pero también que a la formación excepcional que le ha permitido tener ese rendimiento enseguida le resulte imposible

mantener la posición.

Por todos estos motivos, la temporada 1992-1993 es la que no hay que perderse, la temporada de la gloria y de la última oportunidad. Este peso lastra todos los encuentros. Es fácil que todo cobre un aspecto trágico cuando se tiene esperanza. En el momento de la tregua invernal, Épinal ocupa el tercer puesto por detrás de Megève y Estrasburgo.

Los partidos que se juegan en Navidades siempre tienen un gusto particular. En pleno invierno, es como si los lugareños fueran a buscar a Poissompré algo de la calidez de la que carecen. Están de vacaciones, relajados. Han bebido vino especiado en el mercadillo de Navidad y desde última hora de la tarde se los ve subir en procesión hacia la pista de hielo, a lo largo de las calles, embutidos en los plumíferos y las bufandas, con el gorro en la cabeza, mientras los críos van corriendo delante y echando alguna que otra breve guerra de bolas de nieve. Cuando llegan, la guirnaldas blancas parpadean por toda la fachada y los peques pueden soñar al pie del inmenso abeto adornado con bolas blancas y doradas, los colores del club. Cuando Tino Rossi entona *Petit papa Noël* por los altavoces, son casi mil los que están ahí fuera entonando a coro el villancico, congelados y con la nariz colorada, pateando el suelo para darse ánimos.

El primer partido se celebra el 20 de diciembre entre Estrasburgo y Épinal, que juega en casa. Se podría hacer una lista de todos los perjuicios y cadáveres que ambas ciudades han ido acumulando a lo largo de varios decenios de derbis. En ella figurarían jugarretas, heridas y errores de arbitraje. También la proximidad geográfica y la estupidez de los hinchas. O incluso esa costumbre que ha cogido Estrasburgo de fichar a jugadores de Épinal al acabar la temporada. Por no hablar del empeño de la prensa local en alimentar esa rivalidad pirotécnica. El caso es que esos dos equipos nunca se cruzan impunemente.

Esa noche, Hélène y Charlotte han conseguido hacerse en el Monoprix con una botellita de ron que van vaciando por el camino. Al llegar, se encuentran con algunos compañeros del insti que se están pasando una botella de ponche de ciruela. Las dos amigas van cogidas del brazo y les brilla la piel a la luz de los adornos

navideños. En un momento dado, Charlotte se esfuma detrás del pabellón con Fabrice Scandella y, cuando vuelve, tiene los ojos rojos y la voz pastosa.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada.

—¿Has fumado algo?

—Eh, ya está bien, ni que fueras mi madre.

Hélène, por su parte, se niega a beber cuando le pasan la botella de ponche. No le gusta significarse cuando hay adultos cerca. Piensa en sus padres. Es un coñazo ser tan disciplinada y estar tan preocupada por el porvenir; una chica de los domingos, vaya, como en la canción de Pierre Barouh. Le gustaría pasar de todo como Charlotte, o la puta de Caroline Lambert, que sale por ahí con estudiantes de Nancy y va a la disco todos los fines de semana. Hélène en cambio se queda del lado de los escrúpulos, lo cual tampoco impide a sus padres darle el coñazo continuamente.

—Venga, no te cabrees —dice Charlotte.

Ha cogido a su amiga por el brazo y le mete la cara en el cuello.

—Si no me cabreo —replica Hélène.

—Pues entonces lo finges muy bien…

Y Charlotte le da un besito sonoro detrás de la oreja. Hélène nota la punta de la nariz helada y le baja un escalofrío por la columna vertebral.

—Pero qué plasta eres…

Charlotte le guiña el ojo y ya se está yendo con los demás. La pandilla se va animando. El cretino de Scandella se ha arrancado a cantar *On est les champions* y ahora anima a la gente a repetir con él: «¡Estrasburgo! ¡Estrasburgo! ¡Te vamos a dar por… CUCO!». El público le sigue, de buen rollo, sobre todo los niños, encantados de decir palabrotas o casi delante de sus padres.

Cuando por fin se abren las puertas del pabellón, la muchedumbre se abalanza como en una melé de rugby y dos bomberos de guardia tienen que intervenir para hacer entrar en razón a algunos exaltados. Hélène y Charlotte se las han apañado para ser de las primeras en meterse y, con las entradas en el bolsillo, corren por las gradas para reservar los mejores sitios. La multitud se apresura, las filas se van llenando y entonces comienza la espera, electrizada, de toda la ciudad, que parece estar allí

reunida, espiándose.

Después de media hora larga piafando, los jugadores por fin entran en la pista mientras suena *We Will Rock You*, los haces de luz barren el hielo y los focos parpadean. El público se pone en pie y la voz nasal de la megafonía desgrana el nombre de los jugadores. Cada uno de ellos recibe su lote de aplausos y ovaciones. Los bajos retumban en el pecho de todo el mundo. Cuando le toca a Christophe Marchal, Hélène y su amiga se desquician por completo.

—Estáis fatal —dice Xavier Cuny, el hijo de gastroenterólogo, conocido porque ya tiene coche y se come los mocos en clase.

—¡Tú a callar! —replica Charlotte, en el séptimo cielo.

—Eso, ¡a callar! —repite Hélène.

Xavier Cuny les saca el dedo, pero los de Estrasburgo ya están apareciendo entre abucheos. Se oye incluso algún insulto, capullos, cabezas cuadradas, hijoputas, el repertorio habitual. Por fin, lanzan el primer saque. Y, entonces, todo se precipita.

En el tercer minuto, el canadiense Martial Maxwell le marca un tanto a Épinal con un gol perfecto en plena portería. Heridos, los Lobos intentan remontar rápidamente, pero gracias a la defensa sincronizada de los hermanos Schwartz, Estrasburgo marca un segundo gol, al que sigue un tercero, esta vez obra de Karim Ghazi, un exjugador de Épinal, un tío de Saut-le-Cerf, además, qué huevos tiene. El equipo de Gargano parece totalmente aturdido. En las gradas, en lugar del alborozo de un momento antes, reina una modorra de sobremesa y los primeros tiempos muertos son como una liberación. Cientos de personas se ponen entonces en pie como un solo hombre para ir a buscar un poco de consuelo a la cantina.

—No me encuentro bien —dice Charlotte.

—¿Qué?

—Creo que voy a potar.

Efectivamente, la joven está palidísima, con el pelo pegado a la frente sudorosa y la mirada totalmente perdida.

—Ven —dice Hélène, cogiéndola de la mano.

Y abre paso a través del gentío hasta los servicios, donde se encierran las dos en una cabina. Allí Charlotte se desploma de rodillas y, con las manos aferradas al borde de la taza, vomita todo lo que ha bebido mientras Hélène le sujeta el pelo. Luego, con el estómago vacío, la adolescente se espatarra en el suelo, con la

espalda apoyada contra la mampara de contrachapado, y empieza a tiritar.

—Te vas a poner bien —promete Hélène, abrazándola.

Y le da un beso en la frente, le frota los hombros y los brazos. Charlotte lloriquea y le chorrea un poco de saliva entre los labios, que se le han puesto de un color muy raro, un rosa intestinal.

—Me duele… —gime.

—¿Te duele la tripa?

Pero Charlotte no responde. A lo lejos, Hélène oye el clamor amortiguado del público, centenares de pies golpeando en cadencia. El partido continua, pero las dos chicas se quedan allí un rato sin moverse, como un huevo que se ha caído contra las baldosas. Charlotte incluso echa una cabezada apoyada en el hombro de su amiga, que tampoco está tan mal, en ese calor mutuo, a pesar del olor a amoníaco, el frío en las nalgas, la sensación de suciedad y las portazos de las otras cabinas.

Hasta que Charlotte, poco a poco, va recuperando los colores.

—¿Estás mejor?

—Sí… Lo siento.

—No importa.

—Gracias —murmura Charlotte.

Se miran como si estuvieran enamoradas, encantadas de haberse recuperado. Y, aunque no dure mucho, ¿qué más da?

En el tercer tiempo, Épinal va perdiendo cinco a uno y los hinchas se desbocan, aun siendo conscientes de que la suerte está casi echada, tanto más cuanto que los jugadores de Estrasburgo se defienden como gato panza arriba.

—Tienen a cuatro en la portería, ¡qué locura! —se indigna Scandella.

La línea de Christophe avanza por la pista para sustituir a la de los checos y a los hinchas apenas les da tiempo a corear su nombre cuando este último dispara un cañonazo a la portería que golpea de lleno la máscara del portero de Estrasburgo. Un escalofrío recorre a los presentes, espantados por el ruido demasiado nítido del disco, que ha sonado como si hubiese dado en hueso. Tras una breve interrupción, el portero vuelve a su jaula, el partido prosigue, Papeloux recupera el disco, pasa, Christophe a Gargano y ¡gol!

Apenas un minuto más tarde, Christophe marca a su vez, un tiro

largo que entra a ciento cincuenta kilómetros por hora en las redes. Cinco a tres. El pabellón está desmadrado, lleno a reventar, cargado de esa vida delirante que no se cuestiona nada de los sábados por la noche. Pero otra línea ya ha sustituido a la de Christophe. Los de Estrasburgo, desorientados momentáneamente, pierden precisión y dejan que les vuelvan a arrebatar el disco. El tiempo toma entonces una curva peligrosa y el entrenador de Épinal pide tiempo muerto. Sus jugadores se apiñan apresuradamente a su alrededor y miran los dibujos que esboza con un rotulador verde en la pizarrita. A continuación, se dirige a Christophe, que dice que no con la cabeza. Sigue un breve altercado entre los dos, delante de las narices de todos los espectadores y, con un gesto bastante teatral, Christophe acaba arrojando los guantes al suelo y marchándose a los vestuarios.

—¿Qué está haciendo? —se sorprende Hélène, atónita.

—¡Qué gilipollas! —se atreve a opinar Scandella.

La multitud no da crédito. Todo parecía al alcance de la mano. Pero se ha roto la magia y el cansancio vuelve por sus fueros en cada organismo. Los hinchas se percatan de que han gritado demasiado, los jugadores, de que puede que sean demasiado viejos y ya lo hayan dado todo. El partido se reanuda, pero todo el mundo sabe que se ha acabado.

La Liberté de l'Est del día siguiente pone en evidencia el escándalo como se merece. Le echa en cara a Christophe su falta de madurez, su egoísmo y sus modales de divo. En el bar, todos se preguntan qué le ha dado. Un cabroncete, zanja el presidente del club, pero con una sonrisa y puede incluso que con orgullo. El caso es que Christophe no pedirá disculpas y en el partido siguiente, que Épinal gana doce a siete, marcará tres goles. Así es como nace la leyenda de esa temporada casi perfecta, con los checos robustos, el joven protagonista a veces irritante pero talentoso, el capitán algo bolinga pero con el que se puede contar, un equipo al borde del declive y aun así en la cumbre de su arte, que debería aprovechar esa ocasión única.

Al final, los Lobos llegan a los *playoffs* tras clasificarse terceros en su ronda de eliminatorias. En esta se muestran igual de trabajadores, en racha, dentro de la media pero temidos. En cuartos de final se imponen a Caen, y en la semifinal, a Lyon. En cada

ocasión, necesitan tres partidos para alcanzar su meta. Todo el mundo en la ciudad empieza a creer en ellos. La prensa saca tajada y a algunos jugadores incluso les piden autógrafos por la calle. Por fin llega la final contra Tours. Esta vez, el equipo de Épinal juega un partido memorable, alerta en los ataques, constantemente audaz y que destaca por la solidez de su defensa. En cambio, Christophe tiene la intervención más mediocre de toda la temporada. De hecho, llega a las manos con un jugador contrario y acaba el partido en el banquillo de los penalizados. Desde allí asiste a la derrota de su equipo. Han perdido la ocasión.

Al final de su epopeya, Épinal entra pues en la élite, pero pierde a sus dos pilares, Gargano y Papeloux, que se retiran definitivamente, mientras los checos se dispersan por todo el país tras fichar por Chamonix, Gap y Reims. El sueño concluye con esta nota amarga y previsible. Pese a todo, a finales de junio el club organiza un ágape para celebrar este éxito agridulce, al que acuden la flor y nata de los alrededores, ediles varios y representantes de la Cámara de Comercio e Industria, patrocinadores y jugadores, cómo no, en compañía de sus familiares y amigos, sin olvidar a los gorrones habituales y algunos hinchas elegidos al azar.

En su calidad de jovencitas tirando a monas, Hélène y Charlotte consiguen colarse con bastante facilidad y vacían algunas copas mientras escuchan los discursos insípidos y agradecimientos de rigor. Tras cumplir con sus obligaciones protocolarias, el presidente del club acaba llegando al meollo del asunto.

—Bueno, ¡y ahora me gustaría que hablásemos del futuro!

Por su parte, las chicas solo tienen ojos para Christophe, al que han localizado al lado del bufé, saqueándolo clandestinamente con otros dos jugadores.

—El año que viene, los Lobos jugarán al más alto nivel. Con el entrenador, Villeneuve, ya tenemos muy avanzados los fichajes. Y debo decir que son muy prometedores. De momento no estoy en situación de contarles mucho, pero puedo anticipar que estamos siguiendo pistas en Quebec y en la República Checa. Y tenemos más ideas, en Valenciennes concretamente. Pero, sobre todo, vamos a conservar a nuestros jóvenes. En particular a la revelación de este año. ¿Está por aquí? Christophe Marchal. ¿Dónde se ha metido? Pero si acabo de verlo.

Los invitados cruzan miradas interrogativas y buscan a la estrella con la vista. Pero el número 20 se ha esfumado. Papeloux acaba ofreciéndose para ir a buscarlo. De inmediato, Charlotte se va pisándole los talones.

—Ahora vuelvo…

—Será coña… No tengo claro que vayas a volver —dijo Hélène, muy harta.

—Te digo que ahora vuelvo.

Hélène mira cómo su amiga del alma se escabulle y desaparece en dirección a los servicios. El discurso del presidente se prolonga un par de minutos más con promesas de grandes victorias, algunos homenajes subsidiarios y un brindis a la salud del club. Hélène alza la copa como todo el mundo, algo asqueada. No es la primera vez que Charlotte se la juega. Sale un momento para fumar un pitillo: el escúter de su amiga ya no está.

Hélène recorre el camino de vuelta a casa muy acongojada. Cinco kilómetros a pie dan para pensar mucho. Dentro de un mes cumplirá diecisiete años y su madre no para de decirle que está viviendo sus mejores años. Pues vaya panorama. Por lo que sabe, tener su edad consiste más que nada en pasarse más de la mitad del día aburriéndose porque no le dejan hacer prácticamente nada. E, incluso cuando sus padres la dejan salir, tiene que tener cuidado, estar pendiente del reloj y a menudo aguantar que su madre le huela el aliento, como ya le ha pasado varias veces al volver de una fiesta, de forma tal que la diversión siempre se fastidia por culpa del miedo y las precauciones debidas. Por un triste pitillo ya ha tenido que quedarse en casa durante dos semanas.

Y es todo así, negociado, arbitrario y rescindible. Según parece, es por su bien. Pero Hélène ya no se lo cree. Intuye que detrás de esa ley del ronzal hay algo más. Como si a su madre la asustara en qué se está convirtiendo, un animal, una mujer, puede que una rival. Pero no es motivo suficiente para hacerla llorar. Hélène no les va a dar esa satisfacción a quienes se lo impiden todo. Se limita a dar portazos y a encerrarse en su cuarto, donde se dedica a tascar el freno. Se dice algún día me largaré, ya lo veréis, algún día tendré derecho a todo.

Por eso empolla tanto y es la mejor en todas las asignaturas. Porque tiene planes: sacar los mejores resultados para pirarse lo

más lejos posible.

En clase, mientras los demás se hunden bajo la carga de trabajo, para Hélène es un paseíllo.

—Joder, un trabajo escrito de mates, una disertación y revisar toda la Primera Guerra Mundial —se lamenta Charlotte—. En serio, quieren acabar con nosotros.

—Si quieres, te puedo pasar lo de mates.

—Vale, pero ¿la disertación?

—No puedo escribirla por ti.

—¿Seguro?

En el boletín de notas, la profe de mates ha escrito: Hélène es una máquina. Y es cierto. Es metódica, rápida, organizada y tiene una memoria prodigiosa. El único problema que tiene, en el fondo, es la impaciencia. Los docentes le acaban pareciendo mediocres, y sus padres, gilipollas perdidos. En ocasiones, en plena clase, suspira tan fuerte que el profesor que está en la pizarra, escribiendo nombres propios o ecuaciones, se da la vuelta:

—¿Se encuentra bien, señorita Poirot?

—Sí, señor.

—¿Se le hace lenta la clase?

—No, señor.

—No está usted sola en el mundo, ¿sabe?

—Eso parece…

—Deme su agenda.

De hecho, en la junta de evaluación del segundo trimestre salió a relucir este comportamiento, que a punto estuvo de costarle una buena valoración del claustro. La señora Collard, profe de Lengua y Literatura, hizo todo lo posible para joderle el expediente. Le echó en cara su arrogancia y comentó que ella y su amiguita eran contraproducentes para el grupo e incluso «subversivas». A las dos chicas les ha encantado el término y han estado varios días refocilándose. Se han enterado a través de la tutora, que convocó a Hélène. La señora Clair es una mujercita redonda, con muchísimo pelo, que a veces va con corbata y casi siempre lleva un *blazer* inenarrable con botones de cobre. Imparte matemáticas a los grupos de ciencias; gracias a su cátedra y sus méritos académicos, goza en el centro de un prestigio considerable con el que se puede permitir ciertas excentricidades, como tocar la sierra musical en clase u

obligar a los alumnos indisciplinados a ponerse de pie en el pupitre con las manos en la cabeza. El caso es que ve a Hélène con buenos ojos.

—¿Sabe?, yo también procedo de un ambiente muy modesto.

Hélène se pone a la defensiva. Odia que los adultos la miren como si vieran en ella su propia juventud.

—Para los exámenes de ingreso va a necesitar un expediente sólido. La señora Collard está mal de la cabeza. Es una histérica. Voy a apañármelas para que no la perjudique demasiado. Pero es imperativo que deje usted de comportarse así en clase.

Hélène alza los ojos al cielo.

—Sí, a ese comportamiento me refiero, precisamente.

La señora Clair la cita varias veces en un despachito mugriento, donde varios archivos se descomponen lejos del mundanal ruido, casi un sótano, un cuarto donde todo es pardo y amarillo. Por la mañana, a eso de las diez, cuando un rayo de sol primaveral se cuela por la ventana, se puede ver medio siglo de polvo levitar por la habitación como partículas de oro. En cada ocasión, la señora Clair cierra la puerta, lo cual no tranquiliza nada a Hélène, toma asiento y se sincera.

—Yo también tenía una facilidad increíble. En el *concours général* quedé segunda.

Cuarenta años después, sigue contando machaconamente ese éxito parcial en la competición nacional de los mejores alumnos de bachillerato, entre otros, como un intento de ingresar en la Escuela Politécnica y una participación relámpago en *Cifras y letras*, y de ahí pasa a otras frustraciones, sus problemas con la administración, los alumnos cada vez más inútiles y lo mucho que le duelen los pies. La cuestión es que Hélène tiene un futuro prometedor y ella no está dispuesta a que se eche a perder. También insiste para que la joven pruebe suerte en el *concours général*. La adolescente no le ve mayor interés.

—Le vendrá bien a su expediente —insiste la señora Clair, casi suplicante.

Desde luego, sabe que Hélène se aburre, que los adultos le parecen imperfectos y que la vida le queda estrecha. Y los botones de cobre de los puños le tintinean en el rayo dorado y casi rosa de esa mañana de abril.

—Tiene usted razón —dice—. Esto es muy pequeño. Hará algo mejor.

Ahora se ha emocionado y parece un *spaniel*. Hélène le promete que se va a portar mejor y, en la intimidad de su cuarto de adolescente, continúa esforzándose con los estudios, todos los días, se los toma más en serio, tanto más cuanto que su amiga la pone de los nervios, sus padres la tienen frita y cada vez tiene más claro que los chicos son una pérdida de tiempo. Hélène se entrega al consuelo del esfuerzo. Suele empezar memorizando, la historia, los idiomas, las lecciones largas, pero las cosas se le quedan grabadas enseguida en la cabeza y no le cuesta nada almacenar fechas y definiciones, el vocabulario y la gramática del alemán. Luego continúa con las ciencias. Además de los problemas y ejercicios que tiene que tragarse todo el mundo, la señora Clair le reserva algunas exquisiteces que forman parte del programa del curso siguiente. Integrales, derivadas, análisis vectorial.

—Por encima de todo, no se deje engatusar con el rollo de la informática. Las matemáticas ocurren aquí —le dice mientras le da golpecitos en la frente con la punta del índice.

A Hélène todo eso le proporciona un placer casi físico. La posibilidad de establecer un poco de verdad en este mundo tan jodido no solo resulta reconfortante. Es una gozada. Cuando al resolver una ecuación, o calcular una derivada, o trazar con su portaminas Criterium una curva en el papel milimetrado, encuentra por fin algo que resulta ser un resultado inatacable, la adolescente no cabe en sí de júbilo. Esa solidez temporal de las matemáticas se convierte en su refugio.

A veces, su madre la sorprende a altas horas de la noche, inclinada bajo el haz de luz de su lámpara de escritorio, con el pelo recogido en una austera coleta. Se sienta en la cama, a su lado, y se queda mirándola.

—¿Qué quieres? —pregunta Hélène.

—Nada.

A Mireille la desgarran sentimientos contradictorios, de admiración y de preocupación, sentimientos de madre que se sorprende al ver que su bebé se ha convertido en esa larguirucha con nalgas de mujer y reacciones de niña chica, una cabellera de María Magdalena y las uñas mordidas, que remolonea en la cama y

quiere estudiar en las mejores escuelas, que cita a escritores y sigue sin saber meter la ropa sucia en la cesta de la colada, que pronuncia palabras desconocidas y se olisquea la camiseta para ver si se la puede poner un día más, que todavía picotea la pasta con los dedos, distraídamente, y se estira como un gato cuando acaba de comer, después de haber rebañado el plato, una cría que quiere llevar tacones y tomar la píldora. La mira, atrapada en ese cruce donde confluyen las esperanzas y el miedo.

Porque Jeannot y ella saben que ya no pueden hacer mucho más por su hija. Fingen que sí, pero ya no están en posición de elegir en su lugar. Ya no les queda más que fiarse de ella, cruzar los dedos y contar con que la han educado como es debido y que con eso bastará.

La adolescencia es un asesinato premeditado con mucha antelación y el cadáver de su familia tal y como fue yace ya al borde del camino. Ahora toca reinventar qué papel les corresponde, aceptar distancias nuevas, afrontar las monstruosidades y las embestidas. El cuerpo aún está caliente. Se estremece. Pero aquello que existía, la infancia y sus ternuras obvias, el reino incuestionable de los adultos y la niña en el centro, la burbuja y los algodones, las vacaciones en La Grande-Motte y los domingos en familia, todo eso acaba de morir. Y nunca volverán allí.

Entonces Mireille mira a su hija. Le tiene envidia, le guarda rencor, le gustaría tocarla. El amor que lleva dentro le duele. Piensa niña tonta, corazón mío, espingarda, mi chiquitina, quién te has creído que eres, no te vayas. Qué orgullosa está. Cuánto le cuesta soltarla. Se le empañan los ojos, lo que faltaba. Tendría que ser posible retroceder en el tiempo, rebobinar. Hasta cuando tenía diez años, seis o tres. Incluso antes, ese cuerpo tambaleándose sobre dos patas, como un robot pequeñito con velas en la nariz, la voz que repite todas las palabras, el puñito regordete que sujeta la cuchara y golpea la bandeja de la trona, esa sonrisa con dos incisivos, la nariz fruncida, esa otra toda suya.

—¿Estás estudiando?

—Sí —contesta Hélène.

—Así me gusta.

Así va pasando el curso, fácil a la par que doloroso. Obviamente, Hélène aprueba el *bac* de lengua y literatura sin despeinarse. En la

prueba escrita elige comentar un texto muy peliagudo de Julien Gracq que le puntúan con un
17 sobre 20.
En la oral, le toca la *Invitación al viaje* de Baudelaire y la examinadora, pasmada, le pregunta:

—¿Qué quiere usted estudiar después del *bac*?

—Preparatoria para la HEC.

—Ah… Aun así, le pongo un 18.

A Charlotte tampoco se le da mal del todo, saca un 12 en el examen escrito y un 17 en el oral. Se acabó el curso. Ya era hora. En mayo, Hélène hace pellas por primera vez. Gracias a sus proezas académicas, no sufre las consecuencias, pero en el despacho del orientador le explican que la vida no funciona así. Hélène escucha indolentemente, con los brazos cruzados y mascando chicle. El orientador le alarga la papelera y ella lo escupe dentro. De todas formas, este último ya está familiarizado con ese tipo de perfil, el de los listillos que van quemando etapas y acuden al insti como consumidores, se quedan con lo les apetece y lo mandan a la mierda todo. Dentro de cinco o seis años, seguramente Hélène tendrá mejor sueldo que él. No le ayuda mucho a encontrar argumentos con los que sermonearla.

Este año, Charlotte no le ofrece a su amiga ir a pasar las vacaciones a la isla de Ré y es mejor así. De todas formas, la relación se ha enfriado desde que la dejó plantada para largarse de extranjis con Christophe. Además, Hélène ha conseguido curro en un campamento infantil de música. Por la mañana, los críos practican su instrumento y, por la tarde, pueden hacer las actividades habituales: poni, escalada, tiro con arco o bañarse en el embalse de Serre-Ponçon. Por lo visto, hay un montón de jóvenes prodigios, niños ricos y raritos pero muy entrañables.

Hasta entonces, se prepara para la fiesta post-*bac*. Su amiga se ha enterado de una que han organizan unos de 2.º de bachillerato por donde el campo de fútbol de La Colombière, en la parte alta de Épinal, y las dos chicas están decididas a disfrutarla. Cuando Hélène se lo cuenta a sus padres, estos hacen como que le dan permiso, pero saben que, si hipotéticamente se negaran, Hélène se cerraría en banda. Tampoco la pueden atar a la cama.

—Ten mucho cuidado.

—Pues claro.

—Protégete.

Hélène pone los ojos en blanco.

El día D, Charlotte llega media hora tarde, con la cara demacrada, los hombros encogidos, parece una pluma de sepia.

—¿Qué te pasa? —pregunta Hélène, cogiendo su casco.

Pero ya sabe cuál es la respuesta.

—Me duele todo. Es como si me clavaran agujas en la pelvis. La verdad es que he estado a punto de no venir.

—¿Has tomado algo?

—Ibuprofeno.

—Pues mejor que no bebas.

—Sobre todo porque creo que no voy a quedarme.

Detrás de los postigos entornados, Mireille no ha perdido ripio de la escena. Jean se le une, le da un beso en el pelo y le agarra el brazo. Ante sus ojos, el ciclomotor arranca trabajosamente, abandonando tras de sí el característico lamento demasiado agudo. Los padres miran cómo se aleja el birrioso vehículo, los dos cascos, el pelo largo agitándose, los hombros estrechos. De pronto, Mireille se siente muy vieja. Su marido le dice que todo irá bien y eso la irrita. Claro que va a ir bien. Eso es lo malo.

Las chicas atraviesan Cornécourt, que a esas horas está casi desierto. Y eso que no es tan tarde, pero la luz, al declinar, redondea los ángulos y encierra las calles en colores untuosos y dorados. Es uno de esos atardeceres entre semana sin razón de ser, en el que todo el mundo se ha quedado en casa, disfrutando de la terraza, mirando el telediario regional o los resultados de la lotería. Cuando un semáforo se pone en verde, arranca un único coche. Unos jóvenes descerebrados en moto han empezado su ronda de cuando llega el buen tiempo y, a lo lejos, en la autovía, se oyen las revoluciones de los motores de setecientos cincuenta centímetros cúbicos, catastróficos satélites que orbitan sin fin en torno a las ciudades medianas. Mientras, las chicas siguen su itinerario jadeante. En la parte de atrás del escúter, Hélène va fumando un cigarrillo. Se siente liberada. Ha dejado atrás el curso y, antes de irse al campamento, tiene una semana enterita solo para vaguear. Lo único que piensa hacer es leer y esperar, pajearse cuando le dé la gana, puede que se permita salir a pasear en bici e ir a la ciudad

para ver a qué se dedica Charlotte. Juntas se darán un voltio tan a gustito por la terraza del Comercio, quizá se lleguen hasta el *skatepark*, se lamentarán por puro trámite de que en esta ciudad de mierda haya tan pocas diversiones. Pero Hélène no se engaña: tiene todo el futuro por delante, abierto de par en par. Y esta noche tiene el pecho henchido de un amanecer que nunca termina.

Al cabo de media hora, la realidad ya no es tan bonita.

—No puedo más, me piro —dice Charlotte, que está doblada por la mitad.

Hélène se lleva un chasco. Acaban de llegar, después de diez minutos buscando dónde se celebraba la dichosa fiesta, un campo de fútbol cutre rodeado de piltrafas de bosque, uno de cuyos extremos ofrece una vista bastante despejada de los barrios menos envidiables de la ciudad. De momento, hay allí unos quince alumnos del instituto bebiendo birra mientras intentan encender una hoguera. Aparte de Nirina, la tía alta que está en su clase de inglés, y alguna que otra cara que le suena vagamente, Hélène no conoce a nadie.

—Pues yo me quedo —dice, pese a todo.

Charlotte se la queda mirando un momento, decepcionada. En la frente pálida le brotan gotitas de sudor. Intenta incorporarse y suspira.

—Si ves a Christophe… —empieza a decir.

Hélène trata de mantenerse impasible. Después de tanto tiempo, sigue separándolas ese penoso secreto. Pero Charlotte se contiene.

—No, olvídalo.

Se limita a subir el asiento del escúter y saca el escaso pack de cerveza que lleva en el compartimento.

—Toma.

—Gracias.

Un rato más, mirándose, sin decir nada.

—Bueno.

—Ya.

—Chao.

—Chao.

Hélène mira marchar a su amiga, dando tumbos por el caminito lleno de baches, medio doblada de dolor. Y va a juntarse con Nirina, llevando el pack debajo del brazo.

Dos horas y cinco birras después, Hélène, bastante pedo, se pone a vagar de grupo en grupo, con una lata en la mano, algo floja, con la sudadera echada sobre los hombros y sin calcetines debajo de las botas de baloncesto. Es feliz, se siente libre y está disfrutando de ese paréntesis ideal, cuando ya ha terminado el curso y aún existe ese momento de pausa, esa isla temporal de los veranos neutralizados, días de vacaciones puras, sin hijos ni problemas ni arrugas, tan solo un currito de verano; y, aun así, esos dos meses de derroches que te piensas que van a volver siempre. En el terciopelo del cielo despejado, ve las constelaciones que chispean solo para ella. Con la cabeza echada hacia atrás y los dientes fuera, siente que podría comerse el universo. Su estómago lo aguantaría, seguro.

Hacia las once, Christophe irrumpe con sus amigotes en ciclomotor, la típica banda de chulitos escandalosos que se creen los reyes del mundo. Hélène los acecha de lejos, mientras se descojonan en torno a la hoguera que al final ha prendido entre dos bloques de hormigón, algo desdeñosa, pero en el fondo con ese otro deseo, tan tenaz. Las llamas redefinen con amplios trazos contrastados el rostro de Christophe, que se vuelve como un espectáculo de luz y sonido en miniatura, con las risas, el ruido de los motores que van y vienen cada vez que alguien llega o se marcha, la rotación de las sombras que se buscan y cabecean. Hélène apura la birra, se decide y se va derecha hacia Christophe.

—Hola.

Él se vuelve hacia ella, sorprendido, con sus colegas soltando risitas alrededor, pero Hélène pasa mucho.

—¿Podemos hablar?

—¿De qué?

—De una cosa.

El chico se vuelve hacia sus amigos, que se sienten con permiso para ser aún más gilipollas que de costumbre.

—¿Quién es esa?

—¿Quiere marcha?

Pese a todo, Christophe cede y los dos se alejan dejando que el cachondeo y las bufonadas se apaguen a su espalda. Hélène tiembla un poco, aunque no hace tanto frío. En un momento dado, roza la piel del chico con el dorso de la mano y esa sensación le sube hasta el alma.

—¿Dónde se supone que vamos?

La joven se queda quieta, un poco atontada, y se vuelve hacia él.

—Quería decirte…

Ahora están a la orilla de los árboles, lejos de los demás, convertidos en meras sombras sin detalles ni rostro. A Hélène se le va a salir el corazón. Traga saliva.

—Charlotte ha tenido que irse —dice.

—¿Qué?

—Charlotte. No se encontraba bien.

—Ah.

Tendría que hacer algo. La ocasión la pintan calva. Ahí está él, tan real. Ella solo tiene que atreverse.

—Le dolía la tripa.

—Vale.

Dos segundos más y el chico ya está dando un paso a un lado. Entonces Hélène lo agarra del brazo y le da un beso al azar, que va a parar a la barbilla. Sin decir palabra, él se zafa y ella se queda sola con su estúpido arrebato. Él ya está con sus amigos junto al fuego, bailando en la noche ideal, perfilando siluetas que no se le olvidarán nunca. Hélène oye sus risas y el crepitar del fuego llameante. Mañana cumple diecisiete años. Lo mejor de la vida.

13

Ahora cada uno llevaba su propia existencia llena hasta los topes, con sus anteojeras y una eventual sensación de «total, ¿para qué?». Y esa novedad que ahora ocupaba el centro, su relación.

Para Christophe, estaban las largas jornadas en coche surcando las carreteras, la interminable ronda de clientes, la captación de otros nuevos, las reuniones sin sentido con el departamento comercial y, por último, a las ocho de la tarde, el entrenamiento en la pista de hielo.

Cuando tenía a Gabriel en casa, solo entrenaba los martes y los jueves por la noche. Había llegado a un arreglo con Marco para que recogiera al niño del colegio y lo cuidara hasta que Christophe iba a buscarlo, casi siempre cuando ya estaba dormido, a eso de las diez. Los dos hombres charlaban cinco minutos en la cocina y Marco le contaba qué tal había ido la tarde, los deberes y el filete ruso con puré. Christophe se marchaba con el niño en brazos, le soltaba un beso a Marco desde lejos y dejaba al niño en el asiento de atrás de la ranchera, envuelto en una mantita, la más suave que había podido encontrar. Una vez en casa, lo llevaba a su cuarto, lo desvestía tratando de no despertarlo y lo arropaba con la manta. Le decía «te quiero» al oído, olfateándole el pelo, que olía tan bien. Se quedaba un momento de pie en el cuartito y miraba la lamparilla pirata, las figuritas de *Star Wars*, el carro de asalto con el cañón roto, la tapicería donde Gabriel había dibujado unas naves con ceras.

Charlie se mudaba en enero y él aún no se lo había contado a su padre. Desde hacía algún tiempo, parecía que la pérdida de facultades del anciano se había quedado en suspenso, lo cual no le había impedido perder de nuevo la tarjeta de crédito ni haber dejado el gas encendido debajo de una cazuela durante tres horas, la semana anterior. Y también seguía teniendo esos tremendos ataques de ira en los que no parecía él y que aterrorizaban al niño;

cuando se le pasaban, se deshacía en disculpas y seguía viendo la tele.

En fin, que Christophe tenía un ritmo de vida intenso, mala calidad de sueño y el cuerpo cada vez menos capaz de mantener el esfuerzo. Esas dificultades combinadas le producían una curiosa impresión, como si desapareciera el maquillaje y el rostro de las cosas súbitamente se mostrara tal y como era, desnudo, temible. Esos relámpagos de lucidez funcionaban como si lanzara una sonda en las honduras de su memoria, de la que brotaban retazos, a menudo cuando viajaba en autocar con el equipo de hockey, con la frente pegada a la ventanilla, dejándose llevar por la carretera y el paisaje.

Volvía a verse cuando era un niño en el patio del colegio, el pizarrín con la esponja redonda, el complemento directo y el castaño alto. Se acordaba de la programación infantil y del olor de las clementinas, y también de la consola Atari con su hermano, de la bicicross y de las Navidades, que eran mejor que un armisticio.

Durante mucho tiempo uno se tragaba todas las mentiras y aceptaba cada cambio de rumbo sin rechistar. Hasta que a partir del *collège* la vida se aceleraba de golpe. Había que llevar una cartera de diez kilos, ser guay, mirar a las chicas, escuchar hasta el infinito a los profesores cada vez más plastas durante años cada vez más cortos. Después, el hockey y las ilusiones que lo acompañaban, el repentino cambio de Julien, toda la pantomima de su vida familiar, tan desastrosa y aun así tan llena de amor. Las expediciones a la feria con Marco y Greg, la montaña rusa Tokaido Express y el olor a gofres, la mano de Charlie en una calle del centro un miércoles por la tarde.

Y luego esa frase que cortaba la vida en dos: «Mamá se ha muerto».

A partir de ahí todo fue mucho más rápido, hasta la tremenda carrera de resistencia que es la edad adulta, con su cansancio sin bordes que no se confiesa nunca, un esfuerzo tras otro y, detrás, el siguiente, por el curro, por los niños, y un poco también ya por la muerte, discreta pero que se hace sentir porque hacen falta dos días para recuperarse de una mala noche, el sueño se ha convertido en una bruma liviana que se disipa con el mínimo problema y mañana no quedará nada.

Así fue como Christophe comprendió que esa vida no había sido la suya. La había utilizado para avanzar, como un puente, como un par de zapatos, y solo le había dejado, a los cuarenta años, un rosario de recuerdos borrosos. En el fondo, ya solo servía para poner su fuerza al servicio de un propósito que no le incumbía. A través de él, el mundo se había perpetuado sin pedirle su opinión. Cuando se veía con perspectiva, era como para pegarse un tiro.

Por suerte, de tanto en tanto, Épinal ganaba y a la vuelta cantaban en el autocar bebiendo vodka hasta que se caían.

Hélène, por su parte, tampoco estaba mano sobre mano. Las vacas gordas que había predicho Erwann habían llegado, Elexia acumulaba clientes y estaba previsto que el ejercicio se cerrara con un crecimiento alucinante. Así pues, hacía semanas que en la empresa todo el mundo trabajaba bajo presión y ya se habían producido dos ataques de llanto en pleno *open space*. Algunos incluso habían llegado a amenazar con organizar un comité de empresa, pero todo eso se susurraba discretamente delante de la máquina de café o a través de la mensajería personal, sin que nadie se lo creyese de verdad. Mientras, Jean-Charles Parrot concebía soluciones innovadoras a la cabeza de su departamento de innovación, cosa que no se le podía reprochar. Gracias a él, Elexia no tardaría en ofrecer cursillos de gestión inclusiva, recomendaciones sobre transición, módulos de diseño comportamental, auditorías de los sistemas cognitivos, herramientas de prospección ambiental y colaborativa. Erwann no cabía en sí de gozo y los dos hombres se pasaban muchísimo rato en su despacho, en la entreplanta, arreglando el mundo con abundantes aspavientos y anglicismos visionarios. De hecho, estaba previsto que Erwann anunciase varias cosas con ocasión de la fiesta de Navidad, que ese año se iba a desmadrar más que nunca (lo cual no dejaba de resultar preocupante, teniendo en cuenta que el año anterior había aparecido vómito incluso en el techo del servicio de mujeres).

Pero a Hélène lo que más rabia le daba era que Lison se dejara embaucar en todo aquello. Concretamente, el capullo de Parrot le había encomendado un proyecto de *benchmark*, por aquello de ver qué estaban haciendo en las demás regiones para respaldar a los organismos abocados a fusionarse.

—¿Sabrás hacerlo? —preguntó Hélène.

—Bah, iré navegando aquí y allá y algo encontraré. No suele ser muy complicado: empiezas diciendo cosas como (Lison hizo el gesto de las comillas) «habida cuenta de los nuevos retos» y luego enlazas con palabras como *creativos, ágiles*, blablablá…

—Ya, bueno, decir eso es como no decir nada.

—Seguro que encuentro dos o tres ejemplos, algo de Ródano-Alpes, algo de Aquitania… De todas formas, lo esencial es encontrar el triple perfecto.

—¿A saber?

—Las tres bes, las tres uves, las tres íes, da lo mismo, pero hace falta un triple, si no los tíos se agobian.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó Hélène para divertirse, mientras se fijaba que ese día la becaría lucía botas de baloncesto de plataforma, vaqueros *boyfriend* y un impresionante abrigo *oversized* color cámel.

—Me gustan las tres ces. Colectivo, comprometido y.

—¿Complejo?

—Muy facilón.

—Creativo.

—Muy manido.

—Cooperativo.

—Yo estaba pensando más bien en «calamitoso».

—También pega —admitió Hélène—. Aunque mi preferido siempre será «capullo».

—Pondré una diapo con el careto de Parrot para ilustrarlo.

Pese a todo, Hélène y Lison habían sacralizado su cita de los jueves en el Galway. Philippe lo sabía y volvía a casa pronto exprofeso para quedarse con las niñas. Allí, delante de una pinta, las dos mujeres mantenían conversaciones regocijadas, viperinas y profundas. Claro está, el idilio de Hélène era un tema recurrente. Cuando consumó el paso del dicho al hecho, con cierto orgullo y, en todo caso, muy satisfecha de sí misma, Hélène dijo: «Ya está».

—¡No! ¡Vamos, cuenta!

Y Hélène, después de unos dengues, enseguida lo largó todo.

Para ellos, el hotel Kyriad se había convertido en algo así como una isla. Quedaban allí una o dos veces a la semana, encuentros breves, por la tarde o por la mañana, que los dejaban con ganas de más, obligándolos a quedar de nuevo.

Christophe solía llegar antes. Hélène reconocía su ranchera y aparcaba a bastante distancia, en virtud de una inexplicable superstición. Los recepcionistas ya se habían acostumbrado a verlos pasar. Todo se volvía familiar y automático. Ella subía por la escalera y arañaba la puerta. Christophe abría, descalzo, la cogía de la mano y enseguida se la llevaba dentro. Allí, de pie y con los ojos cerrados, se besaban. Al principio, él no lo hacía como a ella le gustaba, pero poco a poco se fueron ajustando mutuamente, acabaron encontrando una manera propia, a fuerza de tanteos e improvisaciones y a costa de algunos fracasos, obviamente. Hélène también había aprendido cosas nuevas. Por ejemplo, al contrario que Philippe, Christophe no era de esos tíos a los que les encanta hacer la plancha. Tampoco era muy dado a los preliminares. La agarraba, le desabrochaba el pantalón o le subía la falda, apartaba las bragas y follaban así, sin dedicar tiempo a desnudarse. La ropa iba cayendo luego, por el camino, cuando recuperaban el aliento y bebían un poco de agua a morro. Y vuelta a empezar, golosos, curiosos, chupándose ásperamente, mientras Christophe procuraba no correrse para que durase más y Hélène le agarraba los hombros, se aferraba a sus brazos, establecía el ritmo cogiéndole los muslos a manos llenas.

Al principio del todo, ella se había empeñado en tamizar la luz para protegerse. Hacía tanto tiempo que ningún otro hombre la había visto desnuda… No podía evitar que se le ocurriesen toda clase de preguntas desagradables. ¿Le gustará la forma de mi vello, mi vientre, habrá cambiado algo con los embarazos, seré lo bastante estrecha, delgada, lisa, joven? Le dieron ganas de preguntárselo, para que la tranquilizara, pero no se atrevió. Y, a veces, al mirar cómo se dirigía al cuarto de baño después del amor, moviéndose con ese aplomo afable del tío acostumbrado a los vestuarios, había pensado «mierda, estoy convencida de que no le preocupa, de que nunca se ha preguntado si es follable o no». Esa ocurrencia la cabreó. Le entraron ganas de hacerle daño, de cogerle con los dedos un poco de la grasa que tenía en el vientre, de tirarle de uno de esos pelos que le crecían en la espalda y de decirle: «Mírate, estás grueso, eres pesado, estás cambiando, tienes la piel menos elástica; y el pelo, fíjate, qué desbandada, tú también envejeces, entonces, ¿por qué a mí me importa y a ti no?».

Quedaban, pues, por la mañana o por la tarde, hacían el amor tratando de dedicarle el tiempo necesario, a pesar del cronómetro inevitable y del mundo impaciente del umbral. A cuatro patas, atravesados en la cama o frente con frente, sudando con los vientres unidos como ventosas y los ojos negros, se entregaban. Por su parte, Christophe no se había hecho tantas preguntas. Esa chica, como el hockey, venía de antes, de los años válidos que perseguía ahora y, en el fondo, tal y como solía hacer, dejaba que lo arrastrase la corriente. Y aquí estaba. Podía contar con esas dos horas especiales al final del camino, la burbuja de su habitación, esa mujer que se preocupaba por él y que le parecía cada vez más guapa, al actuar la familiaridad como el más eficaz de los cosméticos.

Además, disfrutaba yendo al hotel, que siempre pagaba ella. Le gustaba la sencillez de las superficies, la ergonomía omnipresente, la distancia mínima entre la cama y la ducha, las toallas extremadamente limpias, el suelo neutro y el televisor colgado de la pared, los vasos envueltos en plástico, el sonido metálico y preciso del marco de la puerta cuando esta se cerraba pesadamente tras ellos, el código wifi que aparecía en una tarjetita al lado del hervidor, toda esa comodidad limitada pero invariable. Para él, esas habitaciones intercambiables no tenían nada de anónimas. Por el contrario, en ellas se encontraba en territorio amigo, en un margen donde podían follar cuanto quisieran, gritar si les daba la gana y limpiarse con las sábanas, hablar de sí mismos plenamente. Pensándolo bien, puede que fuera eso lo que más necesitaban, un confesionario. Christophe se quejaba de que no pasaba suficiente tiempo en la pista y de su padre, que estaba perdiendo la cabeza; Hélène, de su trabajo y de su compañero, que, quizá porque sospechaba algo, estaba aún menos presente de lo que solía.

De todas formas, cuando Philippe se dignaba a hacer acto de presencia, el fin de semana, por ejemplo, las cosas tampoco iban mucho mejor. Se quedaban en la cama hasta tarde, se demoraban en el cuarto de baño, las niñas no querían salir de casa ni tampoco comer y se pasaban horas sin moverse viendo Gulli. Además, ella siempre tenía que terminar alguna cosa del curro y él también. Al final, terminaban el día sin haberse visto de verdad. A veces, en la mesa, Hélène pillaba a su compañero con los ojos clavados en ella y, con un ademán rabioso de la barbilla, le preguntaba: «¿Y ahora

qué pasa?». Él no tenía nada que decir. A la hora de acostarse, Mosca siempre quería un cuento más. A Clara le costaba dormirse. Debía de ser por el invierno y el cansancio, qué bien les iban a sentar las vacaciones.

Así y todo, había veces en que Hélène se quedaba mirando a sus hijas y pensaba: «¿Qué porras estoy haciendo?». Entonces tenía la sensación de que se estaba cometiendo un crimen. Hasta que miraba los mensajes de WhatsApp, leía una notita de Christophe y todo aquello se volvía accesorio.

Pero, como todos los años, se acercaban las Navidades y no quedaba otra que planificar las vacaciones. Hélène marcó la tónica.

—Este año no puedo cogerme más de una semana.

—¿Y eso?

Philippe, en albornoz, estaba en el sofá, con el portátil en el regazo y el pelo aún húmedo de la ducha. Las niñas, por su parte, estaban sentadas en la alfombra delante de la estufa, la mayor jugando con la tablet mientras su hermana pequeña esperaba en vano su turno.

—Estamos de trabajo hasta arriba.

—Pues yo igual.

—Ya te lo he dicho. Con Parrot por ahí suelto, no puedo descuidarme. Ya está, es lo que hay.

—¿Y qué días pensabas faltar?

—Del 17 al 26.

—Entonces, ¿no nos vamos?

—Sí que podríamos.

—No veo cómo. Además, me voy a quedar una semana solo en casa sin saber qué coño hacer.

—Ocuparte de tus hijas.

Philippe la fulminó con la mirada.

—Bueno —dijo Hélène con todo pacificador—, podemos alquilar algo en los Vosgos de sábado a sábado. Y celebrar allí la Navidad. Así nos ahorramos los trayectos largos.

Al oír esa propuesta, las niñas aguzaron las orejas y ahora estaban esperando el veredicto.

—Las pistas de ahí arriba son una mierda —replicó Philippe.

—Estoy intentando organizar las cosas.

Clara y Mosca asediaron entonces a su padre, que acabó

cediendo, no sin haber soltado algunos comentarios desagradables. «Se avecinan unas estupendas vacaciones», pensó Hélène. Luego salió de la habitación y se encerró en el baño. Allí escribió a Christophe:

¿Nos vemos mañana?

Los puntos suspensivos que anunciaban una respuesta aparecieron enseguida.

Te echo de menos.

Hélène sonrió, de pronto con el corazón desbocado.

¿A qué hora?, añadió Christophe.

A las once.

Lo estoy deseando.

Me apetece mucho.

Qué ganas.

Tu polla…, dijo ella para provocarlo.

Los puntos suspensivos volvieron a aparecer *ipso facto* y Hélène sonrió aún más. No fallaba nunca.

Tu culo, escribió él.

Tus manos.

Tus tetas.

Tus hombros.

Tus piernas.

Hélène paró un momento, mientras pensaba, y luego, hábilmente, jugó una carta inesperada.

Tu GRAN cerebro (con un corazón).

De nuevo, puntos suspensivos.

Si se trata de decir chorradas…, escribió Christophe.

Hélène ahogó una risa y escribió rápidamente algunas palabras peligrosas que borró acto seguido, asustada de pronto, como si él hubiese podido verlas.

Así pues, en medio de la riada general, esos encuentros expeditivos se habían convertido en su única balsa. Se aferraban a ella y, de paso, aprendían a conocerse mutuamente. Hélène descubrió que era dulce y pusilánime, que no le costaba darle la razón, pero al mismo tiempo estaba construido en torno a un núcleo profundo, una especie de agujero negro donde se perdía la mirada. Y eso la maravillaba, ese curioso misterio plantado en lo más hondo de un hombre aparentemente zafio.

Por su parte, Christophe admiraba que Hélène tuviera facilidad para tantas cosas, que hubiera visto tantos lugares, que hablara tres idiomas, lo elocuente que era y que tuviera una opinión sobre casi todo, aunque a él no siempre lo convenciera, pero el mero hecho de que fuera así lo tenía pasmado. También su agresividad hacia los hombres, que por contraste otorgaba aún más valor a la delicadeza de la que hacía gala con él. Que una mujer con la clase y el nivel salarial que tenía ella, unas manos tan bonitas, aros de oro en las muñecas y un reloj de pulsera de cinco mil pavos pudiera cuidar de él de esa manera, lo conmovía hasta el alma. Al frotarse contra Hélène, tenía la sensación de que su piel desteñía y le pasaba a él algo de su valor. Tenerla en su cama, aunque solo fuera una hora, aunque solo fueran cinco minutos, ya era tomar parte en ese mundo privilegiado. Lo único que lamentaba era no tener a nadie a quien contar esas incursiones en la alta sociedad, porque, aunque sí que había intentado sincerarse con Marco, la reacción de su amigo lo frenó en seco.

—Anda, una tía tan larga tiene que mamarla que te cagas.

No volvió a sacar el tema.

Además, Hélène era una de esas mujeres sambernardo que no pueden resistirse a salvar a la gente que las rodea. Cuando notaba que algo iba mal, por el giro de un mensaje o por una respuesta demasiado abrupta, cuando a Christophe se le echaba el tiempo encima y volvía a ser ese forastero malhumorado y obtuso, lo desactivaba con una sola palabra, lo atrapaba con el lazo antes de que cayera en uno de sus habituales berrinches. Le daba consejos que él no seguía, quería cambiarlo por su bien.

Y, cuando lo veía debatirse, se decía: «Pues sí, esta clase de tíos no tienen ni un respiro, están sometidos en el trabajo, despistadísimos en una familia rehecha, ni siquiera les llega la pasta para darse un capricho, se han convertido en los gilipollas del mundo entero, a quienes les gusta el fútbol, los cochazos y los culazos». Tras siglos de reinado relativo, estos pobres hombres de golpe parecían sentirse fuera de lugar en un mundo que antaño creían que estaba hecho a su medida. Daba igual cuántos fueran. Se sentían acorralados, pasados de moda, esencialmente inadecuados e insultados por la época. Hombres criados como hombres, básicos y resquebrajados, una supervivencia en el fondo.

Cuando le contaba las veladas que pasaba con sus colegas, privando como cosacos y jugando con pistolitas de *airsoft*, o bien sus partidos de hockey de cuarentón, Hélène no podía evitar que le recordara a esos pobrecillos que se disfrazaban para recrear la batalla de Waterloo los fines de semana o esos niños grandes a quienes les apasionaba el paintball.

Sí, a ratos se compadecía de Christophe y entonces se sentía fatal, una vergüenza seca. ¿Qué pintaba ella con un tío así? Pero también le inspiraba una ternura casi insoportable. Puede que le recordase a su padre, así sin más.

Entonces se defendía:

—Qué pesaditos sois los tíos. Al final siempre nos toca hacer de enfermeras.

—De qué estás hablando, yo no te he pedido nada —replicaba Christophe, poniéndose enseguida a la defensiva.

Pero Hélène lo escuchaba y con ella Christophe se atrevía a poner las cartas encima de la mesa, en pocas palabras, su escaso lote de frustraciones e imposibilidades, entrecortado con risitas pectorales, cómo es la vida, ser gilipollas para morirte enseguida, casi siempre ridículo, pues menuda aventura.

Por ejemplo, le contaba que cada dos por tres su padre llamaba al niño Julien.

—¿Por qué Julien?

—Julien es mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

También salía bastante a relucir el famoso colega al que había liado una asistente domiciliaria y que iba a pasar directamente de soltero encallecido a cabeza de familia. Tenían previsto casarse en primavera.

—Tendría gracia que vinieses —decía Christophe.

—¿A la boda?

—Sí.

—Se te va la olla por completo, pobrecito mío.

Pero aun así, le daba un beso.

Hélène, en cambio, no era tan comunicativa. Seguramente porque le bastaba con Lison como depositaria de sus confidencias, aunque seguía prefiriendo hacerle preguntas. Esa generación no dejaba de sorprenderla. Quizá porque sus miembros habían crecido

con internet y las redes. Quizá porque anunciaban el fin del mundo. O precipitaban su expulsión de un territorio que consideraba conquistado: la juventud. En cualquier caso, esa mezcla sorprendente de mojigatería y de desenfreno, de compromiso y de pasotismo, de muermo y de ilusión absoluta, la dejaba de una pieza.

En una ocasión, las dos mujeres acabaron hablando de esa contradicción endemoniada a la que a veces tenían que enfrentarse en la intimidad, cuando el gran proyecto de la emancipación femenina chocaba de frente con esas extrañas aspiraciones a la bajeza.

—¡Pues claro, tía! —exclamó Lison, dialéctica por instinto—. No tiene nada que ver.

—Ya, no sé yo.

—¡Que no, en serio!

Estaban terminando la segunda pinta de IPA y la becaria, cuando superaba la tasa de alcohol reglamentaria, se arrogaba con facilidad las funciones de líder.

—Yo por ejemplo, me pone muchísimo que me escupan.

Hélène abrió unos ojos como platos y se echó a reír, antes de animar a la joven a dar detalles. Pero ¿qué le estaba contando?

—No sé por qué, pero me pongo como loca. El otro día lo estaba hablando con un colega, Robin, que es gay, ingeniero de calidad no sé dónde, de origen irlandés, ya sabes, un tío superguapo, majísimo, tendrías que ver su casa, es la hostia, con plantas por todas partes, no sé cómo lo hace, a mí se mueren todas a la primera, y, bueno, también es una zorra de cuidado, esos tíos no tienen límites con el sexo, te cuentan cada cosa que te quedas en plan ¿en serio? ¡Venga ya! Total, que él lo de escupir lo tiene superado, claro. Pero resulta que también estaba otra colega, Laura. Y la tía empezó a machacarme. Que si no te respetas a ti misma, que te escupa un tío, que si no me lo puedo creer. Se tiró así diez minutos, yo no podía más. Acabé pasando de ella. ¿Tía, de qué vas? Lo que no voy a dejar es que nadie me diga cómo tengo que follar.

Más tarde, Hélène le contó la anécdota a Christophe, al que le pareció una idea bastante atractiva.

—Tendríamos que probarlo.

—Ya, pero soy yo la que te escupe a ti.

Él dijo «ñam». Al fin y al cabo, no todo es tan feo. Cada vez

tenían más complicidad, los límites se volvían más permeables y, a veces, a raíz de una frase, se abrían camino algunas declaraciones arriesgadas.

Una noche, Hélène recibió una llamada de Christophe mientras estaba conduciendo. Descolgó enseguida, temiéndose alguna catástrofe, porque normalmente solo se wasapeaban.

—Hola.

—¿Va todo bien?

—Tengo un problemilla. Un accidente con el coche.

—¿Y eso?

—No estoy seguro del todo. Creo que me dormí al volante. El caso es que he estampado el coche. Estoy a un par de kilómetros de Saint-Dié.

—¿Que te has dormido?

—Sí, es posible. Últimamente estoy hecho polvo.

El día anterior, el entrenamiento se había prolongado hasta las once de la noche y en el curro, el cierre del año siempre era muy tenso. Así que la hoja de ruta lo había llevado hasta Saint-Dizier, luego a Commercy y después a una zona industrial cerca de Metz antes de bajar hacia Lunéville, Baccarat y, por último, Saint-Dié.

—Vas a terminar matándote.

—Ya… Bueno, no te he llamado por eso. Se supone que tengo que recoger a Gabriel del cole dentro de un rato. No tengo a nadie. Marco está currando, Greg también. De mi padre, mejor no hablar.

—¿Y?

—Me preguntaba si podrías ir tú…

Hélène dejó que la meciera un rato el ballet de las escobillas encima del parabrisas. Estaba atrapada en los atascos de las seis y podía ver cómo el semáforo pasaba de rojo a verde y de verde a rojo sin avanzar un solo metro. Estaba pillada.

—No soy tu mujer, ¿sabes?

Siguió un silencio denso. Se puso a buscar en el bolso los cigarrillos, que por supuesto no estaban allí. Luego tamborileó nerviosa en el volante.

—Lo entiendo —dijo Christophe—. Ya me las apañaré.

Colgó y Hélène se quedó sola en el coche. La lluvia caía, suave como la nieve, y los ojos rojos de los demás coches se movían delante de ella formando una línea larga y serpenteante. Se llevó el

índice a los labios y se arrancó un pedacito de piel con el incisivo. A la mierda.

—¿Diga?

—Que sí, que vale. Puedo ir a recogerlo. Pero no voy a llegar antes de una hora por lo menos.

—¡Joder, muchas gracias! Voy a avisar al cole. Me salvas la vida.

—¿Y qué hago con tu hijo?

—Llévatelo a tomar una Coca-Cola en algún sitio. Voy a darme prisa. Estoy esperando a la grúa. El taller me va a prestar un coche. Lo que tarde en llegar. No será mucho.

—Bueno…

—Gracias —dijo Christophe.

—Ya, vale —dijo Hélène, con sequedad fingida.

Pero los dos se alegraban.

Era un niño de pelo claro y cara redonda, con las uñas sucias y la nariz moqueante, lo normal para la estación. Un niño de lo más anodino, salvo quizá por las gafas, que le daban a los ojos un aspecto sobredimensionado, como si siempre los tuviera abiertos como platos.

—Soy amiga de tu papá —le dijo delante del colegio.

—De acuerdo —respondió el crío, sin inmutarse.

Como no le pedía detalles, ella añadió que su padre había tenido un problema con el coche y que no tardaría en llegar. Se llamaba Hélène. No había de qué preocuparse.

—No estoy preocupado.

Y, en efecto, le dio la mano y la siguió, con la capucha puesta, de forma que ya no pudo verle más la cara mientras caminaba a su lado. Se sentía un poco intimidada y tampoco se le ocurría qué más decir. Cuando estuvieron en el café, le preguntó.

—¿Quieres tomar una Coca-Cola?

Él se lo pensó un momento.

—Mejor una Fanta.

Hélène se había metido en el primer bareto que encontró, un local sin pretensiones, con una sala única, estrecha y alargada, y los servicios al fondo del todo. El niño se sentó frente a ella sin tomarse la molestia de quitarse el abrigo. Enseguida clavó los ojos en la pantalla de un televisor que tenía puesto el fútbol.

—¿Te gusta el fútbol?

—Bastante.

El dueño trajo la dichosa Fanta y un té. Hélène comprobó la hora en el reloj de pulsera y luego miró al niño.

—¿En qué clase estás?

Él, enfrascado en las imágenes, no contestó. Tenía las manos puestas encima de la mesa, con los dedos cruzados, y esa postura, junto con la expresión seria, le daban un aspecto sorprendentemente adulto. Hélène sonrió.

—¿Tienes deberes?

—No —dijo él.

—¿Te importa mirarme cuando hablo contigo?

Él volvió la cabeza y se esforzó por sonreír. Luego bebió un poco de Fanta.

—¿Te llamas Gabriel, verdad?

—Sí.

—Yo también tengo dos hijas.

—Ah.

No parecía interesarle mucho. Pensó que sus intentos no conseguirían nada. Puede que no fuera tan malo. Así que cogió el móvil y empezó a mirar los correos electrónicos pendientes. Tenía cuatrocientos setenta y tres sin abrir, y muchos de ellos seguramente se quedarían así siempre.

Cuando por fin apareció Christophe, el cafetín era casi el único punto luminoso de esa calle poco concurrida. Se quedó plantado un momento en la acera y dedicó un momento a mirarlos, a Hélène y a su hijo, como si estuvieran en un escaparate, solos en el local de paredes decoradas con platos y farolillos. Y pensó que los dos estaban metiendo la pata hasta el fondo.

14

A los veintiséis años, Hélène vive en un bonito piso de dos dormitorios situado en el distrito IX de París. Gana catorce mil quinientos francos brutos al mes, lo cual está bien para su edad, aunque podría haber estado mejor. Pero para eso tendría que haber pasado otras pruebas de acceso.

Porque WKC, el despacho que la ha contratado, lo que vende es materia gris, cualificación, fachenda. De modo que un consultor que haya salido de HEC puede facturar hasta seis mil francos al día. El sueldo se calcula proporcionalmente. *Idem* para los ingenieros de la Escuela Politécnica, un tío que salga de la Centrale [6], de Caminos y Puentes, o para los escasos listillos que han podido hacer un MBA en Wharton, Harvard o han pasado por la London School of Economics. Luego, cae en picado. Están los que salen de las escuelas de negocios parisinas o los titulados de Supélec [7] o de Ciencias Políticas. En un nivel mucho más bajo, los que han estudiado en *business schools* de provincias. Por último, los perfiles que llaman «atípicos». Pues puede ocurrir que WKC contrate a un doctorando en Sociología de las Organizaciones o a un antropólogo que haya estudiado el mundo empresarial o la mentalidad del capitalismo o alguna chorrada por el estilo. No valen tanto como un alumno de la Escuela Normal Superior, pero se supone que ese tipo de intelectuales oxigenan un poco el cuerpo monolítico de esta empresa que cuenta con cuatro mil novecientos seis colaboradores y tiene una cifra de negocios de casi tres mil millones anuales en territorio francés.

Desde que ha entrado en WKC, Hélène a veces tiene la sensación de que el planeta entero está en manos de esos hombrecillos trajeados de azul que acuden a todas las empresas, a todos los grandes grupos y a las administraciones para demostrar a golpe de diagnósticos irrevocables la falta de adecuación entre personas y números, explicarles a los asalariados lo que hacen y cómo podrían

hacerlo mejor, asesorar a los servicios de recursos humanos, que siempre van a la zaga, e iluminar a los ejecutivos invariablemente condenados a mejorar la eficacia, galeotes de la productividad y condenados al beneficio de explotación.

Hélène ha estudiado en la ESC de Lyon. No es de las escuelas de comercio más mediocres, podría haber acabado en las de Nancy o Estrasburgo, por ejemplo, la suya al menos estaba en el *top ten*. Pero si no hubiera dejado el alemán en preparatoria, quizá habría sacado más nota en el examen de ingreso y entrado en una institución más prestigiosa que habría cambiado el perfil de su carrera.

Pero resulta que hasta entonces siempre se había dormido en los laureles. Era la mejor en el insti, le resultó relativamente fácil entrar en las clases preparatorias porque las mates contaban más en la nota final y, además, después del *bac* se pasó mucho rato de juerga. Y eso que, cuando fueron a ver apartamentos antes de que Hélène empezara las clases preparatorias en el Lycée Henri-Poincaré, su madre le advirtió:

—Ya eres mayor, puedes hacer lo que te dé la gana. Pero, como repitas, te vuelves a casa y hasta aquí hemos llegado.

Hélène, en efecto, hizo lo que le dio la gana, contenta de dejar atrás Cornécourt, a sus padres y a Charlotte, con la que ya no tenía mucho que hablar. En 2.º de bachillerato a esta última la trasladaron a un grupo de ES, que supuestamente era más generalista y menos exigente en matemáticas, y las dos chicas se perdieron de vista casi por completo. Hélène sabía que su examiga había salido con varios tíos, había tenido problemas escolares, se había sacado el carné y conducía un Clio azul pequeño. Ella, en cambio, había pasado mucho tiempo metida en casa por falta de pelas, por aburrimiento y por cierto desprecio. En su cuartito de adolescente había tascado el freno, leyendo mucho, sobre todo a Edith Wharton, por la que sentía verdadera pasión. Se decía que también ella descubriría la «alta sociedad», viajaría y sería una mujer libre. Por aquel entonces, la expresión «carrera internacional» le encendía bengalas en la cabeza. Durante toda esa etapa, su madre le reprochó muchas veces que se quedara en su cuarto, que no hiciera deporte, que se volviera sombría y torva. Pero fuera todo le hacía daño. La falta de medios, de espacio y de perspectivas, el

hecho de que todo el mundo se conociera y se metiera en tu vida, la vida en provincias, a la que le estaba cogiendo manía, un odio por las subprefecturas y las carreteras departamentales que le duraría toda la vida.

Hélène aprobó el *bac* con una notaza y Charlotte, por los pelos. Se vieron por última vez el día que salieron las notas, de noche, en el Papagayo, una disco problemática del centro que cambiaba de nombre todos los años por culpa de alguna pelea o porque el dueño había desaparecido, normalmente llevándose la caja. Pero apenas cruzaron un par de palabras. Su amistad ya no era más que un sentimiento zombi, un fuego mal apagado. Desde lo alto de la galería, mientras empalmaba un pitillo con otro, Hélène vio a su examiga pavoneándose en la pista. Y pensó: «He acabado con toda esta mierda».

En cualquier caso, se sacó las clases preparatorias con la gorra y, al salir de la escuela de negocios, Hélène encontró trabajo inmediatamente, empezando por unas prácticas en Olympus. Nada más contratarla, tuvo la suerte de que la seleccionaran para un programa de detección de jóvenes colaboradores con alto potencial. Fue entonces, y solo entonces, cuando descubrió lo que era tener que competir, pero de verdad.

Así pues, durante cuatro meses ella y una decena de afortunados elegidos más recibieron una formación costosa y superselectiva en un edificio de Levallois-Perret. En esa especie de incubadora la multinacional se esforzaba por que madurase el *top gun* de los jóvenes titulados a los que había logrado atraer. A todas luces, fichar talentos era un reto estratégico para el gigante japonés.

Y mientras que en las clases preparatorias y en su escuela de Lyon el ambiente había sido esencialmente muy de instituto, en definitiva, poco competitivo, esta vez Hélène supo lo que era sufrir. Ya en la primera hora de clase todos los participantes se presentaron y resultó fácil deducir, de los exámenes de ingreso que habían aprobado y de la trayectoria académica que habían seguido, cuánto valía cada uno en el mercado. Hélène resultó ser la menos favorecida del grupo y en lo sucesivo pudo comprobar que le hacían menos caso que a otros y que los propios docentes parecían mirarla con un pelín de conmiseración. Los viernes, algunos participantes iban a clase con ropa informal y aprovechaban la ocasión para

ponerse la sudadera de su universidad estadounidense o su campus de Jouy-en-Josas. Hélène se sintió como una mierda en reiteradas ocasiones. Aun así, ni lloró ni se desmoronó. No era su estilo.

En cuanto al contenido de la formación, era bastante sencillo. La empresa tenía ante todo empeño en identificar los puntos fuertes y las carencias de esas nuevas élites para remediarlas. También pretendía enseñarles a comportarse como auténticos líderes, «cuando habléis, noováis mucho las manos, hacedlo con voz tranquila, evitad las frases en negativo», en fin, toda esa psicología trágica elaborada a base de tópicos y un toque de manipulación que se considera una ciencia en las altas esferas de la toma de decisiones.

Pero la parte más importante eran los casos prácticos: recursos humanos, gestión de crisis, comunicación, dirección de equipos, rentabilidad. Este último ámbito era, obviamente, el más delicado. En concreto, los ejercicios consistían en procesar un gran número de datos en un tiempo mínimo para obtener las mejores decisiones. En ese jueguecito, Hélène se salía, y el único que podía dejarla atrás era ese tío alto y ya calvorota que venía de la Escuela Politécnica. Este, con su pinta de las juventudes giscardianas y su metro noventa de estatura, sus perdigones y su rapacidad, era capaz de parir un EBITDA con dos decimales redondeado a partir de unas treinta páginas de datos en menos de media hora. Era apabullante. Después de tantos años creyéndose un prodigio, Hélène acababa de descubrir, entre las paredes blancas de esa aula y ese puñado de supertitulados bien sentaditos, que sencillamente nunca se había enfrentado a verdaderos adversarios.

Después de aquello, estuvo currando en la sede europea de Olympus, en Hamburgo, una ciudad increíblemente acomodada, y no menos populachera, que imponía todo su peso de barcos y de contenedores a la entrada del Elba, con sus hombres gordos, sonrosados y ajetreados, su avidez de ganancias, sus innombrables turistas rebullendo por el puerto en un folklore marítimo que olía agradablemente a cerveza y patatas fritas. Allí había dado sus primeros pasos, recurriendo a un alemán somero y un poco de *globish* para dirigir a su reducido equipo especializado en instrumental médico y más concretamente en endoscopios, cuyo liderazgo mundial ostentaba Olympus.

Al cabo de dos años con ese régimen, harta de la rutinilla y cansada de dar órdenes, decidió presentarse a las ofertas de empleo de varias grandes empresas de *consulting*. Una antigua compañera de su promoción que trabajaba en Ernst & Young se lo había recomendado vehementemente.

—Ya verás qué interesante. Siempre es algo distinto. Aunque tampoco hay que engañarse. Se trata un poco de dar el pego.

—¿El pego de qué?

Le explicó de qué iba la cosa. So pretexto de vender eficacia y rendimiento, estas empresas en realidad prometían ahorrar costes. Y ese ahorro lo facturaban a precio de oro.

Hélène se presentó en Deloitte, KPMG y un bufetito de abogados que quería diversificar su actividad, pero al final la contrató WKC. El proceso de selección era el mismo cada vez. Casos prácticos y luego la entrevista personal. Los casos eran fáciles, siempre más o menos lo mismo. Un empresario cualquiera que vendía ventanas, moldes para gofres o cepillos para barrer el suelo. En función de su situación en determinado territorio, del coste de la materia prima y de la mano de obra, y según la competencia y otras consideraciones de esa índole, había que hacer un rápido cálculo mental para ayudarlo a cuantificar su mercado. Hélène se sabía de memoria la rutina y las respuestas. Lo más importante era no hacer gala de demasiada originalidad. En esa etapa, la reflexión propia no se consideraba un *asset*. En la entrevista personal, el aspirante debía mostrarse enérgico, pertinente, tirando a majo pero riguroso, tener valores pero sin exceso de celo, dar la impresión de ser fiable, leal, competitivo y trabajador, mostrar cierta campechanía aunque sin pasarse de la raya. *Grosso modo*, el punto de referencia era el pragmatismo y la ideología no tenía cabida, a menos que el pragmatismo fuese una ideología, pero resultaba peligroso enfocar las cosas de ese modo. Delante del reducido comité de examinadores que eran como el reflejo de su futuro, Hélène supo cómo manejarse. Ahora ya tenía tablas y, al contrario que en sus inicios, medios para permitirse unos vaqueros de Zadig & Voltaire, un *top* de Vanessa Bruno y zapatos de Sergio Rossi. Nada que ver con el traje sastre de Zara de cuando hacía pinitos.

A las dos semanas, se mudaba a París y empezaba a trabajar para su primer cliente.

Los inicios le resultan difíciles. El curro consiste en coger trenes y plantarse en universidades que quieren mejorar su organización. Porque en los ministerios, donde por cierto se cruzan los mismos hombrecillos azules que surcan las grandes empresas de asesoría de Nueva York, Oslo o Puteaux, las palabras clave han pasado a ser racionalidad, rendimiento y evaluación. Pues están hartos de que se pierda energía y de los derroches en general. Hay que rendir cuentas al contribuyente, amortizar la inversión del ciudadano, presentar al elector un balance consolidado. Ese dinero que se encomienda a la colectividad ahora hay que gastarlo con una sabiduría calculable, de forma científica, destinarlo a lo que ofrezca mejores resultados, que luego se medirán debidamente. Las lecciones sajonas están bien aprendidas. Se van imponiendo de un individuo a otro, en las escuelas, las altas esferas, chorrean luego por los despachos de dirección, llegan hasta los servicios administrativos, se infunden en los circuitos de toma de decisiones, desembocan en todos los despachos, en las agendas, para terminar en las cabezas, las arterias y he aquí un corazón que palpita siguiendo el ritmo satisfecho, un galope repetitivo, reproducible y eficaz. Ahora ya forma usted parte del *process*.

Pensándolo bien, no deja de ser maravilloso ver qué camino recorre la norma para acabar alojándose en el corazón de un hombre. En cada ocasión se topa con obstáculos, esas malas costumbres que se resisten. Pero poco a poco se va imponiendo, siguiendo su impulso categórico. Y no hacen falta ni un solo cañón ni el mínimo trabuco para que se opere esta mutación gigantesca. Ha bastado con la evidencia de las cifras, pues nada es tan apremiante como un objetivo, nada retuerce mejor el brazo que un indicador. El número es un amo que no se contradice nunca, a menos que quiera pasar por loco. O lo que es peor: retrógrado.

No obstante, para llevar a buen puerto esta revolución y orientar los esfuerzos en el rumbo correcto, los artífices de esta magna empresa de racionalización necesitan a todo un ejército de asesores y expertos que se ganan la vida reduciendo costes, comercian con su ciencia de los funcionamientos adecuados y venden a precio de oro sus conocimientos sobre medición, interpretación y cambio. Identificar, clasificar, priorizar y evaluar: con algunos verbos de la primera conjugación imponen el nuevo orden científico, el reinado

perfecto del rendimiento abocado a durar para siempre, porque ya no es relativo ni político ni histórico, sino que se afirma como la realidad al desnudo, convertida en materia calculable hasta el infinito.

Así pues, Hélène trabaja en la *business unit* de servicios públicos de WKC, que se encarga de facilitar la transposición en Burdeos, Toulouse o Picardía de los cambios necesarios que se están imponiendo a escala mundial. Ella que soñaba con viajar y vivir a lo grande, se queda con las ganas. Coge trenes regionales, duerme en el hotel Ibis de al lado de la estación y al llegar siempre se encuentra con el mismo hombre encorbatado que la mira con un doble rasero. Por un lado, es joven y es mujer, lo que lo incita a considerarla como morralla. Pero por otra parte, viene de París y gana más que él, lo cual resulta intimidante.

Dicho hombre, que suele ser un cincuentón marrullero al que le gustan las comidas interminables y los mocasines para no tener que agacharse a atarse los cordones, se las apaña como puede con los datos contradictorios, se muestra moderadamente cautivador e intenta marcar el rumbo.

—Lo que quiero es mejorar con los mismos efectivos —explica, alisándose la corbata.

Todos dicen lo mismo, Hélène ya está acostumbrada. Nadie habla nunca de «masa salarial». Es obsceno.

Cuando se la presenta a otros hombres de menor importancia en una sala de juntas agradable donde las asistentes se han molestado en disponer té, café y bollería, a veces se atreve a decir:

—Caballeros, quiero presentarles a una hermosa joven.

Inmediatamente, un sindicalista arremete:

—¿Cuánto nos va a costar?

En esos círculos, las mujeres son más escasas pero no menos duras, sobre todo esa que lleva un collar de baquelita naranja con pendientes de pinza a juego, que, con una bonita voz ronca de fumadora, en calidad de jefa del departamento de lenguas aplicadas, dice:

—No tengo nada contra usted, pero quiero que sepa que no estamos de acuerdo en absoluto con esta nueva moda de los despachos privados.

—Comprendo —responde Hélène.

A veces, alquila un coche y se recorre medio país para pasar tres semanas en una ciudad por la que corre un río, una ciudad con sus calles de Raymond-Poincaré, de Georges-Clemenceau y de Charles-de-Gaulle. Allí recupera el paisaje de su infancia, tres institutos grandes y un edificio de Hacienda construido en los setenta, cafés que se llaman Marigny o Bar Deportivo, arriates de flores, bancos de color verde, extrarradios razonablemente feos, una agrupación de petanca, una cámara de comercio, jóvenes en las terrazas y viejos por doquier.

Allí hace su trabajo.

Planta cara a la desconfianza de unos y otros con su tranquilidad sonriente, su capacidad de trabajo y su olfato casi infalible, porque Hélène sabe localizar enseguida, en el batiburrillo de información que le proporcionan, los puntos de fricción, las redundancias, donde el dinero se pierde y las estructuras se atascan. Ella, que nunca ha sido empollona, se mete en su papel y se convierte en una de esas personas que afirman querer «llegar al fondo del asunto». Al poco, nada la hace tan feliz como desentrañar un problema donde confluyen un punto legal, una norma administrativa y una línea presupuestaria.

Hasta el día en que falla en Orleans.

Dos meses después, durante la entrevista de evaluación, hace balance con su jefe, Marc Hammoudi.

—Escucha, en cuestión de competencias, trabajo de auditoría, analizar datos, no tengo nada que decir. Se te dan bien las tareas de guripa. Pero no has sabido ganarte al cliente.

—Espera, no lo entiendo. Me he currado a fondo esta cuenta.

—A los clientes hay que controlarlos. Tuve que ir dos veces para azotarlo a lo bestia. Tú todavía te crees que le vendemos organización y procesos. Métete dos cosas en la cabeza. Primero, gestión del tiempo. Eso es lo que le vendemos, horas de seso. Si empiezas a darle sesos gratis, la hemos jodido. Así que lo que él pida nos la suda. Le das lo que le hemos vendido. Punto pelota. Segundo, el espectáculo.

—Yo ahí no entro.

—Pues claro que sí. Ahí entramos todos. Tenemos un mercado de miles de millones y ningún producto. ¿Qué te crees que estamos vendiendo?

—¿Cómo?

—El cliente suelta la pasta, pero a cambio no recibe nada tangible. No acaba con un Ferrari nuevo en el garaje. Lo que le vendemos son neuronas. Ese es nuestro negocio. El problema es que la materia gris no se puede tocar. No le estás vendiendo las tartas y los gráficos, las previsiones o la estrategia. Le estás vendiendo inteligencia. El cliente paga porque eres más *smart* que él. Tienes que justificar tu plusvalía. Hay que montarle un show. Hay que hacerse con él. Y, por otra parte, todos tienen sus pequeñas manías, sus fijaciones. Como les hagas caso, la has cagado.

A partir de esa breve conversación, que le ha valido una calificación B y una prima relativamente birriosa, Hélène empieza a sentir por su jefe una tremenda admiración que tiene algo de síndrome de Estocolmo. Y eso que Marc Hammoudi no tiene madera de gurú ni aspira a convencer a nadie. Su libido reside en otra parte. Es un trepa a cara descubierta. En su caso, el deseo de medrar no se acompaña de ningún disimulo. Carece de esa preocupación burguesa por las apariencias que conduce a disfrazar el gusto por el dinero so capa de apetito por el arte, los objetos bellos, los caballos o la gastronomía. Lo que le excita es estar encima. El suyo es un deseo casi despojado, rústico, que siempre se topa con algún obstáculo, por cierto, pero que precisamente se aviva cuando lo contrarían.

Cuando Hélène lo compara con los demás empleados de WKC, salta a la vista que está hecho de otra pasta. Con el roce y simplificando mucho, ha logrado clasificar a los consultores en tres categorías: los probos soldaditos, los fanáticos y los turistas. Ella se incluiría más bien en la primera categoría, la de los que siempre han cumplido en el cole, aspirado a tener un buen curro bien remunerado, con sus ventajas y una pizca de prestigio, ascensos regulares, una carrera envidiable y una vida familiar plena. A esos les gusta el trabajo bien hecho, tener clientes consolidados y hablar de las cosas con conocimiento de causa, les parece interesante moverse por distintos ámbitos y les enorgullece adaptarse a diferentes contextos dando siempre lo mejor de sí mismos. Opinan que su trabajo sigue el rumbo correcto, que llamaremos el rumbo del progreso, de la adaptación a un mundo que evoluciona constantemente. Por su parte, a los fanáticos se los distingue por

una especie de ensañamiento, de convicción categórica. El *management* habla por su boca de la mañana a la noche, e inciden y priorizan incluso en familia, hasta los domingos, y les cuelan a sus hijos la misma sabiduría que a sus clientes, frases refritas como «mi trabajo consiste en ayudarte a que te hagas las preguntas correctas» o «la información es poder». Estos ya no distinguen el mundo laboral del real. La jerga los ha poseído. Se les ha metido el rendimiento en el alma. Se los distingue por esa mirada como a vista de pájaro, esa expresión implicada, fruto de una convicción profunda, de los hombres sabedores de que las cosas hay que tomárselas en serio pero sin temor. Al principio, Hélène creía que era por postureo; en realidad, se lo creen a pies juntillas. Pero lo más sorprendente es que no es cuestión de inteligencia, puesto que entre ellos hay gente casi retrasada y otra brillantísima. Se los puede ver dando zancadas para ir del *open space* a la sala de juntas, de una *conference call* a un *kickoff*, ajetreadísimos y con el traje sin una arruga. Acabarán siendo millonarios y los fines de semana llevarán polos Ralph Lauren y puede que hasta mocasines de borla. Lo único que se puede hacer por ellos es mirar cómo triunfan. Por último, están los turistas. Seguramente, al principio de su trayectoria haya un titubeo, un momento de incertidumbre a la hora de escoger orientación, unos padres que presionan en la dirección equivocada, una escuela de negocios donde se estudia por debilidad, conformismo o hartura, derroteros sin rumbo hasta doctorados inverosímiles que no llevan a ningún sitio. Sea como fuere, estos parece que están allí por casualidad, lo cual explica en gran medida la tremenda rotación que hay en el sector. El vocabulario de la casa les resulta ajeno. No aspiran ni a la satisfacción del cliente ni a cobrar primas excepcionales. No se sienten con mucha autoridad para decirles lo que opinan a personas que llevan décadas ejerciendo su profesión eficazmente y van como almas en pena por los amplios edificios transparentes de WKC, incapaces de disfrutar del servicio de conserjería ni del jardín japonés. No pretenden llegar a las plantas más altas por las que navegan los buques insignia de la empresa y, a veces, con ocasión de un fin de semana de *team building* en las gargantas del Verdon, beben de más y se ponen en evidencia.

En cambio, Mar Hammoudi, a su manera, es un bárbaro.

Almacena dinero igual que antaño otros arrasaban aldeas. Y, si bien guarda las formas con los clientes, llegando incluso al servilismo en ocasiones, es por pura estrategia de experto en camuflaje. Por lo demás, carece de ilusiones y tiene una inteligencia penetrante como un láser que inclina a Hélène a favor de los valores de la empresa.

Así pues, el presidente de WKC Conseil, todas las semanas, normalmente los jueves, remite un correo electrónico al conjunto de sus colaboradores, un mensaje a medio camino entre el resumen de actividades y el editorial. Todos los destinatarios lo leen religiosamente y, aunque algunos se permitan, ocasionalmente, expresar sus reservas, lo hacen siempre en *petit comité* y de viva voz. Por lo demás, esos mensajes suelen estar admirablemente hilados, con actualidades sobre el sector, perspectivas, apuntes que invitan a reflexionar y citas inspiradoras, además de hacer especial hincapié en los valores. Porque el presidente está convencido de que WKC es una empresa ética. Los valores son lo que la distingue de la competencia y donde reside su fuerza y su atractivo. Esta filosofía resultaba especialmente perceptible en un correo de junio de 2001 que abarcaba cuatro puntos: excelencia, coraje, *together, for better*. Un imprescindible que concluía con las siguientes frases que, aun siendo de cosecha propia, no dejaban de ir entre comillas:

«Nuestra probidad se ejerce mediante nuestro trabajo, las relaciones con nuestros compañeros y clientes, de puertas para adentro y para afuera, pero también en el ámbito de la amistad y la familia. El espíritu de WKC debe acompañarnos por doquier, de forma concertada y libre».

Pero resulta que Marc nunca lee esta literatura corporativa.

Un día que Hélène le preguntó sobre el modelo evolutivo que quería adoptar WKC, cuyos dos ejes, el de las modificaciones y el del continuismo, trazaban el camino de la transformación, le contestó simple y llanamente:

—Me importa un bledo.

Lo cual no le impide crear ese tipo de peroratas y gráficas a punta pala.

Hélène admira esa fuerza en marcha, busca su estela, la imita, le reconforta su contacto. Hammoudi, en cambio, parece que ni la ve. Va abriendo su surco, con sus anteojeras y su zanahoria, tremendo de potencia, sin cuello y con unos hombros enormes, la piel casi

gris, los ojos amarillos y los rizos lánguidos. Hélène no tiene ni idea de su vida privada. Se viste dentro de la media, de azul y gris, con corbata lisa y camisa monocolor semi a medida, mocasines flexibles, sin gemelos y un reloj de pulsera Omega que pega con todo. Es sencillo y pulcro. A veces se parece tan poco a una persona que se vuelve reconfortante como un ordenador.

Y, una noche, Hélène está ensayando una presentación destinada a unos mandamases del Ministerio de Enseñanza superior con Marc y un tío al que no conoce muy bien, Pierre-Antoine, que se caracteriza por llevar pajarita de vez en cuando y ser de una amabilidad irreal. Los dos hombres le hacen preguntas en un despacho vacío. Ella responde raudamente, un poco escolar, pero sabiéndose la cuenta al dedillo. El escrutinio dura poco menos de una hora, hasta que el jefe consulta su reloj.

—Ya basta. Así está bien. El martes iré contigo a ver al cliente.

—¿A Pau?

Marc ya está guardando el portátil. Pierre-Antoine se larga soltando un tímido «buenas noches». Entonces se quedan ahí los dos, Hélène de pie y Marc sentado.

—Sí, cogeremos el TGV y luego alquilamos un coche *in situ*. Mi asistente te lo va a enviar todo por correo.

Hélène se pasa todo el fin de semana agobiada, preguntándose qué tendría que echarle en cara, si se trata de un favor o de un castigo. El martes, en el TGV, Marc no le da ninguna pista. Se limita a mirar sus mensajes, se descalza, revisa expedientes subrayando con un lápiz bicolor rojo y azul, sale a la plataforma para llamar por teléfono, dejando tras de sí un leve olor a pies y a vetiver. Van en primera, obviamente, es un derecho que tienen todos los colaboradores de WKC, pero, a pesar de ese entorno favorable al trabajo nómada, a Hélène le resulta casi imposible concentrarse. El trayecto dura casi todo el día y el *boss* apenas si le dirige tres palabras.

Cuando llegan a la universidad de Pau, lo primero que hace Marc es tranquilizar al cliente. En WKC ya tienen costumbre, saben hacerlo, todo va a ir bien. Obviamente, sale caro, pero de todas formas es el precio de mercado. El presidente de la universidad los deja entonces a cargo de una especie de intendente que los lleva al despacho que les han reservado, un local aceptable, limpio y con

una ventana bajo la que corre el agua. Hasta les han preparado un termo.

—No nos sirve.

—¿Y eso?

—Es muy pequeño, no tiene luz. Estamos muy lejos de la gente que trabaja aquí. Búsquenos otro sitio.

—Pero esto es lo que tenemos.

—Búsquenos otro sitio.

Hacen falta más de dos horas y recurrir al bedel, a dos secretarias y, curiosamente, a un electricista, para que les encuentren por fin un sitio que a Marc le parezca bien. Allí les llevan los documentos prometidos y se ponen enseguida a desbrozarlos, aunque ya lo habían recibido casi todo por correo electrónico. Después de tres horas de trabajo, Hélène se atreve a salir un momento para fumar un pitillo, pero el jefe se queda allí, en calcetines encima de la moqueta, con la frente apoyada en una mano y los ojos inmersos en la pantalla del portátil.

Esa noche, Marc y Hélène cenan juntos en una cervecería pequeñita cerca del hotel. Ella pide un tartar y él un *calzone* con ensalada de lechuga. Engulle una hoja grande con cada bocado de pizza, que corta con un movimiento pesado, desde el hombro. Además, han pedido una botella de agua con gas y una jarrita de madiran. Como en viaje de trabajo Marc solo bebe agua, Hélène se encarga del vino y no tarda en notar cómo se afloja la tensión de los últimos días con la caricia de la bebida. Incluso se permite hacer algunas preguntas a las que Marc contesta de buen grado, hablando deprisa y con voz más ronca por la comida. Hasta que llega un momento en el que, dejándose llevar por el exceso de alegría, ella aventura un comentario cómplice.

—Me alegro de poder trabajar con alguien como usted.

Marc alza los ojos amarillos, entornados, y se la queda mirando un momento, como para asegurarse de que no le está tomando el pelo.

Hélène nota cómo se le encienden las mejillas.

—Me refiero a que tampoco estamos en una empresa cualquiera. No es que yo sea muy corporativa, pero, en fin, es un buen partido.

—¿Qué estás diciendo? A nosotros nos toman por los cuñados de la profesión. Pregunta en Deloitte, en los despachitos privados

donde hacen *merging* de alta costura. Incluso en Mercer nos tienen por unos idiotas.

Hélène, tras quedarse con la boca abierta, se recupera:

—Entonces, ¿por qué?

—¿Por qué que?

—¿Por qué está usted aquí? Podría estar en cualquier sitio.

No hace mucho todavía le contaron cómo Marc se había lucido durante una reorganización, casi por instinto, sobrevolando los datos como un chef olfateando una *bisque*, al encontrar el punto de bloqueo en cinco segundos: ahí está, ese lugar en el departamento de compras. Aquí hay alguien que no está haciendo bien su trabajo. El cliente se quedó pasmado. Parecía a la vez absurdo y mágico. De hecho, Marc tenía razón.

—Lo bueno de WKC es que no tiene ínfulas de nada. Les da igual cómo te apellides o de qué familia vienes. Si me apuras, hasta los estudios. A ti no tengo que decírtelo, que vienes de la ESC de Lyon.

Hélène encaja el golpe y él, satisfecho del efecto que ha causado, se pasa la lengua por los dientes para quitarse un trozo de lechuga.

—Estoy de coña. Lo que cuenta es que no me tocan las narices y no me van a negar un puesto de socio por tener el pelo rizado.

Durante los días que siguen, Hélène tiene ocasión de observar sus métodos más de cerca, cómo maneja al cliente, siempre atento, teniendo en cuenta sus manías y también maltratándolo, lo cual parece aliviar mucho a este último.

—Tienes que entender una cosa. Los clientes siempre están preocupados porque tienen una necesidad y no saben si la van a satisfacer. Tienen miedo de equivocarse al elegir. Tienen miedo de que les roben. Los clientes viven asustados y se buscan un amo que los tranquilice.

Esas cosas Hélène no podía aprenderlas en la escuela de negocios ni en los manuales. Las descubre en Pau, en el despacho que ocupan, donde entra a raudales la hermosa luz de octubre, algo atónita, en compañía del tufillo subliminal de los calcetines y la costosa *eau de toilette* de Marc. Lo que más le sorprende es esa combinación de perspicacia y astucia, incluso de cinismo. Marc es perfectamente capaz de soltar frases como «al fin y al cabo, nuestro trabajo consiste en ordenar habitaciones vacías» o «un consultor es un tío que te pide prestado el reloj para decirte qué hora es y luego

se larga con él». Pero detrás de esa especie de haikus mercantiles, Hélène también observa su buen ojo, su talento cuando está «excavando datos», hozando como un cerdo trufero, metiendo el hocico hábil y eficaz entre columnas y tablas, en los organigramas y las cuentas de operaciones, decidido como la reja de un arado, levantando la porquería de los números, poniéndose cómodo y con el cuerpo convertido en una bomba, un aspirador que disfruta repantingándose en ese santuario donde se echan los trapos sucios, donde la institución vacía sus secretos y deja al aire la intimidad de sus órganos secretos.

En esa cochiquera matemática, Marc Hammoudi encuentra las pepitas, busca el oro en el propio fango y, milagrosamente, estremeciéndose de gusto, lo encuentra. A él no le gusta mucho hablar con los clientes. Los hombres le parecen todos mentirosos y fatuos, y las mujeres, aterrorizadas y vanas. En su opinión, es esencialmente una cuestión de diplomacia, de hacerles creer que los ha escuchado, que los tienes en cuenta, en definitiva, maniobras dilatorias. Y, además, las actas lo asquean, los sondeos lo dejan frío, las cualificaciones le parecen una forma de tener buena conciencia, y su trabajo, como bien sabe, no tiene nada que ver con la moral. Esas maniobras se las deja a los demás. Ya no tiene edad de dedicarse a las tareas de conmiseración. Su ciencia de los mecanismos no necesita actores. Les deja la psicología a los aproximativos. Él se limita a la solidez de los hechos.

Después de dos días con ese régimen, Hélène tiene que admitir que Marc le ha facilitado mucho el curro y, a pesar de que no se siente capaz ni mucho menos de aplicar su estilo, ya no se volverá a plantear su trabajo de la misma manera. La noche del jueves cenan, como de costumbre, en la misma cervecería. Él parece satisfecho, animado y sonriente ahí sentado, pero no indica si se alegra por volver a París o por los avances de su discípula.

—Vamos a tomar un aperitivo. Y vino.

Luego comprueba la BlackBerry.

—El tren no sale hasta las diez. Tenemos tiempo.

Se decantan por un turnedó Rossini y una botella de Châteauneuf-du-Pape, supuestamente menos pesado que los vinos del sudoeste. La conversación versa esencialmente sobre el trabajo y los compañeros. Marc se muestra paternalista y mezquino a partes

iguales. Tiene una lengua viperina. Con él, nadie se libra. Gandules, lameculos, inútiles, niños de papá, empanados, subnormales, no escatima los insultos. Hélène se ríe y le da la razón. De golpe, en ese paréntesis que forman el vino y la connivencia, le parece muy guapo. Después del café y un chupito, Marc, mientras se pone la gabardina, decide que sería una bobada irse a la cama tan pronto. Hélène ya no está tan segura. De forma refleja, desconfía de ese tipo de hombres, los corpulentos que te envuelven y te abruman, repelentes y sexis, los asentados que empiezan a echar barriga y se las saben todas. La palabra *ejecutivo* le vuelve a la memoria.

—Prefiero ir a acostarme —dice.

—No digas chorradas. Vamos a tomar la última. Nos sentará bien.

Lo que la tranquiliza es que él parece estar muy lejos, ensimismado, como un cangrejo ermitaño con una Visa Oro. Marc paga la cuenta y deja una generosa propina que le granjea de inmediato la simpatía del camarero jovencito. Al final, Hélène accede a ir con él, porque en el fondo no le está preguntando qué opina, y allá que se van los dos por las calles casi desiertas de esa ciudad pequeña que no está precisamente animada los jueves por la noche. El jefe no dice ni mu, pero por la respiración jadeante y los andares indecisos se nota que ya lleva una buena. No tardan en llegar al Wilson, una discoteca clásica con su pesada puerta de mirilla corredera. El portero los mete por un largo pasillo donde ya resuena el eco apagado de la música, hasta que desembocan en una amplia sala con una barra interminable y una pista de baile de dos niveles donde se menean algunos consumidores lanzados, no tan escasos al final, a menos que sean los espejos y el parpadeo enfermizo de las luces los que causen esa impresión engañosa.

Mientras Marc se dirige a la barra, Hélène entorna los ojos, como si pudiera ayudarla a suportar el volumen sonoro espantoso. Hacía mucho tiempo que no iba a la disco. Recupera con placer culpable esa sensación de poder, con los bajos retumbando en el pecho y hasta las sienes, ser una chica en esa bolsa donde el deseo cotiza a la baja. Por no hablar de su aplomo parisino, porque el Wilson es una disco de provincia, y por tanto menos estirada, y Hélène ahora tiene dinero, los puntos de referencia correctos y en cada estación adopta sin ni siquiera planteárselo los nuevos hábitos

que nacen a orillas del Sena y que luego se declinan con retraso en otros lugares. O, al menos, eso es lo que ella quiere creer.

Pero esa mirada patricia también sirve para reconfortarla, porque la veinteañeras con tops claros que bailan en la pista ya empiezan a incomodarla. Y, de hecho, los chicos también, tan nuevecitos con sus polos de rugby. Cruza unas palabras inaudibles con Marc, asiente y empieza a notar el calor mojándole la espalda. Mientras se enciende un pitillo, se fija en un tío bajito muy raro, con bigote y chándal, que se contonea de forma bastante asquerosa mirándose en un espejo. Marc también lo ha visto. Esa aparición provoca una mirada cómplice, jacobina. Por fin, van a sentarse a un sofá que acaban de dejar libre dos parejas que se marchan.

—Hay que ver cuánta gente.

—¿Qué?

—Digo que hay mucha gente.

—Ah, sí.

Una camarera con una camiseta ajustada y amarilla de Johnnie Walker no tarda en llevarles una botella de whisky, un cubo de hielo, dos vasos y
Coca-Cola.

—¡¿Y esto?! —grita Hélène, a quien no deja de parecerle demasiado.

—Nada. Es cosa mía.

No queda claro si Marc se refiere a que paga él o que la botella es solo suya. El caso que sirve whisky en el vaso de Hélène y se lo alarga.

—¿Coca-Cola?

Hélène se lo lee en los labios, dice que no con la cabeza y añade un par de cubitos con unas pinzas metálicas. ¿Cuántas veces ha estado ya en la misma situación, con la cabeza que le empieza a dar vueltas, el entusiasmo amenazante, los arrebatos en los que no es del todo ella? Cuando era más joven salía mucho, estaba abonada a los apagones, esos momentos de pura alegría que acaban con amnesia y una resaca suicida. Al amanecer, más de una vez se había despertado en un piso desconocido, sintiéndose molida y sucia. Entonces tocaba recomponer lo que había hecho usando los escasos fogonazos disponibles. Más tarde les enviaba mensajes a sus amigas para rellenar las lagunas de memoria. «Espero no haber hecho

mucho el gilipollas». «¿A qué hora nos volvimos?» Las respuestas llegaban, aportando posibles alivios o revelaciones que más valía enterrar bajo la promesa de no volver a hacerlo. Hélène tenía unos cuantos esqueletos así escondidos en el armario, chicos aprovechados, una raya de coca en la tapa de un váter, pota seca en el pelo, domingos espantosos debajo del edredón, la vergüenza y las ganas de morirse al pensar que no hay forma de borrar todo eso. Porque lo que te preguntas por encima de todo es quién es esa otra persona que ocupa tu lugar cuando te emborrachas demasiado. ¿Será tu verdadero yo?

Mientras, su jefe, muy cómodo, con las piernas cruzadas, un brazo estirado en el respaldo del sofá y el vaso apoyado en la tripa, observa con beatitud cómo se mueven los cuerpos al alcance de la mano. Se ha quitado la chaqueta y, en esa posición, entre el calcetín negro y el bajo del pantalón asoma una amplia banda de piel pálida. A Hélène le da un escalofrío. Deja el vaso. Mira el reloj de pulsera, la una de la madrugada, ya es mañana. El humo le pica en los ojos. Siente los bajos en las sienes. Marc se inclina hacia ella. Le ve los labios, las gotitas de sudor en la frente, los dientes cuya blancura exagera la luz negra. Se lleva un dedo a la oreja para indicarle que no lo oye. Entonces él levanta las nalgas y se desliza hacia ella. Ahora su brazo está detrás de Hélène, quien a pesar del humo reconoce su olor, el vetiver, y, debajo, algo muy dulce, casi azucarado. Marc le dice al oído:

—¿Quieres bailar?

Ella retrocede. Y le sonríe.

—No. Creo que estoy cansada.

La cara de Marc se aleja. Ella contempla el rostro impasible, algo aplastado, y una vez más esos dientes tremendamente blancos. Él se pone de pie y se recoloca el pantalón.

—¿Seguro?

—Sí, sí —dice Hélène.

Entonces él se va a la pista y se pone a bailar, para sí mismo, deslizando las suelas de los mocasines sin moverse del sitio, con los brazos hacia arriba y los ojos cerrados. Le piel le brilla bajo los focos de colores. Hélène traga otro sorbo de whisky mientras mira cómo su jefe se mueve con la mayor seriedad, disfrutando de su movimiento profundo, solitario, integral.

Hasta que se interrumpe la música y, por el murmullo satisfecho que recorre la pista, Hélène comprende que los clientes habituales van a tener su momento. Los más jóvenes, sobre todo, se sonríen y se preparan, algunos agarrándose del hombro. Pasada la introducción, la voz del cantante silabea su programa solemne, que corean a voz en grito los chavales poniendo cara trágica:

Terre brûlée au vent
Des landes de pierres.

Hélène conoce esta canción, al igual que todo el país. En cada pueblo, cada aldea, en las bodas y los bailes, en radio Nostalgie y en la fiesta de Nochevieja, siempre vuelve, con los primeros compases lacerantes, la tesitura de Gitane, el *crescendo* que no cuesta y, de golpe, el silabeo, tan-tatán-tatatatatán. De repente, delante de ella veinte personas empiezan a bailar acentuando el tambor de la canción con el martilleo de todos los pies juntos, alzando la barbilla, en militar parodia, y ve cómo desaparece Marc, sumergido en esa muchedumbre de pistones. Solo quedan esos cuerpos indestructibles de los veinte años, los mismos que veía Hélène cuando era estudiante en las fiestas que, con cualquier excusa, organizaba todas las semanas la asociación estudiantil y que concluían invariablemente con esos *Lacs du Connemara*, para emular a la HEC.

Le vuelve todo de golpe. Ese apartamentito de Écully, las noches de barra libre y el finde de presentación que se celebra en un camping cerca de Montpellier, los veteranos obligando a los novatos a beber y Blanche Goetz metida en la tienda y llorando en bragas y sujetador, nunca se sabrá por qué. Un complejo hotelero que se preocupa por cuidar a su futura clientela los invita otro finde a esquiar en Val Thorens. Por suerte, como Hélène ha nacido en los Vosgos, no desmerece mucho en una pista roja.

Connemara de nuevo cuando, recién llegada a París, quedaba casi todas los noches con Julien, Léandre y Clémence. Todos estaban empezando en la vida, Léandre y Julien en un piso compartido y Clémence en casa de su tía. Durante un tiempo mantuvieron esa vida de estudiantes rezagados, saliendo mucho y acostándose unos con otros sin que llegara la sangre al río. Porque

por mucho que se cachondearan, descubrir lo que no quedaba más remedio que llamar «el mundo laboral» suponía más de una desilusión. En la escuela de negocios habían fantaseado con ser empresarios, directivos, con la economía como un territorio que conquistar. En realidad, lo que más hacían era rellenar tablas, asistir a reuniones, arrastrarse a los pies de los jefes y los clientes, vender humo y soportar a los compañeros. Cuando quedaban, no hablaban de ese tema, pues preferían creer que si las cosas se empantanaban era por culpa de una especie de novatada, una situación temporal. En casa de Léandre y Julien bebían un tintorro de catorce grados que les salía tirado en el Monoprix de la esquina y que les dejaba la lengua morada. Luego bailaban con Jamiroquai y Britney, Daft Punk y Sardou hasta que algún vecino iba a protestar. Entonces lo invitaban a que se uniese a la fiesta y a veces llamaba a la poli, pero los agentes que subían eran comprensivos: de ese tipo de juventud no había nada que temer.

Hélène seguía quedando con gente de su promoción con quien charlaba por Messenger en hilos temáticos. Se pasaban soplos útiles para el curro y desparramaban bastante. Todavía organizaban findes, barbacoas en el campo o fiestas de piscina. Los viejos tiempos no eran tan viejos. Así fue como hicieron un crucero por la Cícladas. Ver el amanecer sobre el Egeo después de no pegar ojo en toda la noche, tumbados en cubierta, con la piel bronceada y Sardou de fondo, bajito. Mejor, imposible.

En el verano de 2001, Clémence y Léandre se casaron en Drôme, en las inmediaciones de una antigua granja reformada que pertenecía a los padres de ella. Los novios acudieron a la iglesia en un Rolls y algunos hombres llevaban chaqué, cuando no uniforme militar. El acompañante de Hélène era un tío de la Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales que trabajaba con Léandre en la división de *retail* del BNP. Fue en aquella ocasión cuando conoció a un tío bastante cachas, mono, que vestía traje claro y corbata de punto de seda, un toque *british* muy consciente que a la joven le agradó. Se llamaba Philippe Chevalier y los dos bailaron bajo la carpa de tela clara tanto rock como canciones lentas. Entrada la noche, algún graciosillo había puesto la famosa canción de Sardou y todos los compadres acabaron en la pista, berreando y brincando como antaño. Todavía eran tan jóvenes, estaban tan bien

preparados para triunfar, tan en sintonía con su época… Hélène y Philippe prometieron llamarse, pero ninguno de los dos se tomó la molestia de dar ese primer paso. La corriente volvió a llevárselos hasta que se cruzaron, al poco tiempo y por casualidad, en un restaurante japonés del distrito XVII. Él la miró con esa expresión tan rara, entre golosa y socarrona. Desde entonces, seguían viéndose y se acostaban a veces. Aquel tío era a la vez un alivio y un agobio. No podía dejarlo ir.

En la pista del Wilson por fin cesó la música y los bailarines, después de las protestas de rigor, evacuaron la pista arrastrando los pies. Hélène se topa entonces con Marc, que, sujetando otra copa, sigue meneándose en una soledad desgarradora. Y, en ese ambiente de sótano, con el difuminado del tabaco y el silencio, repentino y tremendo después del barullo de la fiesta, esa silueta le recuerda a la de un hombre que se está ahogando.

15

Gérard Marchal no estaba enfermo.

Se le iba un poco la chaveta, pero, por mucho que dijeran los médicos y su hijo, no estaba enfermo.

Obviamente, a los setenta y tres años ya no estaba como para recitar de corrido las fábulas de La Fontaine. Aunque a saber. Cuando veía lo inútiles que eran los críos de hoy en día… En su época, la gente no tenía títulos para parar un tren, pero sabía leer, escribir y contar correctamente. La ortografía, como todo lo demás, se estaba perdiendo. Y su certificado de estudios valía tanto como sus *bac* de baratillo.

No, Gérard no estaba enfermo. Un poco cansado, nada más.

Esa mañana de diciembre en concreto, mientras se tomaba el café en la cocina, se sentía agotadísimo. Había trabajado tanto toda su vida. Era natural notar cierto cansancio. Además, su padre también tenía mala memoria. Perdía objetos y nunca había sido capaz de quedarse con la fecha de los cumpleaños de sus hijos. Gérard sonrió al acordarse. Eran otros tiempos. Entonces, los hombres no siempre se tomaban esa molestia. Estaba todo tan nítido aún. El rostro de su padre, el bigote y los ojos claros. Y su madre. La palabra *mamá* le pasó por la cabeza y sintió que la emoción lo pillaba desprevenido. Le sucedía cada vez con más frecuencia. Si la memoria flojeaba, el recuerdo era más sólido que nunca. Volvía a ver el patio del colegio de Champbeauvert y a los amigos, Bino, Hubert Lebon, Monce el largo y Robert Spinerni, un auténtico manojo de nervios. Una vez que le tocaba ordenar los bancos de la iglesia se quedó atrapado dentro y nunca se supo cómo le había pasado.

El anciano se puso de pie para llevar la taza al lavavajillas y el gato aprovechó para frotarse subrepticiamente contra sus piernas. Le prodigó algunas hondas caricias en el cuello antes de echar un vistazo por la ventana. Fuera, la hierba estaba cubierta de una fina

capa de escarcha y los árboles intactos dibujaban el mismo límite que antaño, a lo largo de la carretera. Volvía a ver a Christophe patinando por el estanquito helado. Al acordarse, sonrió, con la pálida luz de la mañana dándole en el rostro. Las imágenes zumbaban dentro de él como el fuego de una estufa.

Subió al piso de arriba emitiendo en cada peldaño un roce seco con las pantuflas y se aseó, procurando, al afeitarse, no dejar ningún pelo en la base de la nariz o en el ángulo de la mandíbula, como le sucedía a veces. En el espejo, ya no se reconocía del todo. Ya casi sin pelo, con cara de pito y esa extraña delgadez, él que siempre había estado sanote y hasta regordete, cumplidos los cincuenta. Entonces Sylvie lo ponía a dieta de oficio, lo cual tenía la virtud de encabronarlo. Tenía que conformarse con comer alubias y judías verdes, sin tan siquiera una patata o un pedazo de carne en el plato. Ahora, a Christophe le preocupaba su apetito. «Será que te saltas comidas, si no, no se entiende». Hasta lo había obligado a subirse a la báscula para controlarlo. Lo mucho que le tocaban las narices al cabo del día.

En su cuarto, el anciano se quedó un rato dudando delante del armario abierto. Dentro había ropa que no se ponía casi nunca, la mejor, claro está, la vieja costumbre de los trajes de los domingos para las grandes ocasiones. Pero ya no había ocasiones, salvo la caza y cuando el niño iba a casa.

Y resulta que ya no iba.

Se vistió como todos los días, con vaqueros, camiseta y el jersey gordo de camionero, que se arremangó. Antes de volver a la planta baja, pasó por el cuarto de Gabriel. Todavía estaba reciente. La madre se lo había llevado dos días antes. Gérard no dijo nada, pero llevaba desde entonces sin parar de darle vueltas al asunto. Ese día, el niño lo abrazó muy fuerte, apoyándole la cabeza en el vientre. Él le paso la mano de viejo por el pelo tan finito. Desde entonces, el abuelo era como una bomba de relojería.

En la planta baja, se calzó los zapatos gruesos de andar, se puso el chaquetón y se tapó las orejas con un gorro de lana tricolor. El gato seguía cada uno de sus movimientos, acompañándolo de cuarto en cuarto. Luego fue al garaje y se quedó mirando las dos armas enganchadas al soporte. Había una escopeta semiautomática Browning y su famoso rifle Sauer 404, una maravilla de equilibrio y

solidez que había comprado por una miseria en una subasta. Hubo un tiempo en que tuvo hasta siete armas de distintos calibres, tanto para patos como para caza mayor. Hasta que, poco a poco, tuvo que venderlo todo. Su hijo se encargó de encontrar compradores en internet. Pero tenía empeño en conservar al menos un arma en casa.

Porque una cosa estaba clara. En la vida, no tienes que dejarte mangonear.

De pequeño, se acordaba muy bien, otros críos del barrio de Bellevue se pasaban el rato buscándoles las cosquillas. Un buen día, Hubert Lebon pilló a uno y le pegó una tunda con un madero. No volvieron a saber de él.

Por aquella época, Gérard y sus amigos iban a todas partes con una canica de acero forrada con un cuadrado de cuero cosido al extremo de una larga cuerda de cáñamo. Se pasaban el día haciendo girar aquel invento por encima de la cabeza, al pie de los edificios donde vivían sus familias numerosas de posguerra, amenazándose por diversión, pero no menos dispuestos a utilizarlo si alguien se metía con ellos. A menudo se había imaginado los destrozos que podía causar esa honda casera. Seguramente sería posible matar a alguien.

Entonces se fijó en que el gato lo había seguido hasta el garaje y lo cogió por la piel del pescuezo para encerrarlo dentro de casa. Tampoco él era ya ningún jovencito. Más valía que se quedase en un lugar caliente. Hecho lo cual, dejó las armas y salió. El aire matutino picaba en la nariz y anunciaba un precioso día de invierno, limpio como una patena. Por la noche, el termómetro había bajado a menos siete y el paisaje se había quedado crujiente y anquilosado de frío.

Al llegar junto a la camioneta, se fijó en que tenía una abolladura nueva en la puerta corredera. La acarició con la yema de los dedos para asegurarse de que era real. El metal estaba helado y el daño era irrefutable. Desde hacía una temporada, descubría cada cierto tiempo nuevos desperfectos en su vehículo, todos ellos inexplicables. Ya habían tenido que cambiar el parachoques y una llanta doblada. Alguien se la tenía jurada, no podía ser otra cosa. Y eso que cuando iba al Leclerc tomaba la precaución de elegir una plaza algo apartada, aunque eso lo obligara a andar más, porque en los aparcamientos a la gente le da igual todo, no hay más que

domingueros e hijoputas. Normalmente, cuando descubría un daño de ese tipo, se ponía de muy mala leche y meditaba largo y tendido sobre represalias y medidas políticas cuando menos radicales. Porque había que reconocer que la mayor parte de los problemas eran fruto de la desidia generalizada porque los franceses se habían vuelto de lo más incívico y hasta peligrosos por pura pereza y egoísmo. Le habría gustado que alguien impusiera orden en ese follón. Hacía mucho tiempo que se consentían demasiadas cosas. Ya era posible una guerra civil. Lo había intuido antes que nadie, los inquilinos insolventes habían sido el primer aviso. Pero esta vez la chapa abollada no le inspiró más que un sorbido húmedo y se sentó al volante sin hacerle más caso. Otras cavilaciones más serias lo tenían ensimismado.

En el breve tramo de carretera departamental que llevaba al centro de Cornécourt, no se cruzó con nadie. En cierto punto, las líneas de alta tensión surcaban el aire. Aparte de eso, no había más que un impasible desfile de casas de una planta, un cuartel, varias rotondas, la tienda de pesca que aún estaba cerrada. Un sábado por la mañana apacible, casi muerto.

Lo cierto era que, si se ponía a pensarlo, los acontecimientos se habían encadenado a una velocidad de vértigo. A menos que algunos hechos se hubieran disuelto en la niebla. A veces sucedía que a Gérard se le perdían días enteros, como quien pierde la calderilla o las llaves. Christophe mencionaba una conversación que habían tenido y él, claro está, ponía cara de acordarse, pero en realidad no tenía ni idea de qué le estaba contando. A veces se encontraba en los bolsillos o en la cartera tiques de caja con importes exorbitantes que no le sonaban de nada. Ciento cincuenta pavos en Bricorama en pintura y bombillas. ¿Qué pintura y qué bombillas? O bien recibía por correo un pijama de franela que nunca había pedido. Abría el armario empotrado del piso de arriba para guardar el papel higiénico y resultaba que ya estaba lleno de rollos. Así era su mundo, sembrado de huecos, semanas erizadas de sorpresas y de preguntas sin respuesta. Se pasaba el rato improvisando réplicas e inventándose explicaciones. Porque sabía de sobra que estaban esperando que diera un paso en falso para mandarlo al hospital o, aún peor, a morirse en una de esas casas de viejos que huelen a lejía y donde terminan las vidas de ahora. Tenía

que desconfiar de los conocidos y de los demás, estar prevenido y parchear constantemente esa embarcación que hacía agua por todas partes.

Menos con el niño.

Porque él no lo juzgaba. De vez en cuando decía «pobre abu» porque le habían explicado que el abuelo no estaba bien, pero, aparte de eso, seguía mirándolo como antes. No cuestionaba lo que decía. Cuando le daba la mano, el viejo notaba su confianza y habría preferido que lo arrollara un tren antes que soltarla. Juntos daban paseos por el bosque. El abuelo iba a buscarlo al cole y le daba su *pain au chocolat* y luego uno de esos caramelos guarrindongos que pican. No eran buenos para los dientes, pero el niño se ponía tan contento y eso era lo que importaba. También veían mucho la tele, esa chifladura de dibujos animados que se hacían ahora, con conejos atontados y superhéroes en pijama. Muchas veces, el viejo acababa por dormirse y esas eran sus mejores siestas.

Ser abuelo le había resultado obvio. Mientras que con sus propios hijos le costó hacerse a la idea. Se acordaba, en la maternidad, al principio, cuando nació Julien, de ese cuerpecito rollizo y encarnado, con cara de batracio, que se notaba que había pasado meses metido en el agua; y, aunque fuera su hijo, sangre de su sangre, había experimentado algo difícil de explicar, una inquietud, un sentimiento de deber y casi de repulsión. Obviamente, con el tiempo se crearon vínculos, al menos hasta la adolescencia, cuando una vez más se había convertido en espectador algo asqueado de las mutaciones que estaban en curso. Lo menos malo que podía decirse era que no le había gustado nada en lo que se había convertido su hijo mayor, su forma de hablar y de moverse, como un gamberro, uno de esos moros del barrio de La Vierge con los que se iba por ahí, hecho un adán, con pantalones de chándal y cazadora vaquera, y siempre con cara de estar de vuelta de todo y los ojos rojos. Sylvie decía «ya se le pasará». Tardó bastante y al final tampoco llegaron a reconciliarse del todo. Hasta que un buen día lio el petate y se fue a un apartamento en la ciudad, cuando estaba estudiando una diplomatura técnica, sin pedir dinero ni nada. Gérard pensó que volvería con el rabo entre las piernas. No volvió a pisar por casa.

Con Christophe la cosa fue diferente. El crío aquel nunca fue tan problemático. Además, el hockey lo había encarrilado. Pero ojalá no hubiera conocido a esa chica con la que se encaprichó y que, al cabo de veinte años, provocaba esta gran desgracia.

Cuando nació Gabriel, Gérard vivía como un viejo idiota y con buena salud en el caserón vacío, sin más distracciones que la caza, el jardín, una suscripción a la revista *Marianne*, manías cada vez más restringidas y como un dolor por seguir existiendo aún. Y luego estaba esa sensación de tener siempre a los demás apuntándole a la cara, excesivamente ruidosos y contradictorios, casi como si se hubieran vuelto de una especie ajena. El nacimiento del niño había abierto la ventana de par en par. Bastaba con verlo corretear a cuatro patas o pringarse con el puré hasta el pelo para darse cuenta de que merecía la pena. Así pues, aún era posible sentir alegría.

Gérard no tardó en llegar al centro de Cornécourt y, en la glorieta situada entre el ayuntamiento y la antigua casa del cura, todo volvió a estar borroso. Sin saber ya muy bien qué pintaba allí, dio dos vueltas de reconocimiento antes de encaminarse a la nueva zona residencial que habían construido por donde la fábrica, un poco más allá de las canchas de tenis.

Las malas lenguas llamaban a ese lugar *turkishland*, aunque no estaba claro si esa denominación se debía a la procedencia de algunos de sus habitantes o a la nacionalidad de quienes lo habían construido. Fuera como fuese, la urbanización se había extendido como una erupción de urticaria, partiendo de la nada para rápidamente cubrir varias hectáreas de terreno acondicionado. Había allí decenas de casas unifamiliares, en general bajas y modestas, en ocasiones significativamente megalómanas, con una torre y esculturas de estilo antiguo por el césped, que se alineaban a lo largo de vías con nombres heterogéneos. En primavera, las casas enguirnaldadas de glicinias y recargadas de rododendros se pertrechaban para inverosímiles concursos de floración que siempre ganaban los mismos. Con el buen tiempo llegaban las piscinas desmontables, causa de perjuicios y alegrías. Por la noche, el olor de las barbacoas ascendía para cosquillear el olfato de dioses indiferentes y en todos los garajes había guardados un cortacésped y una mesa de pimpón.

Pero el verdadero punto en común no dejaba de ser esa rabia

sorda por delimitarlo todo.

Porque allí, al igual que en otros lugares, la libertad solo se concebía acotada, de ahí las separaciones obligatorias, los setos de tuya, las rejas metálicas, las hileras de bambús y las empalizadas con su primorosa capa de barniz. Cada parcela, al establecer su perímetro, organizaba un espacio exterior y su interior, entre los cuales la frontera nunca era totalmente hermética, aunque permitía dar por sentado que existía un reino, el de «mi casa». Allí, por fin, uno podía hacer lo que le diera la gana, como amo y señor y según su gusto, que podía ser rústico, sobrio o barroco, pero sobre el cual nadie tenía por qué decir nada. Cada casa, en definitiva, se consideraba un principado relativo, un territorio con sus leyes y sus embajadas, porque no hay que hacerle ascos a cruzar algunas palabras con el vecino, de puntillas por encima de la cerca, e incluso regalarle en alguna ocasión una lechuga recién cortada o prestarle una sierra de calar que tendrá que acordarse de devolver. A menudo uno se queja del ruido, de que los demás no saben comportarse, de que sus hijos se pasan todo el santo día berreando, de un perro que se ha colado con a saber qué subterfugios para cagar en el jardín, pero al menos tiene sus dominios y la sensación de vivir sin señor al que servir ni bárbaros a los que temer. En el fondo, lo que se tramaba en esos barrios calcados e individualistas, entre las tomateras y una bodega llena a reventar, no era más que un enésimo intento de encontrar la felicidad.

Sea como fuere, esa mañana aquel lugar estaba totalmente desierto y apenas lo perturbaba el cauce del canal que, bajo la tripa pálida del cielo nublado, recorría en vano varios kilómetros con sus reflejos pardos y negros. La helada nocturna había pegado los limpiaparabrisas al cristal y el césped blanqueado parecía haber caído en un sueño de cuento de hadas. Los apagados arriates que se entrelazaban con el asfalto formaban en esa desolación prometedoras islitas. Más tarde, quizá alguien sacaría a pasear al perro, iría a hacer la compra, pero de momento nadie se atrevía aún a aventurarse por las aceras y solo las ventanas iluminadas y las luces decorativas desmentían ese experimento de muerte anticipada.

Al pasar por segunda vez delante de una casa emperifollada como un árbol de Navidad, Gérard Marchal se dio cuenta de que

estaba dando vueltas. Tampoco importaba mucho. No lo estaba esperando nadie. Conducía al paso, mirando fijamente las fachadas una tras otra, y parándose de tanto en tanto un segundo para luego seguir adelante. Por fin, llegó al número correcto, en la calle adecuada. Abrió la cartera y lo comprobó en el pósit donde lo había apuntado. Sí que era allí, el número 22. Aparcó enfrente, del lado de los impares, y se puso a esperar.

Le latía el corazón, regular y tranquilo.

Su ira no sabía de impaciencia.

El niño se había ido. Nunca más volvería a tener prisa.

Hasta que, poco después de las diez, salió del coche para cruzar la calle. Al pasar, olfateó el aire frío en el que flotaba un olor agradable a leña quemada y ese otro, más cercano, mate, del asfalto. Abrió la puerta de tela metálica del número 22 de la calle Jean-Monet, que soltó un prolongado chirrido oblicuo. Enseguida, un perro se desencadenó detrás, en el garaje que estaba muy cerca, y Gérard subió apresuradamente los peldaños que conducían a la puerta principal de la casa. Allí, llamó al timbre y esperó. Por su parte, el animal seguía en sus trece y, cada vez que se abalanzaba contra la puerta, esta sonaba con un ruido de chapa tremendo, casi insultante en el silencio, e inmediatamente después el roce frenético de las garras arañando el metal. Esa barahúnda resultaba irritante y el anciano lamentó no haberse llevado una escopeta al salir de casa. Se imaginó disparando allí un par de tiros de gran calibre y la idea le gustó tanto que no pudo reprimir una risita. Mientras tanto, nadie se decidía a abrirle la puerta. Volvió a llamar. El timbre de carillón desgranó de nuevo las notas espaciadas por la casa mientras el perro seguía bramando. Al volverse para inspeccionar los alrededores, a Gérard le pareció ver que se movía una cortina en la acera de enfrente, pero quizá no fuera más que una impresión. Al poco, oyó una voz de hombre que venía del garaje, órdenes y amenazas. Hubo unos golpes sordos, el perro gimió y por fin se hizo el silencio.

Entonces la puerta del garaje se inclinó hacia atrás y apareció el amo del lugar, en pantalón corto y chanclas, con una gruesa sudadera amarilla sobre la espalda. Debía de medir apenas un metro sesenta, con gafas al aire y el pelo rubio ceniza, muy fino, que le daban cierto parecido con Laurent Fignon pero con un

aspecto más apagado, casi diáfano, que curiosamente recordaba cosas desagradables como una telaraña o la telilla de la leche. Ese ectoplasma, que manejaba con dificultad a un pastor de Brie de buen tamaño, se acercó un paso más y preguntó con tono maleducado.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría ver al crío —respondió Gérard.

—¿Cómo?

—Su hijo, el cabroncete ese —añadió el anciano.

El hombre hizo una pausa, con el entrecejo fruncido.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Gérard estiró un dedo amenazante hacia él, con la boca arqueada hacia abajo, deformada por el disgusto.

—Si estuviera en su lugar, no me haría el listillo.

El hombre se quedó un momento atónito, aferrado al perro como a un salvavidas.

—¿Está usted loco? —dijo—. ¿De qué me está hablando?

Gérard negó con la cabeza, con amargura, disgustado. Él sabía por qué estaba allí.

—Hala, ahora márchese —siguió diciendo el hombre—. O llamo a la policía.

—Sería demasiado tarde —replicó Gérard.

—Voy a soltar al perro, se lo advierto.

—Me importa un carajo el perro. De todas formas, esto no va con usted.

Definitivamente, la situación se estaba volviendo cada vez más incomprensible y ahora lo que le preocupaba al hombre rubio más que la presencia de un intruso, era la sensación de extravagancia, de desvarío galopante. Una ráfaga helada sopló en la calle, barriendo el vacío, y el perro hizo ademán de soltarse de la sujeción del amo, lo que le valió un cachetazo en el hocico. Gimió, bajó las orejas y se sentó sobre los cuartos traseros en el cemento, esperando a que llegara una ocasión mejor para desobedecer. Entonces, en el garaje apareció un niño. Iba descalzo y en pijama. Era Kylian.

—¡Vete a casa! —ordenó enseguida el padre, haciendo un gesto con la mano para echarlo.

Pero el niño, pálido y sorprendido, se quedó allí, contemplando al abuelo de su compañero, que los miraba fijamente sin decir

palabra.

—¡Que te vayas, maldita sea!

El hombre rubio notaba que la situación se le iba de las manos. Agarró a su hijo. Inmediatamente, el perro tiró en dirección contraria y se puso a ladrar.

—Así que eres tú, pedazo de escoria —dijo Gérard.

Pronunció la frase con tono monocorde, con bastante frialdad, pero aun así se percibían otros matices, de tristeza, de ira. Puede que también de desesperación. Mientras, el niño se resistía a la mano de su padre, sonriendo a medias. Era un niño muy rubio, de ojos dulces y algo perdidos. Una pernera del pantalón del pijama se le había subido hasta la rodilla. La carne, incluso de lejos, parecía de una delicadez extrema.

—Es culpa tuya —añadió Gérard.

—¡Pero bueno! ¿De qué habla?

Gérard no tenía por qué justificarse. Buscó con la mirada el camino más corto para ir al garaje y, con las manos estiradas y muy abiertas, empezó a bajar los peldaños. Aquel niñato de mierda le había hecho daño a Gabriel. Y Gabriel se había ido. Se limitaba seguir esa secuencia lógica, la más sencilla, que tenía la virtud de establecer causas y señalar al responsable de la desgracia que acababa de acontecer. Llevaba días dándole vueltas en la cabeza a ese ciclo. Y no salía de él. Lo explicaba todo, brillaba por la noche cuando intentaba dormirse, arrastraba en su remolino todos los demás pensamientos.

Ese niño era lo único que le quedaba.

Un curioso cacareo lo arrancó de sus cavilaciones y, volviendo en sí, como si despertara de un sueño, se paró en seco. Más allá, Kylian tiritaba por culpa del frío, de los pies descalzos encima del cemento, y le castañeteaban los dientes. Gérard oyó a su espalda el rugido grave de un motor que se acercaba y se volvió en el preciso instante en que un Range Rover se detenía en mitad de la calle. De él se bajó el alcalde de Cornécourt.

—Pero, bueno, ¿qué lío es este? ¿Qué te ha dado?

El anciano tardó unos segundos en reconocer a su acólito de antaño, pero cuando lo hizo cambió de actitud radicalmente y saludó amistosamente al tío Müller con la mano. Luego, echando una ojeada por encima del hombro, comprobó que Kylian, su padre

y el chucho habían desaparecido. Solo quedaba el hueco del garaje, con estanterías metálicas llenas de tarros, una limpiadora Kärcher, el trineo y, en el suelo, un hueso de roer medio comido.

—¿Y bien? —preguntó el tío Müller.

—¿Y bien qué?

—Me ha llamado un vecino. Por lo visto, estás montando otro numerito.

—¿Otro?

Gérard se preguntó a qué se refería con eso. Pero no siguió con el tema. Cada vez más a menudo, las cosas que le decían tenían ese aspecto de agujero trampa y prefería hacer oídos sordos. Total, para que le explicaran una vez más que estaba perdiendo la chaveta…

El caso es que hacía mucho tiempo que no veía a ese animal del tío Müller. Puede que años. Pero se acordaba de todo, de las barbacoas con los padres del hockey, de los torneos, de las tómbolas, de las campañas electorales, cuando hacía de asesor y aquel nombre aparecía casi en cada sobre: Paul Müller. La amistad de ese hombre lo había halagado. Le había comprado su BMW y habían bebido juntos. Y volvía a aparecer allí, el alcalde de Cornécourt, en lo más crudo de un último invierno. Una vez más, Gérard tuvo esa extraña sensación de que todo se volvía borroso. De pronto, no tenía ni idea de lo que pintaba allí. A lo lejos, en la otra punta de la calle, apareció un coche patrulla. No se tomó la molestia de encender las luces giratorias y los alcanzó a una velocidad excesivamente moderada.

—Vamos a solucionar esto —dijo el tío Müller con una mueca astuta.

E hizo un gesto tranquilizador en dirección al coche patrulla. Gérard, por su parte, ni se preocupaba. Estaba disfrutando plenamente del placer de ese reencuentro, de la sensación reconfortante que le inspiraban el rostro familiar, la voz de marcado acento montañés y esa sonrisa que arrastraba tantos buenos recuerdos.

16

Christophe no suele recordar lo que sueña, pero cuando Charlie lo despierta esa mañana le da tiempo a notar cómo se le deshilachan en la cabeza unas imágenes de piscina, con un espejeo agobiante y azul. Abre los ojos y acto seguido ya no queda más que una sensación desagradable, un latido acelerado en el pecho.

—Ya está —dice ella.

Está sentada a su lado, en la cama, muy tranquila. En el dormitorio, una lamparilla deja que los objetos se esbocen en una especie de lejanía apacible. Christophe se incorpora y bebe un trago de agua, parpadeando muy deprisa con los ojos aún atontados de sueño.

—¿Qué hora es?

—Las cinco —responde Charlie.

En la penumbra, se sonríen. Christophe aparta el edredón y se estremece un poco. Enseguida se pone en pie.

—Vamos bien, hay tiempo —dice.

Pero ya se apresura hacia el armario donde está la bolsa que lleva días preparada y contiene las cosas indispensables, camisón, ropa interior, neceser, algo que leer para engañar la espera que se avecina.

—No te dejes el cargador del móvil.

—Voy a avisar a mi madre.

—Espera, ya lo haremos más tarde.

En el pisito, el zafarrancho programado con tanta antelación se desarrolla sin tropiezos. A partir de ese momento, todo es importante. Christophe se da una ducha rápida, se viste mientras se toma el café y le echa un vistazo a la lista de tareas puesta con un imán en la nevera. Por su parte, Charlie está sentada en la cocina, con la bolsa a sus pies, encogida por encima del vientre enorme. Cuando lo mira, a Christophe a veces le da la impresión de estar contemplando un objeto autónomo, un huevo perfecto que lleva ya

su propia existencia, a pesar de ellos dos. Charlie y él han empezado a gravitar a su alrededor, y muy pronto el mundo entero. La joven parece preocupada a pesar de la inmensa calma submarina que la rodea. Se le hace raro estar allí, tan cerca del final, mientras el cielo empieza a azulear. Los vecinos aún están durmiendo, el edificio descansa en el silencio del alba y por la ventana se ven las farolas, las fachadas, el Mosela que transcurre abajo del todo.

—¿Estás bien? —pregunta Christophe.

—Sí.

Como de costumbre, él hace lo que se espera de él. Es dulce, no se aturulla, comprueba lo que lleva en los bolsillos, el móvil, las llaves del coche, la documentación, y coge la bolsa al pasar.

—Venga, nos vamos.

En el semáforo en rojo, le coge la mano a Charlie y la retiene un instante. No hay que asustarse. Todo va a ir bien. Charlie no está asustada. La ciudad se abre bajo la cuchilla del amanecer rosa, naranja y azul. Ha llegado el momento crucial de saltar a lo desconocido. Hay que ver qué cosa tan rara es la felicidad.

En la recepción, una mujer con los párpados color malva registra su llegada con indiferencia robótica y les indica que se queden en la sala de espera hasta que vayan a buscarlos. A partir de ese momento, a Charlie la atienden en un ambiente jadeante e higiénico algo irritante. Las contracciones casi parecen fuera de lugar en el decorado blanco de la habitación medicalizada. A intervalos regulares acude a verlos una enfermera con el pelo trenzado y una chapa en el pecho donde pone «Coralie». Rumia un chicle y lleva Crocs con medias de contención. Cada vez que le preguntan cuándo le van a poner la epidural, contesta que pronto. Charlie no tarda ni diez minutos en desearle la muerte. Porque el dolor ya ha llegado, con sus picos y sus oleadas que arquean los riñones y quiebran las espalda. A ratos, Christophe ve cómo se pone pálida y se le desencaja la cara de golpe, mientras se retuerce en la cama, presa de la tragedia de su vientre.

—¡Llámala!

Christophe obedece. Entonces Coralie reaparece, rumia, le toma el pulso a la parturiente, le ofrece un poco de paracetamol. Tras varias idas y venidas, todas ellas igual de inútiles, se decide a dejarles una de esas pelotas para los ejercicios prenatales.

—Pruebe con esto, le sentará bien.

Charlie no da crédito. Mira cómo sale Coralie, con toda la calma, y cómo se cierra la puerta a cámara lenta tras el uniforme azul.

—Se está pitorreando de mí.

De momento, aún no se atreve a tomarla con la enfermera y concentra el resentimiento en Christophe, que encaja los golpes plácidamente.

—Puede que te alivie —aventura imprudentemente.

La mirada de su compañera no deja lugar a dudas sobre lo que piensa en realidad. Habrá que encontrar rápidamente una solución y algo más científico que esa gilipollez de pelota.

A los diez minutos, Charlie se está retorciendo muy en serio, apretando los dientes y agonizante.

—¡Ve a buscar a alguien!

—No falta nada para la anestesia.

Charlie suelta tal patada que una de las playeras sale volando por la habitación.

—¡Que te muevas, joder!

Christophe sale pitando y encuentra a Coralie en la sala de descanso tomándose un café con algunas compañeras. Salta a la vista que no les hace ninguna gracia que interrumpa la conversación.

—Es mi compañera, está que no puede más…

—El médico está a punto de llegar.

—¿Podría darle algo?

—Hay que tener paciencia.

—Ya, pero es que le duele.

Coralie se pone de pie dando un suspiro y lo sigue hasta la habitación. Christophe oye a su espalda el chirrido de los Crocs contra el suelo plastificado. Le gustaría apretar el paso, pero no se atreve por miedo a molestar aún más a la temible enfermera de poderes lenitivos.

—¿A ver, qué pasa aquí?

Charlie está de rodillas en el suelo, en posición de rezar, con el culo en pompa y los brazos estirados. Cuando alza la vista, queda clarísimo que no se puede descartar que se abalance sobre Coralie.

—Quiero la anestesia —rechina.

—El anestesista todavía no ha llegado —replica la enfermera,

imperturbable.

A mujeres así, con el bombo hasta la boca, Coralie las ve desfilar todos los días, unas quejumbrosas y otras como quien echa una carta al buzón, y también complicaciones, horas de tira y afloja que a veces acaban en tragedia, una cabecita amoratada, una vuelta de cordón, la vida en estado bruto, tal y como viene, y luego las primeras veces que desgarran el vientre y las mujeres curtidas tras cinco embarazos, la industrialización del parto, sin pompas, pura rutina. Ya no se conmueve. En su caso, se ha impuesto la costumbre y se interpone la profesionalidad. Por no hablar del ejemplo que dan los médicos, que a menudo se enorgullecen de su frialdad y les dedican a las pacientes hipertrofiadas la mirada jupiterina de quienes pueden presumir de siete años de estudios superiores. Y, vistas desde allí arriba, lo cierto es que esas mujeres echando crías al mundo recordaban un poco al ganado y quitaban las ganas de ser solícita.

—Encuéntrelo —repite Charlie apretando los dientes y dispuesta a morder.

—Creo que debería ir a buscarlo —abunda Christophe, que también empieza a sentirse mal.

—Habrá que tener un poco de paciencia —repite la enfermera sin apearse de su tranquila indiferencia.

—Me cago en todo…

A Charlie acaba de atravesarla una contracción y vuelve a retorcerse, tumbada de espaldas, con los brazos tensos y los puños cerrados. Hasta que el dolor refluye. Vuelve a abrir las manos mientras por las sienes le corren sendas lágrimas.

—Diles que vayan a buscar al jodido médico o me voy a cabrear de verdad.

Christophe, con sonrisa apagada, se lleva a la enfermera fuera de la habitación.

—Ahora en serio, creo que debería hacerle caso.

—No son ustedes los únicos pacientes del hospital.

Christophe rompe a sudar. Mira por la ventana y respira hondo.

—¿Ese aparcamiento es el de empleados?

Coralie echa un vistazo intrigado y asiente.

—Si no hace usted algo, no me va a quedar otra que empezar a romper parabrisas.

—¿Se ha vuelto loco o qué?

—Encuentre a alguien. Ya. O bajo y lo reviento todo con una palanqueta.

Por muchas tablas que tenga la enfermera, la impresiona.

—Ahora vuelvo —dice, alejándose con paso rápido e irritado.

—Gracias —resopla Christophe.

Se pasa el dorso de la mano por la frente y coge aire antes de volver con Charlie. Sabe que bajará si hace falta.

Al cabo de cinco minutos, aparece un tío alto con corte de pelo militar y un anillo con escudo de armas en el anular. Bajo las cejas reprobadoras, le chispean los ojos.

—Pero, bueno, ¿qué jaleo es este? ¿Es usted el vándalo?

Christophe sigue sonriendo, con una amable expresión de derrota en la cara.

—Esto no es el lejano Oeste, caballero.

—¿Es usted el anestesista?

—¿Es usted el padre?

—Creía que aún no había llegado.

El hombre le tiende la mano, disimulando a duras penas el regocijo que le causan sus promesas de expedición punitiva.

Desde la cama, Charlie no pierde ripio de la escena.

—Por mí no se molesten.

A partir de ahí, la cosa transcurre de forma relativamente fluida. Llevan a Charlie a una sala de dilatación donde le inyectan la anestesia epidural y se enamora del anestesista de Action Française. Ahora ya pueden empezar a esperar de verdad. De tanto en tanto, una enfermera que ya no es Coralie acude a comprobar la dilatación del cuello del útero. Hunde los dedos enguantados en la vagina de Charlie, que mientras tanto mira fijamente el techo. En cada ocasión la enfermera parece decepcionada. Toca armarse de paciencia. Van pasando las horas, henchidas de un cansancio extraño, irritante y pesado a la vez. Sentado junto a su compañera, Christophe trata de distraerla. Le da la mano, le dice que está con ella. Como si le importara. A ratos, Charlie piensa que quién la mandaba a ella meterse en ese lío. Pero también hay momentos en que mira a Christophe con los ojos rebosantes de cariño y luego se amodorra, y Christophe aprovecha para jugar al Tetris en el móvil y mensajearse con los amigos. Cuando su padre se entera de lo que

está pasando, responde secamente:

—Voy para allá.

A los veinte minutos, Gérard Marchal comunica que está en algún lugar de ese hospital laberíntico y para no estar ocioso se dedica a echar monedas en una máquina de bebidas. Christophe no ha podido hacer nada para disuadirlo. Y tanto mejor. Esa presencia, aun estando lejos, lo reconforta.

Después de aplazarlo varias veces, también se decide a avisar a Julien y le envía junto al mensaje una foto suya con Charlie. Ya hace casi diez años que no sabe nada de su hermano. La última vez que lo vio, había subido desde Montpellier para ir al entierro de su madre.

Fue precisamente al nacer Christophe cuando esta última dejó de trabajar en la autoescuela de Le Centre para cuidar de los niños. Mucho más tarde, cuando su hijo pequeño empezó el instituto, quiso volver a su puesto, pero el mercado laboral había cambiado mucho en aquellos años. En 1975, bastaba con ser enérgica y voluntariosa. En 1990, te tiraban a la cara las palabras competencias y flexibilidad. Ya no podías ponerte exquisita.

Pero resulta que Sylvie no estaba dispuesta a doblar el espinazo. Llevaba demasiado tiempo viviendo como una semiburguesa y, definitivamente, tenía muy mala disposición. Gracias en parte al éxito de su tienda, Gérard y ella formaban parte de las fuerzas vivas locales, de las que asistían a los ágapes del ayuntamiento, a las celebraciones del 14 de julio, de las que echaban una mano para la sala de fiestas y el hockey. En casa ofrecían aperitivos a los que invitaban a otros comerciantes acomodados, un teniente de alcalde para asuntos escolares, un matrimonio de farmacéuticos que acudía en calidad de vecinos. El champán corría abundantemente y, cuando Sylvie picaba un pistacho, le tintineaba el oro en la muñeca. No puede decirse que fueran ricos, pero a fuerza de trabajar habían podido permitirse un Mercedes, una tele en cada cuarto, o casi, y reformar la buhardilla. Gérard se planteaba cada cierto tiempo comprarse un chalecito en la montaña para pasar los fines de semana.

De modo que volver a trabajar por un sueldo miserable, que puede que incluso les hiciera cambiar de tramo impositivo, ¿para qué? Y así fue como Sylvie renunció a tener una carrera profesional.

—De todas formas, me horroriza ser útil —zanjaba dando una calada al Winston.

Lo cierto es que Christophe no sabía a qué se había dedicado su madre durante todos aquellos años. Debía de cuidar del jardín y ver culebrones en la tele. También dedicaba mucho tiempo a atender a sus padres, que estaban muy mayores. Seguramente, en esa vida de interior, que transcurría entre el porche donde se ocupaba de las plantas y la peluquería que tenía la virtud de tenerla entretenida una hora a la semana, faltaba algo. Ella no se quejaba, pero puede que le hubiese gustado quedar con más gente o aprender a tocar algún instrumento. Al fin y al cabo, mencionaba a menudo ese test de cociente intelectual que le hicieron en la adolescencia y según el cual formaba parte del diez por ciento más inteligente de la población, lo cual tenía el don de horripilar a Gérard. Puede que también hubiese querido largarse, pero se había quedado por carecer de medios propios, de una pensión suficiente, de ahorros que fueran solo suyos. Sylvie dependía de un marido y, aunque este no abusara de la situación, no tenía alternativa. Durante mucho tiempo, su vida estuvo estancada.

Hasta que un buen día, mientras empujaba el carrito por el pasillo de refrigerados en el Intermarché de Cornécourt, Sylvie se desplomó. En el hospital, el médico salió al pasillo para hablar con Christophe y su padre. Por encima del abdomen de Sylvie habían encontrado una especie de roncha, como una manchita de liquen grisáceo en el costado derecho, unos centímetros por debajo de la axila. Debía de estar allí desde hacía semanas. Ella no se lo había contado a nadie y Gérard no había visto nada.

—Es un melanoma. Vamos a hacerle placas.

—¿Es grave?

—Ya veremos.

Cuando Gérard le preguntó a su mujer por qué no había dicho nada, ella se limitó a decir que tampoco era para tanto. Las radiografías más bien demostraron lo contrario. Se distinguían claramente zonas pálidas, como soplos claros que tornasolaban el pulmón y se extendían formando canales minúsculos por la caja torácica. El oncólogo, que sabía leer esa clase de canopeas, había puesto cara de circunstancias. De hecho, Christophe lo había pillado parlamentando en el pasillo con varios internos, cada uno de los

cuales tenía su propia hipótesis y proponía la solución más eficaz. Pero el doctor Truchy los paró en seco. Le habían pasado por delante ristras de cánceres, sobre todo desde la famosa nube de Chernóbil que supuestamente se había detenido en la frontera. Por lo que decía, no merecía la pena martirizar a esa pobre mujer. Benzodiacepinas, antieméticos y alprazolam, eso era lo único que podían hacer. Christophe sintió un tremendo vacío en el pecho. Así que se acabó, ya mismo, sin avisar. Volvió a ser un niño durante unos segundos. Mamá. De pronto sintió que apenas la conocía. Y luego tocó poner buena cara, con la duda, en el fondo, de si lo habría hecho a propósito, para escapar. Otro de sus sarcasmos, en cierto modo.

Por efecto de los medicamentos, Sylvie no tardó en hundirse en un estado como de flojera y extrañamente jovial, al menos cuando estaba consciente. El padre se quedaba por las mañanas y Christophe iba a última hora. De todas formas, se pasaba casi todo el rato durmiendo. Tuvieron que intubarla porque ya no conseguía tragar, lo cual no le impidió ganar muchísimo peso en un tiempo récord. Era el fenómeno más increíble, lo que podía hacer un cuerpo cuando era presa del mal, la piel como un pergamino, a punto de abrirse de puro tensa, en el tabique de la nariz, en las articulaciones, el vientre inflado a pesar de estar vacío, y esas tonalidades inusuales que lo abigarraban, el azul profundo y engurruñado en torno a los ojos, los arcoíris que surgían en los brazos aun sin haberse golpeado, el violeta eléctrico de las venas y ya ese jolgorio atroz de amarillos y verdes que en la superficie ahuyentaban el buen color de la salud. Y, debajo de la barbilla y en el pliegue de la axila, esas arrugas profundas que recordaban a la piel de un pavo.

Esa temporada, el equipo estuvo vegetando en mitad de la tabla y, con veinticinco tacos, Christophe ya no se hacía ilusiones sobre su carrera deportiva. El deporte de alto rendimiento y profesional se habían quedado para siempre fuera de su alcance. Pero le seguía gustando jugar, las sensaciones del sábado por la noche, viajar con los colegas y el estatus especial que aún le confería su posición de jugador. Ahora era él quien fastidiaba a los novatos, críos de diecisiete años desgarbados que salían volando como si nada en cuanto los empujaban.

Una vez, en un viaje a Villard-de-Lans, los jugadores se escabulleron del hotel de extranjis para ir a la disco. Fueron siguiendo el guardarraíl de la carretera, veinte tíos en fila india, en plena noche, como los enanitos de Blancanieves. Al final encontraron un Macumba cualquiera donde pudieron beber y bailar, Christophe incluso embaucó a una camarera, una morena guapa con el ombligo al aire, un buen par de tetas y aros en la nariz y las orejas. Sobre las cinco los dos se lo montaron en el local donde almacenaban la bebida y, cuando Christophe salió, los pavos que lo estaban esperando en el aparcamiento le aplaudieron. Tras lo cual volvieron igual que habían ido, machos atontados de alcohol y de cansancio, en fila de a uno. Cuando llegaron, el entrenador los estaba esperando en el vestíbulo y les echó la bronca del siglo. A las ocho todos tuvieron que ponerse el uniforme para dar vueltas corriendo por el campo de fútbol que había al lado del hotel. Casi todos los tíos vomitaron y el equipo de Villard ganó por siete a dos, pero Christophe volvió a casa tan contento.

Ese equipo lo protegía de las elecciones difíciles, lo protegía de las renuncias vinculadas a la edad. Y, cuando había pasado dos horas a la cabecera de su madre, la necesidad de ir a la pista se volvía casi insoportable. Allí, vaciaba la mente y patinaba hasta el agotamiento. Después de entrenar, sentado en bolas en los vestuarios, se miraba en el espejo, con la polla colgando entre los gruesos muslos, los hombros doloridos y macizos, el pelo empapado de sudor, el vientre que se movía por el jadeo y los músculos bien definidos, desde el cuello al ombligo y hasta la corva. Se fijaba entonces en esa vitalidad que resultaba tan visible en él, que le pasaba por la piel, roja en las mejillas y ardiente por todo el cuerpo. Todos los días se entregaba a fondo durante dos horas y al día siguiente, al despertarse, su fuerza seguía allí, recuperada, aparentemente inagotable. Se negaba a creer en el cuerpo de su madre, a la que ya no se atrevía ni a tocar. El hockey lo mantenía lejos de la vejez, el juego refutaba la muerte. A veces se despertaba llorando y ya no dormía hasta por la mañana.

A las tres semanas, el declive se aceleró. Sylvie había empezado a estar despierta solo dos horas al día y luego dejó de abrir los ojos y la boca. Al final, levantaba dos dedos para indicar que estaba oyendo, pero de todas formas ya no tenía ni idea de quién le

hablaba. Una noche, Christophe la besó en la frente por última vez. Su piel casi fría, húmeda como la de un gasterópodo, exhalaba un olor químico. Murió al cabo de unas horas. Sobre la marcha, prevaleció el alivio.

Cuando fue a buscar a su hermano a la estación, la víspera del entierro, Julien enseguida marcó la tónica:

—Déjame en el hotel. Ya me las apañaré.

—Papá he hecho *bæckeofe*. Te hemos preparado el cuarto en el piso de arriba.

—Ya he comido en el tren.

A pesar de todo, Julien se dejó convencer. Al llegar, contempló el caserón que se alzaba en la oscuridad, aún cargado de esa presencia que iría mermando, su madre.

—Esto parece Versalles —dijo el hermano al comprobar que las tres ventanas estaban iluminadas.

—Hasta hemos puesto calefacción en las tres plantas.

—Caramba.

Al entrar, recibió a los hermanos el aroma del *bæckeofe* que había invadido la planta baja, un aroma a paciencia y a esmero prolongado que era como una demostración.

Julien dejó caer la bolsa en el vestíbulo, pero se dejó el chaquetón puesto, y los dos chicos se dirigieron a la cocina donde los estaba esperando el padre, sentado en su sitio, con las gafas de media luna en la nariz, enfrascado en un sudoku. Llevaba puesto el delantal de cocina y había puesto la mesa con primor. Incluso había sacado para la ocasión la vajilla de Lunéville. El tubo fluorescente de encima del fregadero lo iluminaba todo de forma eficaz y cruda.

Al ver a su hijo mayor, Gérard exclamó «¡ah!» y se levantó con una mínima torpeza. Christophe comprobó cómo se había esforzado con el atuendo. Por una vez, no llevaba el habitual pantalón de chándal, que se escurría en las nalgas y se aflojaba en las rodillas. En cambio, no había llegado tan lejos como para ponerse zapatos y las pantuflas le daban cierto aspecto desarmante. La última vez que Julien lo había visto, casi ocho años antes, su padre aún era un hombre que le plantaba cara a la vida, al trabajo, a los mil problemas relacionados con su sustento y sus empleados. Las contrariedades lo mantenían. Se le notaba en los músculos, los hombros, los rasgos de la cara, se le notaba en la mirada cuando de

repente te convertías en un problema más que tendría que solucionar. Pero ahora, jubilado y en adelante viudo, casi solo y abocado al final, Gérard se había descuidado por completo. Era casi otro hombre, vestido con delantal y pantuflas, que había puesto la mesa y accedía a cenar después de las siete de la tarde. Él y su primogénito se dieron un beso en el aire y luego el padre propuso tomar una copa. Julien objetó que ya era tarde.

—Vamos, hombre. Tampoco tenemos prisa.

El primogénito por fin colgó el chaquetón en el respaldo de la silla y se sentó a la mesa. Brindaron alzando las cervezas.

—Por mamá.

—Por nosotros.

Encima del mantel blanco, las botellas dejaban una marca circular muy nítida. Era una tela gruesa, como las que se hacían antes, con material indestructible y pericias envidiables y capaces de perdurar varias generaciones. Ese mantel lo habían usado mucho, los domingos y en Navidad, para el cordero pascual, las ocasiones especiales y las fiestas. Había visto a hombres beber vinos añejos y zampar carnes en salsa, hombres con sus manazas, sus discusiones políticas, su risa de ogro y el culo pegado a la silla mientras las esposas apaciguadoras y preocupadas iban y venían entre el comedor y la cocina, juntándose al final para fregar los cacharros y charlando entonces libremente, en secreto, riéndose con facilidad y juzgando con dureza, luego, repanchingados y con el cinturón desabrochado y habiendo chupitos de aguardiente local, los buenazos de sus hombres trataban de decir algo definitivo al tiempo que aplastaban una colilla en el fondo de una taza de café.

Por encima de esa mesa habían corrido manos de niño, dedos húmedos de saliva que recogían migas de pan entre el licor de pera y el postre. Habían desfilado platos de familias prósperas y sencillas, pucheros, chucruts, estofados de buey y muchas buenas botellas. A su alrededor los cuerpos se habían encogido, los maridos se habían muerto de viejos, las mujeres, de pena, y viceversa. El mantel habría podido contarlo todo. La tela encerraba en su trama el secreto absoluto de una familia que se remontaba muy atrás. Había habido incluso un primo al que le gustaban los chicos y que una vez había llevado a su «amigo». Era el destino común, el tema intrascendente. Hubo herencias por las que se enemistaron

hermanos, crisis que se sucedieron para nada, se habían vertido lágrimas y un poco de sangre, perdido dinero y rehecho vidas, había pasado el tiempo pero el mantel seguía siendo blanco. Un padre y dos hijos comían encima de él. Bebieron un *pinot noir* alsaciano que les levantó el ánimo y, con la calidez temporal del día antes de un entierro, se reencontraron.

—Podrías haber venido antes —dijo Gérard después de meter los platos en el lavavajillas.

Julien, que se había pasado un poco bebiendo, se conformó con un ademán impreciso, meneando la cabeza de un hombro a otro. Era una concesión más que suficiente y el padre no se aprovechó de su ventaja.

Viéndolos así, reconciliados, Christophe no recordaba ya los motivos de sus antiguas discusiones. Y anda que no habían tenido peloteras. Incluso habían llegado a las manos. En realidad, siempre se habían pegado y, cuando era Gérard el que zurraba a su hijo cuando era pequeño, se trataba de un comportamiento tolerado, incluso pedagógico, mientras que el día en que Julien estuvo en situación de revolverse, la cosa casi fue digna de las páginas de sucesos. Sujetó a su padre contra la pared y le dijo: «La próxima vez, te reviento». Ahora, la madre ya no estaba. Si hubieran querido enzarzarse, ya no habrían sabido cómo hacerlo. Esas relaciones acababan de desaparecer junto con ella.

A continuación, los tres hombres estuvieron sorbiendo culines de licor de ciruela y de frambuesa mientras recordaban los viejos tiempos, tanto es así que el padre acabó sacando los álbumes de fotos del armario. Había unos diez que empezaban con los antepasados y terminaban a principios de los noventa. Las fotos de los setenta habían envejecido mal. Los colores parecían apagarse dolorosamente, con verdes diarreicos, blancos opalinos y asquerosidades parduzcas. Aun así, se estuvieron riendo de las osadías decorativas de aquel entonces, los estampados estrafalarios que adornaban tanto las paredes como los vestidos de las mujeres. Luego fue desfilando su vida, Julien de bebé, el parque, un montón de arena, su carita con el verdugo, la llegada de Christophe con un mono de esquí delante de un muñeco de nieve. Lo que les resultaba más raro eran los padres en segundo plano, lo que la película había captado a su pesar, su juventud, el cariño y las sonrisas, cosas que

luego se habían olvidado bajo las aguas de los domingos tristones y las riñas domésticas. Y eso que se les veía bien, a los treinta, y luego a los cuarenta, en el camping y en la playa, con una sillita de bebé, un niño de la mano, tan lozanos, fijados para siempre.

—Fijaos —decía el padre, poniendo el dedo encima de una cara —. Anda, por entonces tu madre aún llevaba el pelo largo.

—Ya no me acordaba de ese plumífero de Chevignon.

—Sí, me pasé semanas dándole la brasa a mamá. Por cierto, que nunca te enteraste de lo que le costó.

—¿Ah, no? —dijo el padre.

Y, por un momento, se reavivó la antigua relación de fuerzas, el padre burlado, la madre cómplice, los secretitos contra el poder, los chanchullos a espaldas del amo.

—Bueno, creo basta por hoy —dijo Julien.

Y se puso de pie, con cara sombría, dejando un vaso lleno encima de la mesa.

—Tienes el cuarto listo.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Al día siguiente fue mucha gente al entierro. Sylvie Marchal siempre había vivido en Cornécourt, y eso, obviamente, crea vínculos. Gérard desempeñó su papel de viudo con discreto embeleso. Siempre le había gustado que le concedieran importancia y no se había resistido a disfrutarlo, ni siquiera en esas tristes circunstancias. Ese era su vicio, el gusto por las medallas, las gratificaciones. De hecho, el alcalde había ido hasta allí y los dos hombres estuvieron hablando un rato. También se encontraron sentados uno al lado del otro en el tentempié que se sirvió luego en el Narval.

—Se ha recortado el bigote, el muy cabrón —observó Julien, que, desde el otro extremo de la mesa, observaba a su padre, todo sonrisas, solícito y como si estuviera haciendo campaña.

—Y tú te has cepillado los zapatos —replicó Christophe.

El primogénito sonrió, a la postre no tan disgustado de estar allí. Le preguntó a Christophe qué tal el hockey. Y eso fue todo. Christophe pensó que Julien querría saber algo más sobre su madre, las últimas semanas en el hospital. Pero esas palabras se quedaron atascadas. Al final, Julien se fue en tren esa misma noche.

—¿Seguro que no quieres quedarte algo más? —dijo el padre.

—No, tengo que irme, mañana trabajo.

Se dieron un beso delante del café, el hijo con las manos en los bolsillos antes de largarse con su silencio y sus temas pendientes. Entonces Christophe comprendió que no tenía madre.

Charlie se ha amodorrado por el cansancio. Al abrir los ojos, pilla a Christophe haciéndose un selfi.

—Es para mi hermano.

—Ah. Me extrañaría que respondiera.

—Ni siquiera sé si sigue teniendo el mismo número.

—¿Y tu padre?

—Esperando en alguna parte del hospital. Es capaz de echarnos la bronca por no darnos más prisa.

Charlie sonríe un poco, con la cara echada hacia atrás, como una santa en éxtasis.

—La verdad es que él ya está en la línea de salida.

—Sí. A veces me pregunto si este niño no le hace a él más ilusión que a nosotros.

Van pasando las horas, cada vez más largas, pero al menos a Charlie ya no le duele. Cada vez que el anestesista asoma la cabeza para ver si todo va bien, la joven lo mira arrobada y Christophe suspira.

—Mira, no puedo evitar que me haga tilín.

—Son los analgésicos.

La enfermera también aparece regularmente para comprobar en los monitores cómo avanza el trabajo de parto. No pierde la sonrisa y se dirige a ellos con una voz aguda, la que se reserva para los viejecitos o las personas que no hablan bien el idioma, pero, a pesar de esta jovialidad de buena ley, se nota que la cosa no va exactamente como debería.

Hacia las doce del mediodía, los monitores empieza a pitar.

—¿Qué pasa?

Los futuros padres se quedan en suspenso un instante, presas del pánico. El aparato en el que se pueden seguir las constantes vitales de la madre y del hijo sigue soltando pitidos de lo más irritantes. Christophe deja la sala y vuelve al cabo de dos minutos con una tercera enfermera que comprueba la pantallita negra por la que corren sinusoides verdes.

—No es nada. Se está cansando un poco. ¿Cómo va la dilatación?

La enfermera se pone un guante de goma y lo comprueba por debajo de la sábana. Charlie hace muecas.

—Todavía falta.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos?

—De momento, nada. Va a venir el médico.

La pareja se queda sola, espiando el ritmo cardíaco del bebé. La alarma se desencadena y luego se interrumpe. Charlie, al límite de sus fuerzas, se echa a llorar.

—No voy a conseguirlo. Estoy hecha polvo.

—Claro que sí.

—Cómo se nota que no tienes que hacerlo tú.

Suelta unas cuantas lágrimas más, que no tarda en limpiar con el dorso de la mano. Se sonríen.

Después de semanas de preparación con la comadrona, después de haber leído libros chorras para ser un buen papá y una buena mamá y saber qué hacer con el señor Bebé, han acabado allí, a la expectativa al desnudo. De tanto en tanto, Charlie, que padece aerofagia, suelta un prolongado pedo inodoro que no le hace gracia a nadie. Christophe, con sobria impotencia, procura no pasarse mirando el reloj.

Un poco más tarde le toca pasar a la obstetra, que hace un balance somero de la situación. Un tacto más. La situación no mejora en absoluto, cuatro centímetros a lo sumo, y aun así el aparato vuelve a sonar. Los ojos ojerosos de Christophe y Charlie tienen la misma mirada suplicante. La obstetra, bajo el abultado moño, se muestra tranquilizadora.

—Todo va bien. Solo hay un problemilla con las contracciones. El corazón del bebé está empezando a cansarse. No conviene que dure mucho.

—Y si no ¿qué?

—Todo irá bien —dice la mujer de blanco.

—Quiero volver a casa —replica Charlie, y vuelven a correrle las lágrimas por el rostro gris de cansancio.

La mirada de la obstetra le pasa por encima como un escáner, en un sentido y luego en el otro.

—Relájese —dice antes de desaparecer—. No hay ningún

peligro.

Al cabo de dos horas con el mismo régimen de estrés, incertidumbre y cansancio, Charlie se arranca las correas de la tripa y los pitidos por fin dejan de sonar.

—No se puede hacer eso…

Pero la joven ya está tratando de levantarse de la cama. Pone un pie en el suelo y Christophe la atrapa justo a tiempo para que no se desplome.

—Con la anestesia te has quedado sin piernas, no sirve de nada.

—¡Quiero volver a casa!

Pero, al cabo de tres palabras, la agresividad ya no es sino un sollozo.

Christophe la ayuda a tumbarse de nuevo y va a buscar ayuda una vez más. Pero en esta ocasión no encuentra a nadie. El pasillo está vacío. Las puertas llevan a salas abandonadas. Se queda ahí, respirando entrecortadamente, sin fuerzas y sin poder cumplir con su deber. Él también tiene ganas de pirarse. Se sienta un instante, con la espalda apoyada contra la pared, para recuperar el aliento. Tiene que aguantar. Empieza una etapa de la que no tiene ni idea. Por lo pronto, hacerlo lo mejor que puede ya no basta.

Pasan otras tres horas, en ese pasmo amortiguado, con la habitación convertida en una balsa a la deriva en la que deliran dos náufragos al borde del odio. Por suerte, Charlie acaba hundiéndose en un sueño intermitente y Christophe aprovecha para enviar mensajes a sus colegas. Greg y Marco contestan en ráfagas, mensajes de ánimo breves, notitas llenas de aplausos y puntos de exclamación. Hasta que reaparece la obstetra y les echa la bronca por haberse permitido desconectar los monitores. Llama a una enfermera al rescate para volver a colocar las correas y los dos sensores. Charlie gruñe. La pantalla resucita, con números rojos y grandes, y de nuevo el pitido.

—Esto no es bueno —dice la obstetra inclinada sobre la pantalla —. El ritmo cardíaco del bebé es demasiado lento. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Diez horas.

—Tampoco es tanto.

Christophe ve en los ojos de Charlie el esfuerzo que hace por no saltar. La obstetra sigue con el mismo tono impávido:

—Hay que intervenir.

—¿Qué significa? —pregunta Christophe.

—Una cesárea.

Aunque no le haga gracia que vayan a rajarla, Charlie respira. Por fin ve el final del túnel.

Después de inyectarle más anestesia, la llevan a quirófano. Christophe se queda con ella mientras al otro lado del campo quirúrgico trabajan la obstetra, una enfermera y la comadrona, con mascarillas y cubiertas con batas y gorros azules.

—¿Hace usted ejercicio? —pregunta la obstetra.

—Un poco. ¿Por?

—Tiene la pared abdominal muy desarrollada, no consigo sacarlo de aquí.

—¿Ya ha abierto? —pregunta Charlie, que se incorpora para comprobarlo.

—No se mueva —ordena la obstetra detrás de la mascarilla.

Christophe tiene sudores fríos. Se le pasan por la cabeza imágenes espantosas. Ahí al lado están expuestas las entrañas de su compañera.

—¡Espere! —grita Charlie, que nota súbitamente un tremendo tirón a la altura del abdomen.

Demasiado tarde. Dos manos levantan una forma rolliza, ensangrentada, cuyos rasgos cerrados se intuyen vagamente en la esfera maciza del cráneo. Esa aparición no dura más que un segundo. El cuerpo minúsculo ya ha desaparecido y entonces llega el llanto, desesperado, asombroso, tan nuevo que resulta inconcebible.

A partir de ahí, los acontecimientos se aceleran. Le entregan el niño fajado a la madre, que apenas tiene tiempo de darle un beso y de notar en el pecho la piel calentita del bebé. Tiene que marcharse para que la cierren. Y una comadrona se lleva al recién nacido y le indica a Christophe que la siga.

—¿Cómo van a llamarlo?

Christophe la sigue, con la bata puesta, hasta una habitación contigua.

—Gabriel —dice.

—Ah, sí, últimamente hemos tenido unos cuantos.

La falta de tacto de la comadrona resbala por el asombro del

padre. Entones, esa desconocida, cuyo rostro olvida pero no los gestos, empieza a asear al niño, hasta que se lo encomienda a Christophe mientras va a buscar algodón. El hombre se queda pues solo con esa cosa, su hijo, que tiene frío y llora a pleno pulmón abriendo de par en par la boquita sonrosada y vacía. El padre busca auxilio a su alrededor con la mirada, y luego se inclina hacia el niño, que, tumbado en la colchoneta del cambiador, empieza a tener buen color. Coloca los antebrazos a ambos lados del cuerpo minúsculo, inclina el torso, besa la frágil cabecita, el torso y los brazos mullidos. Le susurra una palabra dulce al oído y el llanto del niño se interrumpe.

—No tengas miedo. Estoy aquí.

El bebé no ha abierto los ojos y se aferra a esa menudencia familiar, el timbre de esa voz. Christophe le posa los labios en la frente, aspira el olor de los productos higiénicos en la pelusilla ínfima.

—¡Vaya, nos estamos presentando! —exclama la comadrona, que regresa con el algodón en la mano.

Con un solo movimiento, anuda un pañal en torno a la cintura del bebé, le pone un bodi y encima el pijama, le cubre la cabeza con un gorro de algodón claro y le alarga ese paquetito perfectamente envuelto al padre, que se pregunta cómo hacer para no romperlo en añicos.

—Que no, hombre, ya verá qué resistentes son.

Ya están en otra habitación, tan neutra como las anteriores, donde la enfermera coloca un sensor en el índice del lactante.

—¿Qué es eso?

—Nada. Es solo para comprobar que el corazón le late como es debido. Ahora voy a dejarlos.

—¿Está de coña?

Christophe, con el bebé en brazos, mira nerviosamente a esa mujer calmosa que sí que sabe cómo cuidar de un niño.

—Todo irá bien —dice ella, inconsecuente y convencida—. Ya lo verá. Le va a coger el truco.

Y le señala una silla en la que Christophe se sienta despacito, con tantas precauciones como si llevara entre los brazos una pompa de jabón. La comadrona le dedica ese mohín que hace la gente para tranquilizar a los demás, con boca de pato y los ojos cerrados, «va

sobre ruedas, ya lo verá».

Christophe se vuelve a quedar a solas con el bebé. Lo mira mientras se dedica a dormir como un poseso, con ese aliento tenue que es lo único que tiene. ¿Cómo puede sobrevivir una criatura así? Hasta que el niño se despierta y parece buscar algo con esos ojos incapaces y sinceros.

—Estoy aquí —dice Christophe en voz baja.

Los ojos parpadean.

—Estoy aquí.

Pasa el dedo por la nariz del niño, que cierra los ojos de forma refleja.

Acaban de llamar a la puerta. Gérard Marchal aparece en el umbral, con los brazos cargados y una amplia sonrisa bajo el bigote canoso.

—¿Estáis bien?

Christophe dice que sí por señas.

—¿Y la mamá?

—La están atendiendo. Le han hecho una cesárea.

—Ay.

El abuelo da dos pasos dentro de la habitación. Busca un sitio donde soltar las flores, los bombones y el oso de peluche enorme color café con leche. Cuando se libera los brazos, se acerca con pasos menudos.

—¿Puedo cogerlo?

Christophe titubea y luego se pone de pie para tenderle al niño.

—¿Cómo se llama?

—Gabriel.

—Ese es nombre de niña.

El anciano ha cogido al bebé en brazos.

—Ya tiene carita de Marchal —dice, inclinándose más cerca hasta besar el fino gorro de algodón blanco.

Christophe no tiene ánimos para llevarle la contraria.

—Duerme, corderito mío —prosigue el abuelo—, duerme. Ya tendrás tiempo, ya.

17

—

Para la fiesta de Navidad, Erwann había recurrido al mejor cáterin de la ciudad y el bufé reflejaba por sí solo las ambiciones y los éxitos de Elexia. Fuentes vegetarianas con verdura de temporada, más quince variedades de queso, ostras y frutas exóticas, y un montón de confites alambicados que compartían espacio con pilas de regalos vacíos, botellas de Borgoña y barreños de hielo erizados de cervezas locales.

Por su parte, a Hélène y a Lison lo que más les gustaba era el Ruinart. Erwann alardeaba de haber encargado veinte cajas. Regalos para los clientes. Se podían desgravar.

—¿Va a durar mucho? —preguntó Lison.

—Bastante —respondió Hélène.

Todas las fiestas de Navidad empezaban más o menos de la misma forma. En el *open space* convertido en *dancefloor* alternaban los comentarios profundos sobre la actividad de la empresa con temas más baladíes. Aquí y allá, un histrión desencadenaba carcajadas fáciles. Las colaboradoras que habían conseguido colocar a sus hijos ya estaban enseñando los colmillos, decididas a pillar una buena tajada. Más tarde tendrían que coger un taxi y al día siguiente lamentarían los excesos de la víspera, sin por ello renunciar a repetir la jugada en cuanto pudieran. Por su parte, un puñado de hombres con cara vertical se referían al futuro de los coches híbridos o a la política monetaria del BCE, incapaces de prescindir ni por un instante de su pinta competente, mientras los consultores *junior* rebullían alegremente, taimados y bromistas como niños de primera comunión, deseando cogerse una buena y follar a ser posible. Todo el mundo estaba alegre, tenso y receloso.

Porque todas las veces pasaba lo mismo. En pleno invierno llegaba esa cita tradicional justo antes de las festividades de fin de año, en la que corrían ríos de alcohol y la presión cedía de golpe. Como consecuencia, llegaban las confesiones desafortunadas, los

coitos vergonzosos y a veces alguna metedura de pata que podía echar a perder delante de los altos cargos varios trimestres de trabajo. De hecho, los más razonables se anticipaban a estos fallos y se habían prometido irse pronto. Pero el barniz, pasara lo que pasase, acabaría resquebrajándose. Después de meses trabajando todos sin descanso, con los *deadlines* en el punto de mira, atrapados entre los clientes y los jefes, desgarrados entre los objetivos que cumplir y las necesidades que satisfacer, no podían contar con mantener por mucho tiempo ese estoico distanciamiento.

—Y Erwann, ¿dónde se ha metido?

Lison, que ese día llevaba una rebeca de angora con una camiseta de los Ramones, se puso de puntillas para ver mejor, pero sin éxito.

—Se está reservando para luego.

—Eso no es buena señal.

—No…

Poco después de las ocho, la becaria conectó un par de altavoces a su móvil e inició una lista de reproducción de siete horas titulada *Turning shit into gold*, que de hecho provocó un cambio de ambiente radical. Reforzó la tasa de alcohol de cada organismo, claramente orientada al alza, y la gente se mezcló entonces con mayor osadía, empezó a bailar y a hablar más alto y se volvió de golpe más bullidora y táctil. El mismísimo Parrot parecía haber dejado de lado por una vez la pinta de primero de la clase. Estaba bromeando, que era algo que le daba al rostro un aspecto juvenil y, todo hay que decirlo, bastante sexi. Hélène aprovechó para pillarlo por banda.

—¿Y bien? —dijo.

Vio cómo, instantáneamente, la desconfianza le cambiaba la cara y la amplia sonrisa se reducía a un pliegue irónico en las comisuras.

—¿Y bien qué?

—Pues no sé —dengueó Hélène—. Como no hablamos nunca… Me preguntaba si eres un hombre feliz. Qué tal te van las cosas.

Ninon Carpentier y Karim Lebœuf, dos consultores *junior* conocidos por ir siempre colgados de las faldas de Parrot con la esperanza de conseguir a saber qué gratificación, se miraron de soslayo y se afianzaron detrás de sus vasos.

—Pues mira, sí. Hasta ahora hemos hecho cosas bastante interesantes.

—Ya he oído hablar de tu invento. Una oferta *premium* para grandes cuentas.

—Sí.

—Qué bien. ¿Y qué vas a ofrecerles, presentaciones de PowerPoint chapadas en oro?

Parrot forzó la sonrisa, pero detrás de esa fachada Hélène casi podía oír cómo giraban los engranajes y se tensaban los resortes.

—Solo quiero que estemos listos para el segundo trimestre de 2017. Nada más.

—¿Las presidenciales? —dijo Hélène alzando una ceja circunspecta.

Parrot confirmó su intuición moviendo levemente la barbilla.

—¿Y qué tienes pensado?

—Es una sorpresa.

—¿De qué tipo?

—Ya se verá —replicó Parrot—. Sea como fuere, lo único que puede hacer el Estado es reducir el velamen y volver a centrarse en la presidencia. El Estado social de papá se acabó. Es demasiado pesado, demasiado lento.

—Y, sobre todo, demasiado caro —interrumpió Hélène, bastante irritada, pese a todo, por ese chaparrón de tópicos.

—Sí. Es una cuestión de recursos, obviamente. Sé que en todas partes están currándose mucho los nuevos equilibrios. Ahí es donde se puede hacer algo notable.

—¿Te lo han dicho tus amigotes de los despachos?

Parrot frunció la nariz fugazmente. Cada vez le costaba más disimular lo molesto que estaba y sus dos secuaces acordaron que ya era hora de replegarse hacia el bufé. Como la algazara del *open space* dificultaba la conversación, Parrot se inclinó hacia la oreja de su compañera.

—Estoy convencido de que se avecinan oportunidades tremendas. Los ministerios cada vez desconfían más de sus administraciones. La nueva generación que ocupa los altos cargos ya no cree en ella. Cada vez que tengan que gestionar una crisis, que aplicar una reforma, cuando necesiten expertos, preferirán recurrir a equipos pequeños.

—La era de la *task force* —resumió Hélène, clavando los ojos en los de Parrot, con una pizca de ligoteo.

Y se llevó la copa a los labios, irónica y sin embargo seria.

—Quizá deberíamos trabajar juntos —dijo Parrot.

—Anda que no seríamos innovadores… —Y, después de reflexionar un momento, Hélène añadió—: Pero ¿qué podemos hacer con todo eso en provincias?

—Precisamente, ahí está el mayor nicho. París y la periferia ya no funcionan juntos. Las grandes regiones se lo tienen que inventar todo. Los departamentos se encabronan porque les llegan proyectos, pero sin los medios correspondientes. Las administraciones van con la lengua fuera. Rivalidades, reducción de recursos, inercia, problemas estructurales, es un marrón de nunca acabar. Se desmorona por todas partes. En los ministerios, los tíos van sin brújula. Los he visto hacerlo. Necesitan peces piloto, correas de transmisión. Necesitan que les llegue la información desde abajo y que les hagan el trabajo sucio.

—Ya, la mercenarización de la materia gris. Hace justo veinte años que no hacemos otra cosa.

—Sí, pero en versión de lujo. Con otro embalaje.

—¿Más cara?

—Como siempre.

—Muy hábil.

Brindaron.

Tres copas más tarde, Hélène se percató de la hora y pensó que, a ese paso, volver a casa iba a ser un número acrobático. Consultó el móvil. Philippe había intentado localizarla varias veces, cosa que la convenció para tomarse una copa más. A las once de la noche, Erwann seguía desaparecido. Ahora, la pista estaba abarrotada de gente bailando y la impertinente becaria quiso hacer un experimento. Pinchó *Be So Shy*

Don't

de Imany y enlazó con otros temas igual de lascivos y tortuosos. Enseguida la gente se emparejó y se dedicó a refrotarse.

—Si después de esto no acabamos con una camada… —dijo Lison.

Hélène sonrió. Miraba a esa joven tan alta que parecía un saltamontes de dibujos animados y, definitivamente, le parecía

guapísima. La elegancia a bajo coste, el perfil equino, los ojos separados y el pelazo, todos sus rasgos causaban una sensación de envidiable singularidad. Sin llegar a reconocerlo, Hélène estaba orgullosa de estar a partir un piñón con esa joven que parecía ser puntera aquella época. Borrachera mediante, la buscaba con el hombro y sentía ciertas ganas de besarla.

—¿Quieres bailar?

Así fue como las dos acabaron en la pista y la becaria incluso le dio brevemente la mano a su jefa. Como Hélène llevaba tacones, no tenía nada que envidiarle a la estatura de Lison y se pusieron a ondular, luciéndose mutuamente y cruzando la mirada de tanto en tanto, de forma evasiva pero cargada de intenciones. Hélène tenía una necesidad tremenda de gustar.

Y eso que, desde que quedaba con Christophe, estaba mucho más tranquila en ese aspecto. Por supuesto, no era más idiota ni estaba más alienada que cualquier otra, y maldita la necesidad que tenía de que la mirara un hombre para existir. Lo cual no quitaba que le resultara reconfortante que se empalmara con su culo, notar que se volvía feroz y dulce, los hombros fornidos, el vientre pegado, los empellones que llegaban al fondo desde lejos, porque estaba desnuda y abierta para él. Era guapa, como quedaba demostrado.

En cambio, le resultaba un coñazo volver a la tierra, con la familia y a la rutina con Philippe. Lo que antes solía fastidiarla dentro de un límite, ahora se había vuelto casi insufrible. Las ausencias por culpa del curro y la forma de escaquearse sistemáticamente cuando tocaba hacer la comida o bañar a la peque. Frases antaño anodinas, como «estaría bien que llamases a los Menou para cenar juntos», ahora eran un detonador. Así pues, las discusiones se habían multiplicado.

—Pero ¿qué te pasa últimamente? —decía Philippe.

Esta pregunta también la ponía de los nervios.

En el fondo, los viejos amores eran como los tapices ajados que cubrían las paredes de los castillos medievales. Había un hilo suelto, tirabas de él por diversión y todo se destejía de una tacada. En un pispás, ya solo quedaba la trama, con las manías y las neurosis al descubierto y el sueño agonizando, deshilado en la moqueta. Y, para ponerle remedio, los psicólogos no servían para nada y su revoque narcisista resultaba vano. No había cura que pudiera

remendar esos andrajos. Para hacerlo bien, habría que volver atrás y borrar esos veinte años de verdad rezagada que acababan de estallarte en plena cara.

Pero lo peor seguía siendo lo que pasaba con las niñas.

Una noche de la semana anterior, Hélène aprovechó una de las ausencias de Philippe para organizar una velada de tele. Era una vieja costumbre familiar. Cuando mamá estaba flojucha, podían comer rebanadas de pan untadas y chocolate caliente mientras veían unos dibujos. Mosca saltó de alegría y Clara comentó sobriamente que qué guay. Así fue como las tres acabaron en el sofá, que Hélène había tomado la precaución de tapar con una mantita porque la Nutella la carga el diablo. Mosca se puso un poco melodramática para elegir el programa, pero Clara se mostró inflexible. Y tuvieron la suerte de ver por centésima vez *Madagascar*.

—¿Otra vez? —se lamentó Hélène.

—Hasta la muerte —replicó Clara.

Y a su madre le dio la risa.

Para Navidad, su hija mayor había pedido un *smartphone*. Hélène notaba cada vez más cómo la absorbía el mundo exterior. Al salir de clase, Clara ahora tenía permiso para dar una vuelta de media horita con sus amigas y los fines de semana la dejaba ir sola a un parquecito cercano donde se juntaban tres o cuatro. Hélène había ido una vez a espiarlos, un puñado de preadolescentes apretujados entre sí en un banco, todos ellos encogidos, risueños, con los tobillos desnudos, sin bufanda, extrañamente cariñosos y metidos en su burbuja. Por lo demás, Clara hacía un poco de *skateboard* y empollaba a lo bestia, tenía 18,

5 sobre 20

de media general y ni siquiera necesitaba ayuda con los deberes. Se había leído al menos tres veces la saga de *Harry Potter* y ya empezaba a querer comprarse su propia ropa en Vinted. Dentro de apenas dos años estaría en el insti. Y luego el *bac* y se acabó. Mientras miraba a sus hijas absortas delante de la pantalla de la tele, Hélène se preguntaba qué estaba haciendo. Para qué desastre se estaba preparando. Los días se sucedían tan deprisa, y las semanas y luego los años, en esa vida todos juntos que duraba un suspiro. Los hijos, que al principio dependen tanto de ti que te

vuelven loco, el desgaste de la disponibilidad, la leche y el sudor, hasta que un buen día empezaban a desgajarse, se iban volviendo poco a poco casi unos forasteros. Clara tenía ahora doce años, Mosca, casi ocho. Y su madre quedaba con un tío a escondidas. Ahí estaba la tragedia, al alcance de los dedos. En algún momento, eso seguro, se produciría una deflagración y las cosas cambiarían para siempre. Hélène sintió entonces un agobio tal que tuvo que refugiarse en la cocina para recuperar el aliento. Allí fue donde recibió un nuevo mensaje de Christophe.

Un emoticono dando un beso en forma de corazón.

Desde el sofá, Mosca gritó «¡mamá, corre!» y Hélène puso el teléfono en modo avión con una pizca de fastidio. Volvió con las niñas y Mosca se acurrucó contra ella mientras se toqueteaba los pies mecánicamente y de tanto en tanto se llevaba los dedos a la nariz para olfatear el olor dulzón que había espigado entre los dedos, cosa que repugnaba a su hermana, pero no importaba, y así pasaron la tarde, como antes, en el algodón de sus costumbres, el fuego lento de las horas reiteradas.

A la hora de dormir, después del cuento, Hélène no se resistió a su hija pequeña, que todas las noches se inventaba una estratagema nueva para que su madre se quedara un poco más con ella. Se metió debajo del edredón y Mosca, mirando al techo, retomó una de sus letanías habituales.

—Mamá, no quiero que te mueras.

—Yo tampoco.

—O dentro de mucho mucho tiempo.

—Eso está bien.

—Dentro de doscientos cincuenta mil millones de años.

—Bueno, vamos a apagar.

Y, como una cosa lleva a la otra, la niña preguntó:

—¿Crees que existen gallinas zombis?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sí.

Ya en su cama, Hélène intentó leer un poco, pero no tenía el horno para bollos. Las cinco novelas que había sobre la mesilla, todas ellas empezadas y que seguramente nunca terminaría, daban fe de que no se trataba de un problema reciente. Así que volvió a coger el móvil y se olvidó de todo mensajeándose con Christophe.

Al oír el coche de Philippe en el sendero, apagó la luz y se hizo la dormida. Más tarde, en plena noche, Mosca tuvo una pesadilla y tuvo que levantarse para darle un vaso de agua. Hélène volvió a meterse con ella en la cama, para no volver a pegar ojo. Pegado a ella notó el cuerpecito calentísimo y rebosante de confianza. Pensaba en Christophe. En sus hijas. Ese tipo de cosas la hacían polvo.

—Anda, estás aquí.

Erwann acababa de aparecer, todo sonrisas, majestuoso y con zapatos puntiagudos, luciendo esta vez debajo del plumífero una camisa con gemelos.

—Es casi la una —dijo Hélène mirando el móvil—. No se corta un pelo.

Mientras el *boss* no estaba, la gente se había desmadrado más de la cuenta y la fiesta había tomado un cariz muy alarmante, con los asistentes fumando en el *open space* al margen del reglamento interno y meneándose rabiosamente en el suelo pringoso de alcohol y sembrado de lentejuelas, ya que a una compañera graciosilla le había parecido buena idea arrojar unos cuantos puñados cuando la lista de reproducción llegó a Britney, y ahora relucían por todas partes, hasta en el pelo y los escotes. Lison incluso se las había pegado en los pómulos.

La aparición de Erwann causó un breve revuelo, pero los empleados de Elexia estaban demasiado pedo para que les importara de verdad y el follón continuó a más y mejor. Por lo demás, el recién llegado no tardó en hacerse un hueco en la pista, acaparando el protagonismo con su barriga merovingia mientras daba vueltas deslizándose con las suelas de cuero como un bailarín de *twist*. Hélène lo miraba desde lejos, preguntándose qué estaría tramando. En cuanto tuvo ocasión, lo cazó:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —dijo Erwann, radiante.

La barba, más poblada que de costumbre, le daba un aspecto hípster muy desconcertante.

—¿Dónde te habías metido? Por aquí hemos echado de menos el discursito.

—¡Bah, estoy harto de discursitos! —dijo él alzando los ojos al cielo—. ¡Se acabó!

Lison se había quedado algo apartada, con la pajita entre los labios, irónica por naturaleza. Erwann le echó un vistazo fugaz y siguió hablando con Hélène.

—Por cierto, que ya me han contado lo de tus logros en la Agencia Regional de Salud. Bravo. Buen trabajo.

—Gracias.

—No, en serio.

—Gracias en serio.

—Bueno… Aquí no hay quien aguante —dijo, y se quitó el plumífero, mientras le hacía un saludo a Parrot, que estaba delante del bufé con sus guardaespaldas.

—Te dejo. Pasadlo bien.

—¡Menudo gañán! —se atrevió a decir Lison.

—Tampoco te pases. No estamos en el insti.

Lison se mordisqueaba la mejilla por dentro, sin dejar de mirar al hombre gordo que, con una copa de champán en la mano, ahora se dedicaba a bailar el *jerk*.

—Yo sé por qué no quiere dar el discurso.

—¿Y eso?

—Van a hacer socio a Parrot.

—¿Qué?

—En enero.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hélène, aferrándose a la copa y con una súbita flojera en las piernas.

—Lo sabe todo el mundo.

Fue como si entre las dos mujeres pasara una corriente de aire. Instantáneamente, Hélène notó que se le pasaba el efecto del champán y se le petrificaron toda la disponibilidad y la blandura que llevaba dentro.

—No sabía cómo decírselo —añadió Lison.

Pero Hélène ya no le prestaba atención. Ahora se había quedado mirando a esos dos hombres, el ogro pelirrojo y bonachón y su acólito el relamido, don perfecto con su don de gentes y su currículo *nec plus ultra*. Pensaba a toda velocidad. Siempre la misma historia desde la escuela de negocios, los testículos solidarios, los tíos cerrando filas y encontrando siempre alguna excusa para justificarlo. Vació la copa y empalmó con otra. En ese momento, lo que le apetecía era reventarles las rodillas con una

maza.

La hora siguiente fue bastante caótica. Hélène siguió bebiendo y se le puso un humor alegre a la par que vengativo. Luego se sumó en la pista a varios compañeros que, en mangas de camisa, se contoneaban como bailarinas orientales, con aureolas en las axilas y el pelo pegado. Por último, le echó el lazo al pobrecito Morel, un chico tirando a mono con pinta de navegante de altura y rizos morenos, tremendamente inofensivo, cuya mujer acababa de lanzar su propio negocio de naturopatía. Lo estuvo calentando un rato, hasta que tuvo que irse a mear porque no se aguantaba más.

Los servicios de mujeres, cómo no, estaban a tope, así que se coló en los de hombres, se encerró en una cabina, se sentó sin molestarse siquiera en limpiar la taza y se puso a mear con todas sus ganas, un auténtico chorro de yegua, constante e interminable, mientras volvía en sí paulatinamente, mirándose los fondillos de las bragas entre los pies. Se quedó allí un buen rato, amargada y con la cabeza como un bombo, sujetándosela con ambas manos y sin poder ponerse de pie. Luego se paró a lavarse las manos cuidadosamente y se rehízo el moño. Tenía que escapar de esa tremenda sensación de fracaso, de todo esto para qué. Apretaba los labios. Entonces irrumpió Erwann.

—Huy… —dijo, poniéndose de puntillas instintivamente.

—Qué oportuno —dijo Hélène lacerante.

La sonrisa de Erwann desapareció al instante. Volvían a la realidad pura y dura, a la relación jerárquica.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿El qué?

—No te hagas el tonto.

Tras un segundo de indecisión, el *boss* prosiguió con apagada neutralidad.

—Estaba esperando el momento adecuado.

—Te estás cachondeando de mí. Todo el mundo estaba enterado.

—¿Qué quieres que te diga? La gente habla. No puedo controlar toda la comunicación de esta empresa.

—Explícame qué pinto yo aquí.

Mantenían las distancias. Los dos sabían que a pesar del alcohol y la hora tardía acababan de entrar de lleno en lo profesional. Las palabras que cruzaran ahora se las podrían echar en cara más tarde,

acabar en un tribunal o en un juicio, un día u otro, ser tema de interés para abogados.

—No entiendo a qué te refieres.

—Llevo currando aquí tres años. Soy la ejecutiva más cualificada, la que más factura. Nunca la he cagado. Estoy al pie del cañón de la mañana a la noche. Así que ¿qué chanchullo es este?

—Jean-Charles podía pagar su billete de entrada, eso es todo.

—¿Es cuestión de pasta?

—Esencialmente, sí.

—Cuánto aporta.

—Cien mil.

En efecto, Hélène no se esperaba semejante suma.

—Yo podría haberlo igualado.

—No fue eso lo que me pareció entender.

Un dolor agudo le atravesó el pecho a Hélène, que notó que se ponía coloradísima.

—¿A qué te refieres?

—A nada.

—¿Has hablado con Philippe?

—No.

Pero era la única explicación posible.

—¿Qué te ha contado?

—Te digo que nada.

Hélène dio dos pasos demasiado impulsivos hacia él y tuvo que apoyarse en la porcelana de los lavabos para mantener el equilibrio.

—Quiero saberlo.

—No tengo nada más que añadir. De todas formas, no es cuestión de dinero.

—Entonces, ¡¿de qué?!

La ira brotó de golpe, tanto que se le empañaron los ojos. A Erwann le vino que ni pintado: confirmaba lo que ya intuía.

—No vamos a hablar de esto en el tigre. De todas formas, no estás en condiciones. Ya lo veremos el lunes.

—Espera.

Con los ojos cerrados, Hélène hizo acopio de fuerzas. Tenía que rechazar los gritos y las lágrimas. Llevaba toda la vida peleando contra eso, la lógica de la emoción. El dique aguantaría. Se llenó el pecho de aire y siguió diciendo con calma:

—Creo que me debes al menos una explicación. La llegada de Parrot no tiene nada que ver. Todavía puedo llegar a ser socia.

Erwann se pasó una mano agobiada por la pelambrera pelirroja y luego por la cara. Ojalá alguien abriera la puerta y lo liberase de esa desagradable encerrona.

—Me sabe mal decirte esto. Pero creo que ya no eres capaz de asumir esa carga.

Entonces, Hélène se rindió. Reconoció esa frase, una de las que tanto le habían repetido cuando se quemó en el trabajo. «Tiene que cuidarse». «Creo que ya no está usted en condiciones». «Vamos a reducirle la carga». Todo el vocabulario de los cuidados y las precauciones que solo era una forma de dejarte fuera de juego. Oír esas palabras significaba que ya no eras la máquina de guerra que se esperaba que fueras. Ahora quedaban la enfermería y los cargos subalternos. En adelante, formabas parte de los frágiles.

—Todo el mundo quiere que estés bien —prosiguió Erwann, despiadado—. No estamos en tu contra. Pero salta a la vista que estás pensando en otra cosa.

Erwann no quiso precisar a qué se refería con eso y Hélène se quedó sola en los servicios de hombres.

Más tarde, Lison y ella subieron a la azotea para fumarse un último cigarrillo. La velada tocaba a su fin y la ciudad silenciosa, a sus pies, parecía tremendamente dócil y desordenada. Era como si alguien que jugara con un Lego se hubiera ido a la cama dejando tras de sí un paisaje de posguerra, una población reconstruida apresuradamente en la que se mezclaban sin pretenderlo legados y fealdades, donde el gusto por la belleza estaba diseminado e imperaba por doquier la utilidad inmediata.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la becaria.

Otra vez el tuteo. Ya era muy tarde.

—Ni idea.

—¿Se lo vas a contar a tu chico?

—Qué remedio. Tengo que saber lo que le ha dicho a ese cabronazo. No soporto pensar que hayan estado hablando a mis espaldas.

—¿Crees que lo sabe?

—¿El qué? —dijo Hélène.

—Lo de Christophe.

—Puede. Y eso que tengo muchísimo cuidado. Borró todos los mensajes según los leo.

—Basta con cualquier cosa en tu historial. O que se te olvide desconectarte de Messenger.

—Ya…

—Nadie puede esconderse. Dejamos demasiadas huellas.

Para acompañar sus palabra, Lison puso esa extraña carita derrotada y sonriente, algo así como si le estuviera contando a un niño que el ratoncito Pérez ya no iba a visitarlo más.

—¿Qué piensas hacer con tu chico?

—No sé nada de nada. No sé ni en qué punto estoy.

Lison esperó un rato antes de hacer la auténtica pregunta, la que de verdad la estaba reconcomiendo.

—¿Y los otros dos, Erwann y Parrot?

—¿Qué les pasa?

—¿Vas a dejar que se salgan con la suya?

—¿Y qué quieres que haga? No hay leyes contra los capullos.

Lison calló, pero ya tenía algo pensado. De un papirotazo lanzó el cigarrillo al vacío y las dos mujeres lo siguieron con la mirada, un puntito rojo, amarillo y vibrante que la oscuridad engulló.

Al volver a casa, Hélène despertó a Philippe, que refunfuñó un poco pero acabó escuchando lo que tenía que decirle. Sentada al borde de la cama, le hizo tres preguntas a las que no tuvo más remedio que responder. Sí, sabía que follaba con otro tío. Sí, se lo había contado a Erwann, al fin y al cabo, eran amigos. Sí, sabía que Parrot iba a ser socio de la empresa. De todas formas, desde que Hélène había «estallado», notaba que ya no era lo mismo.

Estuvieron hablando casi dos horas, en voz baja para no despertar a las niñas, y, por primera vez desde hacía lustros, se esforzaron por mostrarse sinceros, sin conseguirlo del todo, pues ambos se refugiaban en ángulos muertos, ponían los hechos de su parte, no tanto por salvar los muebles como por conseguir un papel aceptable en esa comedia.

—¿Quieres que nos separemos? —preguntó Philippe.

—No he dicho eso.

—¿Y qué quieres exactamente?

—Que dejes de tomarme el pelo.

Philippe estuvo dispuesto a reconocer que pasaba demasiado

tiempo en la oficina y que lo hacía porque la vida familiar lo sacaba de quicio. Sí, le costaba ocuparse de la intendencia, de las cosas domésticas. Se pasaba el día dirigiendo a veinte personas y gestionando cientos de miles de euros, así que cuando tocaba volver a casa para pedirle veinte veces a Mosca que guardara los calcetines se sentía algo infrautilizado. Así era.

—Mientras que yo, eso es exactamente para lo que valgo —comentó Hélène, sin más.

—Yo no he dicho eso.

En cambio, cuando Hélène le preguntó si la engañaba, fue como asistir a un espectáculo de encantador de serpientes. Philippe se retorció tanto y tan bien que al final, al final, su mujer prefirió dejarlo estar. Ni siquiera fue porque la irritara. Sus modales la incomodaban.

Por su parte, admitió que había querido evadirse de la rutina, reconoció también que había mentido y se buscó excusas que no eran mucho más brillantes: el paso del tiempo, la negligencia de él, cómo la miraba, la sensación de formar parte del mobiliario.

—Siempre te he apoyado. Te escucho. Seguimos follando bien. Nos entendemos en todo. Estamos de acuerdo en todo. ¿Qué problema tienes? —preguntó Philippe, para el que la conversación resultaba cada vez menos comprensible.

Hélène titubeaba. ¿Era buena idea desenterrar todos los cadáveres en plena noche? Calibró las posibilidades y los riesgos que corría. Bajo sus nalgas, la extrema comodidad del colchón Simmons abogaba más bien por el *statu quo*.

Luego la conversación derivó hacia la negociación. Cada uno intercambió esfuerzos por ventajas, cambios por promesas. Hélène se sentía vacía, con el corazón seco. Ya no sentía nada por ese hombre. Ya no tenía ganas de tocarlo ni de hablar con él. Aun así, follaron para reconfortarse. Al final, totalmente agotados, se durmieron uno al lado del otro. Por la mañana, Hélène se encontró en la cocina un pósit con un corazoncito y se aborreció.

Lison volvió al piso que compartía con Faïza, que la estaba esperando. Desde hacía algún tiempo, esta había cogido la costumbre de trabajar de noche y dormir durante el día. Ese ritmo se había impuesto tras cinco años dedicados a escribir una tesis de Derecho titulada *Gestión y cumplimiento normativo: una*

aproximación jurídica a las reglas de distribución del poder en la empresa. Ahora solo le quedaban dos meses de trabajo, o al menos eso decía, y no quería correr el riesgo de perder el rumbo tan cerca de la meta reajustando su agenda con el funcionamiento general. De modo que cuando Lison volvía a deshora, las dos chicas tomaban el té y charlaban largo y tendido como si fueran las cinco de la tarde. Comentaban cómo les había ido el día, la gente con quien trataban, los libros que habían leído y que tenían ganas de leer. Casi nunca hablaban de chicos. Lison vapeaba sin parar. Las palabras salían disparadas. Las conversaciones iban de Marx, de Edith Wharton, de Mona Chollet y de Emmanuel Guibert, de cocina oriental y de *Ballast*, revista en la que Faïza había colaborado dos veces, de Jhumpa Lahiri y de Beyoncé. Si Hélène hubiera visto a Lison en esos momentos, no habría reconocido a su becaria.

Pero esta vez, a pesar de su complicidad, Lison prefirió no contarle a Faïza nada de esa fiesta navideña orgiástica en la oficina ni de las desilusiones de su jefa. Poco después de las seis, dijo que se iba a dormir, se dio una ducha y se metió en la cama.

Allí, con el móvil en una mano, le mandó un WhatsApp a Erwann, nada más que un saludito. Y el mismo a Parrot. Este último tardó varias horas en contestar, pero Erwann replicó casi enseguida:

—Hola…

—¿No está durmiendo?

—No, ¿y tú?

—No tengo muchas ganas.

Tras pensárselo unos segundos, Erwann se arriesgó:

—¡Ah…! ¿Y de qué tienes ganas?

A partir de ahí, Erwann se puso a ligar con ella descaradamente. Lison estuvo jugando un buen rato, esquivando y picando como una abeja. El tejemaneje se retomó al día siguiente y se prolongó durante los posteriores, también con Parrot, aunque este tuviera más reservas y fuera menos cándido con el uso de las redes sociales. Lison le había pedido a cada uno que mantuviera el secreto. Les envió fotos de sí misma en el cuarto de baño, halagos, compartió confidencias y fantasías, e hizo que fueran subiendo como dos estupendos bollos cargados de levadura. Al cabo de una semana, estaban con un empalme constante.

18

—

Christophe supo desde el primer momento que iba a ser una temporada difícil y, en enero, el entrenador lo convocó en su despachito para recapitular.

—El presidente del club me está presionando para te saque a jugar. Piensa que nos dará publicidad. Más que nada, piensa que con los resultados que tenemos no sirve de nada dejarte en el banquillo. Pero bueno… Voy a darte tiempo en la pista. Pero necesito que te dejes de tonterías.

Christophe no fingió, sabía exactamente a qué se refería Madani. Desde su reincorporación, había perdido varios entrenamientos pero ni un solo gramo. Seguía yendo a casa de Marco a tomar unos aperitivos eternos, sobre todo desde que el crío se había marchado y su padre estaba en la residencia.

Al principio, el viejo se resistió mucho. Incluso se fugó y lo encontraron en bata, a tres kilómetros de Les Églantiers, en la carretera de Cornécourt. El asunto le valió un buen resfriado.

Dicho lo cual, el establecimiento estaba muy limpio, la habitación era decente y había podido meter algunos de sus muebles. Christophe tuvo que hacer un montón de papeleo y esperar mucho tiempo al teléfono escuchando a Vivaldi antes de conseguir el subsidio por pérdida de autonomía y el subsidio de ayuda personalizada para vivienda. Pero ni siquiera estaba seguro de que con eso bastara. Puede que tuviera que vender la casa y vaciar las cuentas, dilapidarlo todo para esos años postreros. Y pensar que su viejo se había deslomado durante cuarenta años para que los cuidados que requería acabaran consumiéndolo todo, todo su patrimonio a cambio de aseo integral, *petit-suisses* y divagaciones en el parque arbolado.

Lo malo era que Les Églantiers no admitía animales de compañía, para gran disgusto del anciano. Christophe lo vio llorar porque el gato tenía que quedarse en casa. Con lo intratable que

había sido tiempo atrás; otro cruel descubrimiento, que la edad acaba minando tus resistencias y dejándote sin fuerzas. Cuando llegas a cierto punto, aguantarte para mear o llorar, para no quedarte dormido o dejar de temblar resultaba dificilísimo. Y Christophe, al mirar su propia mano en el volante mientras conducía, al fijarse en que tenía un pelo nuevo en la oreja o en los cambios que experimentaba su piel, menos fina, más seca, se decía: «Ahí está, voy cuesta abajo, apenas he vivido y ya ha empezado todo».

El neuropsiquiatra había avisado a Christophe: para los pacientes como su padre, la situación solía degenerar muy deprisa cuando los ingresaban y vivían lejos de sus puntos de referencia y sus hábitos. Habían hecho lo que habían podido para retrasar ese momento y Christophe había estado mucho tiempo esperando una especie de accidente providencial que evitara tener que llegar a eso. Pero, después de que el viejo fuera a casa de Kylian, ya no hubo elección. De hecho, la poli seguía tramitando una denuncia por amenazas e intimidación, aunque costaba imaginarse que detuvieran a Gérard Marchal en el estado en que se encontraba.

Al principio, Christophe fue a verlo casi todos los días. El anciano apenas reaccionaba. Después de que se fugara, le habían recetado ansiolíticos y sedantes para ayudarlo a dormir, toda clase de porquerías que lo dejaban grogui. Aun así, peleaba para mantenerse despierto, con el pelo escaso e hirsuto alrededor de la cabeza, ese aspecto de polluelo que se ha caído del nido y los labios que parecía agitar un zumbido continuo debajo del bigote. Christophe se sentaba enfrente de él, al lado de la ventana. Fuera ya estaba oscuro. Mujeres ágiles y animosas asomaban a veces la cabeza para preguntar si se había comido la sopa. El hijo peinaba al padre, le cortaba las uñas, lo miraba comer, esperaba que apareciera un poco de color detrás de esa pared inmensa de la vejez. En cada ocasión salía un poco sonado. Había llamado varias veces a su hermano para avisarlo y también para que contribuyera en los gastos, pero el número ya no estaba asignado. Había buscado en internet y en las redes sociales, en vano. Tenía que apañárselas él solo.

Hasta que, a principios de marzo, se encontró a su padre en la habitación de otra residente. Estaban sentados juntos, escuchando

la radio en un transistor, bajito, con expresión a la vez concentrada y ausente.

—Hola, papá.

El padre sonrió. Parecía estar mejor, menos amorfo en todo caso. Le dio las buenas noches a la señora un poco gruesa que le sonrió a su vez y se fue a su propia habitación con su hijo.

—¿Quién es?

—¿Quién?

—La mujer que estaba contigo.

—Ah, nadie. Vino a buscarme. Yo no le había pedido nada.

Imposible enterarse de algo más.

Al día siguiente se encontró a su padre en el mismo sitio, al lado de esa mujer desconocida que cruzaba las manos encima de la tripa. Esta vez escuchaban la radio un poco más alto, un programa de debate en el que hablaban de François Fillon y de su mujer. Christophe preguntó a uno de los cuidadores.

—Es la señora Didier. Le gusta ir a buscar a otros residentes.

—¿Y qué hacen?

—Nada del otro mundo. Pasar el rato.

Desde entonces, todos los días o casi se encontró a su padre en compañía de esa mujer a la que había tenido que aprender a conocer. Había trabajado toda su vida en Hacienda, en la región parisina, en el Gard y por último en Épinal, llegando a ocupar cargos de responsabilidad de los que aún alardeaba. Era una mujer plantada en unas piernas monolíticas, coqueta, que se negaba a ir en zapatillas y se ocupaba de su permanente. En la mesilla, una familia sonreía en una serie de marquitos plateados, cuarentones, adolescentes y niños más pequeños. En cambio, no había ni rastro de un marido.

—Pero ¿de qué habláis todo el día?

—De nada en particular —decía el padre—. Y Gabriel, ¿alguna novedad?

—Está con su madre, ya lo sabes.

—Claro.

En realidad, su padre y la señora Didier se conformaban con escuchar la radio, casi siempre RTL. No hacían nada malo. Christophe pudo espaciar las visitas.

En lo que a amigos se refiere, las cosas también había cambiado

mucho. Greg y Jennifer al final habían decidido tener al niño, lo que tenía trastornado al pobre Marco.

—Estás mal de la cabeza —se lamentaba pensando en la vida que esperaba a su amigo.

—Sí, ya lo sé —replicaba Greg para provocarlo.

El nacimiento estaba previsto para el mes de julio y Jennifer había basado en eso el reparto de tareas. Greg tenía que encargarse de encontrar un piso de dos dormitorios donde pudiera vivir toda la familia, incluido Bilal, aunque este se mostraba bastante refractario al giro de los acontecimientos. Y ella se había reservado planificar la boda.

—Y, de propina, se casa —proseguía Marco, pasmado con tanto disparate.

Y es que, en efecto, parecía mentira lo mucho que había crecido de golpe ese tío que hasta entonces era un auténtico irresponsable que se pasaba la vida metido en casa de su madre. Se había apuntado a la autoescuela, iba a clases teóricas, trabajaba de noche por aquello de ganar más y buscaba coches de ocasión en Leboncoin. Por primera vez en su vida, tenía planes más allá del siguiente fin de semana y el que parecía haber sido el más vagueras de los tres al final resultaba que era el único adulto. Lo cual no bastaba para encontrar un piso cuando no se tenía ahorrado ni un céntimo y había que pagar una fianza equivalente a dos meses de alquiler.

—Yo puedo aportar algo —dijo Marco—. Aunque estés metiendo la pata hasta el fondo.

Greg se volvió hacia Christophe.

—Yo lo tengo complicado.

Obviamente, con su padre en la residencia, el crío lejos y un sueldo que tampoco era para tirar cohetes. Greg y Marco se abstuvieron de hacer comentarios. Y, siguiendo una asociación de ideas más bien torpe, Greg preguntó:

—¿Y tu novia?

—¿Qué pasa con mi novia? —dijo Christophe.

—Nada, solo me preguntaba que qué tal os iba.

—Bien.

Greg insistió:

—¿Sigue adelante con la separación?

—Está en ello.

—¿Y no le gustaría venirse?

—¿Venirse adónde?

Christophe no podía evitar tomarse ese tipo de preguntas como ataques subliminales. Seguramente porque su relación con Hélène había tomado un cariz menos evidente.

Al principio todo era muy sencillo. Estuvo lo de quedar de cinco a siete, los mensajitos durante todo el día, la novedad, follar como adolescentes, el cuerpo del otro con tanto por descubrir, todo el trabajo de ponerse en sintonía, gesto a gesto, las mejores posturas, ponerse de acuerdo en el ritmo, las paradas, el descanso, el cosquilleo de los besos y quedarse ahí, tumbados y exhaustos bajo las sábanas, las palabras que pasan de una boca a otra, las piernas enredadas y la espalda sudada.

Estuvo lo de los escondites y hablar a hurtadillas, esperarse en algún sitio, atreverse a ir a un restaurante en un pueblecito o a alguno de carretera con buena reputación. Más tarde la mariscada, una noche entera en un bonito hotel de la Selva Negra, la primera resaca, volver a follar por la mañana, con los ojos cerrados y sin atreverse a besarse porque tienen un aliento asqueroso, pero el sexo es el que manda. Aprender a utilizar las mismas palabras, pensar en ella constantemente porque el mundo estaba plagado de señales donde siempre estaba ella, saberse sus rutinas y sus horarios, escucharla por el móvil a altas horas de la noche después de una discusión con su compañero, o porque Clara ya no pega ni golpe en clase y seguramente es culpa suya. Decirle muy bajito «claro que no, no tiene nada que ver contigo». Sentir que estás forrado de piel, la infinita suavidad que a veces te cubre por dentro.

Hasta que, cuando la relación de pareja de Hélène empezó a desintegrarse, Christophe dejó de tenerlo tan claro. ¿Tendría que meter baza? ¿Iban a convertirse en pareja, a vivir juntos, a compartir el dormitorio, el cuarto de baño, los coches, las vacaciones? Se acojonaba solo de pensarlo.

Pero el verdadero problema era otro.

En la adolescencia, querer resultaba evidente. Pasaba una tía y te parecía guapa a rabiar. Desde ese momento, cada vez que te cruzabas con ella tenías los mismos síntomas, dolor de tripas, manos sudorosas, no poder decir tres palabras seguidas ni dejar de

pensar en ella todo el día, una enfermedad en toda regla. Te inventabas planes demenciales para hablar con ella. Por la noche, te ponías los cascos para escuchar música en secreto montándote películas. Al final, acababas entrándole y, si no te mandaba a la mierda directamente, empezaba la etapa de las cosas en común. Parecía mentira, de pronto todo eran coincidencias, pasiones compartidas, odios idénticos. Alucinabais por haber vivido el uno sin el otro cuando eráis casi Géminis. Os dabais la mano, os buscabais en el patio y, con un poco de suerte, al final os acostabais y, de un día para otro, psssst, la cosa se desinflaba y volvía a empezar en otra parte. El amor era trágico y temporal. El deseo, infinito pero liso. Entonces pertenecías a un mundo que se adaptaba a ti, más o menos.

En el fondo, eso era lo que había vivido Christophe durante mucho tiempo, los arrebatos, las fijaciones, y Charlie había tenido en su vida un papel intermitente pero siempre nítido, el del alma gemela, al menos hasta que se separaron.

Pero ahora ya no lo tenía tan claro. Algo había cambiado. Puede que fuera la edad o las heridas mal curadas. El caso es que ya no sentía las cosas en carne viva como antes. Sus impulsos habían perdido ese carácter límpido. Ahora iba arrastrándose, cargado con un deseo que parecía la reja de un arado. Se le había ensanchado todo, los hombros, la cintura, la necesidad de mujeres. El brillo limpio de antaño se había transformado en algo indefinido, ronco e inquietante. Miraba a las chavalitas y se decía «mierda, nunca más», y ese duelo atizaba en él malos sentimientos. Pensaba en esos culos jóvenes, en los chicos que sí tenían permiso, en los revolcones sin rugosidades, en la belleza de esos cuerpos intactos que ya no eran para él. Entonces en su pecho surgían pasiones sombrías, un escalofrío de malestar en el cuello.

Durante mucho tiempo, fueron las chicas las que buscaron su presencia. Ligaban con él en los bares. Lo halagaban con sus miradas, gritaban su nombre en las gradas. Se había sentido guapo y en pie de igualdad. Había tenido donde elegir. Incluso había podido ser exigente.

Y, sin previo aviso, ese momento pasó. Ahora, sus miradas le resbalaban por encima y ni siquiera lo veían, y, cuando le tocaba a él fijarse en una mujer en una tienda, en la calle, veía cómo ella

apartaba los ojos, incómoda e inquieta. Así era como acababas siendo un viejo verde, exiliado de la juventud, de la noche a la mañana. Ya no existías para las jovencitas. A menudo no te tocaba otra que recurrir a internet y aliviarte de mala manera, como a los catorce años. Por lo menos, la oferta había mejorado mucho. Pero, cuando uno tenía cuarenta tacos, era padre y llevaba una vida de adulto, no se sentía orgulloso al teclear «pelirroja», «morena» o «interracial» en una barra de búsqueda.

Estos cambios tenían a Christophe bastante apesadumbrado, aunque sin llegar a obsesionarlo. Esa especie de destierro era un marrón más de los muchos que había en la vida. Lo malo era que ya no se sentía capaz de decir «te quiero». Esas palabras eran como peces fuera del agua. Quizá se habían muerto con su juventud, precisamente. O bien Charlie se las había llevado al largarse. A menos que se sintiera demasiado repugnante para atreverse, empantanado en sus fracasos, con ese cuerpo de hombre que se tira pedos al levantarse por la mañana, un padre que ya no tiene nada del chico que fue. Puede que el amor fuese como todo lo demás, una etapa de la vida. El miedo era la última hipótesis. En fin, que querer a alguien ya no era algo que pasara porque sí.

—En cualquier caso, en la boda será bienvenida —dijo Greg—. Nos haría mucha ilusión.

Marco se atragantó según lo oyó:

—¿Vas en serio?

Esa noche, los tres compadres estaban acampando en el salón de Marco, donde la tele siempre estaba puesta por principio, aunque en realidad nadie le hacía mucho caso. Greg se regodeó insistiendo:

—Pues claro. Cuantos más, mejor.

—Está casada, tiene hijas. Estás fatal.

—Qué va, se está separando. Y es tu oportunidad.

—No es mala idea —acordó Christophe, más que nada para fastidiar a Marco.

Este suspiró y se pasó la manaza por la densa mata de pelo rizado que le cubría la cabeza antes de ir a la cocina arrastrando los pies.

—Qué harto me tenéis, no es coña…

Cuando volvió, traía tres birras y otra bolsa de patatas fritas. Christophe miró el reloj de pulsera.

—Yo me voy a ir yendo, que mañana juego.

—Pues bebe agua y listo.

Aun así, Marco repartió las birras, se desplomó en el sillón y se puso a zapear por costumbre, sin buscar nada en concreto. En France 3, Fillon y su mujer seguían abriendo el telediario. Cuando mencionaron la suma que estaba en juego, Greg dijo «joder, vaya palo, la verdad» y Marco cambió de cadena.

Mientras tanto, en Elexia seguían viviendo un periodo de lo más exultante. Los negocios iban como la seda y varios colaboradores cobraron en enero primas de cinco dígitos. Además, a Erwann lo había requerido el nuevo partido que se había creado exprofeso para ese candidato a las presidenciales con el que nadie contaba, cuya explosión en pleno vuelo habían predicho cien veces y que, al fin y a la postre, cada vez tenía el viento más a su favor.

De hecho, ese advenimiento provocó en todo el país una oleada de vocaciones inesperadas por la cosa pública y otras tantas afiliaciones de última hora. Por doquier, ambiciosos e impacientes, socialistas desnortados y centristas derrotados cien veces, responsables de recursos humanos y fuerzas vivas locales sin mucha relevancia, querían subirse a ese tren en marcha, todos ellos personas que se encontraban a gusto en su época y en su pellejo, miembros de la sociedad civil o personalidades que daban por hecho el rotundo fracaso del sistema tradicional de partidos y se entusiasmaban con esa personalidad que era como un soplo de aire fresco, antiguo banquero y alumno prodigio de esos que tanto gustan en el Hexágono, impecable con sus trajes milimetrados, sin cuentas pendientes ni chanchullos, al que comparaban con Mozart y que era portador, con un nivel de concentración casi inédito, de algo muy propio de esa época: cierta obsesión por la eficacia.

Así pues, en sus discursos, renegaba tanto de la izquierda como de la derecha, que pertenecían al pasado y entorpecían los movimientos oponiéndose a todo por principio y con sus ideologías siempre estériles, un numerito que llevaba desde la Revolución despilfarrando energía y generando divisiones y estancamiento. Ahora tocaba ser pragmático, tomar el mundo tal y como es, aceptar retos y desafíos, liberar e innovar, abrirse, por supuesto. Por muy revolucionario que fuera, el nuevo movimiento seguía teniendo esa vieja manía de los infinitivos.

Fuera como fuese, esas consignas le granjeaban a la causa del nuevo candidato el apoyo de grandes sectores de opinión que se encontraban muy a gusto con ese vocabulario en el que, por cierto, ya estaban sumergidos todo el día. Al fin y al cabo, los concurridísimos mítines compartían los mismos objetivos que las reuniones estratégicas, el mismo vocabulario empresarial, la misma mentalidad de *team building* y de superación, una forma de concebir el país que coincidía con la del *coach* y el CEO, y unos argumentarios para Francia que se parecían a los de los comerciales, de forma tal que, por fin, el espíritu corporativo se hacía extensivo a la República.

Obviamente, en Elexia ese enfoque resultaba muy seductor. Por una vez, se pensaba que ese viejo país de huelguistas y de intereses particulares, conspirador y gangrenado, tenía una oportunidad de alinearse con las exigencias de la modernidad. Parrot, que siempre estaba fardando de que tenía buenos amigos en los despachos, ahora alardeaba de conocer a bastante gente en el entorno de aquel que cada vez tenía más pinta de ser un posible favorito, y más habida cuenta de lo perdida que estaba la derecha tradicional. Podían hacerle llegar ideas, organizarse para echar una mano. Así pues, toda la empresa estaba impregnada de esas perspectivas emocionantes y todos se preguntaban cómo nadar y guardar la ropa. En cuanto a Erwann, lo habían sondeado para presentarse a las legislativas que se celebrarían luego. En efecto, en cada circunscripción buscaban a gente de su temple, con espaldas anchas, contactos, convicciones, buena mano y, sobre todo, voluntariosa.

—Si lo eligen, nos dará un impulso tremendo —profetizaba Parrot, con mirada eléctrica delante de la Senseo de la zona de descanso.

—Y tanto. Va a ser una afluencia enorme.

—Suponiendo que gane…

Erwann sonreía ampliamente. Tenía olfato y ese asunto le daba buena espina. Las gráficas hablaban por sí mismas. Se iba a abrir una ventana para el país y toda una generación aprovecharía la oportunidad y la limpieza general para acceder a los cargos de decisión. De hecho, el efecto de las primarias favorecía esa hipótesis. Efectivamente, habían conducido a opciones radicales,

divergencias secas que arrojaban a los moderados a los brazos del nuevo candidato. Ahora bien, Erwann estaba convencido de que las elecciones se ganaban por el centro. Cuando se calmara el jaleo que montaban los encarnizados, ya se vería. Solo que, por una vez, esa vía intermedia no pasaba por el punto flaco de las provincias, el de los banquetes y el radical-socialismo. Tampoco se trataba ya de hacer grandes gestos patrióticos, asumir el gaullismo ni esa clase de *bullshit*. Lo que se estaba perfilando era un a modo de comité ejecutivo supremo, con personas jóvenes, profesionales, equipos disciplinados con un toque elegante y divertido que recordaba a Silicon Valley. Francamente, tenía estilo.

Eso sin contar con Lison.

Desde la famosa fiesta de Navidad, la becaria había seguido mensajeándose con los dos zorros en jefe. Como cada uno de ellos creía ser el único beneficiario de esa correspondencia envidiable, actuaban con una imprudencia extrema. Pasaban de las conversaciones eróticas a despellejar al prójimo en toda regla. Erwann explicaba por qué Fulano le parecía gilipollas, y Parrot, por qué Mengano era un negado. Se ponían verdes mutuamente, por descontado, y episódicamente enviaban fotos de su anatomía a las que Lison contestaba con un «¡yumi!» de compromiso. Faïza y ella se despelotaban de risa y a veces abusaban de la ventaja que tenían, atreviéndose a correr riesgos de infarto, lo cual no les impedía caer siempre de pie. Los otros dos, cegados por la libido e incapaces de imaginar que una becaria pudiera ser más lista que ellos, lo disfrutaban a tope.

El jueguecito duró hasta el mes de marzo.

Fue entonces cuando Lison hizo varias capturas de pantalla, aunque sin las fotos, que conservó a modo de garantía, y las fue filtrando a través de una lista de distribución donde figuraban, además de los colaboradores de Elexia, las cónyuges de Erwann y de Parrot, algunos clientes y otras fuerzas vivas de la economía local, además de un puñado de periodistas de la prensa local. Tomó la precaución de que sus intervenciones aparecieran como anónimas, pero sus interlocutores no tuvieron esa suerte. Los dos hombres no tardaron en ser el hazmerreír de toda la ciudad y el matrimonio de Erwann, que ya estaba muy tocado, acabó de hundirse con esa revelación. Además, renunció definitivamente a

presentarse a cualesquiera elecciones. Parrot y él se buscaron unos abogados y se plantearon presentar una demanda, pero ya habían tenido suficiente publicidad negativa y acabaron desistiendo. Por su parte, Lison siguió yendo a trabajar como de costumbre. Cuando se cruzaban con ella, Erwann y Parrot la fulminaban con la mirada y se ponían pálidos, pero no decían ni pío. Sabían que la becaria estaba en posesión de otras cuantas cosas que podían perjudicarlos aún más.

Acabaron convocándola y, como tenía derecho a que la asistiera un miembro del personal, le pidió a Hélène que la acompañara. La reunión tuvo lugar en la sala de juntas de la entreplanta, a las nueve de la noche para que no hubiera testigos. Hélène se lo pensó mucho antes acceder a la petición de la becaria por miedo a que pareciera que era su cómplice y, mientras subían la escalera, seguramente era ella quien estaba más asustada de las dos. Ese día, Lison optó por una falda corta, unas Docs bajas con calcetincitos brillantes, la *biker* y una blusa de seda.

—Buenas noches, buenas noches —dijo a modo de introducción.

A Parrot lo acompañaba la señora Bontemps, una abogada de unos cincuenta años que se parecía bastante a Françoise Giroud, de mejillas chupadas y pómulos altos, con una agradable y maliciosa chispa en la mirada que desentonaba un poco con la dentadura en forma de abanico. Erwann, en cambio, había acudido solo. De todas formas, tenía muy claro cómo iba a transcurrir el encuentro.

—Quería que nos viésemos para aclarar las cosas. —Y dirigiéndose a Lison—: Para empezar, quería decirte que lo que has hecho es una de las mayores putadas que he visto jamás. Créeme, todo el mundo va a saber a qué atenerse contigo.

Sin achantarse, Lison puso el móvil encima de la mesa para grabar la conversación y declaró sobriamente:

—Preferiría que no nos tuteáramos.

Erwann miró a Parrot y luego a la abogada, que había dejado de sonreír. Se puso a respirar muy fuerte y se enjugó la frente con un pañuelo. La camisa parecía arrugada, y la barba, menos regular que de costumbre. Se le notaba que era muy capaz de pasar por encima de la mesa para llegar a las manos.

—Creo que a todos nos conviene mantener la calma —dijo Hélène, que a pesar de todo se lo estaba pasando bastante bien.

La reunión prosiguió sin contratiempos. De todas formas, no se trataba de debatir. La abogada recordó el derecho a que se respete la vida privada y a que se proteja el secreto epistolar. Erwann explicó que no quería ver nunca más a Lison en las oficinas y que había que echarle mucho morro para seguir yendo allí como si nada. En lo referente a asociarse con Parrot, obviamente ya no tenía razón de ser. Luego se dirigió a Hélène, pronunciando cada frase como quien hunde un clavo a martillazos.

—No sé lo implicada que estás en este asunto. Pero que te quede claro que nunca vas a ser socia de esta empresa ni de ninguna otra.

Hélène podría haberle dicho que ella no tenía nada que ver. Por supuesto, no había pagado por que se produjeran esos intercambios ni había obligado a nadie a ponerse en ridículo por la cara bonita de una cría de veinte años. Pero prefirió callar, porque no quería hacerles ese regalo, disculparse o justificarse ni marcar distancias con la becaria, que, en su opinión, lo único que estaba haciendo era permitirse dar los golpes bajos que son propios de los hombres.

A los quince minutos, Erwann se puso de pie y les pidió a todos que se largasen. No hubo apretones de mano y los dos hombres salieron de las oficinas como alma que lleva del diablo. Hélène y Lison se encontraron una última vez fuera para fumar un cigarrillo.

—¿Sabes?, también han venido a verme a mí para que me presente.

—¿A las legislativas?

—Pues sí.

—Debería aceptar —opinó Lison, exhalando por la nariz impresionantes chorros de humo blanco.

—No sé nada de ese tema.

—Eso no es motivo.

La becaria estaba convencida de que hasta una cabra podría ganar cuando el nuevo hombre providencial hubiera conquistado el Palacio del Elíseo, retomando así una idea muy extendida, por cierto, que tenía de los nervios a los diputados salientes. Pero Lison la argumentó tan bien que Hélène no supo cómo rebatirla. Lo cierto es que la joven conocía a gente, su padrastro, primas, amigos de su madre, que estaban más o menos metidos en los círculos bien informados, la política, las comunicaciones, los periódicos, y le explicó los pormenores del asunto con un aplomo evasivo a la par

que irrefutable. Hélène asentía, pero no le quedó más remedio que admitir que en realidad no le apetecía nada meterse en ese avispero.

—De hecho, creo que no soy tan ambiciosa.

Las dos mujeres no se dijeron mucho más. La canguro que cuidaba a Mosca y Clara tenía que irse a las diez y media y Lison había quedado en la ciudad para beber pintas con unos amigos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Hélène.

—No lo tengo claro. Igual tengo un plan para unas prácticas en una empresa de diseño.

—¿En Nancy?

—París.

—Entonces, ¿te vuelves?

—En todo caso, me largo de aquí. ¿Y usted?

—No tengo ni la más remota idea.

Hélène era muy consciente de que Christophe no era un hombre para ella. Aunque por otra parte… Después de pasarse años buscando algo alejado de su punto de partida, compitiendo y medrando, relacionarse con un tío como él era un descanso. Si le hubieran preguntado qué porras estaba haciendo, no habría sabido contestar. No era exactamente amor. No era una relación meramente sexual.

Cuando se levantaba por las mañanas, pensaba en él y las jornadas parecían más livianas. Había recuperado una alegría que daba por perdida. En el desayuno se había vuelto charlatana y bromista, las niñas no daban crédito. De camino al cole, había descartado seguir oyendo las noticias. Ahora prefería poner temas de France Gall o de Benjamin Biolay. En el habitáculo, la música sonaba alta y a veces tenía el corazón tan henchido de pena que parecía que le iba a estallar.

—¿Por qué lloras? —preguntaba la peque desde el asiento de atrás.

—No estoy llorando.

Pero tenía los ojos brillantes y ya no era de alegría.

—¿Va a volver pronto papá? —preguntaba Clara.

—Sí, mañana.

—Mejor.

Porque Philippe y ella habían decidido darse un poco de cancha

en lo que llegaba un *modus vivendi* más definitivo. Lo cierto era que no suponía un gran cambio en la vida cotidiana. Hélène se daba cuenta de que hacía ya mucho tiempo que llevaban vidas paralelas. Philippe le había dicho «el tío ese con el que estás, me la pela». Y seguramente era verdad. De todas formas, también él debía de follar aquí y allá. Se las apañaban.

En cambio, lo que venía después se anunciaba menos amistoso. La casa, los créditos, los coches, las cuentas bancarias, las niñas. Un día u otro habría que zanjar esos quince años de vínculos y Hélène sabía que Philippe haría cuanto estuviera en su mano para no tener la sensación de salir perdiendo. Así que estaban permitidos todos los trucos. En el fondo, él se consideraba mejor que ella, más importante, y lo peor era que ella en gran parte le daba la razón. Él había nacido en una ciudad más grande, había estudiado en mejores centros. Esquiaba de maravilla y había vivido un año en los Estados Unidos. Su escuela de negocios era más prestigiosa y era un tío. Total, que la sobrepasaba en todos los ámbitos. Claro está, era algo que no se decía nunca. Si él le hubiera soltado «a callar, aquí mando yo», Hélène se le habría reído en las narices y le habría pasado por encima como una excavadora. No en vano, le había dado ejemplo esa mujer intratable que era su madre. Su madre, siempre con la sensibilidad a flor de piel, seca, como si el mundo solo existiera para oponerse a ella, su madre que estaba llena de una tormenta que sin duda llevaba acumulándose veinte generaciones, una genealogía entera de gente buena y desollada que podía volcar una mesa o tirarse al canal por una palabra de más. Y qué decir de su padre, el hombre olla a presión por excelencia, que se lo guardaba todo hasta el día que pegaba un pedo.

Sin duda, les debía a esos dos antecedentes las reservas de brutalidad a las que recurría cuando se presentaba una contrariedad o un obstáculo, ese instinto de sulfurarse que le había resultado tan útil para llegar de Cornécourt a París. Cuando le habían dicho «esto no es para ti, no vas a conseguirlo nunca», se había encabritado y esforzado aún más, currante por ira tanto como por espíritu de contradicción. Sus padres, tan disciplinados a su manera, la verdad es que le habían metido dentro un carburante fenomenal.

Pero no había bastado para instaurar un equilibrio entre Philippe y ella. Él pertenecía de entrada al mundo al que ella

aspiraba. Eso le otorgaba inmediatamente una posición más favorable. Y era hombre, caramba. Solo había que ver, cuando Hélène estaba estudiando, cómo se las apañaban ellos en los exámenes orales, qué desfachatez y seguridad en sí mismos le echaban, porque desde pequeños los habían venerado y convencido de que el estado de las cosas estaba de su lado. En su relación de pareja también se notaba. Y, aunque Hélène hiciera como si estuvieran en pie de igualdad, no le quedaba otra que admitir que se sentía una pizca por debajo. Le resultaba más evidente desde que quedaba con Christophe porque con él sentía más bien lo contrario.

Sea como fuere, Philippe imponía su ritmo. Por ejemplo, la había avisado desde el principio:

—En lo que es el sexo, haz lo que dé la gana. Pero a las niñas, ni tocarlas. No voy a dejar que hagas cualquier estupidez. Y lo mismo para la casa.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

—Te estoy avisando. Eso es todo.

Una vez más, lo que le salió fue sulfurarse. Lo miró y le pareció feo, con esas certezas de capullo a la luz difusa de la cocina a medida.

Y, sin embargo, no estaban en guerra abierta. Entre ambos quedaba el orgullo y, más que cualquier otra cosa, la sensación muy precisa de estar por encima de la contienda. Así que no era plan de tirarse los trastos a la cabeza como palurdos. Hélène y Philippe se conformaban con mostrar cierta frialdad, pasarse las comidas con la cara larga, evitarse, puro autocontrol, en definitiva. Por ejemplo, se les había ocurrido la idea, que solo podía ser temporal pero que tenía grandes ventajas, de alternarse la casa. Lo bueno de esa solución era que no alteraba mucho a las niñas porque conservaban sus puntos de referencia y aplazaba la cuestión espinosa del reparto de bienes. Así pues, entre semana convivían (aunque muchas veces Philippe dormía en la habitación de invitados) y los fines de semana uno se quedaba mientras el otro se tomaba esos días libres. La cosa no iba tan mal, aunque un domingo por la noche Hélène pilló a Mosca cortándose el pelo delante del espejo del cuarto de baño, de rodillas en una banqueta, con unas tijeras de punta redondeada en la mano.

—Pero ¿a ti qué te ha dado?

Se abalanzó para desarmarla, tan precipitadamente que la niña se asustó y rompió a llorar.

—¡Ven que vea!

La puso de pie para evaluar mejor los daños, la bonita y espesa melena mordida por el metal, con mechones al bies, una auténtica carnicería. Y, en medio, la carita anegada en lágrimas.

—¿Qué le vamos a contar a tu padre? ¿Por qué lo has hecho?

Obviamente, era muy tentador relacionar esa clase de comportamientos con la separación. Pero Hélène se negaba a hacerlo.

—Bueno, suelta eso. Te tiene que ver papá.

—¿Por qué?

—Porque sí. Mañana iremos a la peluquería.

—No quiero ir a la peluquería.

—Haberlo pensado antes.

Cómo no, Clara había acudido para reírse sin miramientos, insistiendo mucho en el hecho de que su hermana pequeña estaba loca.

—¡No estoy loca!

—Como una cabra.

—¡No!

Más lágrimas y gritos.

—¡Basta! —zanjó Hélène—. No quiero oíros más. Parad ya.

Las dos niñas se callaron y Hélène les propuso un trato.

—Esta noche, cenamos en bandejas delante de la tele. Voy a descongelar hojaldres. Pero no quiero oíros más.

Las niñas saltaron de alegría y la abrazaron, haciéndole la pelota sin piedad porque era la mejor madre del mundo.

—Pero tenéis que guardar el secreto. ¿Prometido?

—Prometido.

—Lo juro.

Y, para sellar el juramento, a Mosca no se le ocurrió nada mejor que escupir. Pero esta vez Hélène no tuvo ánimos para regañarla y prefirió mirar para otro lado.

Resulta que, cada uno por su lado, Hélène y Christophe se organizaban. Se veían de forma más regular y menos disimulada. Unas veces en el hotel y otras de escapada, y Hélène se encargaba de buscar un sitio bonito en Airbnb. En cada ocasión, ella pagaba la

factura. El sexo seguía siendo bueno, lo que se traducía en agujetas, dormir bien y cistitis. Cada vez más, eran el uno para el otro un paréntesis y una alegría. Pero un día, a finales del mes de marzo, Christophe cogió el toro por los cuernos.

—Mis colegas me tienen frito. Les gustaría conocerte.

—¿Ah, sí?

—Greg insiste para que me acompañes a la boda.

Ahí, Hélène torció el gesto. Tan solo una vez había accedido a aventurarse dentro de su mundo y conservaba un recuerdo más bien deprimente.

Christophe la había invitado a su casa, al caserón, que había limpiado a fondo aunque no consiguió borrar ese algo fantasmal y anticuado que le prestaban los muebles, la tapicería ochentera y el olor de los armarios. Se quedaron casi todo el rato en su dormitorio y la primera noche la cosa fue más o menos bien. Follaron dos veces, bebieron vino y comieron sándwiches mixtos antes de dormirse mientras veían una peli en el ordenador.

Lo malo fue que, a la luz del día, todo fue pareciendo menos admisible. Mientras buscaba el retrete del piso de arriba, Hélène se topó con un cuarto de niño sin desorden que le encogió el corazón. Luego desayunaron en la cocina y esa casa le recordó a otras, con su mantel, el aparador y el suelo de baldosas bajo los pies descalzos. Hélène odiaba las baldosas.

A primera hora de la tarde, Christophe la convenció para ir a dar un paseo y para tal ocasión le prestó un par de botas del 44 que tuvo que rellenar metiendo calcetines en la punta. Como tantas veces, el cielo estaba bajo y la tierra rezumaba agua. Había un ambiente campestre y dominical que dejaba el ánimo por los suelos y daba ganas de refugiarse lejos, en un lugar ruidoso y calentito donde saborear una sopa escuchando las conversaciones de las mesas vecinas. Con Philippe, Hélène había viajado bastante antes de que nacieran las niñas. Durante las fiestas, tenían la costumbre de ir a pasar unos días a Bruselas, donde bebían cervezas demasiado fuertes en tascas con las paredes parduzcas. Allí la gente se reía alto y se zampaba platos que parecían sacados de la Edad Media. La pareja aprovechaba para recorrer las tiendas de antigüedades del barrio de Les Marolles. Enamorados y manirrotos, se compraban lámparas, muebles setenteros y ropa de segunda mano antes de ir a

comer gofres a una placita de adoquines torcidos. Podía suceder que estallara una discusión cuando estaban demasiado borrachos. Al día siguiente iban al museo de la mano. Era una cita, una forma de vencer a diciembre. Habían dejado de ir; ¿desde cuándo?

—¿Estás bien? —preguntó Christophe.

—Sí, sí —mintió Hélène.

Y, mientras caminaban por el paisaje desolador de Cornécourt, volvió a acordarse de aquello, de cuando vivían en el distrito XX, su primer piso entre Télégraphe y Porte des Lilas, cuarenta metros cuadrados a un precio prohibitivo en uno de esos edificios viejos de ladrillo de antes de la guerra. Trabajaban como locos, sin haber cumplido aún los treinta, y se juntaban por la noche, reventados pero contentos. Para ella, Philippe no tenía parangón y, cuando iban a una fiesta o a un bar, veía cómo los miraba la gente y lo disfrutaba hasta la necedad. Lo tenían todo, juventud, dinero, buen gusto, una pila de revistas *Inrocks* en el servicio y una supercafetera exprés. Se vestían en las tiendecitas de Le Marais y ella llevaba ese perfume masculino de Bensimon que a él le encantaba. Los domingos por la mañana bajaban a pie hasta Jourdain y compraban una *baguette* tradicional y también queso, fruta y verdura ecológicas, salchichón y un ramo de flores en el mercadillo. La bolsa de la compra de tela escocesa, Philippe y sus Vans y ella con bailarinas, siempre era primavera, al menos en su memoria.

Antes de volver a casa, se sentaban en una terraza para mirar a los transeúntes. A ambos les gustaba ese barrio que seguía siendo popular, eso les contaban a sus colegas, entrada la noche, cuando se emborrachaban en el Chéri o en el Zorba, unos cafés de Belleville que siempre estaban llenos y atraían a toda una fauna de jóvenes marginalmente marginales y principalmente adecuados. Juntos comían y bebían opíparamente en Le Président, tomaban el *brunch*, se obligaban a ver las últimas exposiciones, películas sobre las que había que tener una opinión, asistían a conciertos en La Cigale, Le Divan du Monde o La Boule Noire y escuchaban a grupos de punk en La Miroiterie. Para disipar el estrés del trabajo no había nada como ese ocio de escaparate, cosas de las que podían hablar con sus allegados y compañeros de trabajo, el último restaurancito de moda, los mejores *bagels* de la ciudad o la ropa vaquera *made in Japan* que sentaba bien. Era una gozada y una pesada carga

mantener el contacto con la punta más afilada de lo que importaba. Philippe era un hacha en eso, descubrir direcciones y cosas interesantes que hacer, lugares insólitos y patios traseros donde se encontraba tal tienda de ropa de ocasión, tal cantina o tal *mafé* excepcional. Y otro tanto para los viajes. En Senegal, preferían Zanzíbar, las islas Shetland estaban mejor que las Canarias. Barcelona y Londres eran una posibilidad, pero solo para un finde. También les gustaba alquilar un monovolumen para recorrer alguna ruta enológica, en Borgoña o en el Loira, con Samir y Julie, sus mejores amigos, que habían estudiado en una *business school* como ellos, aunque Julie ya se estaba planteando reciclarse.

A Hélène le había encantado esa época, saber que estaba exactamente donde había que estar, donde confluían las redes, donde se producían el dinero, la moda, las ideas, las mejores fiestas, donde alternaba la gente más guapa, de la que ella formaba parte, más o menos; en cualquier caso, vestía como ellos. Había sentido esa peculiar voluptuosidad de entrar en un lugar elegido, ceñida en unos vaqueros Acne y con una gafas de sol de Chloé en la nariz. Esa especie de exhibición la había vengado de muchas afrentas. Le parecía que así compensaba los veranos de mierda que pasaba cobrando tres francos con treinta céntimos para pagarse el alquiler de estudiante, la vida en la urbanización y el prolongado drama de los años de instituto, ese atroz Versalles en miniatura con sus ídolos, sus jerarquías y sus míseras caídas en desgracia.

Aunque, bien pensado, ese periodo en el que la sobrecarga de trabajo se compensaba con los bares de ambiente y las marcas finas, había durado muy poco. Clara nació en 2004, el año en que Philippe empezó a trabajar en AXA. La luna de miel parisina terminó así, entre ese nuevo empleo y el inicio de la baja por maternidad. A cambio, Philippe le había regalado un bolso Goyard. Ahora, Christophe le ofrecía que fuera su acompañante. Cómo había cambiado todo entre una cosa y otra, cualquiera diría que había habido una guerra. Y Hélène no tenía ni idea de dónde coño había metido el dichoso bolso de dos mil pavos.

19

Cada vez que Hélène iba a ver un partido de hockey, dejaba a las niñas en casa de sus padres, le pillaba de camino. Que su relación de pareja estuviera agonizando al menos tenía una ventaja, que los abuelos disfrutaban más de las nietas. Tanto es así que casi se olvidaban de los reproches.

Esta vez, como las demás, las dos peques bajaron del coche de un brinco nada más llegar y se fueron corriendo al jardín. El abuelo acababa de montarles una zona de juegos y se estaban peleando por el columpio, al final perdió Mosca, lo cual era una pena, porque no llegaba ni al trapecio ni a las anillas.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Mireille a su hija, dándole un beso.

—Tampoco está tan lejos.

—Pues durante mucho tiempo, sí que lo ha estado…

Hélène no se dio por enterada. Mireille se protegía los ojos del sol con la mano. Y eso que llevaba cristales ahumados. Cada vez le molestaba más la luz intensa.

Luego Hélène le dio un beso a su padre, que llevaba los consabidos mocasines desgastados, aptos tanto para el jardín como para la calle, y la eterna camiseta azul. De inmediato reconoció el olor de su mejilla, el cuero alisado y la loción de afeitar. Seguía estando como antes, con la misma estatura y el mismo peso que cuando era militar. En su caso, la vejez no había atacado el núcleo, como hace a menudo. Jeannot simplemente parecía que se desmigajaba por el contorno, pues todo en él se había vuelto extremadamente fino, el pelo parecía plumón, la piel estaba más clara, diáfana en las sienes y debajo de los ojos, tanto que en algunos puntos se trasparentaba el trazo desgarrador de una vena malva o azul, confiriéndole a esa silueta, que no había perdido un solo centímetro ni ganado un solo gramo, un aspecto volátil, casi de nube.

—Bueno —dijo la madre.

El padre anunció que iba a vigilar a las niñas y Hélène lo miró alejarse, con su paso tranquilo.

—¿Tienes un rato? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Hélène, volviendo de sus ensoñaciones.

Entraron en la casa, que tenía las cortinas medio cerradas para proteger los ojos de Mireille. Hélène ocupó su sitio en la mesa de la cocina y tocó el hule con estampado de cerezas.

—Iba a hacer té —dijo la madre.

—Estupendo.

Por la puerta acristalada podía ver a las niñas jugando fuera. Mosca por fin había conseguido el columpio y Clara colgaba cabeza abajo del trapecio. El abuelo las miraba divertirse, con las manos en los bolsillos. Desde que había dejado de fumar, era como si a su fisionomía le faltara algo. Estuviera donde estuviera, ahora parecía que estaba esperando algo que no iba a llegar nunca.

El agua empezó a estremecerse en el hervidor y Mireille colocó dos tazas en la mesa, donde vertió el agua hirviendo antes de repartir las bolsitas de Lipton. Mientras se hacía la infusión, relató la conversación que había tenido con los nuevos vecinos, unos jovenzuelos que acababan de mudarse. Ella trabajaba en el hospital y él vendía coches en un concesionario de esos que están todos juntos entre Cornécourt y Chavelot.

—Que a saber por qué están todos ahí metidos, por cierto.

El caso es que la joven pareja quería tener un hijo y «le estaba costando». Ya llevaban tres FIV fallidas. Aun así, seguían insistiendo.

—Lo que tendrían que hacer es aprovechar —dijo la madre—. Ya habrá tiempo de sobra para tener hijos.

Esa era una vieja cantinela. Antes de fundar una familia, Mireille había tenido empeño en «vivir su vida». Seguramente, el ejemplo de su propia madre había tenido mucho que ver en esa voluntad de preservar su libertad. La pobre mujer había tenido cinco críos y, a continuación, su marido se había matado en un accidente de bici en un paso a nivel. Durante toda la infancia, Mireille la había visto desgastarse de tanto fregar cacharros, hacer coladas y planchar, siempre con una comida en el fuego, molida y rascando hasta el último céntimo para mantenerse a flote.

—Muy poco para mí —decía Mireille al acordarse o cuando veía ese tipo de sacrificios expuestos en películas o reportajes de la tele.

Al final, tuvo a Hélène bastante tarde, que siguió siendo hija única. En la mitología familiar, Mireille no era una de esas «mujeres de su casa» que se lo daban todo a su familia y nada la irritaba tanto como sufrir esos discursos sobre la entrega de uno mismo, esas «películas» que se montaban algunas conocidas suyas con las que se cruzaba en el súper o en el estanco donde compraba su boleto de Loto.

—He vuelto a ver a la Christiane Lamboley. Solo sabe hablar de sus achaques y sus hijos, menuda conversación.

Puede que a Jean sí que le hubiera gustado tener otro hijo, pero estaba totalmente descartado. A cambio, había tenido el jardín, que, por cierto, se había reducido bastante en los últimos años, y después de que su hija se fuera de casa habían descubierto el placer de los viajes organizados. Bien pensado, las tarjetas postales no tenían nada que envidiarles a las fotos familiares.

Hélène escuchó a su madre contar las últimas noticias mientras se bebían el té. Trataban de primos a los que ya no veía, de vecinos a los que no conocía y, mediante toquecitos ácidos, de la situación de su hija, de cómo afectaba a la vida de ellos, Mireille y Jean. Aunque la madre acabó preguntándole si estaba bien.

—Sí, sí, de verdad, estoy bien…

Mireille acechaba la respuesta detrás de los cristales, que en la penumbra volvían a ser transparentes.

—Sabrás que las niñas se enteran de todo —le dijo muy seria.

—¿Te han contado algo?

—Un poco —respondió la madre—. A la mayor le preocupa saber si podrá conservar su habitación.

—Lo sé. Se lo voy explicando poco a poco.

—Lo importante —dijo la madre— es que no dejes el trabajo.

—Eso nunca me va a dar ningún problema.

—¿Al menos tienes algo ahorrado?

—Pues claro, no te preocupes.

La madre expresó su satisfacción con la cabeza.

—Yo siempre he trabajado. Eso es lo que importa.

Hélène opinaba lo mismo. Tenía la taza vacía, pero no pensaba irse aún. Eso era lo más curioso, lo a gusto que se sentía ahora en

casa de sus padres.

Claro está, si se demoraba, solo serviría para agriar la situación. Porque su madre no tardaría en querer dictar todos sus gestos, le preguntaría por qué hacía esto y no aquello, tendría que ponerse otra vez las zapatillas y todos sus pequeños hábitos de viejos aclimatados el uno al otro desde hacía lustros volverían a encorsetarla de forma insoportable. Pero, aun así, tenía que admitir que Cornécourt y sus alrededores ya no la asqueaban tanto como antaño. Varias veces ya, cuando iba a ver a Christophe, se había sentido extrañamente relajada al recorrer las calles de su adolescencia. Ahora que ya no estaba prisionera entre esas paredes y esas fachadas, ahora que estaba segura de que no iba a convertirse en una de esas mujeres que iban a hacer la compra con un perrito y el pelo teñido, ese pueblo ya no la preocupaba tanto. Todo lo contrario, era agradable recuperar la luz de sus quince años en una callejuela, al caer el día, y las fachadas familiares de las tiendas. Cada puente traía un recuerdo, la basílica y su reducido laberinto aún albergaba los trayectos congelados que hacía con Charlotte para fumar cigarrillos de extranjis en las ruinas. Y el olor más que otra cosa, al anochecer, después de la lluvia, del humus en los jardines y a orillas del Mosela, seguía exactamente igual. Christophe también le recordaba esa vida sumaria y protegida, sin grandes rivalidades, la de antes, cuando era pequeña, y que envejecer no iba a pasar nunca. De hecho, aquel regreso al pueblo le resultaba tan reconfortante que estaba empezando a preocuparla.

—En cualquier caso, no se parecen a ti. Ni la una ni la otra —dijo su madre, que estaba mirando a las dos crías jugando fuera.

Mosca había dejado la zona de juegos para hacer un agujero en un rincón bordeado de piedras grandes que su abuelo había preparado exprofeso para ella. Por su parte, Clara iba detrás del anciano, que, incapaz de quedarse más de dos minutos sin hacer nada, ahora estaba regando unos arriates de flores.

—¿Cómo era yo a su edad?

—¿Ya no te acuerdas?

Hélène reflexionó un instante. No le volvía nada.

—Antes de los ocho o diez años, no tengo ningún recuerdo.

—Qué gusto da oír eso —dijo la madre.

—Entonces, ¿cómo era?

La madre la miraba fijamente, tratando de saber si le estaba tomando el pelo o no, y por fin se decidió:

—Siempre te estabas riendo —dijo.

Definitivamente, los Lobos constituían un equipo muy raro esa temporada, con no menos de cuatro jugadores mayores de cuarenta años y tres menores de dieciocho. Tuvieron que apañarse con ese grupo dispar, las numerosas lesiones y con que Jimmy Poulain, el portero canadiense, los dejara tirados en enero porque su hermano había sufrido un accidente de coche en su país. Por una ironía de la vida, al final había sido Estrasburgo, el eterno enemigo, quien les había prestado a su portero suplente. La única inversión significativa que se había permitido el club fue Tomas Jagr, un internacional eslovaco que, a pesar de su buena voluntad evidente, no había servido para mucho. Apenas había marcado seis goles desde que llegó.

Sin embargo, contra viento y marea, los Lobos habían aguantado, ganando los partidos asumibles y resistiendo frente a los equipos más fuertes, como Dijon y Reims. Una temporada de currantes, con algunos momentos satisfactorios, un bajón importante en enero y la tenue esperanza de alcanzar la primera división. Ahora se preparaban para enfrentarse en casa a los Titanes de Colmar después de haber ganado el partido de ida.

Christophe había jugado poco y marcado solo dos veces. Para él, la temporada se había caracterizado sobre todo por las peloteras bastante serias con el entrenador, pues Madani lo había estado machacando bastante porque no conseguía perder peso. Ahora lo dejaba en el banquillo.

—No necesito ningún *calzone* en la pista —había zanjado dos semanas antes.

Esa noche, en los vestuarios, Christophe miraba a sus compañeros de equipo como si ya no fueran más que un recuerdo. Sin embargo, estaban la misma rutina de siempre, los mismos ruidos familiares, la cinta adhesiva al desenrollarse, el choque amortiguado de las cuchillas contra el suelo, los tíos sorbiendo, concentrados, los carraspeos y la voz de Gilles, el encargado del material, que repetía el mantra habitual, «venga, chavalines». Él se sentía impaciente y contrariado, un espectador.

Al cabo de un rato, como no aguantaba más, decidió ir a ver al

entrenador al cuchitril que le hacía las veces de despacho. Madani estaba hablando por teléfono y miraba los esquemas tácticos extendidos encima del escritorio. Aún faltaba media hora larga para que empezara el partido, pero ya se oía el barullo de las gradas.

—Me gustaría hablar contigo.

El entrenador alzó los ojos y le pidió que esperase un ratito; al menos, tuvo el detalle de decirle que tomara asiento. Se conocían desde hacía ¿cuánto?, más de veinticinco años. Nunca habían sido amigos. Christophe se sentó en la silla que le ofrecía. Le dolía un montón la tripa y sentía un poco de ganas de vomitar.

—¿Y bien? —dijo el entrenador después de colgar.

—Ya sé que he hecho una mierda de temporada.

Madani se descojonó. Llevaba una gorra con los colores del club, una cazadora polar y mascaba chicle con agresividad. La dulce mirada de los ojos color caramelo no pegaba mucho con la actitud nerviosa, casi vengativa.

—No me refiero solo al hockey —siguió diciendo Christophe.

Las palabras se resistían a salir. Por suerte, el entrenador no necesitaba detalles. Y, después de suspirar, Christophe empalmó:

—Sé de sobra que no voy a jugar más.

—¿A qué te refieres?

—Es mi última temporada. Se acabó.

Madani tuvo la tentación de decirle que se había acabado hacía ya mucho, que bebía demasiado y no entrenaba lo suficiente. Pero se conformó con asentir. Con las piernas abiertas, los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, Christophe se aclaró la garganta.

—Esta noche ha venido mi hijo.

El rostro del entrenador se estremeció brevemente. No le gustaba demasiado que apelaran a sus sentimientos. Christophe sorbió de nuevo y alzó los ojos. Ya no se le veían los labios, solo una ranura horizontal. Y para escupir las siguientes palabras tuvo que hacer un esfuerzo desgarrador.

—Nunca me ha visto en la pista.

—¿Y qué más?

—No pido mucho.

—Bueno —dijo el entrenador—. Ya veremos.

Christophe esperó. Le habría gustado tener garantías. Desde que

el niño vivía cerca de Troyes, solo lo veía en vacaciones y algún fin de semana que otro. La gente le decía: «¿Por qué no te mudas allí?». Otros le habían preguntado por qué no se había opuesto. Según ellos, tenía que contratar un abogado y poner el asunto en manos de un juez. En cuanto a Marco y Greg, ponían a Charlie más verde que de costumbre, era lo suyo. La única que se había abstenido de opinar tajantemente había sido Hélène. Precisamente porque notaba que su vida estaba sometida a fuerzas opuestas y que en esos casos nadie es totalmente responsable ni totalmente inocente.

Al principio, Christophe pensó que no sería para tanto. No vería a Gabriel tan a menudo, pero lo vería mejor, tiempo de calidad, como se decía ahora. Lo mimaría. Con él, sería casi como estar siempre de vacaciones. Pero no contaba con el tiempo, la velocidad con la que obra sobre un niño. Cada vez que se reencontraba con Gabriel, era una persona casi irreconocible. Lejos de él se había vuelto más delgado, menos ingenuo y más guapo. Pronunciaba palabras nuevas, palabras sabias y palabrotas en árabe que había aprendido en el Bronx en miniatura que era el patio del colegio. También había desarrollado manías o tics inéditos, como meterse los dedos en la nariz o gruñir como un cerdito. Al menos, podía culpar a Charlie, era una agradable compensación que le vengaba del reloj de arena.

Algunos domingos por la noche, cuando Christophe lo dejaba delante de casa de su madre, lo miraba cruzar la calle con el mochilón a la espalda y casi podía sentir la aceleración hasta en los huesos. Dentro de nada tendría diez, doce, dieciséis años, se convertiría en un gilipollitas, un adolescente, pasaría de sus consejos y solo pensaría en sus amigos, se enamoraría, las pasaría putas por las clases, las notas y hasta el estrés, le daría la brasa para que le comprara una mochila de Eastpak, un plumífero que cuesta un huevo, un jodido escúter para matarse, fumaría porros, se daría el lote, aprendería cómo saben el tabaco, la birra y el whisky, los cachas se meterían con él, encontraría a otras personas para que lo escucharan y le dieran la mano, querría pasar la noche fuera, irse de vacaciones sin sus padres, les pediría cada vez más pasta y los vería cada vez menos. Habría que ir a recogerlo a la comisaría o pagarle las multas, leer en la agenda escolar el retrato de un completo desconocido, una criatura capaz de meterle mano a las

chicas o de insultar a un CPE, a menos que se achique, que sea el que se lleva los palos, totalmente transparente, ¿qué otras calamidades había que temer?

Hasta que un buen día, con un poco de suerte, durante un trayecto en coche o en una cocina, ya tarde, ese niño le contaría algo de su vida. Christophe descubriría entonces que ya no lo conocía. Que había recorrido su propio camino y que ahora era más fuerte que él, que entendía mejor los objetos y las costumbres, y se burlaría con cariño de la falta de adaptación de su padre a los tiempos. Christophe descubriría que el niño lo sobrepasaba ahora por todas partes y que esa era la mejor noticia del mundo. Gabriel habría crecido, a medias sin él. Ese tiempo se habría perdido definitivamente.

Los jugadores de Épinal entraron en la pista en medio de un jaleo tremendo en el que se mezclaban gritos, bravos y el prolongado barritar de las bocinas de aire comprimido. Se habían juntado allí dos mil personas, Freddie Mercury cantaba *We Will Rock You* y en el vaivén de los focos blancos y verdes parecía que toda la ciudad se había dado cita para latir con el mismo corazón. Bajo la cúpula de esa iglesia sorprendente, la habitual voz de feriante no tardó en desgranar el nombre de los jugadores. El de Christophe no provocó ninguna emoción, pero al oír el de Théo Claudel el público se enardeció brevemente. Era el chaval que la semana anterior había marcado tres de los cuatro goles de la victoria y se había convertido ya en una especie de miniestrella. Los compañeros de equipo de Christophe trazaron elegantemente unos bucles más y se colocaron en hilera mientras los jugadores de Colmar aparecían a su vez, llevándose el habitual abucheo.

De pie en la pista, Christophe volvía a sentir el mismo martilleo en el pecho. Era algo a lo que uno nunca se acostumbra. El fervor, el ruido, todo un pueblo animando. Esa alegría, inagotable pero que se iba a acabar. Se puso a mirar las gradas, buscando a su hijo, pero había demasiado lío, demasiada gente de pie. En cambio, a Marco se le veía de maravilla, en medio de la tribuna de los hinchas, con el bombo, su tremenda estatura y esas pintas que daban miedo. Por fin, cesó la música, volvió la luz y Christophe localizó al niño de pie al lado de Hélène, con Greg y Jenn. Enseguida se fijó en que el crío no llevaba gorro y ese descuido lo irritó. Pero le tocaba irse ya el

banquillo.

Épinal arrancó el juego a toda velocidad, con las tres líneas relevándose como otros tantos rodillos compresores. Théo Claudel marcó ya en el minuto dos y luego otras dos veces durante el primer tiempo, creando la sensación de que estaban asistiendo en vivo al nacimiento de una estrella, lo cual puso a los hinchas al borde del síncope. Sintiéndose capaz de obrar milagros, se atrevió incluso a lanzar un *slap shot* a diez metros de distancia que entusiasmó al público por su potencia, su osadía y, por qué no decirlo, su calidad estética, pese a que el portero rival lo parase. De hecho incluso este último saludó este gesto admirable.

Muy pronto se notó que aquella era una de esas noches excepcionalmente febriles, en que todo el pabellón vibra como una locomotora, el alborozo de las gradas pasa a la pista en forma de velocidad y los pedacitos del barullo general se juntan para acabar formando un único bramido, sordo y continuo. Cada uno parecía estar atrapado en la rotación del juego, como en el tambor de una lavadora monstruosa donde se entremezclaban de forma terrible los destinos y los gestos, el deseo y el temor. Y, en medio de todo aquello, Marco golpeaba, atronador y con el rostro martirizado, como un telégrafo óptico en el infinito movimiento de los estandartes.

Christophe, por su parte, ocupaba su lugar en el banquillo.

Puede que los minutos nunca le hubieran parecido tan breves. Miraba el partido y luego al público, sombríamente, sorbía por la nariz y luego escupía entre los dientes; le recorrían las piernas movimientos involuntarios y, a pesar de la inactividad, estaba sudando. De una forma u otra, iba a suceder algo por última vez y lo notaba por todo el cuerpo. Se sentía como un pez ahogándose en la orilla. Tenía que salir a la pista.

De pie detrás del parapeto, el entrenador organizaba el juego como de costumbre, dirigiéndoles signos cabalísticos a los jugadores y ordenando las rotaciones. De tanto en tanto se acuclillaba para dibujar en la pizarra Velleda una combinación táctica que solía guardar para sí. Era su forma de reflexionar, de canalizar la ansiedad. Sonó el final del primer tiempo. Christophe no había jugado. Entró en los vestuarios sin decir una palabra.

Las primeras veces, Hélène tuvo que hacerse de rogar para ir a ver

los partidos. Aquello le recordaba demasiadas cosas. Pero resultó que la pista de hielo tenía más de sedante que de máquina del tiempo. Una vez atrapada entre el público, ya no pensaba en nada, se olvidaba de los marrones. Para ello, bastaba gritar al mismo tiempo que la multitud, aplaudir con la misma cadencia, seguir con los ojos el movimiento del disco por encima del hielo y todo lo demás desaparecía. Pero esta vez era algo distinta por el ambiente particularmente enloquecido y porque Christophe le había encomendado a su hijo. Al principio, el crío seguía el partido con entusiasmo, gritando y comentando a diestro y siniestro. Hasta que el cansancio se le echó encima de golpe y, ahora, estaba pegado a ella, pálido y con los ojos cargados de sueño detrás de las gafas. En un momento dado se volvió hacia Greg y preguntó:

—Tío, ¿falta mucho?

—Qué va —mintió el adulto.

Y en el descanso fue a buscar unas cervezas con Picon y una Coca-Cola
que reanimó un poco al niño. Luego le pidió a Jenn que se moviera para sentarse al lado de Hélène. Brindaron.

—Bueno —dijo—, pues le he dado muchas vueltas.

—¿A qué?

—A la boda.

—Vaya, más te vale.

Se había reanudado el partido y, con él, el jaleo en las gradas, de modo que tenían que hablarse al oído, pegados el uno al otro. Greg olía mucho a tabaco y desodorante, pero a Hélène no le desagradaba.

—No, lo que quería decirte es que tienes que venir.

—No sé si estaré libre.

—Si ni siquiera sabes la fecha.

Hélène sonrió.

—¿Cuándo es? —dijo.

—El 6 de mayo.

—¿En serio?

—Pues sí, ¿por qué?

—Es la segunda vuelta de las elecciones.

Greg se quedó pasmado un momento, sin estar seguro de entender a dónde quería llegar Hélène.

—¿Y qué?

—No, nada.

—¿A quién le importan las elecciones?

Bebió un trago de cerveza y Hélène hizo otro tanto. La verdad es que era un tío muy majo.

El partido prosiguió en el mismo ambiente sobreexcitado. Al final del segundo tiempo, Épinal ganaba nueve a uno, pero Christophe seguía sin haber jugado. En los vestuarios, el entrenador felicitó a las tropas y las exhortó a tener cuidado. A partir de ese momento, lo que importaba era evitar las lesiones. Jugarían más partidos, la temporada no había terminado y, al tratarse de Colmar, un puñado más o menos encima del ataúd no suponía una gran diferencia.

Los jugadores escucharon sin decir nada, humeantes como caballos después una carrera, limitándose a sorber, resoplar, aclararse la garganta y escupir. Algunos mordisqueaban una barra de cereales, otros le daban bocados a un plátano. Bebían agua a morro, dando tragos largos, mientras la nuez subía y bajaba en el cuello de esos hombres ya cansados y que aún tenían que aguantar. Se sentía en toda la sala una mezcla de modorra y electricidad. El portero, que tenía un problema con las sujeciones de su equipamiento, pidió ayuda y Desmarais se afanó por enjaezarlo con cinta adhesiva.

Christophe observaba la escena desde muy lejos. Le habría gustado decirle algo, pero ¿qué?

—Bueno, chavales…

El partido se reanudó. Enfrente, los de Colmar parecían estar sonados y casi no se atrevían a atacar. La cuenta atrás del tercer tiempo tenía a Christophe angustiado. Se sentía cada vez peor. En el minuto 9, se puso de pie para hablar con el entrenador.

—Tengo que jugar.

Madani continuaba siguiendo con los ojos los desplazamientos de sus jugadores, con la pizarra en la mano.

—Por favor —insistió Christophe.

Esta vez, el otro se dignó a mirarlo y al cabo de unos segundos de reflexión, hizo un ademán de ánimo con la cabeza.

—Sustituyes a Kevin.

—Vale. Gracias.

Y Christophe entró en la pista con la línea siguiente. Solo

quedaban ocho minutos de juego. Normalmente se cambiaban las líneas cada cuarenta y cinco segundos. El equipo tenía cuatro, tres de las cuales jugaban mucho, Christophe podía contar con jugar un par de minutos antes de que se pitara el final. Por suerte, los jugadores de Colmar tenían un dominio del disco más bien inexistente.

En efecto, desde el primer pase, Christophe consiguió colocarse y tiró dos veces a la portería, pero sin resultado. Era el final de un partido extraño, bastante lento, todo el mundo estaba extenuado y jugaba como si estuviera en sueños. En las gradas, la tribuna de los hinchas seguía gritando a voz en cuello, y el peor de todos, Marco, aporreando y berreando tanto que le iba a reventar una vena.

Cuando volvió al banquillo, Christophe tuvo el honor de recibir en el hombro una palmada del entrenador antes de desplomarse. Cuarenta y cinco segundos jugando y ya estaba sudando como un pollo, empapado de pies a cabeza. Mientras seguía el partido, se le escurrían los goterones por la cara y le caían en las pestañas, que se movían rápidamente. Al pasarse la lengua por los labios, reconoció con agrado el sabor salado del sudor.

Y ya estaba. Había empezado hacía treinta años y eso era lo que le quedaba, cuarenta y cinco segundos de juego para terminar. En el pecho, los pulmones se le inflaban y vaciaban a toda velocidad. Cerró los ojos tratando de recuperar la calma y se aferró al palo con ambas manos. Entonces Desmarais se volvió hacia él y vio que tenía los labios atrapados en un murmullo silencioso. Le dio un codazo al jugador que tenía al lado. Los demás que estaban en el banco sorprendieron a su vez ese instante en suspenso. El hermoso rostro chorreando de sudor, la voz inaudible que buscaba llegar al cielo y esa crispación tremenda de las cejas que decía muy bajito «una vez más, por compasión».

Al volver a la pista, Christophe comprobó que ya no le quedaba nada en las piernas, o casi. Por suerte, los Titanes estaban aún más molidos. Ahora aguantaban el asedio de los de Épinal como podían, defendiéndose como gato panza arriba, casi enfadados. Christophe intentaba compensar su debilidad colocándose donde hacía falta. El disco no tardó en deslizarse hacia él a lo largo de la banda, quiso empujarlo unos metros antes de pasarlo, pero no le dio tiempo. Un defensa contrario salió de la nada, lo empujó de lleno y lo mandó

volando contra el plexiglás. Una carga tan frontal, de rinoceronte, que el público no pudo contener un «ooooh» de reprobación. Christophe se quedó quieto un momento, con la rodilla en el suelo, incapaz de recuperar el aliento. Luego se incorporó apoyándose en el palo. Quedaban veinte segundos o poco más. Cogió velocidad. Precisamente, Kamel Krim estaba lanzando a la portería. Pero el portero de Colmar se interpuso y un defensa contrario envió el disco muy lejos. Por suerte, Desmarais estaba en su trayectoria, lo interceptó y lo devolvió al redil. Christophe estaba saliendo de detrás de la portería. Hizo el esfuerzo necesario y describió una curva que se encontró con la línea absolutamente recta que seguía el disco. Solo tuvo que desviarse con un movimiento a la vez elegante y sumamente ágil, casi nada. Y marcó.

Entonces de las gradas se elevó un clamor, erizado de los tut, tut, tuuuuuut de las bocinas de aire comprimido, mientras el locutor anunciaba por última vez el nombre de Christophe Marchal y su número 20. Este último dio una vuelta a la pista para saludar a los hinchas, con el palo tumbado por encima de la cabeza. Al llegar donde estaba su hijo, vio que el niño ponía una cara muy rara. Greg acababa de despertarlo para que asistiera al triunfo de su padre. Parecía que iba a llorar.

Cuando Christophe apareció en el aparcamiento con la pesada bolsa al hombro, el lugar ya estaba casi desierto. Los Titanes se habían largado hacía rato. Solo quedaban algunos allegados de los jugadores y un puñado de fanáticos que esperaban una dedicatoria o cruzar dos o tres palabras con alguno de sus ídolos. Hélène estaba esperando con los demás subida en el Duster de Jenn. Para no despertar al niño, que dormía pegado a ella hecho un ovillo, todos charlaban en voz baja, lo que naturalmente ocasionaba bromas y ataques de risa, y más teniendo en cuenta que habían privado bastante. Se habían descojonado cuando Hélène se quedó maravillada con el olor a maracuyá que desprendía el abetito naranja que colgaba del retrovisor. Bajo el efecto combinado de la victoria y de la cerveza con Picon, había exclamado con la mayor sinceridad del mundo:

—Pero qué bien huele, necesito uno.

En un momento dado, como no se aguantaba más, salió del Duster y se puso a mear entre dos coches, cosa que gustó mucho a

los demás. Al final, resultaba que la tía no era tan pavisosa, al contrario de lo que se podía esperar, hasta Marco tuvo que reconocerlo. Después de subirse los vaqueros, se quedó un rato fuera para fumar un pitillo y todos la miraron sin decir nada, la silueta alta con la coleta y los pantalones ajustados que la moldeaban, fumando como un *cowboy*.

—Bueno, pues asunto zanjado —dijo Jennifer—. Se viene a la boda.

Así pues, cuando volvió al coche, a Hélène no le quedó más alternativa. Lo prometió y pensó que sí, en el fondo, estaba bien quedar con esa gente, en esos sitios, disfrutar de su acento y de su amabilidad sin pulir. Era parecido a ponerse una sudadera vieja y comodísima que ha aparecido en el fondo de un armario. Besó al niño en la cabeza.

—Hombre, ya está aquí —dijo Marco al ver llegar a Christophe.

Hélène salió del cuatro por cuatro y corrió hacia él para lanzarse en sus brazos. Él la atrapó al vuelo y se besaron allí mismo, totalmente despreocupados, como dos críos en la noche fácil. Christophe tenía el pelo mojado y olía bien a gel de ducha. Hélène se detuvo a mirarlo.

—Hola —dijo haciendo dengues.

—Hola.

Christophe había soltado la bolsa y sujetaba a Hélène por la cintura. En los ojos de ella, las luces del pabellón formaban ángulos de luz y la sonrisa, por una vez, no era de ironía, no sugería nada, ya no le preocupaba. Le preguntó qué tal el partido.

—Ha estado superbién —dijo ella con profunda sinceridad.

En la penumbra, le parecía guapísima. Ella volvió a besarlo. Olía a alcohol, pero ¿acaso importaba?

—Quiero que volvamos a casa.

—¿Y tu coche?

—Me traes mañana a recogerlo.

—¿Estás segura?

El motor del Dacia rugió detrás de Hélène mientras la luz de los faros les daba de lleno y los recortaba brutalmente en la oscuridad. Se separaron y Jenn soltó unos breves bocinazos socarrones. Entonces tuvieron que explicarles a los colegas que se iban a casa en lugar de ir al restaurante como estaba previsto.

—Sois unos plastas —dijo Marco decepcionado.

—El niño está muerto.

—Otra vez será —añadió Hélène.

Los demás insistieron un poco por puro trámite y luego los dejaron allí abandonados, no sin antes gratificarlos con una última salva de bocinazos. Christophe llevaba a su hijo en brazos y el niño dormido le prestaba a todo una impresión de tremenda dulzura.

—Qué majos son —dijo Hélène colgándose del hombro la bolsa de deporte.

Y se fueron hacia la ranchera de Christophe. Hélène se sentía reconciliada con la tierra entera.

Después de acostar al niño, Hélène se dio una ducha y Christophe preparó algo de comer en la cocina. Había tomado la precaución de subir la calefacción y era como si la casa ronronease a su alrededor. Cuando Hélène bajó, en bragas y camiseta, y calzada con unas zapatillas viejas, se encontró la mesa puesta y a su hombre en delantal. Había hecho tortilla y tostadas.

—Siéntate. ¿Quieres ensalada?

No, bastaba con la tortilla, así estaba perfecto. Bebieron vino y Hélène, piripi otra vez, untó mantequilla salada en el pan y lo mojó en la yema de huevo. Tenía un sabor denso, graso, absolutamente delicioso.

—A tu salud —dijo Christophe.

Brindaron y se pusieron a hablar del partido, del equipo y su temporada, de los amigos de Christophe.

—Creo que les he prometido más o menos que voy a ir a la boda.

—Ah, pues qué bien.

—No sé yo.

Christophe comía con apetito, cortando con el tenedor la tortilla densa y viscosa y engullendo grandes trozos de pan, tan apresuradamente que se manchó los dedos de yema. Se los limpió de un lametón y pilló a Hélène mirándolo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Come. Me gusta mirarte.

Dijo esto último haciendo un ademán con la barbilla, para animarlo. Pero Christophe había soltado el tenedor y se estaba limpiando los labios con la servilleta. Los dos se sentían a gusto,

relajados y ahítos. Tenían tiempo y tranquilidad. Y la presencia del niño en el piso de arriba contribuía de forma extraña a ese placer tan sencillo, casi rutinario. Hélène tenía la esperanza de que la sobremesa no se eternizara. Y aun así fue ella quien retomó la palabra:

—¿Siempre has vivido aquí?

—¿En esta casa?

En ese momento, apareció el gato mendigando caricias y la mano de Christophe desapareció debajo de la mesa para rascarle la cabeza.

—No, me refiero a Cornécourt —siguió diciendo Hélène—. ¿Siempre has vivido en esta zona?

—Sí.

—No es un reproche, ¿eh?

—Ya lo sé.

Con la punta de la lengua, él se sacó de entre los dientes un trozo de pan que se había quedado ahí metido y ella lo vio masticarlo, con los labios fruncidos.

—Yo, en cambio, no he conservado a nadie de por entonces.

—¿Y eso? —preguntó Christophe.

Ella notó su desconfianza, pero no pudo evitar decirle lo que sentía en el corazón.

—No sé. ¿Nunca tuviste ganas de algo más?

—Aquí no se está peor que en cualquier otro sitio.

—Yo me moría por irme.

—Pero has vuelto.

—No del todo.

El gato se subió de un salto al regazo de Christophe y este acarició con la manaza el lomo del animal, que se puso a ronronear muy alto.

—O sea, ¿que nunca has estado en otro sitio? —preguntó Hélène.

Lo vio torcer el gesto.

—¿Para qué? —replicó Christophe, de golpe con el rostro tan duro como la madera—. Todos son iguales.

Hélène arqueó una ceja dubitativa y Christophe se levantó de la silla, obligando al gato a saltar al suelo. El animal salió de la habitación dejando tras de sí un maullido indignado mientras su

dueño se ponía a recoger la mesa. Hélène lamentaba lo sucedido, pero era superior a sus fuerzas. Esa noche, Christophe le gustaba tanto que no podía evitar querer arrastrarlo de su lado.

—No quería ofenderte —dijo.

—No estoy ofendido.

Ella se levantó a su vez y fue hacia el fregadero para estar con él. Necesitaba acortar distancias. Quería ser feliz ya.

—Anda, ven —le dijo—, qué nos importa.

Le cogió la boca y enseguida le buscó la piel por debajo de la camiseta, recorriéndole el torso con las manos como para darle calor. Bastaron esos gestos para vaciarles de inmediato la cabeza. Christophe la abrazó. Notó su aliento sobre la piel, un mordisco en el cuello. Ella aspiraba su olor y luego lo lamió con la punta de la lengua para degustarlo, pegándose aún más contra él, contra los muslos enormes de patinador que le daban un algo inhumano, una faceta de centauro un poco repulsiva y que le encantaba. Cuando la agarró de la nuca para besarla de verdad, notó que se derretía y gimió. Buscó entonces los botones del vaquero con la yema de los dedos, los desabrochó uno por uno y le metió la mano en el pantalón y enseguida encontró la polla a través de la tela de los calzoncillos. Bajo la suavidad del algodón ya estaba henchida y tensa, y Hélène se sintió aún más excitada. Volvió a morderlo, juntaron las frentes, él le agarró el culo, notó su blandura en la mano, esa suavidad perfecta y la tela de las bragas. Hélène era un par de centímetros más alta y le gustaba sentirse atrapado así, envuelto, mirándola a los ojos, con ese culazo para él y esa mano tocándole la polla, amarrados juntos en pleno naufragio. Ahora también ella lo tenía agarrado por la nuca. Se dieron dos o tres besos más, rozándose con los labios. Hélène había empezado a ondular y respiraba fuerte por la nariz. De un solo movimiento, Christophe la empotró contra el fregadero y ella, sorprendida, soltó un gritito al notar la porcelana fría cruzándole las nalgas. Pero él ya le estaba bajando las bragas por los muslos. Ella se contorsionó para ayudarlo y, cuando las tuvo en los tobillos, las lanzó cuarto a través de una patada.

Ahora Christophe estaba empalmadísimo y Hélène hundió la mano en los calzoncillos para empuñarlo hasta el desorden rasposo del vello. Las ganas le subían desde el vientre, se dieron más besos,

juntando la boca a intervalos, con la lengua lenta, las pupilas negras y los alientos confluyentes. Cuando él la agarró del pelo, Hélène gimió más fuerte, desde el pecho, e hizo con la mano un movimiento de rotación en torno a la polla que le dejó en el anverso de la muñeca una sensación de viscosidad absolutamente deliciosa. Esas gotas que habían brotado y acababan de entrar en contacto con su piel fueron como una descarga de fuego por las venas.

Entonces Hélène le cogió la mano y la guio entre sus muslos, poniéndose de puntillas para apoyarse en el fregadero y abrir más las piernas. Deslizó dos dedos por el pliegue y luego en la abertura, las ninfas tornasoladas donde la piel se volvía tan fina, dramáticamente sensible. Hélène sintió un escalofrío que la recorría hasta la punta del pelo y respiró de placer, esperando a que él se abriera camino, leve, casi subliminal, sondando el interior ardiente con la yema de los dedos hasta encontrar el clítoris, y lo hizo girar, presionando alusivamente los dedos índice y corazón encima de bultito al descubierto y sin misterio. Insistió hasta que Hélène sintió que se volvía como un pozo, un charco, y le metió la cara en el cuello, sin dejar de masturbarlo también ella, tirando de la tela de los calzoncillos para liberarle la polla.

—Ven —dijo al cabo de un rato porque quería sentirlo.

Pero, en lugar de eso, él se aplicó más, cabezota y sutil, pasándole los dedos alternativamente por los labios y por el coño, volviendo al clítoris, que con la presión lanzaba por el cuerpo de Hélène oleadas inevitables. Él quería hacerla gozar, pero ella se contenía, por diversión, para que durara, por rebeldía.

—No vas a pillarme —susurró, jadeante y con una sonrisa en los labios.

En lugar de acelerar el movimiento, Christophe siguió con la misma delicadeza tozuda, rozando el borde dentado de las mucosas, presionando los cuerpos henchidos de sangre, tirando del vello. Por su parte, Hélène había adoptado un movimiento de vaivén, aflautado e infinito, y podía sentir lo rígido que estaba él, con las venas marcadas, repletas y en el borde. Cuando se escupió en la mano, él no pudo evitar soltar un improperio. Se había convertido en un juego. Christophe la tocó con más precisión para obligarla a ceder.

—Ni lo sueñes —dijo Hélène, y a los dos se les escapó la risa.

Se agarró al brazo tenso en el borde del fregadero para arquearse mejor. Ya venía. Ahí estaban, unidos en esa amalgama, como serpientes, con el pelo entremezclándose y los ojos cerrados, sin hacer esfuerzos inútiles, cuando Hélène notó en la mano la pulsación nítida de la polla que ya no aguantaba más. Christophe se volvió para recuperar el aliento. También ella estaba al límite, con los pies al borde del trampolín. Entonces le susurró al oído unas palabras que no dejaron a Christophe otra alternativa.

Gozó de pie en la cocina, encima de ella, y Hélène le retuvo la mano para que terminara lo que había empezado. Se corrió a su vez, al cabo de unos segundos tan solo. Había ganado.

20

Hélène se lo estuvo pensando hasta el último momento, pero, cuando Philippe la informó de que «estaba quedando con alguien», una tía del curro (qué original), se dijo «pues a la mierda». Entonces escribió a Christophe para darle la buena noticia: «De acuerdo, voy contigo a la boda».

La verdad es que no dejaba de ser una lástima que terminara así la vida que habían construido juntos durante más de quince años. A ratos, a Hélène le habría gustado rebobinar la historia. Con Mosca todavía jugaba a «la pizarra mágica», es decir, que cuando la niña hacía una tontería gorda, como pegar animales de plástico con cola en la tapicería, Hélène estaba dispuesta a borrarla a condición de que se disculpara con absoluta sinceridad. Pero a su edad los arrepentimientos sinceros ya no bastaban. Cada acto era como una cicatriz, un tatuaje, y, si las decisiones pueden llevar muy lejos, la cobardía o el no hacer nada también resultan temibles. Cualquier cosa contaba en esa pendiente casi vertical de la vida adulta.

Fuera como fuese, la famosa boda supondría necesariamente un cambio de rumbo. Por eso se lo había pensado tanto. Ahora que Philippe tenía a «alguien», Christophe se convertía necesariamente en algo más que un capricho pasajero. Además, era una bobada, pero de pronto le entró miedo de perderlo.

Así que lo primero que hizo fue ir corriendo a comprarse un vestido nuevo y se preocupó por el traje de su acompañante.

—Tranquila, tengo un traje de Boss —explicó Christophe—. Está como nuevo.

—¿De qué color?

—Azul.

—¿Cuándo lo compraste?

—Lo compré en Troyes, en un muestrario de fábrica. Cincuenta por ciento de descuento.

Empezamos bien…

—No te he preguntado dónde —insistió Hélène—, sino cuándo.

—No sé, hace cuatro o cinco años.

—Mándame una foto.

—¿Ahora?

—Pues claro, la boda es el sábado. Mándamela.

—Vale, te llamo luego.

A los cinco minutos, recibió una foto de Christophe trajeado. Era exactamente lo que se temía. El traje era demasiado ancho, la chaqueta era demasiado larga, tenía las hombreras cuadradas y además la tela de raya diplomática era más adecuada para el invierno. Para colmo de males, Christophe se lo había probado sin molestarse en ponerse unos zapatos y la combinación de esa cosa con los calcetines blancos era de lo más lamentable.

Lo volvió a llamar enseguida.

—Hay que comprarte otro traje urgentemente.

—¿Y eso?

—Vente a Nancy e iremos de compras a Printemps.

—Pero no me voy a gastar mil pavos en un traje que solo me voy a poner una vez.

—Yo me encargo.

—¿Estarás de broma?

Y al ir a pagar el traje De Fursac azul y entallado que le sentaba como un guante, tuvieron su primer encontronazo serio. Al final, lo pagó Christophe, pero Hélène consiguió que le dejara regalarle un par de zapatos. Así que tuvieron que peinarse toda la ciudad para encontrar unos Oxford adecuados. De tanto buscar, Christophe acabó cogiéndole gusto y no tardó en caminar alegremente al lado de Hélène, que no le daba ninguna importancia al dinero y tenía empeño en mimarlo. Era agradable recorrer una ciudad con la sensación de que todo podría ser tuyo y que los escaparates eran como una barra libre. Al final de la tarde, Christophe estaba vestido de arriba abajo, zapatos de Paul Smith, cinturón de Smalto, corbata de seda y camisa de agnès b. Lo equivalente a un mes de sueldo. Por último, fueron a un sastre para que le hiciera los indispensables retoques al pantalón nuevo. Al caer la tarde, premiaron sus esfuerzos tomándose un café en la plaza de Stan. Al fijarse en la cantidad de bolsas de grandes almacenes que se amontonaban a sus pies, Christophe se lamentó.

—Me hace ilusión —dijo Hélène.

—Y a mí no me acaba de gustar lo de ser un mantenido.

—No te pongas misógino, hombre.

—Qué tendrá que ver…

—Pues lo tiene. Hala, paga tú los cafés y listo.

Y esa conversación zanjó provisionalmente la cuestión de la relación de poder entre ellos.

El día D, Hélène, tras recoger el traje, se plantó en Cornécourt y se vistieron por separado para luego reunirse en el dormitorio de Christophe y comprobar qué pinta tenían delante del armario de luna. Cuando estuvieron uno al lado del otro, ella con tacones y vestido y él luciendo el traje nuevo y la camisa blanca impecable, no les quedó más remedio que reconocerlo: estaban que se salían.

—Nos queda bien —dijo Hélène.

—Pues sí…

Fuera, el mes de mayo ofrecía su primer fin de semana y en el aire flotaba un olor fresco, un chisporroteo verde que alegraba el corazón.

Alguien llamó entonces a la puerta y la cabeza curiosona del padre se asomó al cuarto. Christophe había ido a recogerlo el día anterior y había dormido allí, en su antiguo cuarto. Ya estaba listo, con traje gris y la camisa abrochada hasta arriba.

—Ah… —dijo al ver a esa mujer alta con vestido de flores a la que no conocía—. Disculpe. Estoy buscando mi corbata.

Christophe acudió corriendo, abochornado.

—Papá, la dentadura.

La boca vacía del anciano se cerró con un chasquido húmedo y revolvió cómicamente los ojos.

—Ven —dijo Christophe.

Salieron de la habitación y, pegado a ellos, el gato, que no se había separado del padre desde que llegara. Hélène, pues, se quedó sola con el imponente vestido, su reflejo y la inmensidad de la primavera que la ventana abierta de par en par apenas lograba contener.

En el cuarto de baño, Christophe ayudó a su padre a anudarse la corbata y luego, cogiéndolo por los hombros, comprobó que todo estaba como es debido. Llevaba puesta la dentadura, las gafas en el bolsillo y un poco de dinero en la cartera. Estaba lavado y peinado,

con las uñas cortadas. Como estaba más flaco, el traje le quedaba un poco holgado, pero podía pasar y, en conjunto, tenía bastante buena pinta. Aun así, Christophe se preocupó por quitarle dos pelos de punta que tenía en la nariz.

—¿Y Gabriel?

Había hecho esa pregunta cien veces desde el día anterior. Christophe incluso lo había pillado en el cuarto del niño, atónito, con los brazos colgando.

—En casa de su madre, ya te lo he dicho.

—Ah, sí.

Una sonrisa delicada engalanó el rostro del padre.

—Se me va un poco la chaveta.

Christophe le tocó el brazo y también sonrió. Los dos eran todo dulzura.

—Nos vamos a ir.

—¿Ya?

—Hemos quedado en el ayuntamiento.

—Ah, sí —dijo el anciano.

Pero Christophe sabía que su padre hacía trampa y que no tenía ni la menor idea de cómo iba a transcurrir la jornada. Así que le recordó el motivo de tantos preparativos. Greg iba a casarse y el viejo Müller se encargaba de la ceremonia en el ayuntamiento. Al oír ese nombre, los ojos del anciano se iluminaron.

—¡Menudo mentecato es ese!

Christophe también le recordó que iban con una amiga y que se llamaba Hélène.

—Sí, tu novia.

—Eso es.

Christophe titubeó un segundo y se atrevió a preguntarle algo:

—¿Qué te parece?

El padre se limitó a encogerse de hombros.

—Uy, ya sabes que a mí, las mujeres…

Greg y Jenn aparecieron en la plaza del Ayuntamiento poco antes de las cuatro, a bordo de un dos caballos descapotable, dando muchos bocinazos y ejecutando un giro de lo más elástico que provocó un nutrido aplauso y asustó un poco a los invitados. Bien agarrada dentro del habitáculo, Jenn, que ya iba por el séptimo mes de embarazo, no pareció valorar sino a medias semejantes

acrobacias. Cuando el vehículo se detuvo, sermoneó agriamente a su futuro esposo, que asintió con entusiasmo antes de surgir del coche de lo más sonriente, con los brazos alzados y una corbata tejana adornada con una piedra turquesa alrededor del cuello. Después de hacer el signo de la victoria con ambas manos, rodeó el dos caballos para ayudar a Jenn a desencajarse del asiento. Ella, por su parte, llevaba un vestido largo y blanco que le daba al vientre formidable la apariencia de un huevo. También sonreía, pero se intuía cierta tensión en la actitud y dureza en la mirada, toda la preocupación que le producía la intendencia de ese acontecimiento excepcional. De hecho, le dirigió una serie de gestos impacientes a Bilal, su hijo, que estaba papando moscas entre los invitados, indiferente y sordo, y tuvo que gritar su nombre para que se resolviera a cumplir con su cometido de paje y acudiera a llevarle la cola del vestido junto con una prima rosa caramelo que no debía de tener más de diez años.

Christophe y Hélène se habían quedado algo apartados, con Gérard, que parecía estar bien, con el bigote al viento y alegre como unas pascuas en ese flamante rayo de sol.

—¡Muy buenas, horteras!

Marco acababa de aparecer detrás de ellos, con traje claro y corbata roja, bastante estiloso también él.

—Qué guapo estás.

—Je, je —replicó, alzando el índice hacia el cielo y esbozando un paso de baile.

Y, después de saludar al padre de Christophe, se abrió un lado de la chaqueta y les enseño la petaca metálica que llevaba metida en el bolsillo interior.

—¿Tienes miedo de que falte?

—Las ceremonias pueden llegar a ser muy largas.

—No vamos a la iglesia, lo van a despachar rápido.

Tras lo cual, volvieron a sacar el espinoso tema de los testigos que los había tenido bastante entretenidos las últimas semanas. Por parte de Jenn, no había problema alguno, había elegido a su mejor amiga, Florence, pero Greg había ido aplazando la solución todo lo posible al no poder decidirse entre Marco y Christophe. Dos días antes, llegó el veredicto, al final se encargaría un tío abuelo suyo, un hombrecillo mayor que vivía en algún lugar del Alto Saona, un

patriarca agrícola que se llamaba Jacques y tenía más de ochenta años.

—Por lo visto viene en coche, él solo.

—Ya será en ambulancia.

Hélène, intrigada, pidió más detalles. Por lo que había contado Greg, el tal Jacques era viudo y vivía en una granja enorme. Pero, para mayor comodidad, había concentrado en la sala principal de la planta baja todas las funciones indispensables para la vida cotidiana. Así pues, dicha sala hacía las veces de salón y de cocina, también de dormitorio, con la cama presidiendo delante de la chimenea y, por último, de cuarto de baño, puesto que se aseaba en el fregadero. Para terminar, cultivaba unas cuantas vides, las suficientes en todo caso para su propio consumo, es decir, una botella con cada comida de un jugo astringente y violeta que dejaba en los dientes una sensación de extraña porosidad, como si la acidez de la fruta se hubiese zampado el esmalte. Por lo demás, se suponía que era rico, aunque llevara una vida muy modesta. Era, en definitiva, una de esas leyendas rurales, el típico hombre indestructible y terco, antiguo miembro del Consejo General por el RPR, aguerrido y agarrado, que a su muerte dejaría fotos de antepasados bigotudos en marcos dorados, un buen pellizco en la caja de ahorros y un mobiliario rústico que sus herederos entregarían a los Traperos de Emaús.

Marco estaba deseando ver «al ser». Christophe se descojonaba. Mientras que a Hélène aquello la tenía un tanto preocupada. Pero la manecilla del frontón de la iglesia giraba y el viejo Müller no tardó en aparecer en la escalinata del ayuntamiento. Bajo sus órdenes, los invitados se colocaron en orden de batalla y se dirigieron en procesión a la sala de matrimonios, que estaba en la primera planta. Al pasar delante del alcalde, Gérard cruzó unas palabras con él. Se notaba que el edil estaba a la defensiva, como si buscara en ese viejo rostro que tan bien conocía la marca precisa del mal. Para concluir, le dijo al padre de Christophe que parecía estar en buena forma.

—¿En forma de qué? —replicó el anciano, con mirada cándida bajo el entrecejo fruncido.

El viejo Müller sonrió cortésmente y a Gérard se lo volvió a llevar el flujo ascendente de invitados, el ruido de pasos por los

anchos peldaños de piedra.

En la sala de matrimonios no tardaron mucho en acomodarse. Al final, resultó que el tío de Greg no era tan exótico, o al menos no a primera vista. Se trataba de un anciano de rostro razonablemente encarnado, tirando a apuesto, que no se parecía en nada al retrato que había hecho de él su sobrino. Aun así, a Hélène le habían llamado la atención sus manos y se las señaló a Christophe. Unas manos como jamones, que se habían vuelto minerales de tanto trabajar, tan gruesas que no se podían cerrar del todo, como las de un click de Playmobil. Al verlas, no costaba creer que pudieran partir nueces, romper vértebras, transformar la materia, en cualquier caso, pero desde luego no teclear en un Mac. Eran manos de otra época, que habían ejercido el oficio antiguo de la tierra y resultaban incongruentes en la civilización de las pantallas y la sensibilidad a flor de piel. El contraste de esas manos con su tímido propietario era sobrecogedor. Ocupaban todo el espacio.

El viejo Müller se aclaró ostensiblemente la garganta y el murmullo de las conversaciones cesó. Se enunció la identidad de los contrayentes y de los testigos. Se pronunciaron promesas de respeto y de fidelidad, de auxilio y de asistencia. También la obligación mutua de compartir la vida. A Hélène, que no estaba casada, todo aquello le pareció espantosamente anticuado, por no decir fuera de lugar. ¿Quiénes eran el alcalde de Cornécourt o el Estado para opinar sobre la fidelidad de la gente? Como estaba sentada en la segunda fila, se dio la vuelta para ver qué efecto producían esas palabras entre los demás invitados y, en aquel muestrario de rostros, no vio nada que la tranquilizara. Esa gente era la sociedad, monolítica, con su apacible anonimato y su aprobación por principio. Observó las caras, que eran a la vez parecidas y de una infinita variedad, y sintió algo así como asco. Fuera, el ramaje del hermoso castaño que crecía en el patio del colegio contiguo sonaba con el viento. Notó la mano de Christophe en la pierna. Jenn y Greg estaban firmando en el registro y luego los testigos hicieron otro tanto. La boda ya había terminado y era para toda la vida.

Tardaron un buen rato en llegar a Moudonville, el pueblecito a treinta kilómetros de Cornécourt donde se encontraba la sala de fiestas que habían alquilado para el convite. Greg lo había aplazado tanto que, en esa estación en la que los enamorados están más

dispuestos a desposarse, no había encontrado nada que pillara más cerca. Se llegaba por una carreterita sinuosa que pasaba por un trozo de bosque, pueblos alargados como una cuerda y extensos campos monocromos, ondulantes y mullidos. Los invitados recorrieron el trayecto en fila de a uno, en los coches engalanados con cintas y dando bocinazos cuando pasaban por cualquier aldeíta. Era como ver la caravana del Tour de Francia.

—La vuelta va a ser una escabechina —observó el padre de Christophe, que precisamente iba a la derecha de su hijo, en el «asiento del muerto».

—Ya te digo —abundó Marco—, se van a llenar las cunetas de carne de bolinga.

—Por cierto, ¿quién va a conducir a la vuelta? —preguntó Hélène.

Los tres hombres callaron.

—Yo tengo intención de beber, os aviso —añadió.

—Puedo conducir yo —dijo el padre.

—Está bien, tendré cuidado —zanjó Christophe.

Dicho lo cual, Marco se sacó la petaca del bolsillo y le ofreció a Hélène una copita. Por hacer la gracia, ella aceptó y bebió un trago de whisky. Instantáneamente notó que le ardía la cara y se le empezó a rizar el pelo. En cualquier caso, había ganado puntos con Marco, que bebió a su vez, guiñándole un ojo.

La sala de fiestas Marcelin-Lançon era un edificio cúbico y feo con amplias vistas al campo y encaramado a una colinita. Solo se podía llegar por una única carretera. Alrededor no había nada. Cabía preguntarse cómo se había urbanizado un lugar así. En un prado vecino, se veían las tiendas de campaña que los invitados más previsores habían tomado la precaución de montar anticipadamente. Según se acercaban, Gérard Marchal señaló un puntito blanco que correteaba delante de la entrada.

—¿Qué es eso?

Marco se descojonó.

—¡Es una cabra! —dijo.

—¿Y eso?

—Es para el hermano mayor de Greg. Como es el único que no está casado, le han traído una cabra.

Hélène tardó unos segundos en pillarlo.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro, es el regalo del legionario.

Christophe echó un vistazo al retrovisor para ver de primera mano la reacción de su acompañante. Él mismo se sentía contrariado y tenso. De entrada, la perspectiva de tener que echarle un ojo a su padre no le hacía ninguna gracia. Y si encima tenía que moderar el consumo de alcohol… Pero lo que más le incomodaba era notar cómo Hélène marcaba distancias sin ni siquiera darse cuenta. No se le ocurría qué hacer para que se sintiera a gusto. Desde por la mañana, le había preguntado diez veces si estaba bien, tanto es así que ella acabó mandándolo a la porra. Y, para colmo de males, tenía que volver a casa por narices esa misma noche para votar en Nancy al día siguiente. Definitivamente, siempre falla algo.

Mientras, los invitados ya se habían arremolinado en torno a la cabrita y el pobre bicho, atado a una estaca con una cuerda, hacía repicar el cencerro y balaba débilmente cada poco. Los niños, sobre todo, como un enjambre de moscas carroñeras, se agolpaban para prodigarle caricias u ofrecerle hierba, mientras los padres se limitaban a inmortalizar con el móvil ese cándido acoso. Lo mejor fue cuando, en un alarde de refinamiento, Didier, el mayor de los hermanos, el que estaba soltero, accedió a posar con el animal en brazos, estrechándolo como si fuera una novia.

—La verdad es que es pasarse un poco —observó Hélène.

—Ya. ¿Qué quieres que te diga?

Observaban esa triste atracción desde lejos, con la copa de champán en la mano. Para ocuparse del servicio, se había recurrido a los chavales que estudiaban en una escuela de hostelería de la zona, que trazaban sus implacables idas y venidas entre los invitados, un pelín torpes, diciendo «por favor» en tono de disculpa, llevando las bandejas cargadas de copas y canapés y haciendo crujir la gravilla con sus pasos apresurados. Era la hora más agradable, al caer la tarde, y los invitados charlaban en corrillos, disfrutando del champán que había desatado las lenguas y tornado las caras más familiares. A su alrededor se extendía hasta el horizonte la geometría de los prados y los campos de labor sobre un relieve de untuosas ondulaciones. Algo más abajo, llamaban la atención unos cerezos en flor y, hacia poniente, se intuía el interminable masticar de algunas vacas blancas y negras cuya lentitud parecía contaminar

todo el paisaje. Para romper ese aspecto mullido solo había un riachuelo, casi invisible, que trazaba su trinchera por la hondonada del valle.

Pero Christophe no podía permitirse el lujo de entregarse a esas ensoñaciones bucólicas. Tenía que vigilar a su padre, calibrar el estado de ánimo de Hélène, que de momento estaba de cháchara con una prima de la novia, y saludar sin desanimarse a todos los conocidos que, uno tras otro, acudían a refrescarle la memoria, una abuela con unas pintas que parecía la reina de Inglaterra, un viejo amigo al que no había visto desde aquella famosa barbacoa en el lago de Le Perdu, «te acuerdas, fue el verano de las vuvuzelas», «ah, sí, claro, qué tiempos aquellos». Por su parte, Greg, encantado de la vida y panóptico, repartía copas y palmadas en la espalda. Se hacía raro pensar que iba a formar una familia con Jenn.

—¿Te apetece un *schluck*?

Marco había vuelto a aparecer, con la famosa petaca en la mano y la corbata ya medio deshecha.

—Tío, habiendo champán, no voy a ser tan cutre de pasarme al Label 5.

A Marco no le dio tiempo a mosquearse. El novio acababa de subirse a una silla y tintineó en la copa de champán con una cucharilla.

—Por favor…

El guirigay de las conversaciones se apagó.

—Bueno… Me gustaría hablar ahora porque a saber cómo estáis dentro de una hora. Quiero deciros que Jenn y yo nos alegramos de que hayáis venido. Y encima, hace bueno. Pues eso. No me gustan mucho los discursos. Solo quiero deciros que es un gran día y que estoy muy contento. Bueno, que estamos muy contentos.

Y alzó la copa hacia Jenn, que estaba sentada en un rincón, rodeada de un areópago de mujeres de todas las edades, entre ellas su madre, su hermana, su mejor amiga, todas ellas muy solícitas en torno a su ostensible barriga.

Seguidamente, Greg se embarcó en una serie de agradecimientos que seguían un orden excéntrico, empezando por la familia más directa hasta llegar a los compañeros de la fábrica. La última palabra fue para su padre, que ya no estaba allí, pero se acordaban de él. Y también para Cetelem, sin el que nada de aquello habría

sido posible. Y, por cierto, al lado de los platos de los pinchas había una urna para los que quisieran echar una mano.

—Así que ¡votad bien! —berreó Didier, el hermano mayor soltero, que ya estaba más que achispado.

A algunos les gustó la gracieta, a otros no tanto.

Desde que Marine Le Pen había pasado a la segunda vuelta, esa frase se había convertido en el mantra del país. En los periódicos, en las redes y en la tele, diversas personalidades y supuestos líderes de opinión se turnaban sin tregua para diseccionar las causas del desastre y reprender a la nación. Hasta el alcalde de Cornécourt, que no tenía etiquetas y que no hacía política (*dixit*), aportó su granito de arena después de la ceremonia. Había que hacer un dique, por la República y nuestros hijos, no se podía jugar con fuego de esa manera, y menos con el mundo entero pendiente de Francia, aunque, por supuesto, había que prestar oído a la ira, a las dificultades de la gente, etc. Los invitados lo escucharon educadamente antes de marcharse con un sonido de pasos tranquilo realzado de murmullos sombríos. Los viejos eran los que más alarmados parecían con la situación, y eso que a ellos no les afectaba tanto el futuro. En cambio, a los más jóvenes, sobre todo a los hombres, ese desbarajuste les provocaba una especie de regocijo maligno. Y es que, por una vez, era una gozada ver cómo los de arriba se cagaban de miedo, el sermoneo alarmado de los pudientes. Ahora les tocaba a ellos notar que el suelo se hundía bajo sus pies. Durante dos semanas, era como si el orden de las cosas quedara en suspenso y se pudieran invertir las fuerzas.

En el convite, como en cualquier otro sitio, el tema no se podía evitar durante mucho tiempo. Las cabezas estaban a reventar de encuestas y las mentes cebadas de cifras. Esa campaña interminable había puesto de los nervios a todo un pueblo. Pero en esa redada inmensa de las conciencias había casi tantos enfoques como franceses. De modo que algunos habían visto el debate previo a la segunda vuelta y otros no. Había quien no se perdía ni un telediario y quien no quería verlo ni en pintura. Macron tenía sus hinchas, y Le Pen, sus simpatizantes. Los militantes se obnubilaban, cada cual en su pasillo. Los nichos, las variantes, los grupúsculos y las singularidades pululaban bajo el microscopio de los analistas que fingían entenderlo todo. Las personas bienintencionadas abogaban a

favor de más educación, medios, tiempo y atención. Otras más severas solo veían declive, socavación, retroceso y preconizaban crueles vueltas de tuerca. Los hastiados habían dejado de creer. Los optimistas compulsivos soñaban por enésima vez con hipotéticas refundaciones. A uno y otro lado de esas líneas supuestamente morales y que tan a menudo dependían, simple y llanamente, del origen, de la geografía, del nivel académico o de la riqueza, los sañudos escupían su desprecio al otro bando, simétricos en su rechazo, convencidos en igual medida, todos ellos desgraciados y muertos de incertidumbre. El país se había convertido en esa espantosa olla a presión a punto de estallar en la que llevaba decenios cociéndose el estofado terrible de las negativas y de los oídos sordos, del desencanto y del pesar, del miedo al mañana y de las nostalgias incurables. Todos los días salían a relucir los musulmanes, Europa, el clima un poquito, el dinero constantemente, la deuda que se convertía en una herida personal e impedía dormir a los que jamás en su vida habían tenido ni un solo segundo un descubierto. Pero en el fondo el único tema era el del mundo que se quería hacer cómodamente, según su poder, protegiéndose de las cosas tal y como iban, esa balsa en la que, al fin, uno estaría con su gente. Y los defensores de la apertura, aunque quisieran parecer universalistas y positivos, lo único que hacían era circunscribir a su vez su atolón ideal, acogedor en teoría y compartible en sueños. Mientras que los supuestos secuaces del repliegue solían conformarse con oscilar entre la necesidad de un remanso y la fantasía de una revancha.

Christophe esperaba a que pasara el chaparrón y tampoco hablaba del tema con Hélène. De todas formas, la política solo servía para discutir y, al final, las cosas tampoco cambiaban tanto. El lunes habría que volver al curro, aguantar el ritmo, ver cómo subían el precio de la electricidad y las cuotas de las mutuas, sentirse despojado miga a miga de cada pequeña ventaja, mantener el tipo contra esa erosión muy progresiva de las alegrías y pensar si la próxima vez que fuera a ver al niño cogería el coche o el TGV, y en las vacaciones: ¿dónde porras iban a pasarlas?

—¿En qué estás pensando?

Con los tacones, Hélène le llevaba cinco centímetros fácilmente. Le puso el brazo por encima del hombro y le dio un beso en la

frente. Olía a alcohol y a perfume.

—En nada —contestó Christophe.

—He visto dónde estamos sentados.

—¿Y?

—Estamos con tu padre. Y con Didier, el hermano mayor legionario.

—Igual se pone a la cabra en el regazo.

—Menuda historia. Pobre bicho. Mira que sois brutos, de verdad.

—En eso se basa nuestro encanto.

Christophe la había cogido por la cintura y estaban los dos abrazados, jóvenes aún al fin y al cabo, alegres bajo la caricia del anochecer, dóciles como gatitos.

Fue entonces cuando se pidió a la gente que entrara, ya era hora de pasar al comedor.

Dentro, las mesas de pícnic cubiertas con manteles de papel esperaban a los invitados, que tenían cada uno su sitio y una bolsa de peladillas. Christophe consultó el menú. *Chips* de remolacha con espuma de nabo, costillar de cordero, selección de quesos y, de postre, el *vacherin*. En su mesa había también una pareja bastante anodina que estaba allí porque él, Michael, era amigo de pesca del novio. Su mujer, Giovanna, con el pelo teñido y párpados azules, trabajaba con niños pequeños. Todos sonreían mucho, procurando poner de su parte y riéndole exageradamente las gracias a Didier. El padre de Christophe, por su lado, parecía estar feliz. Se le notaba en los ojos brillantes y en que estaba todo el rato asintiendo, de forma muy parecida a esos perros que se veían antes en la bandeja de los Renault 16.

Después del primer plato, Hélène se disculpó para salir a fumar y Christophe la acompañó. A Hélène se le estaba empezando a pasar el efecto del champán y procuraba beber solo agua. Seguía con la misma fijación, no quería quedarse a dormir.

—¿Estás bien? —preguntó Christophe.

—Sí. Que no se nos haga muy tarde para volver.

—Si acabamos de comer el primero.

—Ya lo sé. Es solo que estoy un poco cansada.

Christophe le dio una larga calada al vapeador. A lo largo de los amplios ventanales a través de los que habían podido disfrutar de la

puesta de sol y que ahora daban a la oscuridad, se podía contar a una decena de fumadores que se relevaban todo el rato. Cuando los bafles silbaron en el interior, todos se volvieron como un solo hombre, sorprendidos como si hubiese sonado un disparo.

—Damas y caballeros…

Un hombrecillo casi calvo, con barba de chivo y gafas de montura aerodinámica, acababa de aparecer detrás de los platos de los pinchas. Se presentó con esa voz nasal característica de los amplificadores de mala calidad y preguntó a la gente si estaba pasando buena noche. Como nadie reaccionaba, insistió y el público soltó un «sí» tan unánime como apático.

—¡Qué ambientazo! —ironizó el pincha.

Hizo entonces unas bromas bastante clásicas sobre los peligros del matrimonio y las virtudes de una buena esposa, tras lo cual eligió al azar entre los invitados a un primo que llevaba una chaqueta de cuello Mao, que subió con él al escenario.

—¡Bueno, vamos a ponernos serios!

Y el pincha se frotó las manos exhibiendo una dentadura mefistofélica y bicolor.

Christophe se volvió hacia Hélène, que tenía los ojos clavados en el escenario con dolorosa atención.

—¿Volvemos?

Ella dijo que sí con la cabeza, consternada pero sonriente, y Christophe le dio la mano para volver adentro. Pero, en el momento en que cruzaban la puerta, todas las miradas se posaron en ellos. Hélène se quedó quieta, preguntándose en qué habría metido la pata, pensando en el vestido y en el pelo. Encima del estrado, el primo del cuello Mao la señaló con el dedo.

—¡Ella! —dijo.

Y los asistentes abundaron con un murmullo inequívoco.

—Por favor, señora, venga aquí —dijo el pincha.

Hélène había enrojecido violentamente.

—¿Qué pasa? —dijo.

Christophe no lo sabía y buscaba una salida para sacarla de esa encerrona. Pero el pincha, que le había leído los labios, se lo explicó:

—Vamos a hacer un jueguecito. La necesitamos. Venga, venga.

—¡Venga, venga! —se pusieron a berrear los adolescentes, que

estaban todos juntos en la misma mesa y golpeaban con la mano y los cubiertos.

Hélène pasó por su sitio y vació de un trago la copa de vino blanco, gesto que dio lugar a algunos aplausos y un par de comentarios afectuosos. Y, como un paquebote, surcó la sala, con las mejillas encarnadas, la barbilla alta y fenomenal subida a los tacones.

Al cabo de unos minutos, había cinco mujeres sentadas encima del estrado, a la vista de todos, con vestido o falda y las rodillas apretadas.

—Bien, ahora necesitamos a dos voluntarios.

El novio enseguida propuso la candidatura de Marco, nombre que los adolescentes repitieron a coro. Poco a poco, el ambiente iba tomando otro cariz y se notaba que las fórmulas de cortesía y la reserva ya no estaban en el orden del día. Ya era una verdadera fiesta, el momento pagano de quemar las naves y reír como el diablo.

De modo que Marco se puso de pie y, con un gesto que no carecía de garbo, dio vueltas a la servilleta por encima de su cabeza. Los invitados volvieron a aplaudir, tras lo cual se eligió de oficio a un tío de la novia que se abalanzó cómicamente hacia las mujeres formadas en hilera.

Entonces el pincha presentó a los dos hombres a las candidatas, que por turno dijeron su identidad, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Repitieron la operación hasta que Marco y el tío se aprendieron de memoria el nombre de cada una, Cathy, Hélène, Rolande, Samia y Christelle, lo cual llevó cierto tiempo y provocó algunas risas y unos cuantos comentarios. A continuación, les vendaron los ojos a los dos voluntarios y el pincha, micrófono en mano, los ayudó a arrodillarse. Christophe se estaba oliendo la tostada desde hacía un rato, pero Hélène no comprendió por dónde iban los tiros hasta que tuvo a Marco a sus pies.

—¡Y ahoraaa! —bramó el pincha con fondo de redoble de tambor.

Y explicó las reglas del juego. Marco y el tío tenían que tocarles las pantorrillas a las cinco mujeres que tenían sentadas delante e intentar atribuir a cada par de pantorrillas el nombre correspondiente. Pero, para complicarlo un poco más, pidió a las

participantes que se pusieran de pie e intercambiaran los sitios. Aquel juego de las sillas musicales duró un rato, pues el pincha alternaba las órdenes: «levántese, siéntese, levántese, siéntese». Desde su sitio, Christophe no le quitaba ojo a Hélène, quien afortunadamente parecía estar colaborando en la diversión de buena gana. Por fin, empezó el examen y fue Marco el que inició esa metedura de mano en toda regla.

Cuando notó la mano en la espinilla, la primera mujer soltó un grito, provocando la hilaridad de los invitados. Marco tampoco insistió mucho, supuso que se trataba de Cathy y un murmullo decepcionado corrió por la sala.

—¡Shhh, shhh, shhh! —chistó el pincha—. No hay que ayudarlos.

Luego Marco pasó a la segunda, palpó y optó por Rolande. Estaba en una postura muy incómoda, la venda de los ojos le apretaba demasiado, por no hablar del calorazo que hacía allí. Pero había que beberse el vino hasta la hez. Cuando le tocó a Hélène, lo adivinó de inmediato y retiró las manos corriendo, como si se hubiera quemado. Entonces, la mirada de Hélène se encontró con la de Christophe en la sala. Intercambiaron a diez metros de distancia una de esas sonrisas heridas que están por encima de los reproches. El juego continuó alegremente. En un momento dado, un hombre con las piernas peludas sustituyó a Samia y el tío juró haber reconocido Rolande, lo que entristeció mucho a esta última. Durante el tiempo que duró el numerito, Christophe vació tres copas de vino. Por fin, el tío ganó con facilidad cuatro a dos y las candidatas pudieron volver a su sitio con una ovación.

—¡Un fuerte aplauso para ellas! —se desgañitó el pincha.

Los jóvenes camareros habían empezado a servir el costillar de cordero y se desplazaban rápidamente con el uniforme blanco y negro, depositando la carne humeante delante de cada invitado antes de volver al *office*. Cuando volvió a su sitio, Hélène le pidió a Christophe que le llenara la copa vacía. Le temblaba un poco la mano, pero ponía buena cara.

—¿Seguro que estás bien?

—Por favor, déjalo ya —dijo ella.

Por suerte, la carne estaba exquisita, con su guarnición de *gratin dauphinois* y un manojito de judías verdes, y las conversaciones se

reanudaron en la mesa animosamente.

Los niños, por su parte, ya no estaban en la mesa. De todas formas, se habían empapuzado de pastelillos y de cacahuetes en el aperitivo. Ahora, como habían encontrado dónde estaban guardados los cotillones, cazaban descaradamente en el pasillo que llevaba a la salida y, cada vez que un fumador se aventuraba por allí, tenía que soportar un auténtico bombardeo. En cierto momento, la cabra hizo una sonada irrupción en el comedor y el hermano de Greg se prestó a ponérsela en el regazo y seguir comiendo sujetándola con mano firme. Fuera, ya no se veía nada del paisaje, solo las siluetas indecisas de los fumadores, el resplandor rojo y efímero del cigarrillo cuando le daban una calada. Hubo más juegos y vino, y llegó el queso. En ese momento, el padre de Christophe se puso de pie y este lo sujetó por la manga.

—¿Dónde vas?

—Todavía se me permite ir a mear.

Mientras, el novio había empezado a hacer una ronda exhaustiva entre las mesas, repartiendo palabras amables y agradecimientos a cada invitado, pasando del tío que venía de Reims al amigo que se había pedido una reducción de jornada solo para ir a la boda, expresando su gratitud a tal rama de la familia que se había juntado para comprarle la Thermomix, que era a todas luces la joya de la corona de la lista de bodas, y besando a su madre, que se preguntaba qué coño pintaba ella allí. Les preguntaba a unos y otros si les había gustado la cena, se reía por lo bajini con sus colegas y hacía brindis que no se acababan nunca. Por su parte, los invitados lo felicitaban educadamente, preguntándole también por Jenn, que desde su sitio, majestuosa y exhausta, presidía la festividad como una diosa prolífica.

En cualquier caso, Greg parecía estar feliz, al modo de los santos y los simples de espíritu. Daba gusto verlo. De hecho, Hélène se lo dijo a Christophe: «Se le ve muy bien a tu colega». «Sí», dijo Christophe. Y con esta constatación compartida sobre la felicidad ajena se olvidaron a medias del episodio del juego de las pantorrillas.

Tampoco se libraron del juego de la liga, pero, habida cuenta del estado de la novia, la cosa no fue muy lejos. Llegó entonces el momento de bailar. El pincha atenuó la luz, focos rojos, verdes y

azules empezaron a barrer la pista mientras una bola de espejos cuajaba las paredes con un millón de reflejos blancos. Para abrir el baile, los novios se marcaron un breve vals, solos y centrífugos, y luego el pincha enlazó con un antiguo éxito disco de Sheila, un tema cuya sofisticada obsolescencia resultaba bastante desgarradora. Varias parejas empezaron a bailar a cámara lenta mientras la voz sintética desgranaba el mediocre rosario de palabras inglesas.

Era un espectáculo curioso, verlos a todos ahí bailando, pisoteando el suelo y con las manos alzadas, al ritmo ingenuo de la cantante olvidada en el ballet entrecruzado de los haces de luz. Con expresión convencida y sonrisa fugaz, lo daban todo, presa de la amnesia del sábado noche y del deseo puro de los *dancefloors*. Pero ese trance no debió de parecerle suficiente al pincha, que puso en marcha la máquina de niebla. Enseguida, una densa nube de humo se extendió por la pista y fuera de ella, y varios mayores que se habían quedado en las mesas se pusieron a toser. Era casi medianoche. Habían servido el queso. Unos láseres de color verde brotaron del techo y dibujaron en la bruma rectas modernas y sorprendentes abanicos mientras la madre del novio volvía a la residencia en un Renault Modus.

Christophe se puso de pie e invitó a Hélène a bailar. Juntos entraron en ese espacio que delimitaban la música y el humo y se entregaron al ritmo de la canción, entre esos otros cuerpos que ya no tenían rostro, en el latido reiterado de los bajos, el golpe seco de la caja, las capas agudas que se abrían en paralelo al suelo. En cierto momento, Hélène se atrevió con una pirueta y Christophe, al cogerla por la cintura, notó el olor del pelo y del cuello. Ella dejó que la besara. Por desgracia, el tema concluyó.

Entonces, Christophe cayó en que su padre aún no había vuelto a la mesa. Lo buscó con la mirada y luego le susurró un par de palabras a Hélène, cuyos hombros se hundieron mientras lo miraba alejarse. Qué se le iba a hacer. A ella le apetecía divertirse. Pilló en la mesa más cercana una copa sin dueño y la vació. El pincha acababa de poner un tema de Daft Punk. Hélène volvió a la pista, cerró los ojos y se dejó llevar.

—¿No habrás visto a mi viejo?

Alzando los ojos del móvil, Marco respondió negativamente. A

Christophe le dieron ganas de preguntarle si se encontraba bien, porque saltaba a la vista que Marco no estaba pasando la mejor noche de su vida. Se limitó a decir:

—Deberías beber un poco de agua.

Y se fue en busca de su padre, empezando por el tigre, antes de preguntar a los fumadores de fuera si no habían visto a un señor mayor con bigote, más o menos así de alto, y se lo indicaba poniéndose la mano a la altura de los ojos. Cómo no, nadie había visto nada. Continuó la búsqueda en el aparcamiento. Estaba empezando a refrescar y la preocupación y la humedad nocturna le daban escalofríos. Comprobó cada coche con la linterna del móvil, pero la batería se agotaba muy deprisa y su padre seguía sin aparecer. Rebuscó un poco más y lo llamó. Sus gritos retumbaban en el vacío, casi ridículos. Incluso se aventuró por los prados, pero la tierra estaba esponjosa y densa y aspiraba cada uno de sus pasos. Se quedó un rato quieto, sintiendo la oscura indiferencia del campo que se extendía a lo lejos y en todas direcciones. Y pensar que su padre podría estar allí, en alguna parte, puede que muerto de frío, perdido en la oscuridad como un niño.

—¡Papá!

Las dos sílabas cayeron a sus pies, con su humilde sencillez, sin devolver ni un eco. Regresó pues hacia la luz y en el comedor fue de mesa en mesa haciendo siempre la misma pregunta, palabra más o menos. Con cada zancada dejaba un poco de barro tras de sí, pero le daba lo mismo. Cuando Greg le preguntó si quería ayuda, Christophe dijo que no, seguramente para no molestar. De todas formas, el anciano no podía haber ido muy lejos.

Siguió buscando en las cocinas y detrás del estrado, otra vez en los servicios. Estaba cada vez más ansioso y ahora suplicaba en el vacío, recordando el camino de las viejas palabras, las que se dicen hacia el cielo cuando crece el miedo. Marco se le unió y fueron a preguntar a los empleados de la cocina.

—Deberíamos decirlo por megafonía.

—Damos una vuelta más y luego vemos.

En la pista, los bailarines no se daban por vencidos. Algunos septuagenarios se habían quejado del volumen de la música, pero el pincha no se dio por enterado. Estaba allí para que bailara el personal y se notaba, por los ojos exorbitados y la actitud

megalómana, que el pobre hombre se creía que estaba en el Estadio de Francia. Aun así, cuando Marco quiso hablar con él, se dignó a levantarse un auricular.

—Si lo digo ahora, no habrá ambiente para *El baile de los pajaritos*. Me van a chafar la fiesta.

Marco no insistió y volvió con Christophe, que estaba hablando con un camarero.

—¿Han mirado en los vestuarios?

—¿Qué vestuarios?

El camarero les explicó que había que pasar los servicios, meterse por el hueco de la derecha, donde había una puerta que solía estar abierta y, tras esta, una sala grande donde la gente dejaba los abrigos en invierno. Christophe y Marco fueron allí corriendo. En efecto, la puerta estaba abierta. Christophe buscó el interruptor a tientas y encendió la luz.

Su padre estaba allí.

Dormía profundamente, hecho un ovillo, encima de unas gruesas cortinas marrones con las que se había hecho un nido, con los labios vibrando delicadamente debajo del bigote cano. Christophe se cagó en todo lo que se le ocurrió. Estaba tan aliviado que le daban ganas de llorar. Se tomó un rato para acuclillarse al lado del anciano y escuchar su respiración. Era perfectamente regular. Le pasó la mano por el pelo, que tenía un mechón rebelde en la sien.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marco.

Christophe contestó sin darse la vuelta.

—Nada. Voy a dejarlo dormir. Aquí está bien.

Y se incorporó, con los ojos empañados.

—¿Tienes sed? —preguntó Marco.

—Joder, como si fuera el fin del mundo.

Marco sonrió. Él también tenía ánimo de llegar hasta el final.

Cuando volvieron, su porción de *vacherin* se estaba derritiendo en el plato y ya no había tanta gente. Algunas familias con niños se habían marchado ya, y no tardaron en imitarlas los invitados de mayor edad. En la pista aún había movimiento, tías que bailaban juntas, parejas, adolescentes y, en particular, Bilal, que había encontrado una acompañante tirando a mona, una larguirucha con el pelo muy corto y ojos miopes detrás de unas gafas redondas, que solo llevaba una camiseta blanca con un corazón rojo muy remetida

en unos pantalones azul marino, un atuendo absolutamente sobrio que, sin embargo, gracias a unos tacones de siete centímetros, resultaba bastante pasmoso. Marco y Christophe, algo aturdidos por culpa de la bebida y el cansancio, se quedaron un rato contemplando el movimiento de los que bailaban, la pulsación grave de la pista, y volvieron a su mesa para darse un descanso. Allí, con los codos apoyados en el mantel, se sirvieron vino y bebieron, hasta que se les sumó Greg, que estaba haciendo otra ronda entre los invitados con dos botellas de licores blancos.

—¿Qué, contento? —preguntó Marco.

—Je, je —dijo Greg—. Ahora toca el digestivo, chicos.

Repartió unos vasitos macizos como toneles y los llenó hasta el borde.

—¡A tu salud!

—¡Por el amor!

—Salud.

Así se bebieron de un trago dos vasos, cruzando palabras solemnes sobre la amistad y el paso del tiempo. Era la hora viril de la satisfacción consigo mismo y de la borrachera profunda, cuando uno se permite dar abrazos y la corbata solo pende de un hilo.

—Troncos, tengo una sorpresa para vosotros —dijo entonces Marco.

—¿Ah, sí?

—Pero tenemos que ir al tigre.

Los otros dos sonrieron. No tenían que devanarse mucho los sesos para adivinar qué iba después. De modo que lo siguieron y, cuando estuvieron en los servicios, Marco preparó tres rayas de coca bien densa en el lavabo. Mientras, Christophe se había quedado con la espalda pegada a la puerta para evitar una posible intrusión. En un momento dado, alguien quiso entrar.

—Está ocupado —berreó Greg.

—¿Quién es? —dijo la voz.

—¡Tu madre! —replicó Marco.

Y se descojonaron como idiotas. El intruso no insistió.

Luego aspiraron por turnos, hecho lo cual Marco sirvió una segunda ronda idéntica. Los tres hombres, entre raya y raya, sorbían, sobrexcitados y dando botecitos, Greg incluso hizo unos molinetes con los brazos, que eran muy largos. Tres rayas más, por

aquello de rematar el gramo, y se miraron en el espejo.

—Pues vaya —dijo Greg.

—Sí que pesan los años.

—No tanto.

Pero la imagen que les devolvía el espejo no era la de una foto escolar. Tenían cuarenta años, menos pelo, más barriga y no tanto dinero. Mañana, y puede que pasado mañana, estarían pagando esa noche en blanco que tenía pinta de ser la última. No se dijeron esas cosas. Tenían que mantenerse estúpidos y divertirse mucho. Eran felices y se querían un montón.

—Venga, chavalines —dijo Marco.

Volvieron a la pista y solo entonces Christophe se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba su acompañante. Sencillamente, se había olvidado de ella. Sintió un remordimiento efímero, pero la música (Donna Summer) estaba aún más alta que antes, el ambiente saturado de humo, los rostros sudorosos bajo los focos de colores e incluso él se encontraba en un estado que ya no permitía los sentimientos a medias tintas. Se dejó llevar por el grosor del sonido, con los ojos cerrados, siguiendo el ritmo, dando puñetazos al aire, con el corazón a punto de explotar y mucha sed, joder, tanta que entre tema y tema se volvía hacia las mesas, pillaba una copa al azar, una botella, de agua o de champán, y pegaba un buen trago antes de volver, como si estuviera currando, sin enterarse ya de nada, atrapado en el calor y la rotación interminable de luz y de gente.

Mientras, Hélène había ido al coche a buscar el estuche de maquillaje por aquello de adecentarse un poco antes de irse a casa. Al volver a la sala de fiestas, le sorprendió el volumen de la música y la sensación de desorden reinante. Pero, en conjunto, estaba bastante contenta. A pesar de los juegos chorras y el inevitable baile de los pajaritos (del que el cabrón de Christophe se había librado no se sabe cómo), le había ido bien. Claro está, no podía evitar que todo aquello le pareciera un poco exagerado, pero se había divertido y había aguantado el tipo. Ahora que ya se habían tomado el postre, se podían marchar sin ofender a nadie. También tenía ganas de hacer el amor y pensó que, si no tardaban mucho, la noche podía tener un final realmente feliz. Se imaginó de rodillas delante de Christophe con su traje nuevo y se puso muy cachonda.

Empezó pues a buscarlo en el magma de colores y de cuerpos de la pista. La música estaba ahora tan alta que parecía surgir del suelo y retumbaba en el pecho. Era casi como una borrachera por sí sola. El pincha se había quitado la camiseta. En el latido estroboscópico de la luz, el cuerpo paliducho le relucía como el de un manatí. Cada vez que levantaba los brazos para seguir el movimiento de los bajos, se le veían los pelillos aplastados de las axilas. Por fin localizó a Christophe brincando entre los demás bailarines, a destiempo y en calcetines. Nunca lo había visto así y le preocupó un poco que le costara reconocerlo. El pelo empapado le subía y bajaba rítmicamente, a cámara lenta, llevaba la camisa transparente pegada al pecho y tenía los párpados tan apretados que parecían bocas. Hélène se quedó un momento perpleja ante tal espectáculo. Y de volver a casa ni hablamos.

De golpe, el sonido empezó a bajar, los focos cayeron al suelo y la canción concluyó.

Entonces hubo un silencio y todos se quedaron donde estaban, jadeando y sin aliento. Se alzaron voces para protestar. Querían seguir bailando hasta perderse. Christophe se tambaleaba, totalmente atontado. Se dio la vuelta, se topó con la cara de Hélène y le sonrió. Sus ojos tenían un aspecto a la vez acuoso y oscuro, un reflejo de aceite casi inquietante. Hélène quiso ir a buscarlo, pero cayeron los primeros compases, obvios para todo el mundo. El lento ascenso, el sonido del viento. Las notas del piano y luego la cuerda coqueteando con Gershwin.

Por fin, la voz de Sardou y esa letra que fingía hablar de otro sitio pero aquí todos sabían a qué atenerse. Porque la tierra, los lagos y los ríos solo eran imágenes y folclore. Esa canción no tenía nada que ver con Irlanda. Hablaba de otra cosa, de una epopeya mediana, la suya, que no había trascurrido en ninguna landa ni chorradas de esas, sino allí, en el campo y en las urbanizaciones, pasito a paso, en el esfuerzo de los días invariables, en la fábrica y luego en la oficina, ahora en los almacenes y los centros logísticos, los hospitales y limpiarles el culo a los viejos, esa vida de equilibrios desesperados, de lunes interminables y algunas veces la playa, de agachar la cabeza y un aumento cuando al jefe le daba la gana, de cuarenta años y más currando para acabar arrancando malas hierbas en el jardincillo diminuto, mirando un cerezo en flor

en primavera, sintiéndote en casa, y luego la mayor iba los domingos en el Megane, con la sillita de bebé en el asiento de atrás, un niño reconforta a todo el mundo: al final, merecía la pena. Todo eso lo sabías instintivamente, desde las primeras notas, porque esa canción que habías oído mil veces, en la radio, en el coche, en la tele, grandilocuente y manifiesta, te tocaba la fibra y te hacía sentirte orgulloso.

Hélène vio cómo los bailarines se agarraban del hombro y se ponían a cantar a pleno pulmón, las esposas y sus monigotes de concierto, los de izquierdas, que odiaban al cantante y aun así se sabían la letra al dedillo, los otros igual, e incluso los críos, tal y como lo había visto antaño en la escuela de negocios, la flor y nata de los franceses humildes, borrachos perdidos y mezclando alcohol y saliva, los tíos como en una melé de rugby y las chicas con los ojos cerrados, bajo el diluvio de colores y el rechazo a que amaneciera. Luego los invitados se pusieron a saltar y a bailar en corro, tremendamente solidarios, tan arcaicos que daba miedo, golpeando el suelo en la explosión intermitente de la luz blanca, acentuando con el tambor de los pies el de la canción. Incluso los que se habían quedado en las mesas se levantaron y daban palmas siguiendo el ritmo. Hélène se quedó quieta. Casi tenía miedo.

Entonces, una mujer agarró a su acompañante de la mano y lo llevó a rastras. La vieron subirse a una silla y luego a la primera mesa. Toda la sala la siguió con la mirada, en suspenso por un instante, antes de empezar a dar palmas a más y mejor. El pincha, que al final no era tan torpe, prolongaba el tema mientras esa pareja imposible iba de mesa en mesa, prudente pero veloz, de puntillas, al ritmo de la música y su métrica de carnaval. ¡Tan-tatán-tatatatatán! Otros quisieron intentarlo a su vez, hombres que pesaban lo suyo, carne de bolinga, entre ellos Christophe y Marco, cómo no. Bajo su peso, las mesas se combaron, con las patas plegables al límite, pero nadie estaba ya lo bastante lúcido para impedir la catástrofe. La música parecía surgir de las entrañas de la tierra, feroz como un aguardiente, y en esa noche tremenda un tornillo cedió. Christophe estaba encima. Hélène vio cómo la mesa se hundía debajo de él, que desapareció en un batiburrillo de platos y papel blanco, de cabeza y con los pies para arriba. La caída limpió las mentes en un segundo. Todos supieron de inmediato que no

tenía gracia. Cincuenta corazones se detuvieron, pendientes de qué pasaría. La música calló, dejando a cada uno solo con la violencia de los hechos y el silencio. Hélène lo había visto todo, la barbarie y la alegría, el zafarrancho y ese extraño batacazo digno de *Vidéo Gag*. También vio a Marco abalanzarse y despejar la zona.

—¡Llamad a alguien! —gritó el hombretón.

Se encendieron las luces y los invitados se encontraron a merced de los tubos fluorescentes, sintiéndose casi desnudos en esa claridad de hospital. Intercambiaban miradas de angustia. Algunos apenas se sostenían en pie, otros parecían especialmente desarreglados y casi sucios. La acompañante de Bilal salió de la sala corriendo y el chico desapareció tras ella, siguiendo su taconeo. Todos estaban encajando el golpe. Ahora casi hacía frío.

Hélène se acercó, seguida por un puñado de juerguistas asustados, y detrás de las mesas volcadas encontró a Marco de rodillas, estrechando a Christophe, con la nuca húmeda de su amigo en el hueco de la pesada mano. Se formó un corrillo en torno a esta curiosa escena, que recordaba extrañamente a las imágenes piadosas, dramas antiguos, historias de menores, de fábricas, accidentes desgraciados de los que llenaban los árboles genealógicos. Marco alzó los ojos.

—¡Llamad a alguien! —repitió.

Pero la voz afónica apenas se oía y un velo húmedo le cubrió la mirada.

—¿Está muerto? —preguntó un niño que estaba muy cerca, maravillado por el horror de esa imagen.

—No, hombre, no —replicó el padre con voz seca.

Hélène no se atrevía a acercarse más. Se sentía una extraña de una forma difícil de expresar. Pero ahí, en esa sala de fiestas desordenada, entre esa gente a la que casi no conocía pero a la que reconocía tan bien, solo tenía una certeza: estaba resentida con Christophe. Este precisamente acababa de moverse, primero la cabeza y luego los brazos. Todos oyeron claramente como un suspiro de placer y Hélène notó el alivio a su alrededor. Entonces Christophe se sobresaltó y su cuerpo volvió a estar suelto y vivo. Vieron aparecer su rostro y, después de unos parpadeos indecisos, sonrió. En la frente, un chichón del tamaño de un huevo ya se había puesto de todos los colores del arcoíris.

21

Los primeros en levantarse emergieron de las tiendas a eso de las nueve de la mañana, con cara de estar saliendo de un refugio antiatómico después del cataclismo. Lo primero que hicieron fue errar por los prados, con el pelo revuelto, en muchos casos vestidos con la camisa del día anterior, pero con pantalón de chándal y chanclas, algunos con el pitillo en la boca, muchos con gafas de sol en la nariz. No tardó en formarse una cola en los aseos. Algunos hombres incluso se afeitaron. El sol ya pegaba fuerte.

Los padres de la novia, que se habían acostado los últimos para recoger y se habían levantado temprano, estaban allí, en camiseta de tirantes y pantalón corto, desguarnecidos por igual, él colosal y ella muy redonda, ambos calzados con las mismas playeras Puma. Se aseguraban de que todo el mundo tuviese lo que necesitaba, ella quizá algo más mandona, pero ambos esencialmente risueños y cordiales. En las cocinas habían tostado el pan del día anterior y preparado café para llenar los termos dispensadores, de modo que un delicioso olor de domingo por la mañana no tardó en extenderse por la sala de fiestas y por las tiendas de los últimos durmientes para espabilarlos. Quedaba vino y cerveza, Picon, y el refrigerador rebosaba de chuletas de cerdo y de salchichas. Aldo, el padre de Jenn, echó carbón de leña en una barbacoa y, con los brazos cruzados, observó cómo se enrojecían las brasas con una satisfacción neandertaliana. Otros invitados acudieron por fin como refuerzos y pusieron la mesa, repartieron el pan y las porciones de mantequilla, mermelada y mostaza, sacaron del frigorífico ensaladeras enormes llenas de menestra o de ensalada de patata.

Poco a poco, la gente fue encontrando qué hacer. Algunos echaban una mano, otros disfrutaban del paisaje estirándose o disolviendo una aspirina. La mayoría se limitaba a charlar, con apenas una pizca de bochorno en la voz, ese leve recato de la mañana posterior a una juerga. Cuando Gérard Marchal salió del

vestuario, tenía agujetas pero parecía contento. Explicó que llevaba una temporada durmiendo cada vez más, quizá fuera por el tratamiento que seguía. En cualquier caso, parecía estar de un humor excelente y se puso a bromear con unos y con otros hasta que se sentó a desayunar. Solo entonces se dio cuenta de que no llevaba puesta la dentadura.

A eso de las once, el tío Jacques salió de la tienda. No se molestó en lavarse los dientes, aunque sí, al menos, en alisarse con un poco de gomina Pento el poco pelo que le quedaba. También parecía tener una excelente disposición de ánimo a pesar de su avanzada edad y de la incómoda noche. Greg, por su parte, había llevado a su flamante esposa a casa al amanecer y, dada la distancia, los recién casados no habían recibido la visita sorpresa que se les hace tradicionalmente durante la noche de bodas. Por eso, cuando volvió a Moudonville, porque Jenn prefería descansar, recibió un trato especial. En cuanto salió del coche, lo secuestraron, lo cubrieron de espuma de afeitar y confeti y por último Marco le pegó en la coronilla un puñado de papel higiénico untado de Nutella. Como todo aquello era para darle suerte, no se resistió en absoluto e incluso colaboró para las fotos. De todas formas, ya lo tenía previsto y llevaba ropa para cambiarse en el coche.

—¿Y dónde está el acróbata? —preguntó mientras intentaba lavarse en los servicios.

Marco, que estaba bebiendo una cerveza mexicana, se encogió de hombros.

—Creo que planchando la oreja.

—No he visto su coche.

—Su larguirucha se fue sola.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí, le cogió las llaves. Tenía que volver «ineludiblemente».

—Pues vaya…

Christophe, en cambio, salió a las doce de la tienda donde había encontrado refugio. Tenía la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche y, al descubrir el chichón que le adornaba la frente en el espejo de los servicios, se le escapó un silbido. Estaba el doble de grande y había perdido los colores del arcoíris para centrarse en el amarillo, el azul y el negro. Comprobó el móvil. Hélène no había

contestado a ninguno de sus mensajes. Así que no estaba precisamente animado.

Aun así, hizo el esfuerzo de desayunar con su padre y se tomó una birra que lo entonó un poco, o al menos lo suficiente para sonreír cuando le dirigían la palabra. Pero lo sabía. Era uno de esos días perdidos, en los que incluso el buen tiempo duele y los amigos tienen cara de asesinos.

Al poco, se decidió sacar las mesas para seguir la barbacoa fuera. La comida duró varias horas. La carne a la brasa perfumaba el aire y los invitados iban y venían para servirse mientras Aldo montaba guardia, magistral y estruendoso delante de las brasas. Quedaba queso para parar un tren y, aunque se bebió mucho tinto, las reservas no se agotaron, lo que dio pie a cánticos y carcajadas. En un momento dado, el tío Jacques se puso de pie y entonó una canción de la Legión cuya solemnidad conmovió a los comensales. Sentados a la mesa y pensativos, escucharon la palabras patrióticas, el ritmo jadeante que ayudaba a marcar el paso militar, la voz pectoral de ese tío tan viejo que se había puesto la mano en el corazón. La verdad es que querer a tu país es cosa seria.

—Deberíamos ir a votar —dijo un imprudente.

La ocurrencia cosechó onomatopeyas y algunas protestas. Para lo que servía… Como si no tuvieran nada más que hacer.

Entonces se pusieron a pensar en todo ese circo, el fascismo y los nuevos emprendedores, no había quien entendiese ese mundo… Por suerte, las conversaciones volvieron al cauce habitual. Todos sabían comportarse y la política no era un buen tema para hablar al día siguiente de una boda. Christophe miraba fijamente el plato de cartón donde el *merguez* había dejado un rastro naranja y pardo. Mientras, la madre de la novia y dos de sus hermanas envolvían los restos con papel de aluminio. La fiesta se acercaba a su fin, esta vez de verdad. Christophe se puso de pie para ir a decirle a Greg un par de cosas al oído. Seguía sin noticias de Hélène. Quería volver a Cornécourt.

—¿Para qué? —preguntó Greg mirando el reloj de pulsera—. Todavía es pronto.

Christophe acabó diciéndole que tenía intención de votar. También quería comprobar que Hélène había vuelto bien a casa.

—¿No puedes llamarla?

—Ya lo he hecho —respondió Christophe.

Greg se arrepintió de haber hecho esa pregunta.

—Bueno —dijo poniéndose de pie, no sin cierta dificultad. Y luego gritó, para el público en general—: ¿Hay alguien que quiera volverse ya?

—¿Ya te marchas?

—Voy y vuelvo en un pispás. Si alguien se apunta…

Eran las cuatro pasadas. El día había transcurrido muy deprisa y todos estaban un poco chafados al ver que pronto terminaría ese finde tan estupendo. Se habían divertido y reído, habían comido bien y bebido demasiado. Los móviles estaban llenos de fotos que mirarían más tarde. Los suegros seguramente las juntarían en un álbum y de tanto en tanto alguien lo sacaría de un armario y miraría la felicidad que había quedado ahí congelada, la cara de una abuela o un tío que se había muerto desde entonces, el cuerpo imposible de los niños, tan chiquitines aún, la lenta hemorragia del tiempo contenida en el dique de un rectángulo de papel brillante. Se divertirían al fijarse en el look de aquella época, los peinados y la forma de los pantalones. Retrospectivamente, la caída de Christophe cobraría dimensiones legendarias y a la vez burlescas. «Y esa alta de ahí, ¿quién era?», preguntaría alguien. El nombre de Hélène se olvidaría. Solo quedaría el contorno impreciso de su cara al fondo a la derecha, su silueta de espaldas en el aperitivo, un perfil perdido sentado a la mesa. Seguiría con su vida en otra parte, habiendo dejado un poco de luz entre las páginas del álbum para acabar ¿dónde? No lo sabrían nunca.

Por lo pronto, la llamada de Greg había tenido eco y más de uno pensó que, en efecto, ya iba siendo hora de recoger. Se desmontaron las tiendas y Marie, la madre de la novia, insistió a los invitados para que se llevaran los restos; los primeros coches empezaron a marcharse tocando la bocina alegremente antes de bajar hacia Cornécourt con cintas de encaje atadas a los retrovisores.

A su alrededor, el campo estaba redondo, los pastos aterciopelados, el agua de los arroyos y los charcos reflejaban el sol fácil de mayo, mientras en el cielo liso las escasas nubes deshilachadas se atenuaban interminablemente. Por el camino, los cuatro hombres no se dijeron nada. Se limitaron a mirar el paisaje con los ojos entornados. Fueron primero a casa de Marco.

—Bueno, chicos, hasta pronto.

—Chao, grandullón. Nos vemos.

Luego, Christophe le pidió a Greg que los dejara, a su padre y a él, delante del ayuntamiento.

—¿Cómo vas a volver?

—Hélène debería haber dejado el coche detrás del Narval.

Greg no hizo preguntas. Se limitó a decir:

—Bueno, ha estado bien.

—Sí. La verdad es que sí.

Se sonrieron. El padre de Christophe, que ya había salido del coche, preguntó dónde estaban y el hijo se lo recordó.

—Ah, sí —dijo el anciano, como recordándolo.

Según se alejaban, Greg soltó de coña:

—Hala, votad bien, chavales.

Christophe sonrió, pero esa sonrisa enseguida se trocó en mueca. Le volvía a doler la cabeza y con la yema de los dedos se palpó el chichón de la frente. Seguía allí, para que no cupieran dudas sobre cómo había transcurrido la noche.

—Menudo salto mortal habrás dado —dijo el padre.

—Sí. Eso mismo. ¿Te acuerdas de que esta noche duermes en casa?

—¿Va a estar el niño?

—Está con su madre, ya lo sabes.

—Ah, sí, es verdad.

En la terraza del Narval, ninguno de los parroquianos se fijó en ellos cuando pasaron. Aún hacía bueno aunque había caído la tarde y los clientes disfrutaban de ese rato de tranquilidad, de que apenas había tráfico y del cielo impoluto, mientras tomaban una copa o frotaban un Morpion. Sin embargo, en el fondo de esa quietud había como una contrariedad, una sensación de cuenta atrás que empañaba las horas más dulces. Era una impresión nueva, que no se sabía exactamente ni cuándo ni cómo había empezado. Ahora cada placer parecía llevar dentro el mismo talante que cuando se acaba un permiso, cada momento bonito cobraba el mismo aspecto que el último día de las vacaciones. Como si ya no estuviera garantizado que las estaciones fueran a volver.

Entretanto, en torno a esa plaza anodina, con su bar de apuestas, su panadería, su agencia inmobiliaria, y no muy lejos de la iglesia

que siempre estaba vacía, un mundo disfrutaba plenamente de su indulto. Y en ese hermoso domingo de mayo camino del anochecer hacía tan bueno, la vida era tan paciente que casi resultaba imposible adivinar la inmensa acumulación de gas que zumbaba en los sótanos de ese universo preocupado por su final.

Epílogo

Por lo general, Christophe prefiere dejar el coche cerca de la entrada, pero al ser sábado por la tarde el aparcamiento del Castorama está a reventar y después de dar varias vueltas tiene que resolverse a meterse en una plaza en la otra punta.

—Nos va a tocar andar, pituso.

Detrás, el niño está enfrascado en un grueso tebeo de Disney. Como de costumbre, Christophe le ha puesto demasiada ropa, sudadera, plumífero, braga de cuello, de forma que el peque tiene las mejillas encarnadas.

—¿No tienes calor?

—Sí.

—Pues quítate la bufanda, desabróchate el abrigo.

Gabriel suelta el tebeo y obedece.

Tiene ya ocho años. El pelo se le ha oscurecido y se le mete en los ojos por detrás de las gafas. No quiere cortárselo. De todas formas, a su madre le gusta mucho así.

Cada vez que Christophe se lo lleva, no puede más que fijarse en lo que ha cambiado. Atrás quedó el rubito de cabeza casi desproporcionada, con el cuerpo de palitroques y esa mirada inocente que recordaba a la de un cervatillo. A veces, cuando está en la cama, ya entrada la noche, Christophe pasa en el móvil las fotos antiguas. Le cuesta creérselo. Se pregunta dónde puñetas estaba entonces, en qué estaría pensando. Mira al crío sentado a una mesita con sus compañeros de infantil, todos ellos muy entretenidos pintando, tan serios con su babi, y no le queda más remedio que comprobar que no tiene ningún recuerdo de esa época. Estaba demasiado ocupado con sus marrones, el curro, la separación de Charlie, las resacas con los colegas. A veces piensa que se ha perdido lo mejor. Entonces se levanta y sale a fumar en el umbral. No va a recuperar esa época. Quizá debería borrar las fotos y condenarse al presente de una vez por todas. Christophe no tiene

valor.

El niño cierra la portezuela, le da la mano a su padre y juntos se dirigen al almacén. En el aparcamiento, la gente va y viene con los carritos llenos de sacos de sustrato, barras para cortinas o rollos de tela para tapizar. Parece tener prisa, viste con vaqueros y playeras, chalecos acolchados, y habla con un marcado acento que da gusto oír. En la entrada, una señora, muy maquillada y con un gorro de cuartel de cartón, les ofrece unos gofres cuyo olor azucarado hace la boca agua.

—¿Puedo tomar uno? —pregunta el niño.

—Ya veremos al salir.

Christophe coge una cesta a la entrada y, después de consultar la lista de la compra, se pone a buscar un detector de humos. Procura no andar muy deprisa para que el niño pueda seguirlo.

—Molaría tener mi propia caja de herramientas.

—¿Para qué, pituso?

—Pues para hace bricolaje, claro.

—Se la puedes pedir a Papá Noel.

—Que no existe, por supuesto.

—¿Ah, no?

—Ya lo sabes.

—Haberme avisado para ir ahorrando.

—Ja, ja… —contesta el niño—. Qué gracioso.

En la sección de electricidad, Christophe elige dos regletas, coge un flexómetro al pasar porque siempre viene bien y luego se dirige al fondo, hacia la zona dedicada a la jardinería.

—Quiero mirar las desbrozadoras, a ver cuánto cuestan.

—Vale.

Por el camino, una silueta le llama la atención a la altura de la sección de cuartos de baño. Una mujer alta con vaqueros ajustados, camisa de cuadros, Converse y cola de caballo muy tensa en la coronilla. Christophe se detiene con el corazón desbocado.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, renacuajo.

Ahí está Hélène, de palique con un dependiente. A su lado, una preadolescente y una cría más o menos de la misma edad que Gabriel. No le ve la cara ni falta que le hace. La ha reconocido instintivamente por la mano en la cadera, la característica

inclinación de la cabeza, la curva al final de la espalda, los hombros estrechos y ese culo tan bien plantado. De inmediato emerge a la superficie todo un mundo, con sus luces y sus detalles.

—¿Vamos, papá?

—Un segundito, cariño.

Christophe sacude la cabeza y agarra más fuerte la mano de su niño.

—Nos vamos a casa —dice con cierto esfuerzo.

—¿No vamos a ver las desbrozadoras?

—Otro día.

—¿Y los gofres?

—No hay tiempo.

—¿Por qué?

Siguen agobiantes negociaciones. Christophe intenta llevar a rastras a su hijo hacia la salida, pero Gabriel está cabezota. Y no se rinde.

—¡Corres mucho! —refunfuña—. ¿Y mi gofre?

—No te pares. Tenemos prisa.

El padre echa un vistazo por encima del hombro. Hélène está plantada en mitad del pasillo central. Mirando cómo sale huyendo. Entonces Christophe se para y ella esboza una sonrisa educada. Dan unos pasos para acercarse mutuamente.

—Qué gracia encontrarnos aquí.

—Pues sí. ¿Qué haces por estos andurriales? ¿Ya no vives en Nancy?

—Sí, sí.

El caso es que Christophe ve claramente que ella también siente algo. Se le han ruborizado las mejillas, como siempre que se emociona, y el pelo se le riza un poco en la cabeza. Él reconoce esas señales. Le pasaba lo mismo después del amor. También reconoce su olor, esa mezcla de su piel, el detergente y el perfume, que sigue siendo el mismo. Los niños se miran de hito en hito. Hélène empieza a contarle su vida, más que nada por miedo al vacío. Trata de estar alegre y aparentar soltura. Parece una presentadora de la tele.

Total, que la casa que tenía en propiedad con Philippe la vendieron (y la vendieron muy bien, añade Hélène arqueando las cejas, satisfecha). Ha podido comprar un piso de dos dormitorios en

un edificio moderno y, sobre todo, ha descubierto una vieja granja en los Vosgos, por donde Saint-Michel-sur-Meurthe, un lugar precioso, rodeado de prados, sin casi vecinos alrededor y vistas despejadas.

—Se me había olvidado lo guay que es vivir sin nadie enfrente —dice.

Christophe le da la razón. Ha soltado la mano de Gabriel y Hélène les da un billete de diez euros a sus hijas para que vayan a comprar gofres con el amiguito nuevo.

—La verdad es que tiene mucho curro. Me paso allí todos los fines de semana.

—¿Y la oficina?

—Me lo tomo con mucha más calma. Estoy esperando a que la pequeña crezca un poco para lanzar mi propio despacho. Tengo un montón de ideas.

—Qué bien —admite Christophe—. ¿Y te las apañas con las obras?

—Sí, tú tranquilo.

Para no quedarse corta, suelta a continuación:

—Tendríais que pasaros algún día Gabriel y tú.

—Sí —sonríe Christophe—. Estaría bien.

La mira. Está guapa. Guapa del mismo modo que los recuerdos de vacaciones, como los rostros familiares que vuelven a la memoria con el olor de la hierba cortada o que resucitan cuando la tarde se filtra por la persiana y rememora una siesta en una casa donde se ha sido feliz. Hélène contiene todo ese tiempo juntos. La bocanada de aire de los seis meses que compartieron.

—¿Y tú? —pregunta ella.

—Estoy bien.

—¿Sigues en el mismo curro?

—Sí. Y también estoy más o menos de director deportivo en el club.

—¡Ah, estupendo! —se entusiasma Hélène.

Christophe observa el alivio que siente. En la vida de él también ha cambiado algo.

—Aspiramos a estar en la élite dentro de tres o cuatro años. Se construye despacio, pero tenemos buenos cimientos.

—Pues claro. ¡Hay que creérselo!

Christophe suelta un suspirito divertido por la nariz. Hélène no ha cambiado. Tampoco él. Y, aun así, ya nada es lo mismo. Le nota una crispación en los hombros y sonríe.

—Me alegra volver a verte.

—Sí. A mí también.

En ese momento, reaparecen los niños, sobrexcitados y pegajosos de azúcar.

—Os habéis puesto buenos. No no no, a mí no me toques con esas manos pringosas.

Hélène se ha puesto de puntillas y revuelve los ojos espantados, para gran regocijo de los niños. Christophe se fija en que Clara lo mira con una expresión extraña mientras muerde el gofre.

—Bueno —acaba diciendo Hélène.

—Pues sí.

Por espacio de un segundo, dudan si darse un beso. Al final, se despiden sin más.

—Aún me quedan por hacer dos o tres recados —dice Hélène.

—Pues entonces buen finde.

—Sí, igualmente. Adiós, Gabriel.

El niño levanta el pulgar para decir que todo va bien, pegándole otro bocado al gofre. Tiene la barbilla cubierta de azúcar glas, que le forma como una aureola blanca en el pecho. Christophe nota en la mano los deditos confiados y dulces. Vuelven al coche pasando por la caja. Antes de salir del aparcamiento, Christophe no puede evitar ir más despacio al pasar por delante de la puerta de entrada.

—¿Quién era? —pregunta Gabriel.

—Una amiga.

—Me acuerdo de ella.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—¿Y son buenos recuerdos?

—Están bien.

Christophe se da la vuelta para verle la cara al niño y le dirige una sonrisa forzada, la misma que para las fotos. Gabriel ya ha vuelto a enfrascarse en el tebeo gigante. El móvil de Christophe le vibra en el bolsillo. Es Nadia. Descuelga.

—Dime, cariño.

La pesada ranchera arranca y, después del ceda el paso, toma la

carretera de vuelta a Cornécourt. Entonces Christophe echa un vistazo al cielo por encima de su cabeza, por el que pasan algunas nubes grises. Pero contesta que sí, que qué buena idea hacer una barbacoa. La primera del año. Cruzan aún algunas palabras, un beso, la comunicación concluye así y él pisa fuerte el acelerador con el corazón hecho añicos. Detrás, el peque, sorprendido por la velocidad, suelta alegremente:

—Venga, chavalines.

Agradecimientos

A Sabine Barthélemy, Édith Bernez, Gaëlle Bona, Guillaume Chassard, Thierry Corvoisier, Cindy Couval-Mathieu, Sabine Desilles, Pierre-Henry Gomont, Elsa Grimberg, Thaël Huard, Jean-Nicolas Lecomte, Éloïse y Philippe Martin, Hélène Martin, David Mathieu, Nicolas Matyjasik, Anthony Maurice por su valiosísima ayuda, a Lucie Mikaelian (por su estupendo diario de adolescencia *Mis 14 años*), Cécile Moizard-Matyjasik, Brigitte y Patrick Nouyrigat, Cécile Rich, Anne Rosencher, Romain Sarmejean, Manuel Tricoteaux y Faïza Zerouala.

Por último, mi agradecimiento a Nicolas Martin y al equipo de hockey de Épinal, sus jugadores y su cuadro técnico.

NICOLAS MATHIEU nació en Épinal en 1978. Después de estudiar historia y cinematografía, se trasladó a París y en 2014 publicó su primera novela, *Aux animaux la guerre*, premio Erckmann-Chatrian, y colaboró en la adaptación para convertir el libro en una serie televisiva que emitió France 3. Su segunda novela, *Sus hijos después de ellos*, además de entusiasmar a la crítica, recibió el Premio Goncourt 2018 y otros muchos galardones, entre ellos el premio Blù de la asociación
Jean-Marc
Roberts, el Feuille
d'Or
de la ciudad de Nancy o el premio Alain Spiess-Le Central a la segunda novela. En la actualidad, Nicolas Mathieu reside en Nancy.

Notas

[1] Apócope coloquial de *baccalauréat*, el examen final del bachillerato francés, que es necesario aprobar para cursar estudios superiores. (Todas las notas son de la traductora). < <

[2] En Francia, entre la escuela primaria (*école primaire*, de los 6 a los 11 años) y el instituto (*lycée*, de los 15 a los 18 años) hay un tipo de centro más que en España: el *collège*, que abarca de los 11 a los 15 años. < <

[3] Poirot se pronuncia igual que *poireau*, que significa «puerro», por no hablar del famoso detective de ficción Hercule Poirot. < <

[4] Equivalente en Francia de AENOR en España. < <

[5] HEC: École de hautes études commerciales (Escuela de Estudios Superiores de Comercio). < <

[6] La École polytechnique se llamaba antiguamente École centrale des travaux publics (Escuela Central de Obras Públicas). < <

[7] École Supérieure d'Électricité (Escuela Superior de Electricidad).
< <